



EL LADRÓN
DE TATUAJES
Alison Belsham



Lectulandia

Un policía en su primer caso de asesinato.

Una tatuadora con un secreto mortal.

Y un retorcido asesino en serie preparado para matar de nuevo.

La artista de tatuajes de Brighton, Marni Mullins, descubre un cadáver abandonado en un contenedor. Este hecho se convierte en la mejor oportunidad para que el recién ascendido inspector Francis Sullivan pueda demostrar que merecía ese ascenso.

Francis tendrá que plantarle cara a un asesino en serie que disfruta arrancando los tatuajes de los cuerpos de sus víctimas, mientras que están vivos.

Marni conoce muy bien el mundo de los tatuajes y podría serle de gran ayuda, pero ella tiene sus propios motivos para no confiar en la policía. Sin embargo, siguiendo sus propias pistas, cuando sea capaz de identificar el próximo paso del asesino, ¿se lo dirá al inspector o se encargará ella misma de perseguir al ladrón de tatuajes?

Lectulandia

Alison Belsham

El ladrón de tatuajes

Inspector Francis Sullivan - 1

ePub r1.0

Titivillus 02.06.2019

Título original: *The Tattoo Thief*
Alison Belsham, 2018
Traducción: Virginia Maza Castán

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

más libros en lectulandia.com

*Para Rupert y Tim,
mis muchachos radiantes.*

*Uno y dos, la carne adiós,
tres y cuatro, te doy un tajo,
cinco y seis, tatuaje no ves,
siete y ocho, voy a por otro.*

I

El hombre está inconsciente, le levanto por la espalda la camiseta, que está empapada de sangre, y dejo a la vista un tatuaje sublime. La fotocopia que llevo en el bolsillo está muy arrugada ya, pero aún puedo compararla con la imagen de la piel. Por suerte, la farola da bastante luz para ver los dos dibujos a la vez. Un tatuaje polinesio de formas redondeadas y en negro sólido le adorna el hombro izquierdo, con una elaborada cara tribal que me mira desde el centro con el ceño fruncido. De los bordes salen proyectadas un par de alas estilizadas. Una de ellas le baja por el omoplato y la otra le atraviesa hasta el lado izquierdo del pecho. Todo está manchado de sangre.

Las imágenes coinciden. Es él.

Todavía tiene pulso en el cuello, pero es tan débil que no me dará problemas. Es fundamental hacer el trabajo cuando el cuerpo aún está caliente. Si se enfría, la piel se tensa y la carne se endurece. Eso lo hace todo más difícil y no puedo permitirme ningún error. Por supuesto, al desollar un cuerpo vivo, acaba habiendo mucha más sangre. Pero la sangre no me importa.

Tengo la mochila cerca, la tiré por ahí cuando lo metí entre los arbustos. La verdad es que fue bastante fácil, el parque está vacío a estas horas. Solo me hizo falta darle un golpe por detrás en la cabeza para que cayera de rodillas. Sin ruido. Sin escándalo. Sin testigos. Ya lo había visto venir por aquí al salir del pub y sabía dónde encontrarlo. Qué tonta es la gente. No sospeché nada, ni siquiera cuando fui hacia él con una llave inglesa en la mano. Segundos más tarde, tenía una herida en la sien, y la sangre, derramada por el suelo. No podía haber ejecutado el primer paso de forma más impoluta.

Una vez que lo tuve en el suelo, le pasé las manos por debajo de las axilas y lo arrastré tan rápido como pude sobre el empedrado. Quería esconderme entre los matorrales, para que no nos vieran. Pesaba mucho, pero estoy fuerte y conseguí meterlo por un hueco entre dos laureles.

El esfuerzo me ha dejado sin aliento. Extiendo las manos, con las palmas hacia abajo. Se aprecia un ligero temblor. Aprieto los puños y vuelvo a extender los dedos. Las manos aletean como mariposas nocturnas, como aletea mi corazón contra las costillas. Lanzo una maldición en voz baja. Necesito que la mano esté firme para cumplir mi tarea, pero tengo la solución en un bolsillo de la mochila: una caja de pastillas y una botella de agua. Propranolol, el betabloqueante favorito de los jugadores de billar. Me trago un par y cierro los ojos, esperando a que hagan efecto. Cuando vuelvo a comprobarlo, el temblor ha desaparecido. Ya puedo empezar.

Respiro hondo, meto la mano en la mochila y palpo el estuche de los cuchillos. Me gusta el tacto suave del cuero, que deja presentir el acero. Anoche estuve afilando las hojas con mimo. Fue como si intuyera que hoy iba a ser el día.

Dejo el estuche sobre la espalda del hombre y desato los cordones. El cuero se despliega con un suave tintineo de metal, las cuchillas frías en la yema de los dedos. Elijo el cuchillo de mango corto que utilizaré para los primeros cortes y marco el contorno de la piel que voy a desprender. Después, para el desollamiento en sí, utilizaré uno más largo de hoja curva. Los compré en Japón y me costaron una pequeña fortuna. Pero lo valen. Los fabricaron empleando las mismas técnicas que se utilizaban para las espadas de los samuráis. Gracias al acero templado, puedo cortar con rapidez y precisión; es como si estuviera esculpiendo en mantequilla.

Dejo los demás cuchillos en el suelo, al lado de su cuerpo, y vuelvo a tomarle el pulso. Es aún más débil que antes, pero sigue vivo. La cabeza no deja de gotear sangre, aunque más despacio. Hora de hacer un tajo rápido y profundo en el muslo izquierdo. Ni espasmos, ni respiraciones fuertes, tan solo un rezumar constante de sangre oscura y resbaladiza. Dios, que no se mueva mientras corto.

Ha llegado el momento. Con una mano, tenso la piel y practico la primera incisión. Dejo resbalar el filo rápidamente desde la parte superior del hombro y a través de los ángulos prominentes del omoplato, siguiendo el contorno del dibujo. La hoja deja tras de sí una estela roja que se siente caliente al caer sobre los dedos. Contengo la respiración mientras el cuchillo se abre paso, saboreando el estremecimiento que me sube por el espinazo y la ráfaga de sangre caliente que me golpea entre las piernas.

El hombre estará muerto para cuando termine.

No es el primero. Y tampoco será el último.

CAPÍTULO 1

MARNI

Las agujas se clavaban en la piel tan rápido que el ojo no podía distinguirlas y dejaban tinta negra en la dermis y atrás, sobre la superficie, un ramillete de rosas de sangre rezumante. Cada pocos segundos, Marni Mullins limpiaba las gotas con un trozo de papel absorbente, para ver mejor los trazos sobre el brazo de su cliente. Después de untar un poco de vaselina, volvía a hundir las afiladas puntas en la carne y dibujaba una nueva línea negra destinada a durar para siempre. La alquimia de la sangre y de la tinta.

Marni intentaba refugiarse en su trabajo, dejándose transportar por el zumbido y la vibración suave de la máquina que sostenía en la mano. Era una forma de evadirse, aunque fuera por un tiempo, de los recuerdos que la atormentaban y de todo aquello que jamás podría olvidar.

Negro y rojo. Así era el motivo que estaba dejando clavado en la piel del lienzo. Su cliente se estremecía bajo la presión de las agujas y se retorció cada vez que Marni le inmovilizaba el brazo con la misma mano que le pasaba por encima para limpiarlo. Sabía muy bien cuánto le estaba doliendo, ¿o no había aguantado ella también muchas horas en el extremo afilado de la máquina? Lo compadecía, pero ese era el precio que había que pagar: un momento de sufrimiento por algo que iba a llevar consigo toda la vida. Algo que nunca podrían arrebatarse.

Se apartó un mechón de pelo negro de la frente con el antebrazo y maldijo en voz baja cuando, acto seguido, se volvió a deslizar por delante de sus ojos. Torció la boca para echarlo a un lado con un soplo y metió la aguja de siete puntas en un tarrito con agua para cambiar la tinta negra por otra de gris pizarra.

—¿Marni?

—Dime, Steve, ¿qué tal lo llevas?

El hombre estaba tumbado bocabajo sobre la camilla y giró la cabeza para mirarla, parpadeó y le hizo un mohín.

—¿Podemos hacer un descanso?

Marni se miró el reloj. Llevaba trabajando con él tres horas seguidas; al darse cuenta, sintió de pronto toda la tensión que llevaba acumulada en los hombros.

—Claro, por supuesto. —Tres horas del tirón eran muchas para una sesión, incluso para alguien habituado—. Has aguantado como un jabato —añadió y dejó la máquina en el carrito que tenía junto a su taburete.

Siempre les decía lo mismo a todos, tanto si habían aguantado como jabatos como si no... Y Steve, con tanto moverse y quejarse, no era de los que sí, eso desde luego.

Pero ella también necesitaba tomar un descanso, porque empezaba a sentir claustrofobia. Siempre le pasaba lo mismo en las convenciones, metida en esos salones con luz artificial, aire viciado y el ruido de la gente. No había ventanas ni forma de saber si fuera era de día o de noche, y Marni necesitaba ver el cielo, necesitaba verlo siempre, daba igual dónde estuviera. Ahí dentro, casi no se podía respirar y hacía mucho calor, el salón de actos estaba atestado de cuerpos en proceso de ser tatuados y de curiosos apiñados para observar las agujas. Y todo eso al ritmo machacón de la música *rock* y el rechinar constante de las máquinas de tatuar sobre la piel ensangrentada.

Cogió aire y movió la cabeza de un lado a otro para descargar el cuello. El olor penetrante a tinta mezclada con sangre y desinfectante saturaba el ambiente. Se quitó los guantes de látex negros y los lanzó a una bolsa de basura. Steve estiraba y doblaba el brazo al tiempo que cerraba y abría el puño para que volviera a circularle la sangre. Cuando empezó a tatuarlo, no estaba así de pálido.

—Ve por algo de comer. Nos vemos aquí dentro de media hora.

Marni envolvió rápidamente el dibujo sanguinolento en papel film para que no entrara en contacto con suciedad y le señaló a Steve la cafetería. En cuanto el hombre se marchó, se abrió paso a empujones por las escaleras entre grupos de gente, llegó a la planta baja y salió corriendo al exterior por una salida de emergencia. Apoyó la espalda contra la fría pared de cemento y cerró los ojos, centrada en relajarse, en conseguir que el peso de la multitud y del edificio entero dejara de oprimirle el pecho.

Abrió los ojos y pestañeó. El alumbrado artificial del salón de actos había dado paso a la deslumbrante luz del sol. Unas gaviotas planeaban sobre su cabeza, chillándose entre ellas, y, al final de la solitaria bocacalle, asomaba

centelleante un seductor pedazo de mar. Saboreó el aire salobre y arqueó la espalda hasta que le hizo daño. Movi6 los hombros en círculos y le crujieron los huesos. Se tuvo que preguntar si se estaría haciendo mayor para tatuar, pero no sabía hacer otra cosa..., y lo cierto era que no quería dedicarse a nada más, qué narices. Llevaba tatuando desde que tenía dieciocho años, de eso hacía ya diecinueve, y en ese tiempo había grabado kilómetros cuadrados de piel.

Mientras metía la mano en el bolso para buscar un paquete de tabaco, Marni echó a andar a través del laberinto de callejuelas de los Lanes de Brighton. Era puente y los callejones estaban atiborrados de turistas que se movían atraídos como urracas por el brillo de las joyas de época y por las tiendas de antigüedades, o en busca del par de zapatos Brogue o del vestido ideales para esa boda, en una de las tiendas chic del barrio. En sus cafeterías preferidas no cabía ni un alfiler, pero le dio igual. Aquel día prefería tomar su chute de cafeína al aire libre, así que salió de los Lanes por North Street para atajar hacia el café-terraza de Pavilion Gardens.

Al llegar, vio que de la ventana de atención al público salía una cola larguísima y pensó que seguramente se le iba a hacer tarde para volver con Steve, pero que merecía la pena poder respirar aire fresco un par de minutos más. Miró hacia el cielo. Azul celeste. Aquel no era el azul claro y brillante de los días de verano; era un suave violeta diluido por hebras de nubes que parecían derretirse y desvanecerse hacia un horizonte gris y brumoso que se fundía con el mar. Todo era perfecto para un puente de primavera.

—¿Qué va a ser, guapa?

—Un americano. Que sea doble.

—De acuerdo.

—Y un *muffin* —añadió por si acaso. Tenía bajo el azúcar. No era lo mejor que podía comer una diabética, pero ya ajustaría luego la dosis de insulina para compensarlo.

Del Royal Pavilion salían grupos de excursionistas, charlando animadamente y cautivados por lo que acababan de ver dentro. Era un verdadero palacio de Disney construido durante la Regencia, una tarta de boda formada por un batiburrillo de cúpulas de cebolla, torres puntiagudas y estuco de un color crema apagado. Verlo le hacía pensar siempre en Sherezade y en *Las mil y una noches*. Marni se había enamorado de ese lugar el mismo día en que llegó a Brighton. Suspiró y se dispuso a buscar un sitio para sentarse. Todos los bancos estaban ocupados y la gente se repartía por el césped, comiendo y bebiendo, riendo o tomando relajada el sol.

Entonces lo vio a él y sintió una punzada en el estómago. Se giró como un rayo hacia la ventanilla y cruzó los dedos esperando que no la viera. Esa mañana no estaba de humor para hablar con su marido. Su exmarido, para ser exactos: un hombre impredecible en el mejor de los casos y siempre complicado, que despertaba emociones de lo más enfrentadas. Se habían casado cuando ella solo tenía dieciocho años y llevaban separados doce, pero no había un solo día en que no pensara en él. La custodia compartida no hacía más que complicar una relación que parecía hecha para ilustrar el concepto de amor-odio.

Se aventuró a echar otra ojeada y vio a Thierry Mullins cruzando el césped con paso airado y cara de pocos amigos. Era como si se escondiera de alguien, sin dejar de mirar hacia atrás y de un lado a otro. ¿Qué estaría haciendo ahí? Era uno de los organizadores de la convención y no debería moverse del sitio.

—Dos libras con cuarenta.

Marni pagó el café, cogió el vaso de plástico y se dirigió discretamente hacia la otra punta de la terraza, para que Thierry no la viera. Encendió un cigarrillo, con las manos temblando por la adrenalina. ¿Por qué la alteraba todavía de aquella manera? Llevaban más tiempo divorciados del que habían estado casados, pero él estaba exactamente igual que la primera vez que lo vio. Era alto, delgado y con una cara bonita, y llevaba la espalda cubierta por los tatuajes que habían hecho nacer su fascinación por ese arte vivo, una fascinación que iba a acompañarla toda la vida. Si bien había veces que hacía por evitarlo, otras muchas se sentía atraída hacia él. Habían estado a punto de volver un par de veces, hasta que su instinto de autoprotección le había hecho pisar el freno, pero había perdido la esperanza de dejar atrás esa relación. Cerró los ojos, esperando a que los químicos hicieran su efecto.

Apagó la colilla sobre los posos del café, miró alrededor en busca de una papelera y vio un contenedor de plástico verde en la parte de atrás del local. Pisó el pedal para levantar la tapa y, al echar el vaso dentro, la golpeó una vaharada de aire pútrido. El hedor era mucho peor que el que cabría esperar del cubo de basura de un parque un día de no demasiado calor. Al mirar dentro, la bilis le subió a la boca y, al instante, deseó no haberlo hecho.

Entre latas de refresco aplastadas, periódicos viejos y envoltorios de comida rápida, vio algo: unas formas lívidas y tersas entre las que no tardó en reconocer un brazo, una pierna y un torso. Era un cuerpo humano y muerto, sin lugar a dudas. Algo se movía; era una rata que mordisqueaba el borde de

una herida ennegrecida. Molesta por la violenta irrupción de la luz del día, desapareció entre la basura, dando chillidos.

Marni se echó para atrás y dejó caer la tapa.

Se marchó.

CAPÍTULO 2

FRANCIS

Francis Sullivan cerró los ojos con la oblea consagrada pegada al paladar. Intentó centrar la atención en los murmullos de los oficiantes y de los feligreses que lo rodeaban, pero tenía la cabeza puesta en otro lado.

«Inspector jefe Francis Sullivan».

Las palabras se deslizaron por la lengua, pero no las dejó salir de ahí. Ese iba a ser él a partir del día siguiente, su primer día en el puesto. A los veintinueve años, el fulminante ascenso lo había convertido en el inspector jefe más joven del cuerpo de policía de Sussex. La idea lo ponía mucho más nervioso que el primer día de instituto. Era algo bueno, pero también aterrador. Suponía un enorme voto de confianza por parte de sus superiores. Por supuesto, había superado todos los exámenes necesarios con excelencia y había estado bien ante el tribunal, pero ¿no lo ascendían demasiado rápido y con una experiencia relativamente escasa para el cargo? ¿Sería porque su padre era un afamado consejero de la reina? Odiaba pensar en eso.

Su nuevo superior, el comisario Martin Bradshaw, no parecía estar precisamente entusiasmado cuando le comunicó a Francis el ascenso. Tampoco lo había felicitado, así que se preguntaba si Bradshaw había estado de acuerdo con la decisión o si los demás miembros del tribunal lo habrían forzado a aceptarla sin discusión.

Le vino a la cabeza la imagen de Rory Mackay y sintió un vuelco en el estómago. Sargento Rory Mackay. Habían echado por tierra sus aspiraciones al puesto y ahora iba a ser su número dos. Lo había conocido hacía una semana, cuando los presentaron oficialmente en el despacho del jefe. El sargento, que contaba con una experiencia infinitamente mayor que la suya, dejó claro como el agua que a él no lo había deslumbrado y estuvo todo el tiempo con la misma cara que pondría si mordiera una manzana y encontrara

medio gusano dentro. Francis había mantenido la calma con educación e indiferencia (era muy consciente de los riesgos de mostrarse demasiado cercano con el equipo), pero se dio cuenta de que aquella relación iba a ser peliaguda.

Ese hombre estaba deseando que fallara y Francis sabía que no era el único.

—La sangre de Cristo.

Abrió los ojos y levantó la cabeza para beber un sorbo de vino del cáliz.

—Amén —susurró.

Que así sea.

¿Acaso era demasiado pronto? Había estado tranquilo y seguro de sí mismo durante todo el proceso de selección. Hacer exámenes jamás le había supuesto ningún problema, pero ¿sus resultados sobre el papel habrían creado unas expectativas que le resultaría complicado cubrir? En el cuerpo, se contaban muchas cosas sobre los peligros de tener un ascenso demasiado rápido. Él mismo había oído algunas historias en la cafetería, fueran ciertas o no. Era como querer correr antes de saber andar. El peligro estaba en no conseguir resultados. No le haría falta cometer un error garrafal para acabar apartado, bastaban un par de casos difíciles que se quedaran parados.

La inquietud enturbiaba la alegría por lo que había conseguido. «Inspector jefe Francis Sullivan». No había pegado ojo desde que le dieron la noticia y había perdido la concentración que tanta falta le hacía ahora. Maldita sea. Puede que fuera un novato, pero no era tonto. Iba a estar al frente de un equipo que no lo veía preparado para el puesto. Sus hombres no creían en él, así que tenía que ganárselos desde el primer día y desde el primer caso. Si fallaba, les estaría dando la razón. Bradshaw y Mackay podrían encargarse de que eso pasara. Estarían observando y al acecho, y encontrarían la ocasión de ponerle la zancadilla.

Levantó la mirada hacia la talla de Jesucristo, colgado de la cruz sobre el altar. El Hijo de Dios lo miraba con reproche y Francis volvió a hundir rápidamente los ojos en el suelo. Musitó palabras sueltas de una oración, se santiguó y se levantó para volver al banco, sin dejar de sentirse culpable por estar tan distraído.

Cantó el himno final con el piloto automático puesto, sin sentir las palabras, y se arrodilló para rezar. Durante un par de minutos, consiguió centrarse en lo que lo había llevado ahí, en el recuerdo de su madre y la intercesión por su hermana. Quería la bendición para las que habían cuidado de él. Nada para su padre.

El bolsillo del pantalón empezó a vibrar y no tuvo tiempo de sacar el teléfono antes de que empezara a sonar, un pitido que, en el silencio de la iglesia, pareció mucho más alto y mucho más largo de lo normal. Se peleó con el móvil hasta que logró ponerlo en silencio y levantó la mirada para dirigirla al padre William.

Francis bajó la cabeza para pedir disculpas y leyó con disimulo el mensaje que acababa de recibir.

Era del sargento Mackay.

«Empieza a trabajar un día antes. Han encontrado un cadáver. Pavilion Gardens».

En cuanto pudo y le pareció adecuado, se levantó del banco y avanzó hacia las puertas que habían abierto al final de la iglesia. Una vez fuera, el padre William frunció los labios antes de hablar.

—Francis.

—No sé cómo disculparme, padre. Pensé que lo había apagado.

—No es por eso. Has estado distraído toda la misa. ¿Quieres que hablemos?

—Me gustaría —dijo Francis, y era cierto—, pero ahora tengo que irme. Han encontrado un cadáver.

El padre William se santiguó y musitó algo; luego, le puso una mano sobre la muñeca.

—Cuánto mal hay en este mundo. Me preocupa que tengas ese trabajo, Francis. Que tengas que moverte siempre tan cerca de la desesperanza.

—Cerca, sí, pero por el lado de la justicia.

—Dios es el juez último, no lo olvides.

Una mujer de mediana edad apartó a Francis de un codazo. Había agotado más que de sobra la parte del tiempo del pastor que le correspondía.

«El juez último». Francis se quedó dándole vueltas a esas palabras. Puede que en el cielo sí, pero ahí abajo, en la tierra, eran personas las que tenían que perseguir el mal de los hombres. Su trabajo consistía en seguirles la pista a los asesinos y llevarlos ante la justicia. El primero acababa de llamar a la puerta y él estaba decidido a atraparlo, con la ayuda de Dios.

Y si no le llegaba ninguna ayuda de ahí arriba, ya se las arreglaría él solo.

CAPÍTULO 3

FRANCIS

El coche de Francis avanzaba despacio por el camino de New Road. Las masas de domingueros no mostraban mucha consideración hacia los destellos azules. Qué suplicio de espacios compartidos para peatones y vehículos; al final, nadie sabía por dónde tenía que ir y todos se creían con derecho de ocupar el espacio. Hizo sonar la sirena hasta que una familia que avanzaba a paso de tortuga se apartó de una vez y todos se quedaron mirándolo con cara de sorpresa.

Se detuvo junto a una fila de bancos frente a Pavilion Gardens. Una mujer estaba dando de comer helado a sus hijos y le frunció el ceño por aparecer por ahí en coche, pero casi todos los que se habían congregado estaban tan ocupados estirando el cuello para ver qué hacía la policía al otro lado de la valla que ni siquiera se fijaron en él. Le tranquilizó ver que habían acordonado la zona y que varios agentes de uniforme custodiaban el cordón policial.

Enseñó la placa y lo saludaron al franquearle el paso. Rory Mackay lo vio al instante y fue hacia él; el hombre corpulento iba embutido en un mono de plástico blanco para no contaminar la escena del crimen.

—Sargento Mackay —dijo Francis, con una inclinación de cabeza—. Hágame un resumen, ¿qué tenemos?

—Antes tiene que taparse, jefe —dijo el sargento, con una mirada fulminante—. Llevo un mono de sobra en el maletero.

Francis acompañó a Mackay hasta un Mitsubishi plateado que había aparcado junto a otros coches nada más pasar la puerta del norte, al otro lado de los jardines. Mientras caminaban, iba maldiciéndose por no haber pensado en el mono. Además, en esa entrada habría podido dejar mejor el coche, ¿cómo no se le había ocurrido ir por ahí?

—Pensé que llegaría antes, al ser su primer caso...

Francis notó un tirón en el hombro.

—Estaba en la iglesia, Mackay. De hecho, no debería ni haber visto el mensaje estando allí; no antes de salir.

—Por supuesto.

Francis vio sonreír al sargento con aire de suficiencia.

Mackay abrió el maletero del coche y le lanzó un mono de protección. Mientras se ponía el traje, hizo un inventario rápido del contenido del maletero: tres cajas de botellas de Stella y dos paquetes con latas de Heineken. Carbón para la barbacoa. No hacía falta ser un genio para deducir qué tenía planeado hacer ese domingo.

—Debería estarle bien. Tenga cuidado al ponérselo, se rompen enseguida.

—No es el primero que me pongo —dijo Francis.

El mono le quedaba pequeño, y las perneras, cortas. Mientras esperaba, Rory se apoyó en el coche, dando caladas con fruición a un cigarrillo electrónico.

—Vamos a empezar —dijo Francis, terminando de ajustarse a su gusto las mangas del traje.

Mackay cerró el maletero de un golpe y echaron a andar hacia el café.

—Esta mañana a las 11:47, el sargento que estaba en recepción recibió una llamada que notificaba el hallazgo de un cadáver en un contenedor situado detrás del café de Pavilion Gardens. En ese momento, no dieron más detalles.

—¿Se sabe quién llamó?

—La voz era de mujer, pero colgó antes de que el sargento pudiera pedirle el nombre.

—¿Tenemos el número?

—Era una tarjeta prepago.

Por ahí tendrían que empezar.

—¿Y el cuerpo? —continuó Francis.

—Varón, desnudo. Un golpe evidente en la cabeza y una herida de consideración en el hombro izquierdo y el torso. Aún está sin identificar, pero lleva bastantes tatuajes. Eso debería facilitar las cosas.

—¿Se ha encontrado algo más?

—Podremos examinar el contenedor en cuanto saquen el cuerpo. Por ahora, estamos esperando a Rose.

Rose Lewis, la patóloga forense. Alguien de confianza... Francis había trabajado con ella en un par de casos cuando todavía era agente.

—Vale, me gustaría echar un vistazo —dijo Francis.

Mientras avanzaban hacia el café, Rory recibió una llamada.

—Sí, señor. Ya está aquí... He asegurado la zona y he puesto a los de la Científica a trabajar. Eso es, en Patología están al tanto, ajá... —Rory se quedó callado un momento, mientras asentía con la cabeza—. Sí, ya ha encendido el teléfono. Estaba en misa.

El tono de Rory le dejó muy claro lo que pensaba y Francis apretó el paso. No era exactamente así como había imaginado que empezaría su primer caso.

Rory lo condujo a través del césped y luego dieron la vuelta al café. Había un cubo de plástico verde en la parte de atrás del edificio. A medida que se acercaban, Francis notó el hedor que salía de allí dentro y comenzó a respirar por la boca. Le empezaron a dar arcadas y se le llenó la boca de saliva, pero se contuvo. La zona estaba repleta de hombres de la Científica con mono blanco, que examinaban el suelo, tomaban mediciones y hacían fotografías.

—Ábrelo —dijo Rory.

El agente Tony Hitchins estaba apostado junto al contenedor. Cuando vio que Francis y Rory se acercaban, pisó el pedal para levantar la tapa y desvió la mirada para no tener que ver lo que había dentro. Francis se puso un par de guantes de látex y avanzó.

Estaba claro que Hitchins se encontraba mal y, cuando Francis llegó a su lado, se dio cuenta de que el agente empezaba a mover el pecho y el abdomen de forma convulsiva, al tiempo que apretaba los labios con fuerza.

—Hitchins, si va a vomitar, lárguese de mi escena del crimen.

Este salió a toda velocidad por el césped y Francis agarró la tapa para que no se volviera a cerrar. El hombre consiguió a duras penas llegar a la cinta de color azul y blanco, sacó la cabeza y se dobló por la mitad, soltando sobre la hierba todo lo que le quedaba dentro del desayuno del domingo.

—Por el amor de Dios —dijo Francis, mientras Rory sacudía la cabeza. Pero no hubo más comentarios.

En el cuerpo, no había ningún hombre que no hubiera vomitado alguna vez después de ver un cadáver y, seguramente, a todos les había pasado hacía menos tiempo del que estarían dispuestos a admitir.

Francis se volvió otra vez hacia el contenedor y se armó de valor para mirar dentro, deseando con todas sus fuerzas no seguir los pasos de Hitchins. Ese día no.

Ahí estaba. Ese era su cuerpo. Su primera víctima al cargo de una investigación. En cierto modo, ese primer encuentro tenía mucho de cita a ciegas con alguien a quien iba a conocer muy a fondo en las semanas y los

meses siguientes. Llegaría a saber más cosas sobre la víctima que sobre algunas personas de su propia familia... y descubriría secretos que sacudirían a la familia de la víctima hasta los cimientos. Por ahora, ese hombre era un extraño, un pedazo de carne gris, con la piel gomosa y en descomposición, pudriéndose a la par que la basura que lo rodeaba. Pero con su equipo, Francis hurgaría bajo la piel hasta descubrir quién era realmente y quién podría querer verlo muerto.

La imagen era impactante y Francis se la grabó en la memoria. Unas extremidades retorcidas, la piel hecha masilla, carne negra y roja, y la cara y el torso convertidos en comida para ratas. Ni su propia madre lo reconocería en ese estado. Verlo lo enfureció y eso lo ayudó a concentrarse.

—¿Sargento Mackay? ¿Sargento Mackay?

Francis oyó una voz a su espalda y se volvió a mirar. Rory ya estaba yendo hacia la cinta, detrás de la cual había un tipo con una cámara al hombro. La prensa.

—Tom —saludó Rory—. Ya sabía que aparecerías por aquí antes o después.

—Soy como un sarpullido —dijo el hombre, con una sonrisa—. ¿Qué es lo que tienen ahí?

—Para ti, nada —dijo Rory—. Informaremos a la prensa cuando sea oportuno, ni un minuto antes. Así que... a paseo.

Se dio media vuelta y volvió con Francis.

—Cuidado con ese. Es Tom Fitz, del *Argus*. Es una sanguijuela, aparece en cuanto hay sangre, y cuanta más, mejor.

—¿Cómo ha llegado tan pronto? —dijo Francis.

Rory se encogió de hombros.

—Escucha la emisora e invita a café al sargento de recepción —dijo, como si fuera obvio.

—Bueno, vamos a tenerlo contento —dijo Francis—. Nunca se sabe cuándo puede venir bien la prensa...

—Ya está aquí Rose —le cortó Rory; estaba claro que no tenía ningún interés en confraternizar con los reporteros.

—Inspector jefe Sullivan —oyó decir a una voz amistosa.

Francis se volvió hacia Rose Lewis. La mujer le estaba indicando a un Hitchins algo más recompuesto que le acercara sus bolsas. Era tan bajita que se perdía incluso dentro del mono más pequeño y tuvo que ponerse de puntillas para asomarse por el borde del contenedor.

—Uf, qué asco —dijo, y se dirigió a Hitchins—: ¿Puede traerme una escalera para tomar unas fotos?

—Sí, señora.

—Creo que tengo que darte la enhorabuena, ¿no es cierto? —dijo Rose en cuanto Hitchins cumplió su encargo.

—Sí, gracias —respondió Francis—. ¿Qué tal tú? ¿Disfrutando del fin de semana libre?

—Ahora sí. ¿Es tu primer cadáver?

Asintió.

—Siendo así, te convendría resolver el caso, ¿no?

Era más consciente que nadie de eso.

Y también de lo que supondría el fracaso.

CAPÍTULO 4

MARNI

Marni había tenido que armarse de valor para hacer la llamada. Hablar con un policía le resultó casi tan perturbador como descubrir el cuerpo. Fue todo lo rápida que pudo y no dijo su nombre. Cualquier cosa que tuviera que ver con la policía la retrotraía directamente a un tiempo que prefería olvidar. Había jurado que nunca volvería a tratar con ellos en todo lo que le quedara de vida.

Cuando por fin volvió a la convención, Steve llevaba esperándola media hora, y pasó media hora más hasta que las manos dejaron de temblarle lo suficiente como para seguir tatuando. Al rato, le contó de mala gana lo que había visto, pero él no pareció consternado en absoluto; al contrario, como era casi de esperar, solo mostró una curiosidad morbosa.

—Nunca he visto un cadáver. ¿De verdad olía tan mal como dicen? ¿Tardó en llegar la policía?

A Marni le empezó a doler la cabeza y tuvo que cancelar la última cita del día. Cuando por fin cerraron las puertas de la convención, estaba agotada y rota. No dejaba de ver el cadáver y era como si la peste se le hubiera quedado pegada en las fosas nasales. Ojalá no hubiera ido a Pavilion Gardens. Además, y como si hablar con la policía no fuera ya bastante angustioso, hizo que los recuerdos que tanto se esforzaba por reprimir volvieran a aflorar a la superficie.

Guardó el material para el día siguiente y fue a dar una vuelta por el paseo marítimo, para intentar despejarse. No podía dejar de pensar en lo que había visto, en cómo brillaba esa piel a la luz del sol. Y en las zonas de piel negra. Al principio, le habían parecido cardenales, pero luego se dio cuenta de que eran tatuajes; su imagen era como una foto fija que le hubieran pegado por dentro de los párpados y cuyos detalles se hacían más y más nítidos cada vez

que la veía. El tatuaje en el lado derecho del torso, unas manos orantes, y en una de las pantorrillas, un estudio de san Sebastián en negro y gris, con las heridas de flecha en rojo.

Trató de sacarse de la cabeza las imágenes del cadáver y decidir hacia dónde ir. El paseo estaba lleno de gente y de tráfico. A su espalda, se oía un gañido estridente y cada vez a más volumen. Al darse la vuelta, vio que unas treinta vespas bajaban en tropel por la carretera, cubiertas todas de arriba abajo con retrovisores, colas de mapache, colgantes y banderas. Los mods habían invadido la ciudad el fin de semana y los motoristas eran igual de llamativos que las motos, con sus parkas, los *blazers* de rayas, los zapatos Hush Puppies y el *merchandising* de The Who.

Empezaba a anochecer. El resplandor sódico de las farolas lo teñía todo de un tono amarillo relajante y profundo, pero Marni prefirió buscar un sitio más oscuro y tranquilo. El aire fresco fue como sentir un mordisco por dentro en la garganta. Saboreándolo, bajó un tramo de escalones de piedra para llegar a la playa.

La marea estaba baja y fue caminando sobre los guijarros hasta el agua. Hacía frío y estaba oscuro, los ruidos disonantes del muelle quedaban sofocados por el rugido y el siseo de las olas, un sonido tan hipnótico como el zumbido de las máquinas de tatuar. Tomó aire varias veces, inspiraciones profundas de aire cargado de sal, y echó a andar de nuevo, masajeándose el brazo derecho. Estaba agotada y el día siguiente también iba a ser largo.

Echó un vistazo a la playa desierta, hasta posar la vista en un armazón destartado que había en el agua, a unos cien metros de la orilla. Eso era todo lo que quedaba del West Pier. Recortado sobre el negro del mar, lo habían dejado allí para que se pudriera después de que el fuego no dejara más que el esqueleto. Había perdido el cordón umbilical que lo unía a la orilla y estaba convertido en una isla en la que solo rondaban los espectros de gánsteres de medio pelo y de veraneantes olvidados hacía ya mucho tiempo.

Volvió a pensar en el cadáver. Si no lo hubiera encontrado, ¿qué habría sido del hombre del contenedor? ¿Habría acabado en algún vertedero para disolverse lento hasta que no quedara más rastro de él que huesos y empastes? ¿Los tatuajes habrían ido desapareciendo a medida que el cuerpo fuera devorado? ¿Notarían las ratas alguna diferencia en el sabor de la carne con tinta? ¿Lo notarían acaso los gusanos gordos y blancos que reptaban hacia lo profundo de la carne roja? Se estremeció al pensarlo.

Lo más seguro era que quien lo metiera allí dentro también fuese el responsable de su muerte. Ojalá que la policía averiguara quién era el

culpable y le diera caza. Era inquietante pensar que podía ocurrir algo así tan cerca de casa.

Marni se echó a temblar. Había ido hasta allí para despejarse y tranquilizarse un poco antes de dormir, pero ni de lejos. Se puso la chaqueta sobre los hombros y se dirigió hacia las luces del Palace Pier, tan vivo y bullicioso como muerto el West Pier. El viento paró de soplar y, por un momento, pudo escuchar el crujir de sus propios pasos sobre la cuesta de guijarros. La playa siempre estaba abarrotada de día, pero a esas horas era un lugar solitario.

Entonces, un grito de mujer cortó el aire.

A Marni se le puso la piel de gallina y sintió un escalofrío que se le fue extendiendo como las olas que forma el aire sobre la superficie del agua. Notó una punzada en el pecho, se dio la vuelta a toda velocidad y escudriñó la oscuridad.

Un segundo después, otro chillido, y luego, una risotada. La misma mujer, y ahora también, un hombre. Marni respiró hondo e intentó calmarse, se le iba a salir el corazón por la boca. Atajó hacia los peldaños de piedra para volver al paseo, dejando atrás la playa desierta.

Miró hacia el Palace Pier y vio unas figuras silueteadas que se movían entre los robustos pilares de metal que lo anclaban a la costa. Hasta ella llegaron unas voces masculinas, después de atravesar el aire cargado de espuma.

—¿Estás sola, guapa?

Marni miró hacia otro lado. Por ella, ese tipo podía pudrirse en el infierno.

—Vamos, vente con nosotros, lo pasaremos bien. —Otra voz, esa vez más cerca.

Marni hizo oídos sordos y siguió subiendo hacia el paseo, tan deprisa como pudo.

En el camino de vuelta a casa, en la silenciosa noche de Kemptown, no dejó de pensar en lo mismo todo el tiempo: en el tatuaje de san Sebastián que llevaba aquel hombre en la pierna. Y sabía por qué. Le recordaba al trabajo de Thierry, sobre todo por el toque de rojo en las heridas de flecha. «Thierry». Se suponía que debía de estar en la convención, ¿qué hacía entonces en Pavilion Gardens?

«Dios mío, por favor, que no sea nada».

¿De verdad sería de Thierry el tatuaje del cadáver? Era improbable y, además, aunque lo fuera, no quería decir nada. Por supuesto que no. Estaba relacionándolo todo con el pasado y eso no tenía ningún sentido. Pero cuando

se trataba de Thierry, se volvía irracional. Seguía dominando sus emociones, en una presa que se hacía más fuerte cada vez que intentaba negarla. Por supuesto que no había ninguna conexión entre Thierry y el cuerpo del contenedor. Era solo que estaba obsesionada con ese hombre y que acababa por arrastrarlo a todo lo que le sucedía.

Al entrar por Great College Street, vio una luz encendida en su sala de estar. Alex estaba en casa. No era bueno que un chico de dieciocho años viera a su madre en aquel estado. Respiró hondo para recomponerse y sacó el teléfono del bolsillo. Aunque pasaba casi todo el tiempo intentando evitarlo y reprimir sus sentimientos por él, era como si Thierry siempre fuera lo que necesitaba en los momentos críticos. Marcó y esperó a que le respondiera y despejara sus dudas.

—¿Thierry?

—¿Marni? —Con ese acento francés, su nombre sonaba distinto.

—Pues claro.

—¡Marni! Estoy en el bar con los chicos. Pásate un rato. Charlie y Noa quieren saludarte.

Charlie y Noa eran los compañeros de Thierry en el *Tatouage Gris*, el único estudio de tatuaje exclusivamente francés de Brighton. Oyó sus voces de fondo y unas risas de mujer. Sin duda, serían *groupies* del mundo del tatuaje que estarían en la ciudad por la convención. Si de verdad creía que iba a presentarse, es que Thierry había perdido la cabeza.

—No. Ven tú. Tengo que hablar contigo. —De pronto, estaba desesperada por verlo y se odió por ello en cuanto se dio cuenta. Era como si fuera adicta a él y no pudiera desengancharse.

—¿Sobre qué?

—He tenido muy mal día.

Oyó suspirar a Thierry.

—Thierry, he encontrado un cadáver. —Estaba empezando a gritar—. Tengo miedo...

—Eh, eh, para el carro. ¿De qué estás hablando? ¿Has llamado a la policía?

—Claro. Pero tengo que hablar de una cosa contigo.

—No. Estoy cansado, *chérie*, no me apetece hablar de gente muerta.

—Thierry, por favor. ¿Y si fuera alguien conocido? ¿Y si fuera Alex?

—Pero no lo es. He hablado con él hace una hora. Estaba dando de comer a Pepper. No os queda pienso.

Pepper era su bulldog.

—Por favor, Thierry, venga.

Thierry hizo un ruidito con la boca, el equivalente a ese encogerse de hombros suyo tan francés, un resoplido de indiferencia que antes la volvía loca. «Si esto es un plan para seducirme...».

—Que te den. —Le colgó y entró en casa.

—¡Mamá! —Alex se acercó al vestíbulo y la recibió con un abrazo—. ¿Qué tal el día?

Marni se puso derecha y sonrió.

—Genial. He estado con un cliente del estudio y luego se han pasado un par que no conocía. ¿Qué tal tú?

Alex se encogió de hombros.

—Repaso. Un rollo.

Un plato de pasta y una copa de vino más tarde, Marni fue capaz de relajarse en el sofá para ver las noticias. Alex quería ver el fútbol, pero ella no soltó el mando, aunque se arrepintió enseguida.

... la policía solicita a la persona anónima que notificó el hallazgo del cadáver en Pavilion Gardens, en Brighton, que se ponga a su disposición para colaborar con la investigación. El hombre, que fue encontrado en un contenedor de basura, todavía no está identificado...

—Alex, vamos a ver si han marcado. —Le lanzó el mando, procurando que no se diera cuenta de que le temblaban las manos.

—No, espera... Ha habido un asesinato en Brighton. Aquí nunca pasa nada.

Pero Marni no quería oír más.

—Si marcan un gol, te lo perderás —dijo.

No había muchos datos de los que informar, así que las noticias pasaron enseguida a otra historia y Alex cambió de canal. No se habían perdido ningún gol y el partido terminó en empate.

Alex se había espabilado con la emoción del juego.

—¿Cómo ha ido la convención?

—Ha estado bien. La verdad es que tu padre está haciendo un buen trabajo. La de Brighton es la mejor convención de todas.

—Mamá, ¿crees que volveremos a estar alguna vez con papá?

A Marni se le fue el vino por el otro lado y empezó a toser mientras sacudía la cabeza.

—¿A qué viene eso?

—Bueno, os lleváis bien cuando estáis juntos.

—Claro. —Qué sencillo parecía todo a su edad.

—Y sé que a papá le gustaría.

¿Le gustaría? ¿O se estaba divirtiendo de lo lindo siendo un soltero en una profesión que ofrecía todas las oportunidades del mundo para ligar? Marni suspiró.

—El problema que tiene tu padre es que no le gusta estar casado. No se le da muy bien la parte práctica.

—Nadie es perfecto, mamá. Ni siquiera tú.

Marni Mullins nunca soñaba. No se lo podía permitir; los sueños le dolían demasiado. Esa noche, se quedó en vela, con los ojos abiertos y clavados en el vacío negro. Estaba claro que no iba a dormir y no dejaba de pensar en mil cosas, de una en otra, ideas desbocadas y desatadas. Aún resonaban en sus oídos las palabras de Alex.

«Aquí nunca pasa nada».

Hasta ahora, que había pasado algo y la había arrastrado a ella. Había muerto un hombre y tenía algo que tiraba de los recovecos más oscuros de su mente para sacarlos fuera. Algo que le resultaba familiar. Pero ¿cuál era ese vínculo? Si el hombre del contenedor era de la ciudad, lo habrían tatuado allí; incluso puede que lo conociera, aunque era improbable. En Brighton había miles de personas con tatuajes. Además, aunque Thierry lo hubiera tatuado, ¿qué? ¿Es que eso lo implicaba en algo?

Marni encendió la luz de la lamparita, que la cegó un instante. Apretó los ojos y se esforzó por reprimir el gemido que le subía por el pecho. Era imposible que hubiera alguna conexión. Era solo su mente, en caída libre entre la vigilia y el sueño. Se incorporó, la habitación empezó a dar vueltas y sintió la bilis ardiendo por dentro.

Fue corriendo al baño dando arcadas y se dobló sobre el retrete con los dientes apretados. Tenía la boca llena de saliva y respiró varias veces para sofocar la náusea, hasta que consiguió controlarse. Se desplomó sobre el suelo, con los ojos llenos de lágrimas. Pestañeó. Había salpicaduras de sangre sobre las baldosas blancas. A lo lejos, oyó el chirrido de unas puertas metálicas al cerrarse. Vio muros de ladrillo pintados del gris de la cárcel. Estaba al final del embarazo y tenía la barriga y los pechos duros e hinchados. Pasos en el pasillo, la sangre estancándose y una explosión de dolor. Estaba en cuclillas, sangrando y agarrotada, pidiendo ayuda a gritos. Y lo único que le dieron fue otra patada en la barriga...

Abrió los ojos y la sangre desapareció. El cadáver y el san Sebastián lo habían desencadenado todo. Tenía que averiguar si el tatuaje del hombre

asesinado lo había hecho Thierry, no le quedaba otra. Ojalá que no fuera suyo, así podría olvidarse de todo.

De vuelta en el dormitorio, cogió el teléfono y buscó en Google el número del *crime stoppers*^[1] de Brighton.

Dejó que sonara. Sonó y sonó.

Marni esperó, aunque sin saber por qué. Eran las tres menos veinte de la mañana y no habría nadie al otro lado de la línea.

Por fin, se dio por vencida. Tiró el teléfono a un lado y se tumbó para esperar a que los miedos se lanzaran a por ella en bandada.

CAPÍTULO 5

RORY

El olor rancio de la muerte tomó al asalto las fosas nasales de Rory, sin darle apenas tiempo a cruzar las puertas del depósito. En cuestión de segundos, el hedor le llegó a la boca y se convirtió en sabor. Empezó a toser y fue directo hacia el sitio donde sabía que Rose Lewis guardaba el Vicks VapoRub. Al mismo tiempo, una descarga de música coral le golpeó en los oídos a todo volumen. Desde luego, el depósito de Rose Lewis no era el mejor sitio para ir con resaca; lo sabía por experiencia.

—Buenas —gritó Rose, alzando la voz por encima del ruido. Estaba inclinada sobre el cadáver de un hombre desnudo, con un bisturí en la mano.

Rory la saludó con un movimiento de cabeza, mientras se untaba el ungüento translúcido sobre el labio superior, para contrarrestar el olor a manzana podrida del líquido de embalsamamiento y la peste avinagrada del formaldehído.

—*Membra Jesu Nostri* —dijo Francis, que había entrado detrás de Rory y estaba esperando a que terminara con el bote de Vicks.

«¿Qué narices decía ahora ese?».

—Caramba, qué bueno, Sullivan —dijo Rose mientras se acercaba al estéreo y bajaba el volumen—. ¿Compositor?

—Buxtehude.

—Exacto. Es perfecto para trabajar. El texto va describiendo una a una las partes del cuerpo de Jesús martirizado. Aunque eso ya lo sabrás.

Rory le pasó a Francis el bote de gel, sin decir nada. Ahí estaban los intelectuales, alardeando. El juegucillo parecía divertirles, a ver cuál de los dos era más listo, pero eso no iba a servirles para resolver casos, y si Sullivan pensaba que así iba a deslumbrarlo, es que no tenía ni idea.

A decir verdad, el depósito no era el lugar favorito de Rory, por lo que siempre intentaba pasar allí el menor tiempo posible. No es que no le gustara Rose (siempre era muy educada con él, incluso puede que un poco condescendiente), pero verla con tanto aplomo entre la luz despiadada y el blanco gélido de aquel lugar le hacía sentir a veces muy pequeño. Por supuesto, su trabajo era valioso, pero las pruebas de ADN y las salpicaduras de sangre no lo eran todo, sino una parte más de un puzle mucho mayor. Cada vez se daba mayor importancia a la parte científica de la investigación, como si no hubiera nada más, pero la ciencia solo era una herramienta con la que respaldar un concienzudo trabajo policial.

Se puso unos guantes de látex y acompañó al jefe hasta el puesto de trabajo de Rose.

Era el único cadáver a la vista, pero los cajones de acero que cubrían una de las paredes guardaban muchos más. Rose y su equipo irían trabajando con ellos diligentemente, pasando de uno a otro, reconstruyendo sus vidas, arrancando secretos de su sangre, su carne, sus huesos y sus dientes. Se preguntó qué podría decirles ya sobre el hombre del contenedor.

El cuerpo que yacía frente a ella, sobre la mesa de autopsias, estaba parcialmente cubierto por una sábana de vinilo blanco. Reposaba sobre la espalda, con un corte que le bajaba desde el esternón hasta el pubis, y Rose había empezado a extraer los órganos para seguir con sus análisis. Rory examinó el cadáver. Casi no se distinguían los rasgos faciales. Las ratas le habían arrancado tiras de piel y de carne como al azar: le faltaba parte de un labio, habían roído la nariz y arrasado con ambas mejillas. Los destrozos eran parecidos en parte del torso. En el resto del cuerpo, la piel era de un color grisáceo. En todos esos años, Rory había visto tantos cadáveres que no se puso nervioso, pero miró de reojo a Francis. A decir verdad, no podría decirse que estuviera desconcertado... De hecho, si algo parecía, era interesado. Pero había una tensión en la mandíbula que no estaba allí antes.

Rose ya habría fotografiado el cuerpo y tomado medidas. También habría raspado los residuos de debajo de las uñas y anotado en el informe todas y cada una de las heridas y de los tatuajes, poniendo en pausa la música antes de grabar cualquier dato. En ese momento, estaba examinando la boca por dentro con los dedos enguantados. A continuación, en un último gesto de vejación para una muerte sin explicación, buscaría indicios de agresión o de actividad sexual reciente en el ano.

Los dos policías se quedaron observándola en silencio, hasta que por fin levantó la mirada.

—¿Conclusiones, Rose? —dijo Francis.

Apagó la música. Gracias a Dios. Ya le estaba desquiciando.

—Primera conclusión: Mike se va a enfadar conmigo por estar trabajando un lunes festivo.

Francis se encogió de hombros.

—Si dependiera de mí, los asesinos solo atacarían de nueve a cinco y de lunes a viernes.

Rose se rio.

—Piensa en las horas extra —intervino Rory—. ¿Cómo está Laurie?

—La verdad es que sí. Punto para ti, por preguntar. Está bien. Acaba de empezar en el colegio de los mayores y le encanta.

—¿Y esto? —Francis señaló hacia el cuerpo, para volver a centrarlos.

En un segundo, Rose volvió a la pose de trabajo.

—Vale, esto es lo que tengo por ahora. Calculo que la muerte se produjo hace entre veinticuatro y veintiocho horas, pero no puedo asegurar con certeza si estaba vivo o muerto cuando lo echaron al contenedor. Imagino que tu equipo ya estará comprobando cuándo fue la última vez que vaciaron esos cubos.

—Hollins está con ello —dijo Rory.

—¿Y las cámaras de vigilancia de New Road?

—Hitchins —respondió Francis.

—Patachunta y Patachún —dijo Rose—. Deberías estar encima de ellos. A veces son un poco... lentos.

—Como si no lo supiera —masculló Rory.

En la comisaría, a Hitchins y a Hollins los llamaban Patachunta y Patachún. Tenían un parecido asombroso, los dos con el pelo encrespado y moreno, y cuerpos en el polo opuesto a la aptitud física.

Rose miró a Francis y luego a Rory.

—Tienes suerte de que sea tu número dos, Francis.

Francis asintió, pero no dijo nada.

«¿Es que no es capaz ni de decir que sí?», pensó Rory.

—Rory es uno de los hombres con más experiencia —siguió diciendo Rose—. Sabe muy bien lo que se hace, deberías aprovechar ese conocimiento.

El jefe frunció el ceño y Rory reprimió una sonrisilla de satisfacción. No es que Rose le estuviera dando a Sullivan un voto de confianza, precisamente.

—Estoy seguro de que Rory me lo hará saber, si alguna vez me equivoco —dijo el jefe, con cierto retintín.

Rory resopló. De repente, empezó a sentirse igual de incómodo que Francis con el rumbo que estaba tomando la conversación, mientras que Rose parecía exultante. Se preguntó por qué, ¿qué pretendía?

—El golpe en la cabeza no lo mató en el acto —dijo, centrándose por suerte otra vez en el cuerpo.

—¿Estás segura? —dijo Francis. Miró detenidamente el cráneo que habían rapado en parte. Rose giró la cabeza hacia un lado para que los dos hombres pudieran ver la marca ensangrentada.

—Totalmente. Esa herida no hubiera sido letal. Le fracturó el cráneo y lo habrá dejado inconsciente, pero, en todo caso, podría haberle causado daño cerebral permanente.

—Entonces, ¿qué lo mató? —preguntó Rory.

—Fue una combinación de factores —dijo Rose; iba ganando confianza a medida que presentaba sus conclusiones—. Cuando lo golpearon, se quedó inconsciente. Mi suposición es que seguía vivo cuando se deshicieron de él. Perdió mucha sangre y eso, junto con el tiempo que pasó con las heridas expuestas, fue lo que acabó matándolo.

—¿La sangre la perdió por la cabeza? Esa herida no parece tan grande —dijo Francis.

—Parte sí, pero sobre todo por esta herida de aquí. —Señaló una enorme zona ensangrentada de carne desollada que tenía en el torso y en el hombro.

—Pensaba que eso lo habían hecho las ratas una vez muerto —dijo Rory.

—No del todo. Aquí es donde la cosa se pone interesante y por lo que os he hecho venir tan rápido.

Rory examinó el amasijo de carne sanguinolento.

—Fíjate mejor —le insistió Rose. Se volvió hacia la mesa que tenía a su espalda, cogió una lupa y se la tendió a Francis—. ¿Lo ves? Hay marcas de corte. Por lo que puedo distinguir, las hicieron con una hoja corta y extraordinariamente afilada.

Francis se echó hacia delante para examinar la zona con una mano, sin quitarse los guantes.

—Ya veo lo que dices.

Le pasó la lupa a Rory y se apartó para dejarle espacio. Rory examinó la herida. Rose tenía razón, había unos cortes inconfundibles en la carne y no podía haberlos hecho ningún animal.

—¡La Virgen!

Se dio cuenta de que el jefe hizo una mueca al oírle decir eso. Le habían encasquetado un inspector meapilas, menuda suerte la suya.

—¿Crees que los cortes se los hicieron antes o después del golpe en la cabeza? —preguntó.

—Esto solo es una suposición, pero seguramente fue después —dijo Rose—. Son tan precisos que sugieren que la víctima no se estaba moviendo. Pero, por otro lado, no son muy profundos. No eran para matarlo. Es más bien como si hubieran querido seccionar piel y carne. Pero es difícil estar segura. Había tantas marcas de mordiscos como cortes.

Rory siguió examinando la carne a la vista.

—Todos los cortes parecen estar alrededor de los bordes de la herida.

—Los perpendiculares, sí —dijo Rose—, pero aquí, en este otro punto y ahí en el centro, parece que hay algunos cortes horizontales en la dermis.

Rory parpadeó y volvió a mirar. Entre el amasijo mugriento y desgarrado que era la carne, pudo ver unas diminutas líneas rectas que se hundían más profundo en la base. Se le tensaron los músculos del abdomen y tuvo que apretar con fuerza la mandíbula por unos instantes, hasta que se le pasaron las náuseas.

—Déjame ver —le dijo Francis.

Rory le entregó la lupa para su alivio.

—¿Qué significa esto? —preguntó el inspector al mirar.

—Lo que significa, Francis, es que a tu víctima la desollaron y, a juzgar por la sangre que perdió, lo más probable es que lo hicieran cuando aún estaba viva.

CAPÍTULO 6

FRANCIS

Vaqueros y camisetas de color negro, cabezas rapadas o rastas. Piel. Desnuda. Tatuada. Litros y litros de tinta incrustada en carne viva fluían al paso de Francis y se arremolinaban a su alrededor, tan rápido que era incapaz de descifrar las imágenes. Negro profundo, azul turbio y destellos de colores brillantes. ¿Qué narices hacía él en una convención de tatuajes un lunes festivo? Había enviado a Mackay refunfuñando de vuelta a la escena del crimen, para que inspeccionara de nuevo la zona en busca de trozos de carne que pudieran haberle seccionado al cuerpo. Mientras tanto, él se había acercado hasta allí en busca de la llamante misteriosa. El teléfono con el que se hizo la llamada los había llevado hasta una tatuadora de la ciudad y, según su página web, en ese instante estaba en la convención. Podía tener más información, pero él, por el momento, solo quería saber por qué había sido tan esquiva.

Francis se sintió desubicado en cuanto puso un pie en el salón principal del Centro de Congresos de Brighton. Debía de ser la única persona en todo el edificio sin un solo tatuaje... y, sin duda, el único hombre vestido de traje.

Tomó aire con resignación y se unió a la multitud.

Estaba rodeado de auténticas masas de gente, que se empujaban, se daban codazos y pisotones, y estiraban el cuello para mirar hacia el interior de las cabinas. Además, estaba el ruido. De cada cabina salía música *heavy* a todo volumen, lo alto que hiciera falta para ahogar la de las demás.

Y, por encima de todo eso, se oía incesante y sin parar un chirrido metálico y agudo. No sabía de dónde salía ese ruido, hasta que se fijó en la espalda desnuda de un hombre a quien estaba tatuando una mujer. Aquel sonido era el zumbido colectivo de las máquinas de tatuar. De las líneas

negras que iba cincelando ella, rezumaba sangre. Francis sintió en la boca el sabor metálico que flotaba en el aire y le repugnó.

En el salón casi no se podía respirar y el calor era sofocante. Se abrió paso hasta el final del pasillo, buscando a la desesperada un poco de espacio libre. Nunca había entendido por qué alguien querría tatuarse, y mucho menos en un sitio tan agobiante como ese. Seguro que todos estaban mucho mejor antes de marcar sus cuerpos para siempre. Tenía algo de tribal, pero ¿de qué tribu? ¿Y para decir qué?

—¿Perdone?

Tocó en el hombro a un joven que pasaba a su lado. Se volvió hacia Francis. Una tela de araña de color azul le cubría el lado izquierdo de la frente y luego desaparecía por debajo del pelo.

—¿Sí?

—Estoy buscando a una tatuadora. Se llama Marni Mullins.

El chico sacó un papel que llevaba doblado en el bolsillo de atrás de los vaqueros. Era un croquis del salón y salían numeradas todas las cabinas. Le dio la vuelta para ver del otro lado la lista de tatuadores.

—¿Marni qué?

—Mullins.

Miró hacia abajo y Francis pudo ver el resto de la tela de araña y el contorno nítido de una palabra que llevaba tatuada bajo el pelo rubio y corto. Entrecerró los ojos, pero no pudo descifrar qué decía.

—Puesto veintiocho.

—Gracias —respondió Francis.

—De nada, tío. —Volvió a desaparecer entre el bullicioso enjambre, tan rápido que Francis no tuvo tiempo de ver dónde estaba el puesto veintiocho en el plano. Imaginó que estarían por orden, así que suspiró y se lanzó otra vez hacia la masa.

Tres chicas con vestidos de los cincuenta sin tirantes y con el pelo a lo Marilyn Monroe lo sumergieron en una nube de perfume dulzón. Llevaban los brazos, los hombros y el pecho salpicados de flores de colores, pájaros azules y corazones. Eran muy escandalosas, así que frenó un poco el paso para separarse de ellas, pero acabó metido en otro grupo, este de góticos, con el pelo tan negro como sus tatuajes. Miró los números de los puestos y fue directo hacia el siguiente pasillo.

Francis iba abriéndose paso a codazos, sin dejar de mirar de un lado para otro. Había una chica prácticamente desnuda tumbada sobre una camilla, con dos hombres tatuándole a cuatro manos una espectacular espalda de estilo

chino. Vio a un hombre sentado con los ojos cerrados y lagrimones cayéndole por las mejillas, mientras una joven le dibujaba unos trazos perfectos en el antebrazo. En la misma cabina, un hombre le tatuaba la cabeza a otro. «Dios mío, ¿es que no le duele?». El hombre no parecía inmutarse.

Por fin, llegó al número veintiocho. Una tatuadora estaba trabajando con una clienta quizá demasiado joven para estar allí. ¿Sería ella la del teléfono? Era una mujer pequeña y enjuta, sentada en un taburete y muy concentrada en un enorme crisantemo rosa y rojo escarlata que le estaba tatuando a la chica en la pierna. Era morena y llevaba el pelo recogido en una especie de coleta mal hecha, que dejaba escapar más pelo del que sujetaba. Vestía un peto de tela vaquera desteñida y una camiseta blanca. Tenía los brazos musculosos y llenos de tatuajes en tonos azules y verdes.

Francis se la quedó mirando. ¿Los ayudaría o tendría algo que esconder? Entre el público, había algunos que seguramente estarían encantados de tener la relación que fuera con un asesinato, pero esa mujer, no. Ella se había mostrado decidida a permanecer en el anonimato.

Carraspeó para llamar su atención.

—¿Es usted Marni Mullins?

Estaba tatuando en el interior del muslo, muy arriba. La chica movía la otra pierna sin parar y, por su forma de gemir, a Francis le pareció que sentía dolor y placer a partes iguales. Sin inmutarse, Marni Mullins siguió sombreando los pétalos con tinta de un color rosa intenso.

Volvió a llamarla y, esa vez, la mujer levantó la aguja de la piel antes de mirarlo.

—Soy yo.

Se dio cuenta de que era mayor de lo que le había parecido. Tendría treinta y muchos y unas pequeñas patas de gallo en el pliegue de los ojos.

—Ya no me quedan huecos para esta tarde —dijo y volvió a su trabajo.

—No he venido a tatuarme.

Marni Mullins volvió a levantar la vista y esa vez le prestó más atención. Sacudió la cabeza, como dándose cuenta de que se había confundido.

—No, claro que no. ¿Qué quiere?

—Soy el inspector Francis Sullivan. Estoy investigando un incidente que tuvo lugar ayer, en Pavilion Gardens. Le agradecería que dejara la pistola de tatuar para hablar un momento conmigo.

—Máquina.

—¿Cómo dice?

—Es una máquina de tatuar. No se llama pistola.

—Máquina, lo que sea. Tengo que hablar con usted.

—¿Y eso por qué? —dijo con hostilidad.

—Tengo motivos para pensar que fue usted quien encontró el cadáver e hizo una llamada anónima a la comisaría de Brighton. ¿Es así?

La chica del tatuaje se interesó de pronto por la conversación y se volvió para ver con quién estaba hablando Marni.

—¿Han asesinado a algún conocido tuyo? —preguntó la chica. Francis se dio cuenta de que tenía astigmatismo.

—No —respondió Marni—. Es una larga historia.

—Preferiría hablar de esto en privado —dijo Francis.

Marni Mullins frunció la frente.

—Si quiere privacidad, deme una hora. No puedo dejar esto a medias.

—Está obstaculizando una investigación policial.

—Y usted me está haciendo perder dinero y reputación profesional. Acabaré dentro de una hora, y si no le parece bien, tendrá que detenerme.

Si seguía así, la testigo no iba a cooperar. Probó a mostrarse conciliador.

—Vale. Hablaremos dentro de una hora. ¿Dónde quedamos?

—Acuda a la oficina de la convención, está en la planta baja. Traiga café.

La chica le sonrió.

—Tiene tiempo para tatuarse algo.

Francis hizo oídos sordos.

—Nos vemos en una hora —le dijo a Marni.

—Qué estirado —murmuró la chica en voz baja y volvió a tumbarse en la camilla.

—Así son los polis —dijo Marni Mullins; estaba claro que le daba igual si Francis podía oírla—. No se enteran. Tratas de ayudar y te hacen la vida imposible. Son unos capullos.

CAPÍTULO 7

MARNI

Dos horas más tarde, Marni entraba a la diminuta oficina de la convención, preguntándose si había hecho bien en llamar a comisaría. La aparición de aquel policía joven y larguirucho en su cabina la había dejado tocada y no le gustaba la idea de tener que pasar otra vez por todo, esa vez cara a cara. Al entrar, con Francis Sullivan y sus largas piernas incrustadas en la silla de Thierry, la habitación le pareció más pequeña todavía.

Estaba llena a reventar de archivadores, montañas de papel, torres de cajas con folletos de la convención a punto de caer, vasos de café a medio beber y una papelera rebosante. Le resultaba todo demasiado familiar. Marni levantó una pila de papeles de la silla que había enfrente de Francis y se sentó. Lo observó detenidamente. Parecía joven para ser inspector y completamente fuera de lugar. Nadie se presentaba vestido de traje en una convención de tatuajes. Jamás. En su mundo, los hombres que iban de traje no solían llevar buenas noticias.

Sin embargo, tenía cierto encanto, un aspecto aniñado e interesante, con el pelo pelirrojo de punta, la boca algo torcida y la nariz prominente. Después de tanto esperar, no parecía estar de muy buen humor y la fulminó con la mirada desde su lado de la mesa.

—Siento haberle hecho esperar —dijo, aunque tuvo la sensación de que no había sonado muy convincente.

Él asintió con la cabeza, aunque casi ni se notó, y señaló hacia un vaso de café para llevar.

—Usted encontró el cadáver, ¿no es cierto? —Lo dijo dejando claro que, en realidad, no era una pregunta.

Marni bebió un poco de café. Estaba frío.

—Sí, avisé yo.

—Pero no dio su nombre.

—Por lo que veo, ha dado igual. Está claro que saben quién soy. ¿Cómo es posible?

El inspector Sullivan frunció el ceño.

—Podría acusarla por estar haciéndonos perder tiempo y dinero. He tenido que pasar medio día rastreando su número de teléfono móvil para dar con usted.

Lo típico. Estaba claro que no había ido a darle las gracias por cumplir con su deber de ciudadana responsable. Era la mierda de siempre: había hecho algo mal y ahí estaba él para echarle la bronca. No hacía más que perder el tiempo y tenía clientes esperándola.

—Lo siento —dijo, mientras echaba para atrás la silla y empezaba a levantarse.

Sullivan fue más rápido y se puso delante de la puerta.

—Aún no hemos terminado. Tengo que saber qué sucedió exactamente cuando encontró el cuerpo. Podemos hacerlo aquí o puedo llevarla conmigo a comisaría.

Marni volvió a sentarse. ¡Joder! No aguantaría estar metida en una comisaría. ¿Quién la mandaría ir al parque?

—¿Qué necesita saber?

Sullivan también se sentó.

—Muy bien. Cuénteme todo desde el principio, sin dejarse ningún detalle. —Se sacó un teléfono del bolsillo interior de la chaqueta y cogió un lápiz táctil, dispuesto a escribir.

Marni bebió un sorbo de café y puso cara de asco, no tenía azúcar. Luego, empezó a relatar cómo fue el hallazgo, con todos los detalles. Solo fueron tres minutos (pidió el café, encendió un cigarrillo y abrió el contenedor), pero él anotó hasta la última palabra. Lo que no le dijo fue que se había acercado a ese contenedor para que Thierry no la viera.

—¿Se dio cuenta de que el cadáver estaba tatuado?

—Sí..., vagamente. No recuerdo qué llevaba.

El policía puso la mano en un sobre de color marrón que había encima de la mesa.

—Llevaba bastantes tatuajes y necesito saber quién se los hizo.

—¿Por qué? —Se le iba a salir el corazón por la boca.

Sullivan abrió el sobre y extendió un manojo de fotografías tamaño carta sobre un hueco libre del caótico escritorio. Eran todas primeros planos de tatuajes: un san Sebastián, unas manos orantes, un águila sobre una calavera y

un brazalete de alambre de espino. Marni se echó hacia delante para verlas bien.

—Vaya, parece un coleccionista —dijo.

—¿Un coleccionista?

—Sí, de tatuajes —explicó—. Mire, cada uno es de un artista.

—¿Y eso cómo lo sabe?

Esa vez fue ella quien lo fulminó con la mirada.

—Tienen estilos totalmente distintos. En general, son bastante buenos, pero hay mucha mezcla.

Los fue examinando uno a uno con detenimiento. Las manos orantes eran muy muy buenas. Seguro que le costaron un ojo de la cara. Dejó la fotografía sobre la mesa, cogió la siguiente y fue como si le hubieran dado un mazazo en la frente. Estaba prácticamente segura de que estaba viendo un tatuaje de su ex y, al darse cuenta, se le cayeron las fotos de las manos. El san Sebastián de la fotografía tenía todos los sellos del trabajo de Thierry, tal y como había sospechado.

—¿Lo reconoce?

Sacudió la cabeza muy rápido. Con demasiada energía.

—Se lo ruego, señora Mullins. Podría tener alguna relación con el caso.

Marni notó una opresión en el pecho, no podía respirar. No quería tener nada que ver con la policía, otra vez no; pero, si Thierry estaba involucrado de alguna forma, sería inevitable. Sacudió la cabeza y no dijo nada, solo quería que Sullivan la dejara en paz de una vez, no iba a mezclarse en aquel asunto.

—Si sabe algo relacionado con el caso y se lo calla, tendré que detenerla por obstrucción a la justicia; así que si conoce al autor de ese tatuaje, le convendría decirlo.

Marni cerró los ojos y apretó los labios. ¿De verdad estaría el tatuaje relacionado con la muerte de aquel hombre?

—Se parece al trabajo de mi exmarido —dijo, como en un susurro.

—¿Qué ha dicho?

Marni tardó en responder y tragó saliva. Tenía la boca seca.

—Mi exmarido. —Esa vez, sí la oyó.

—¿Cómo se llama?

—Thierry Mullins. Pero eso no quiere decir que tenga nada que ver con esto, ¿verdad? El tipo llevaba un montón de tatuajes de varios artistas.

No hubo respuesta.

—¿Sabe dónde puedo encontrar a Thierry? Necesito hablar con él, quizá pueda identificar a este hombre.

—Estamos en su oficina —le respondió mecánicamente.

Al cabo de unos minutos, la puerta se abrió de un puntapié y vieron aparecer a Thierry Mullins, que no parecía muy contento de que lo hubieran hecho acudir a su propio despacho. Miró primero a Marni, luego al inspector Sullivan y, para terminar, cruzó los brazos sobre el pecho, a la defensiva.

—No sé lo que es, pero no tengo tiempo.

Llevaban meses sin hablar en persona. Aunque tenían un hijo adolescente en común, con todo lo que eso suponía, Marni evitaba tratar con él siempre que fuera posible..., hasta ese domingo por la noche. Pero ahí estaba; al final, lo había arrastrado con ella. Le llegó el olor a sudor mezclado con su perfume. Parecía cansado y tenía más canas que la última vez que estuvieron juntos. Se le perdieron los ojos por los tatuajes en negro de los brazos, hasta que se dio cuenta y apartó la mirada.

Había sido un marido excelente, al menos por un tiempo. Los primeros años que estuvieron juntos fueron muy complicados y él estuvo a su lado, se casó con ella en cuanto supieron que se había quedado embarazada, la ayudó a superar el trauma de lo que sucedió y cuidó de Alex cuando ella no pudo... Pero de eso hacía ya mucho tiempo. Su matrimonio duró poco menos de siete años, hasta que a él se le empezaron a ir los ojos.

Aun así, la verdad sea dicha, había sido un padre fantástico para Alex, jamás lo negaría. Y tenía otras muchas cualidades. Era siempre el alma de la fiesta, tenía sentido del humor, era amable y sabía decir cosas bonitas, aunque a veces saltaba demasiado rápido. Hacía muy buenos tatuajes de motivos religiosos y un trabajo más que decente organizando la convención. Pero lo odiaba. Al menos, intentaba convencerse a sí misma de que lo odiaba... para protegerse. El pasado que los unía a los dos era demasiado oscuro. Aunque al oírle hablar con aquel acento francés, le entraban ganas de hacer cosas que habrían parecido indecentes incluso cuando seguían casados.

—¿Marni? —Thierry estaba mirándola con cara de preocupación.

Francis Sullivan se interpuso entre los dos y tomó las riendas de la conversación. Le enseñó a Thierry la fotografía.

—¿Hizo usted este tatuaje?

Thierry observó la imagen y luego miró a Marni.

—¿De qué va esto? —Le estaba preguntando a ella.

—Señor Mullins...

—Es usted policía, ¿verdad?

—Sí.

Se dispuso a salir del despacho.

—Si ha venido a molestar a mi mujer, debería pensárselo dos veces.

—Thierry. —Marni lo agarró del brazo—. Espera.

—Venga, Marni, nos vamos de aquí.

—Señor Mullins, si se marcha, volveré a buscarlo con una orden judicial. Ahora, por favor, solo tiene que responder a mis preguntas. ¿Hizo usted este tatuaje? —El inspector seguía tendiéndole la fotografía.

Thierry se acercó. Era algunos centímetros más alto que el policía y mucho más musculoso.

—Y si lo hice yo, ¿qué? —dijo con un gruñido.

—Intentamos identificar un cadáver, ¿podría ayudarnos? —Ahora, Francis empezaba a sonar agotado.

Thierry miró hacia Marni.

—Alguien tiene que saber qué le ha pasado a ese hombre —dijo ella, conmovida otra vez por el horror que había visto en el contenedor. Le hizo un gesto a Thierry, para que cogiera la fotografía.

La examinó detenidamente.

—Puede ser —dijo.

Marni señaló hacia el portátil de Thierry, que estaba en un extremo de la mesa.

—¿Por qué no lo compruebas? Si lo hiciste tú, tendrás una foto en el archivo.

Thierry se inclinó sobre la mesa y encendió el ordenador. Se juntaron los tres para mirar y esperaron en silencio mientras buscaba. Al rato, hizo clic en una carpeta llamada «Tatuajes por temas». Al abrirla, apareció una lista de archivos con nombres como «Virgen M», «Ángeles vengadores» o «Satanás». Eligió un archivo llamado «San_S» y la pantalla se llenó de tatuajes de san Sebastián. Pasó varios, pero todos tenían alguna diferencia con el de la fotografía, o llevaban las flechas en otros sitios o la cabeza echada hacia el otro lado.

—Para —dijo Marni—. Es ese de ahí, vuelve.

Thierry regresó a la galería de imágenes.

—Tienes razón. Son iguales.

—¿A quién se lo hizo? —preguntó Sullivan.

—No recuerdo los nombres de todas las personas a las que he tatuado. Son centenares.

—¿Y por la fecha? —dijo Marni—. El archivo de imagen tendrá una fecha. Búscala y luego mira en el historial de citas.

Thierry fue moviéndose por el directorio de archivos.

—Cuatro de mayo de 2010.

Marni y Francis esperaron sin decir nada mientras se cargaba el calendario. Solo se oía el sonido de las teclas.

—Evan Armstrong. Ah, ya lo recuerdo. Un tipo alto. El hijo de perra se largó sin pagar.

—Sí, mediría uno noventa —confirmó Francis.

—Ya tenía algunos tatuajes cuando vino —dijo Thierry.

Francis aprovechó la oportunidad para pasarle el resto de fotografías.

—Estos son los demás tatuajes. ¿Alguno más es suyo?

Marni sacudió la cabeza, pero Thierry se tomó su tiempo para ojear.

—No. Ya llevaba el alambre de espino. Es una cutrez... —Pasó a las manos orantes—. Este de aquí es mucho mejor.

Siguió mirando las fotografías y Marni miraba también desde detrás de él.

Cuando llegó a la última fotografía, se quedó sin aliento y Thierry soltó un taco en francés. Estaban viendo una imagen en color de un torso humano. El hombro izquierdo no era más que un amasijo de carne sanguinolenta. La herida le bajaba por toda la espalda y le daba la vuelta hacia el pecho. Francis puso la fotografía otra vez bocabajo.

—Perdón. No tenían que haber visto eso.

—¿Ratas? —preguntó Thierry.

—Sí, pero... —Francis cogió aire—. Creemos que también le seccionaron la carne de esa zona.

Marni levantó la cabeza como un resorte.

—Enséñemela otra vez.

Le pasó la foto y, a medida que la examinaba con más atención, fue quedándose blanca. Siguió con un dedo el contorno de la herida y luego se pasó la mano por la cara, como si quisiera borrar la imagen de los ojos.

—Sé lo que es —dijo muy despacio, señalando la herida con el dedo—. Fíjese, la forma es simétrica. Alguien se ha llevado un tatuaje del cuerpo.

II

Me gusta trabajar con carne viva.

El sonido áspero y suave de la hoja al abrirse paso contra la piel. El olor metálico del rojo escarlata. El calor de la sangre fresca que me chorrea entre los dedos.

Lo echo de menos.

La piel muere en cuanto la separo del cuerpo, pero hay un momento en el que sigue estando caliente y maleable. Por el lado por donde se coagula la sangre, está pegajosa. El otro puede ser suave o estar lleno de pelo. Suave si es de mujer y, por lo general, algo más áspero si es de un hombre. Aunque no siempre. Hay hombres con la piel muy suave.

Es hora de buscar a la siguiente víctima. Es hora de afilar los cuchillos. Es hora de volver al trabajo. La lista aún es larga.

CAPÍTULO 8

FRANCIS

Francis entró en su despacho preguntándose si debería felicitarse ya. Había comenzado con muy buen pie, identificar pronto a la víctima podía ser la clave para resolver un caso de asesinato, porque casi todos los asesinos tienen algún vínculo con sus víctimas.

—Rory —llamó, mientras se sentaba.

Este se asomó por la puerta del despacho.

—¿Hemos podido confirmar si el hombre es quien dijo Mullins?

—Sí —dijo Rory, mientras le tendía un fajo de fotografías—. He sacado esto del perfil de Facebook de Evan Armstrong. Es él, no hay duda. Todos los tatuajes coinciden con los del cadáver.

Francis examinó las fotografías. Había varias fotos de Evan Armstrong de vacaciones, en pantalón corto y camiseta.

—Aun así, deberá hablar con el familiar más cercano para identificarlo de forma oficial —añadió el sargento.

—Sí, gracias, Rory. Soy consciente.

Por supuesto, ese era el inconveniente de haber determinado la identidad del cuerpo, la peor parte de su trabajo y una tarea que Francis no podía delegar en nadie más del equipo: dar la noticia a la familia era su deber. No podían equivocarse en ese paso, porque identificar un cadáver era lo más desgarrador que se le podía pedir a los padres o al cónyuge de una persona desaparecida.

En una ocasión, Francis había visto el sufrimiento que ocasionaba un fallo. Le habían pedido a una mujer que identificara a una víctima de violación y asesinato, pensando que era su hija. Pero, al ver la cara de una desconocida, la mujer cayó desplomada al suelo. Se había preparado para encontrarse otra vez con su hija, con el error, le arrancaron ese escaso

consuelo y se vio arrastrada otra vez a la vorágine de la incertidumbre. No quería volver a ver algo así.

Esta vez, sin embargo, no iba a pasar lo mismo. Evan Armstrong estaba muerto y su familia tenía derecho a saberlo. Mientras conducía hacia su casa, en Worthing, Francis tenía la sensación de llevar consigo una nube negra de tormenta, un manto de dolor que los cubriría a todos a partir de aquel día. Y el único consuelo que les podría quedar sería que él consiguiera llevar al asesino de Evan ante la justicia.

—¿Saben algo ya? —dijo Angie Burton, la oficial de enlace con la familia que lo acompañaba.

—No se había notificado su desaparición, así que no podemos saber si se han enterado. No tenía antecedentes y tampoco hemos encontrado nada del resto de la familia. Puede que no tengan ni idea y que esto les pille por sorpresa.

Angie se quedó callada, pero no pareció que se pusiera nerviosa. Era guapa, de trato fácil y parecía cercana. La familia debía verla como una figura tranquilizadora y reconfortante en sus momentos más difíciles, sin comprender que su verdadera labor era sonsacarles toda la información posible acerca de la víctima y de su vida.

—Hemos llegado —anunció Francis, mientras paraba el coche frente a una casa adosada de los años treinta con falso entramado Tudor y emplomado de imitación pegado a las ventanas.

Angie sacudió la cabeza con tristeza a medida que subía los escalones para llamar al timbre.

—Era Evan, ¿verdad?

Francis asintió. Unos pasos se acercaban a la puerta.

Al rato, estaban sentados ante unas tazas de té cargado y con mucha leche. Francis sabía que no podía seguir alargándolo. Los padres de Evan estaban en casa —ambos jubilados— y lo miraban consternados. La madre parecía estar a punto de echarse a llorar, aunque todavía no les habían dicho nada. El silencio estaba haciéndose insoportable.

—¿Has dicho que eran de la policía? —le preguntó el padre de Evan a su mujer.

—Así es —dijo Francis—. Soy el inspector jefe Francis Sullivan y esta es la agente Angela Burton.

—Pueden llamarme Angie —añadió ella.

Francis hizo una pausa y se quedó mirando por la ventana, hacia los huertos que había al otro lado de su jardín. Una anciana estaba removiendo

algo con una horca, casi sin fuerzas, y se quedó un rato como hipnotizado por esa imagen.

«No les hagas esperar más. No, dales un par de segundos antes de hacer volar toda su vida por los aires».

Tragó saliva y empezó a hablar:

—Señor y señora Armstrong, ¿cuándo fue la última vez que vieron a Evan o que hablaron con él?

No le hizo falta decir nada más. La madre de Evan se llevó la mano al pecho, estrujó la tela de la blusa, jadeó y se desplomó en la silla, como si fuera un globo que se estuviera desinflando.

—Lleva todo el fin de semana sin llamar. Ya te decía que le había tenido que pasar algo —le dijo a su marido, que reaccionó echándole el brazo sobre los hombros.

—Espera, Sharon. Deja que termine. —El hombre se había quedado blanco y Francis notó que le temblaba la voz.

—El domingo por la mañana apareció un cuerpo en Pavilion Gardens, en Brighton. Tenemos motivos para creer que podría ser Evan. —No quería decirles que lo habían encontrado en un contenedor de basura.

—Por eso no ha llamado —dijo Sharon Armstrong—. Ya estaría muerto cuando lo estuve llamando yo.

Habló presa de la histeria, sin parar de mirar de un lado para otro, sin fijarse en nadie ni en nada. Angie se acercó a ella, se puso de rodillas a su lado y le pasó un brazo por la cintura, dejando la otra mano sobre las de la mujer.

—¿Están seguros de que es él? —intervino el padre de Evan, con la voz rota.

Eso fue lo más complicado. Francis les explicó, con toda la delicadeza que pudo, que no se distinguían bien los rasgos. No dijo nada de las ratas. Les dijo que pensaban que se trataba de Evan por los tatuajes. Luego, les preguntó por el tatuaje desaparecido.

Cuando todo había terminado, Francis no era capaz de recordar ni una sola palabra de la conversación, aunque guardaba en la memoria todos los datos que le habían dado. Sí sabía que se había caído una taza de té y que Angie fue a buscar un vaso de agua para Sharon. Y que, en un momento dado, la mujer estuvo a punto de desmayarse. Luego, Dave Armstrong tuvo que ver las fotos de los tatuajes que le quedaban a su hijo, que recibió con expresión imperturbable.

—Ya sabía yo que no se tenía que haber tatuado —dijo Sharon, agarrando el vaso de agua con tanta fuerza que se le marcaban los nudillos—. Lo han matado por eso, ¿verdad?

—Eso no lo saben —dijo su marido y se volvió hacia Francis—. No lo saben, ¿verdad?

—Por el momento, no podemos hacer hipótesis sobre ningún móvil en concreto, ni sobre lo que sucedió exactamente. Pero, díganme, ¿sabían que llevaba un tatuaje en el hombro izquierdo?

Dave asintió.

—Era una especie de dibujo tribal. Le bajaba del hombro hacia el pecho y por la espalda. Era el último que se había hecho, hace solo un par de meses, creo. Nos mandó una foto.

A Francis se le aceleró el pulso cuando vio la fotografía. En ella se veía a Evan Armstrong de espaldas y sin camiseta, dejando a la vista un intrincado diseño geométrico tatuado alrededor del hombro izquierdo y que le bajaba por la espalda y por el costado, sobre las costillas. Ese tatuaje no aparecía en la colección de fotografías de Facebook. A simple vista, parecía encajar con la forma de la herida del cadáver. Debía llevarle esa foto a Rose Lewis. Luego, tendría que averiguar quién era el monstruo que había hecho eso y por qué. ¿Por qué había acabado Evan Armstrong asesinado y tirado en un contenedor de basura? En sus redes sociales, no había nada que apuntara a ningún tipo de actividad delictiva, pero eso tampoco quería decir nada. De todas formas, hasta que todo se resolviera, esperó que los Armstrong hallaran algo de consuelo en Angie, en Dios o en cualquier tipo de fuerza que pudieran encontrar en su interior.

Al salir de la casa, miró el teléfono. Tenía varias llamadas perdidas y un mensaje de un número desconocido. Llamó al buzón de voz y oyó:

Inspector jefe Sullivan, soy Tom Fitz. Trabajo para el *Argus*. Me preguntaba si podría decirme algo sobre el cuerpo que han encontrado detrás del Royal Pavilion. Sé que está al frente del caso. Queremos publicar un artículo mañana, así que me gustaría saber quién era la víctima y qué creen que le pasó. Puede contactar conmigo en...

Francis no siguió escuchando. Ni en sueños.

Condujo de vuelta a su despacho con tristeza, con esa pregunta, tan antigua como el ser humano, carcomiéndole la mente. ¿Por qué crearía Dios un mundo donde cabe tanta maldad? ¿Por qué alguien le recortaría un tatuaje a un hombre para luego dejarle morir abandonado? ¿Sería un castigo? ¿Una venganza? ¿Y si tenía algo que ver con una secta? Puede que el dibujo del

tatuaje escondiera algún significado secreto... La verdad era que estaba perdido. De vuelta en comisaría para dejar el coche, empezó a notar las molestias en la vista que anunciaban una migraña. ¿Dónde demonios iba a encontrar las respuestas?

CAPÍTULO 9

FRANCIS

El comisario Bradshaw había convocado a todo el equipo para hacer un balance del caso. Francis llegaba tarde. Era algo que no podía soportar en otras personas, así que le irritó sobremanera hacerlo él esa vez, sobre todo de cara a su nuevo jefe. Intentó entrar en la habitación sin llamar la atención.

—Qué honor que nos acompañe, inspector Sullivan. —La voz del comisario Bradshaw retumbó en las paredes de la oficina y se quedó resonándole a Francis en el pecho—. Imagino que tendrá un buen motivo para este retraso, ¿me equivoco?

Alguien soltó un teatral suspiro y oyó que un agente le susurraba a otro: «A nosotros nos caería una bronca». Le faltaba mucho para ganarse el respeto del equipo.

—Estaba dando la noticia a la familia de la víctima, señor. —Era como estar otra vez en el colegio.

—Bueno, espero que haya obtenido datos útiles. —Bradshaw puso cara de desdén y eso le dio un aspecto más desagradable aún.

—Creo que sí, señor. —Le resultó extraordinariamente complicado decirlo sin que sonara a sarcasmo—. Ahora tengo algo de información sobre la víctima.

—Luego pasaremos a eso, Sullivan. Continúe, Rory.

Así que, al llegar tarde, Francis le había cedido el puesto a su lugarteniente. No podía permitirlo.

—¿Lo retomo yo...? —interrumpió mientras asomaba por detrás del agente Hitchins, para que el comisario pudiera verlo bien.

—¿Acaso sabe dónde se había quedado Rory?

Francis sacudió la cabeza.

Bradshaw arqueó las cejas y le hizo un gesto con la barbilla a Rory.

—Rose Lewis ya ha terminado la autopsia y nos comunicará los resultados de las pruebas antes de mañana por la tarde —dijo Rory—. La inspección del lugar sugiere que golpearon a la víctima en el camino empedrado que hay cerca del café y que luego la arrastraron hasta unos arbustos, para ocultarla.

—¿Sabemos la hora aproximada de la muerte?

—Entre medianoche y las seis de la mañana del domingo. Rose debería poder ser más precisa en cuanto tenga los resultados.

—Acabo de hablar con Rose en el camino de vuelta —dijo Francis.

Bradshaw le hizo un gesto, para que continuara él.

—A partir de la temperatura interna y del cese del *rigor mortis*, sitúa la hora de la muerte entre las 02:15 y las 02:45 de la mañana. El calor acumulado en el interior del contenedor habrá acortado el *rigor mortis* y mantenido la temperatura corporal más tiempo. Además, ha encontrado signos claros de que la putrefacción se vio también acelerada por la temperatura.

—¿Algo más?

—Las livideces *post mortem* estaban fijadas ya cuando retiramos el cuerpo de la escena. La sangre se había acumulado en la misma posición en que lo encontramos, lo que quiere decir que lo tiraron allí antes de la muerte o en el margen máximo de una hora.

Cuando terminó de hablar, Francis echó un vistazo por la habitación, pero nadie le devolvió la mirada.

—Vale, ahora hablemos de la víctima —dijo Bradshaw—. ¿Rory?

—La víctima se llamaba Evan Armstrong.

—Sí, eso ya lo sabemos todos —dijo Bradshaw—. ¿Por qué lo mataron o quién podría ser el culpable?

Francis aprovechó la ocasión. Después de todo, esa era su investigación.

—La forma de la herida del hombro sugiere que recortaron un tatuaje. Sus padres acaban de darme una fotografía que podría confirmar esta hipótesis.

—¿Por qué haría alguien eso? ¿Alguna pista?

Francis sacudió la cabeza.

—Todavía no.

—¿Y la tatuadora? ¿No tenía ninguna idea?

—La hipótesis es nueva, señor. Me dispongo a poner a trabajar en ella al equipo.

—Muy bien, pero no se duerma con la información, hay que trabajar. Necesitamos saberlo todo sobre Armstrong: dónde vivía, en qué trabajaba,

quiénes eran sus amigos, qué hacía en su tiempo libre... Vamos, Sullivan, ya sabe lo que hay que hacer.

Claro que lo sabía, y estaría haciéndolo si no tuviera que perder el tiempo en reuniones como aquella.

—Sí, señor. Burton se ha quedado con la familia para sacar toda la información que pueda.

—¿Y qué hay de las cámaras de vigilancia de New Road y de los alrededores del Royal Pavilion? ¿Han dado algo interesante?

—¿Hollins? —preguntó Francis, decidido a demostrar que había puesto a trabajar al equipo.

—Hitchins —dijo Hollins.

El agente Hitchins miró primero a Francis y luego a Bradshaw.

—Nada con una relación evidente con el crimen —informó—. La noche del sábado hubo bastante movimiento. Había mucha gente venida de fuera para la convención de tatuajes y parece que los *pubs* se llenaron. Se ve a mucho borracho por la calle y bastante gente con capucha...

—Eso no nos vale —dijo Francis—. Hable con los amigos de Armstrong, averigüe por dónde se movió esa noche y vuelva a mirar.

—¿Alguien ha notificado su desaparición? —dijo Bradshaw.

—Por ahora no, comisario —dijo Rory.

—Qué cojones, no me sorprende —masculló Bradshaw—. Bueno, empiecen a trabajar. Mañana, antes del almuerzo, quiero ver este tablero lleno de sospechosos. —Le dio unos golpecitos con los nudillos—. Una cosa más. ¿Quién ha hablado con la prensa? Esta mañana ha salido un artículo en el *Argus*, toda una sarta de especulaciones, pero hay que controlar el tema a la de ya.

Al terminar, señaló a Francis con el dedo.

—Usted, Sullivan, venga a mi despacho.

—Sí, señor.

Francis siguió a Bradshaw por el pasillo, luego subieron las escaleras y, al llegar a la planta de arriba, entraron en el despacho del comisario. Tenía la sensación de que le esperaba otro rapapolvo, como si no hubiera sido suficiente el de la sala de coordinación. Bradshaw le hizo entrar con impaciencia y no lo invitó a sentarse, aunque él se acomodó en su silla con un profundo suspiro. Francis se quedó en posición de firmes delante del escritorio, esperando la inevitable regañina.

—Muchacho, no quiero ponerle en evidencia delante del equipo, pero tiene que hacerlo mejor que hasta ahora. Si lo recomendé para el ascenso fue

porque pensaba que podría hacer el trabajo. Asumí un gran riesgo.

—Lo sé, señor, y le estoy muy agradecido...

—Me importa una mierda su agradecimiento. Deposité mi confianza en usted y, por ahora, no he recibido nada a cambio. Hay demasiadas preguntas sin responder. ¿Cuál es el móvil? ¿Un atraco que salió mal? Supongo que no encontraron ninguna cartera con el cuerpo, porque lo habrían identificado mucho antes. ¿Ha hablado ya con los agentes que estuvieron patrullando las calles ese domingo? Localice al inspector que estuviera de servicio aquella noche y pídale un listado de todos los avisos.

Bradshaw estaba encantado consigo mismo y Francis sabía por experiencia que lo mejor era dejarle hablar hasta que se quedara sin fuelle.

—¿Qué más dijo la mujer que encontró el cuerpo? ¿No sabía nada más? Vamos, ¿qué puede darme?

—No, señor, no dijo nada más; de hecho, fue bastante reacia a colaborar. En el cuerpo no había cartera, pero sí llevaba mucho dinero en el bolsillo del pantalón, así que no creo que el móvil fuera un robo. Hitchins está hablando con las patrullas, y Angie Burton, con la familia.

—¿Y qué problema tiene la testigo? ¿Por qué no dio su nombre en un primer momento?

—Parece que recela bastante de la policía.

Bradshaw puso cara de exasperación.

—Entonces, tendrá que averiguar por qué. Podría estar relacionado de alguna forma con el caso. La gente no suele desconfiar de nosotros sin ningún motivo.

Francis se preguntó si poner otra vez sobre la mesa la hipótesis de que habían recortado un tatuaje del cuerpo, pero a esas alturas Bradshaw estaba ya totalmente rojo y Francis dudó que su tensión arterial pudiera aguantarlo.

—¿Y el marido? ¿Dijo algo que nos sirva?

—La verdad es que no, salvo que la víctima no le pagó el tatuaje. Aunque de eso hace mucho.

Al oírlo, Bradshaw saltó como un resorte y se sentó derecho en la silla.

—¿Que la víctima le debía dinero a ese hombre y acaba en un contenedor? Pero qué... Ahí tiene a su primer sospechoso para el tablero. Vaya a buscarlo e interróguelo. Y no me haga perder más el tiempo haciendo su trabajo o pongo a Rory al mando y usted se queda dirigiendo el tráfico en un cruce de mierda hasta que se jubile.

III

En cuestión de segundos, lo tengo todo claro, no hace falta más tiempo. Para trabajar sin molestias, lo ideal sería separar la cabeza del cuerpo. Arrancar una cabellera es una labor extremadamente delicada. Para seccionar la cabeza al aire libre hará falta una sierra y el volumen de sangre derramada será desorbitado. Aún sigue inconsciente y la respiración está entrecortada, pero me reconforta oír la mientras pienso en cómo organizarlo todo.

Lo sorprendí por la espalda con un paño empapado en cloroformo en este aparcamiento subterráneo, pero no lo haré aquí. Tampoco en mi discreta furgoneta blanca. Ni en la granja, no quiero darme la paliza de limpiarlo todo y luego tener que llevarme el cuerpo a otro lado. La verdad es que me gustaría dejar otra tarjeta de visita de mi ciudad favorita. La primera vez, fue el Royal Pavilion. Tal vez debería deshacerme de este bajo los muelles. Ahí está muy oscuro, podría esconder el cuerpo perfectamente y la sangre habrá desaparecido para cuando amanezca. Todo de lo más discreto. Además, cuando lo encuentren metido en algún agujero, no habrá nada que relacione el crimen conmigo, ni con la furgoneta, ni con la granja.

Ha resoplado, es casi un niño. Eso quiere decir que el cloroformo está dejando de hacer efecto. Abro rápidamente la tapa de la botellita de color marrón y mojo un poco el trapo. El muchacho lo inhala con un suspiro, como saludando a un viejo conocido, y me deja seguir con mis planes.

En la furgoneta llevo una sierra de carnicero que resolvería enseguida lo del cuello. Miro el reloj, son casi las dos de la mañana. Aún me queda mucho tiempo. Podría volver al taller antes del amanecer y, si la cabeza sigue caliente, me será fácil quitarle el tatuaje antes de que la piel se ponga rígida. Después, podré deshacerme del resto de la cabeza sin prisas.

Ahora que tengo un plan, es hora de ponerme en marcha. Le ato las muñecas y los tobillos con unas bridas (recuperará la consciencia antes de que termine). Luego, le envuelvo la cabeza con una toalla de baño y se la ato por detrás, con un lazo enorme. El cuero cabelludo no puede sufrir ningún

daño: la piel muerta no se regenera y cualquier mella, por pequeña que sea, estropeará para siempre el tatuaje.

Cuarenta minutos después, estoy conduciendo por Madeira Drive, dejo atrás el muelle y bajo por Kempton. Hay otro coche, pero no lo adelanto. Por suerte, es noche de luna nueva; cuando llegemos a la playa, desapareceremos engullidos por una negrura de terciopelo. Meto la furgoneta en una fila de plazas de aparcamiento vacías y paro el motor. Espero unos minutos, pero no se oye ni un alma. A estas horas no habrá nadie paseando al perro. Tengo que confiar en que no habrá nadie.

El muchacho empieza a gemir y a retorcerse sobre la espalda, está aterrorizado. Apesta a meado y a miedo, qué placer. Barajo la idea de dejarlo despierto mientras la sierra acaba con él entre la oscuridad, pero no tiene sentido arriesgarme a un forcejeo que pudiera terminar con su preciosa cabeza sobre el suelo de guijarros. Un minuto después, el cloroformo lo ha vuelto a domar y abro la puerta del maletero. Nadie me ve arrastrarlo por la calzada ni meterlo en la playa. Nadie me ve en cuclillas junto a la orilla, empezando a cortar. Nadie oye el chirrido de la hoja de sierra desgarrando la carne ni el sonido áspero al pulverizar el hueso. La intensidad del oleaje se encarga de todo. Estamos totalmente solos cuando su cuerpo se desploma en las aguas. Nadie puede ver los hilos de sangre desvaneciéndose en el negro del agua del canal. Nadie, salvo una solitaria gaviota en busca de comida. Y yo, por supuesto.

De vuelta en el estudio, me quedo cara a cara con la cabeza decapitada. Sus ojos marrones están abiertos. Sin vida, parecen de cristal. La tela de araña queda bastante a la vista por el lado izquierdo de la frente, pero el pelo había empezado a crecerle por la parte de arriba del cráneo, desdibujando las líneas. Acaricio la cabeza, me gusta sentir la pelusilla en la punta de los dedos. Pero no se va a quedar, el cabello desaparecerá químicamente durante el curtido. La cabeza sigue caliente, y la piel, suave y maleable. Le doy la vuelta a la cabeza y leo las letras recogidas entre las hebras de hilo de seda que salen del abdomen de la araña.

BELIAR

El nombre del demonio, en sinuosos caracteres góticos, envuelve la parte trasera del cráneo.

«¿Qué armonía hay entre Cristo y Beliar? ¿Qué participación entre el fiel y el infiel?», susurro casi para mí, mientras cojo el cuchillo. Uno de mis versículos favoritos de los Corintios. Voy a enseñarle a ese cerdo que no

creyó en mí, va a ver de lo que soy capaz. Cuando la sangre de tu sangre te rechaza, el fuego de la ambición arde mucho más fuerte, ¿no es así? Quieres vengarte mostrando tu valía.

Lo único que me queda es empezar a separar la carne del hueso.

CAPÍTULO 10

RORY

Rory Mackay estaba en su salsa, realmente encantado de ver a Sullivan tan perdido en la reunión. El comisario iba a tardar en olvidar que había llegado tarde, era una auténtica metedura de pata, y la cosa no había hecho más que empeorar cada vez que había abierto la boca. Por su parte, lo único que tenía que hacer era asegurarse de que se reconociera todo lo que hacía. Con algo de suerte, Sullivan no duraría mucho en el puesto después de ese primer caso.

Por ahora, el equipo tenía trabajo que hacer. Al menos esa vez no se trataba de un niño o una joven víctima de agresión sexual. El caso no debería complicarse demasiado. Si el móvil no había sido el robo, sería una disputa entre cacos y Rory tenía bien fichados a todos los maleantes que rondaban por Brighton. Apostaría lo que fuera a que el asesinato era cosa de bandas, pero el jefe nuevo era un novato. Cuando Sullivan terminara de liarla, podría ofrecerse él para resolver las cosas e incluso acabar de comisario, lo tenía claro.

De todas formas, por mucho que Bradshaw echara pestes, el tablero de mando no estaba tan mal, para haber pasado treinta y seis horas. Había colgadas fotografías del cuerpo y de la escena del crimen, y ya tenían una identificación positiva. Rory estaba seguro de que tendrían una lista de sospechosos en cuanto escarbaran un poco en el pasado de Evan Armstrong.

—Mackay, venga un momento.

Rory levantó la mirada y vio al inspector jefe Sullivan apostado en la puerta.

—Jefe —dijo, mientras se levantaba.

Acompañó al inspector hasta el antro que le habían asignado tras el ascenso. La moqueta estaba raída y aún tenía quemaduras de cigarrillo de los

días en que estaba permitido fumar en el trabajo, pero, al fin y al cabo, no iban a darle al inspector jefe más joven del cuerpo un despacho gigante y con vistas.

«Me lo tendrían que haber dado a mí».

Francis se sentó a un extremo de la mesa, y Rory, al otro. No dijo nada, se limitó a observar mientras el jefe se acomodaba en la silla y jugueteaba con la esquina de una carpeta de papel manila que había sobre la mesa. Tenía las mejillas encendidas.

—Muy bien, vamos a traer a comisaría a Marni y a Thierry Mullins para hacer un interrogatorio oficial. Ponga a trabajar al equipo. Quiero verlos a los dos esta noche, no quiero darles tiempo para ponerse de acuerdo con las coartadas.

«¿Las coartadas? ¿Estaba hablando en serio?».

—Claro, jefe. ¿Cree que tienen algo que ver? ¿Los dos? Pensaba que estaban divorciados.

—Así es. Eso es lo que parece. —En la oficina del Centro de Congresos, era evidente la complicidad que había entre ellos.

Rory lo miró confundido.

—Me parece bastante improbable que estén metidos en esto —dijo Francis—. Sin embargo, tenemos que comprobarlo todo. A Evan Armstrong le recortaron un tatuaje del cuerpo, así que el caso va a ser muy mediático. No podemos permitirnos el lujo de dejar de comprobar algo solo porque parezca evidente.

A Rory eso le sonó a Bradshaw.

—Entonces, ¿un interrogatorio para tantear, a ver si encontramos algo?

El inspector suspiró y echó la cabeza a un lado.

—¿Nos pagarán horas extra por esto, jefe? —dijo Rory. Tenía claro que no.

—Vamos, al trabajo. Si hay algún problema con las horas extra, yo mismo hablaré con Bradshaw.

Qué interesante. El chico tenía carácter y no parecía que fuera a achicarse si tenía que vérselas con el comisario.

—Una cosa, sea discreto. No quiero verlo publicado en el *Argus*.

Eso había sonado a reproche. Ya no le parecía tan buena idea lo de tener contenta a la prensa.

Eran más de las diez de la noche cuando Rory se asomó por la ventanita rectangular de la puerta de la sala de interrogatorios para mirar a la testigo. Lo hacían a propósito, por estrategia: los testigos eran más vulnerables si estaban

cansados cuando hablaban con ellos. La mujer que había sentada a la mesa era pequeña y morena, se doblaba nerviosa las mangas de la chaqueta y tenía esa cara tan cargada de culpabilidad que solo podía mostrar alguien inocente.

Agarró el pomo de la puerta y entró en la habitación.

—Usted es Marni Mullins, ¿verdad?

Ella se le quedó mirando, sin decir nada.

—Me gustaría hacerle algunas preguntas sobre lo que sucedió en Pavilion Gardens este domingo.

—Ya he hablado con el inspector. No tengo nada más que añadir.

—Quizá sí; necesito tomarle declaración oficial. —Sacó un bloc de notas y chupó la punta del lápiz—. Muy bien, señora Mullins, cuénteme todo lo que pasó este domingo, cuando fue a Pavilion Gardens.

—¿No ha olvidado nada?

—¿El qué?

—No me ha leído mis derechos.

—Porque no está detenida. Está aquí para hacer una declaración en calidad de testigo.

La mujer echó para atrás la silla y se levantó.

—Vale, en ese caso, puedo irme.

No era una pregunta, sino una declaración de intenciones.

Rory también se levantó.

—Señora Mullins, todo será más fácil si hace la declaración y responde algunas preguntas de forma voluntaria. Necesitamos que nos responda, y si no lo hace ahora, tendremos que pedir una orden.

—Dígame solo una cosa, sargento, ¿soy sospechosa?

Puede que no lo fuera, pero estaba claro que no iba a desvivirse por ayudar. Aunque, de todas formas, tampoco parecía que pudiera llegar a decir nada útil.

—No es sospechosa, pero han asesinado a un hombre y usted encontró su cadáver. Lo que nos diga podría arrojar algo de luz sobre el culpable, aunque a usted no le parezca importante. Por favor, siéntese y acabaremos lo antes posible.

Marni Mullins volvió a sentarse, algo a regañadientes. Rory tuvo la impresión de que sabía cómo iban los interrogatorios de la policía y estaba claro que conocía el procedimiento. De todas formas, no era nada raro en el mundo por el que se movía.

—Ahora, cuénteme qué sucedió este domingo.

—Fui a Pavilion Gardens a tomar un café, encontré un cadáver metido en un contenedor de basura y llamé a la policía.

Primer asalto, para Marni Mullins.

Rory se acomodó en la silla.

—El resumen está muy bien, gracias. Ahora cuénteme la versión extendida y en technicolor.

Le hicieron falta seis intentos hasta que consiguió el grado de detalle que quería; cuando terminaron, estaba convencido de que no se había dejado ni el más mínimo dato que pudieran utilizar en algún momento hipotético. La mujer estaba agotada.

—Gracias por su cooperación, señora Mullins. Puede marcharse si quiere.

La mujer se levantó sin dirigirle una mirada.

Rory fue hacia la puerta para mostrarle la salida; pero, al coger el pomo, se paró en seco y se volvió hacia ella.

—Solo una cosa más —dijo—. ¿Dónde estuvo la madrugada del domingo, entre la una y las cinco de la mañana?

Marni se echó para atrás y se agarró a la mesa para no perder el equilibrio.

—No me puede hacer esa pregunta.

—Claro que puedo. ¿Dónde estuvo el domingo entre la una y las cinco de la mañana?

—No soy sospechosa de nada.

Rory no se movió de la puerta. Podía oírla respirar, una respiración rápida y poco profunda. Estaba asustada.

—Estaba en la cama. En casa.

—¿Con su marido?

—Mi exmarido. Sería la última persona del mundo con la que querría dormir.

Lo dijo con la voz rota. Cogió el vaso de agua que seguía sobre la mesa y se lo llevó a la boca. Le temblaba tanto la mano que casi toda el agua acabó salpicada sobre la superficie de formica.

Rory estaba satisfecho. Sullivan estaba viéndolo todo por el monitor de la habitación de al lado, ojalá hubiera tomado nota de su técnica de interrogatorio. Mientras acompañaba a Marni Mullins hacia recepción, se cruzaron por el pasillo con su exmarido. Lo trasladaban ahora a él a la sala de interrogatorios, era más de la una y llevaba horas esperando, pero este no se había ablandado.

—*Merde* —exclamó Thierry fulminando a Marni con la mirada.

Ella apartó la vista, sin decir nada.

—Menuda forma de saludar a su mujer —dijo Rory—. No me extraña que lo abandonara.

Al oírlo, la mujer lo miró con la misma hostilidad que Thierry la había mirado a ella. Estaba claro que no iba a decir nada en su contra; para ella, estaban los dos unidos frente a la policía. Mientras se preguntaba por esa relación, Rory le mostró la puerta.

—¿Puedo irme ya? —preguntó.

—Sí. Pero quizá tengamos que hablar con usted otra vez. —Por supuesto, dependía de lo que les dijera Thierry Mullins, pero eso no iba a decírselo a Marni.

Esa vez, Rory ocupó el puesto de observador y el inspector fue a interrogar a Thierry.

—¿Dónde estuvo el domingo entre la una y las cinco de la mañana? —dijo Sullivan, sin preámbulos.

¡Bum! Directo y a bocajarro, sin darle al sospechoso una falsa sensación de seguridad. «Qué idiota».

—Durmiendo, más que nada.

Sullivan se le quedó mirando, impasible. Mullins tenía motivos para estar indignado, les había ayudado a identificar a la víctima y, aun así, lo habían arrastrado a comisaría de malas formas; pero esas cosas el jefe ni se las planteaba.

—¿«Más que nada»? ¿Y cuando no estaba durmiendo?

—No me moví de la cama. —Estaba claro que Thierry Mullins no quería seguir por ahí.

—¿De qué cama?

Silencio. Había que reconocer que al chico se le daba bien refrescarle la memoria al sospechoso.

—Ligué con una tía y fuimos a su casa, pero no recuerdo dónde estaba exactamente.

—¿Dónde la conoció?

—En el Heart and Hand.

Un bar mugriento de North Road. Rory lo conocía bien, aunque nunca iba. No era el tipo de sitio donde recibirían a un policía con los brazos abiertos.

—¿Cómo se llamaba la chica?

Mullins lo miró confundido y se encogió de hombros.

—Linny o Lizzy, algo así. Yo qué sé.

—Señor Mullins, ¿la reconocería si volviera a verla?

—Claro. Llevaba tatuada una sirena en la rabadilla. Nada del otro mundo. Estaba borracho, así que no recuerdo los detalles.

—Me temo que tendremos que repararlos todos bien.

—¿Por qué? ¿Creen que tuve algo que ver con la muerte de Evan Armstrong? ¿Es que ahora soy sospechoso?

Mullins escupió las palabras, en sentido literal.

—Le debía dinero, ¿no es cierto?

El tatuador refunfuñó y se giró sobre la silla, para no tener que mirar más a Francis. En otras palabras, este la había pifiado. Si había una mínima posibilidad de que colaborase, la había echado por tierra y Thierry Mullins ya no iba a darles nada que pudiera servirles.

—Quiero que venga mi abogado. No responderé a más preguntas.

La cosa estaba cayendo en picado, en caída libre; le sonó el teléfono y Rory respondió sin ningún reparo.

Era el oficial de servicio. Estaba sin aire.

—¿Mackay? Tenemos otro cadáver. Acaban de dar el aviso. En la playa, debajo del Palace Pier.

CAPÍTULO 11

FRANCIS

Cuando entraron casi derrapando en Old Steine, Francis se decía que las escasas posibilidades de dormir algo aquella noche habían terminado de evaporarse. Rory atravesó en línea recta la glorieta y, en una maniobra ilegal, detuvo el coche en la amplia plataforma de asfalto que había a la entrada del Palace Pier. Ya había otros dos coches patrulla aparcados allí, también una ambulancia con el motor en marcha, parada sobre el paso de peatones de Madeira Drive.

—Ahí están esos, pintando la mona —dijo Rory, mientras cruzaban a toda velocidad el adoquinado que llevaba del paseo marítimo a la playa.

Francis pensó que tenía razón. No tenía sentido que la ambulancia hubiera acudido ya. Tardarían varias horas en procesar la escena y, después, el cuerpo iría directo al depósito.

—A no ser que tengan que ingresar a Hitchins cuando suelte la pota —añadió Rory.

Cruzaron la playa de guijarros, hacia la escena del crimen.

—Pónganos al día, sargento —dijo Francis al gigantón uniformado que se les acercó.

—Han encontrado un cuerpo debajo del muelle; avisó una pareja joven, hará cosa de una hora.

—¿Estaba muerto cuando lo encontraron? ¿Es un hombre?

—Sí, un varón. Le falta la cabeza.

«Pues sí, estaba muerto».

—Vamos a echar un vistazo.

El sargento los acompañó hasta el muelle, donde había ya varios agentes de uniforme pasando cinta azul y blanca alrededor de los enormes pilares que sustentaban la estructura de madera y hierro.

—¿Qué estaba haciendo por aquí esa pareja? —dijo Francis.

Rory soltó una carcajada.

—Habían salido de una discoteca y volvían a casa —contestó el sargento, manteniendo la compostura.

Francis cayó en la cuenta y se ruborizó.

Rory no dijo nada, no le hizo falta. Se sacó un cigarrillo electrónico de plástico negro del bolsillo y empezó a aspirar con fuerza mientras atravesaban la playa.

El cuerpo estaba cerca del agua, bocabajo. El muñón del cuello era un amasijo de carne ensangrentado, que parecía negro a la débil luz de la linterna del sargento. El hombre estaba desnudo de cintura para arriba, pero seguía llevando zapatillas deportivas y unos vaqueros empapados en sangre. En el bolsillo trasero de los pantalones, se veía un bulto en forma de cartera. Las olas le tocaban ya uno de los pies.

—¿La marea está subiendo o bajando? —preguntó Francis.

Rory echó un vistazo a la playa.

—Subiendo, jefe, pero está a punto de llegar a pleamar.

—Si va a seguir subiendo, estropeará la escena del crimen. Hay que trabajar rápido. —Francis miró alrededor—. Muy bien, que nadie entre en este perímetro, a menos que tenga algo que hacer. Rory, necesitamos monos de protección. Y sargento, averigüe cuánto les falta a los de criminalística para llegar y consiga unas luces.

Rory echó a andar otra vez hacia el coche.

—Y empiecen a buscar la cabeza.

Rose Lewis llegó diez minutos después y Francis ya estaba con el mono puesto y la situación perfectamente controlada. Los de la Científica habían montado unas enormes luces LED, con las que Francis y Rose pudieron inspeccionar el cuerpo con más detenimiento. A la potente luz de los focos, la piel del hombre adoptó un matiz verduzco y el muñón del cuello pasó a ser de un reluciente color rojo oscuro. Unos coágulos de sangre colgaban del tejido sin dejar de temblar, como gigantescas gotas de mermelada. La piel del borde de la herida estaba desgarrada, rota como en jirones, destrozada por lo que quiera que hiciera el corte. Llevaba muchos tatuajes en el torso, y otros más en los brazos: formas negras y oscuras que Francis no conseguía descifrar mirándolas del revés como estaba. Rose le indicó a un hombre de criminalística que hiciera fotografías mientras ella medía la temperatura del cuerpo, del suelo y del ambiente, para poder establecer la data de la muerte.

Francis sacó la cartera del bolsillo con unas pinzas desechables del kit de toma de muestras de Rose. Era una cartera de piel marrón, que estaba empapada y pesaba mucho. Sin quitarse los guantes, buscó algún carné. Había dinero y un montón de tiques, pero nada que les dijera quién era su dueño.

La metió en una bolsa de pruebas. Los tiques no estaban mojados del todo, quizá les dieran alguna información.

Rory y Francis se quedaron observando el cadáver.

—Tatuajes —dijo Rory.

—Estos no los han tocado —añadió Rose, adelantándose a su razonamiento.

—Sí, pero será más fácil encontrarlo en nuestra base de datos. Muchos parecen de bandas.

A ojos de Rory, los tatuajes eran cosa de delincuentes. Puede que él hiciera lo mismo hasta hacía muy poco, pero ahora no lo tenía tan claro; aunque habían investigado a fondo a Evan Armstrong, no habían encontrado nada.

—Le tomaré las huellas en el depósito —dijo Rose—. Esta escena es muy precaria y quiero sacarlo de aquí lo antes posible para procesarlo.

—¿Lo mataron aquí o solo se han deshecho del cuerpo? —preguntó Francis.

—Es pronto para saberlo. Una decapitación supone cantidades ingentes de sangre, a menos que se haga *post mortem*.

—¿Y bien?

Rose alumbró el muñón con una pequeña linterna de mano y se quedó callada un momento. Solo entonces percibió Francis el sonido que hacían las olas al tirar hacia dentro de los guijarros que había bajo sus pies. Tuvo que dar medio paso hacia atrás para no perder el equilibrio. Qué precario todo, qué inestable. Podías hacerte la ilusión de estar pisando tierra firme, de tener la vida bajo control, pero entonces... llegaba la resaca.

—No. A nuestro chico lo decapitaron cuando aún estaba muy vivo... Está claro que perdió mucha sangre, no hubiera sido tanta de haber estado muerto cuando le cortaron la cabeza.

CAPÍTULO 12

THIERRY

No quería volver a ver a un policía en lo que le quedaba de vida. Thierry Mullins se alejó de comisaría por John Street, hablando entre dientes y con paso airado. «¡Merde!». Al doblar la esquina de Edward Street, estuvo a punto de llevarse por delante a una anciana que iba arrastrando un carrito de la compra, pero estaba demasiado enfadado como para perder el tiempo disculpándose. Tenía algo entre ceja y ceja y, si iba a oír alguna disculpa, serían las que le dieran a él. Su exmujer de las narices. «¡Putain!». Lo bueno no dura, pero no hay manera de librarse de los errores.

Dieciséis horas metido en un cuartucho. Se miró el reloj que le acababa de devolver el sargento del mostrador. No le habían dejado llamar por teléfono ni hablar con ningún abogado. «Si no estaba detenido, ¿para qué quería un abogado?». Esa mierda le habían dicho. Joder, conocía sus derechos y los habían violado todos. Putos *flics*.

Se paró al sentir el olor a repostería recién hecha saliendo de un puesto de comida para llevar. Habían dejado que se muriera de hambre. Solo le habían ofrecido unos sándwiches rancios de pan blanco y duro con una especie de atún mohoso untado por dentro, una auténtica bazofia. No había querido ni probarlos. En veinticuatro horas lo único que se había metido al cuerpo era esa ponzoña de café que tenían allí.

Al final, cuando tenían que acusarlo ya de algo o soltarlo, el sargento de servicio había entrado en la sala de interrogatorios para decirle que habían podido verificar su coartada. Una tal Lisa con una sirena tatuada había admitido, con algo de presión, que el sábado por la noche había estado en casa con un tipo que había conocido en el *pub* y que estuvieron juntos hasta eso de las nueve del día siguiente. Al sargento pareció hacerle una gracia de mil pares que ella tampoco recordara su nombre.

Thierry salió de la tienda con un preñado de salchicha. Ya casi era la hora de almorzar, le habían hecho perder toda la mañana y dos citas en el estudio. Por suerte para los clientes, los habían atendido Charlie y Noa, pero para él era dinero perdido, y le hacía falta.

Después de Edward Street, llegó a Eastern Road y, al pasar por delante del Brighton College, se preguntó si ese gilipollas con ínfulas del inspector jefe habría estudiado en aquel instituto de ladrillos rojos. Cruzó de acera, se metió por College Place y luego por Great College Street. La casa de Marni (mejor dicho, su casa) quedaba a mano derecha y a media altura. Al llegar, aporreó la puerta y se contuvo para no mirar por la ventana. No tenía que haberle devuelto las llaves, aunque en su momento le pareció lo correcto. Marni se había quedado con la casa y con Alex, y él tenía que vivir solo en un deprimente piso de una habitación con moho en el baño.

Así que ahí estaba, hecho una furia, mirando la puerta que fue suya, y cuanto más esperaba, más se cabreaba. Al final, empezó a gritar y a dar patadas a la puerta, hasta que Marni le abrió.

Se le quedó mirando, sin pestañear, estaba asustada. Se echó para atrás, como si fuera incapaz de reaccionar.

—¿Marni? —El enfado se evaporó tan rápido como le afloró el viejo instinto de protección. Había pasado demasiados años en ese papel.

—Thierry. —Intentó cerrarle la puerta en las narices.

—Espera, ¿vale? —Metió un pie por el hueco de la puerta.

—Me has asustado.

—Y tú me has echado encima a la policía. —Imaginaba por qué estaba tan asustada, ¿cuándo iba a superar el pasado?—. Déjame pasar.

Empujó la puerta y estuvieron forcejando un momento. Thierry acabó ganando y la echó para atrás, hacia el recibidor. Se quedó jadeando unos segundos junto a la puerta.

—¿Por qué te has asustado, Marni?

—Por nada, es que estoy nerviosa. Todo esto... está reabriendo el pasado.

No se había equivocado. Marni lo miró de frente, parecía cansada. Conocía aquella mirada, no había dormido y seguro que tampoco estaba comiendo bien. No iba a salir de esa ella sola, pero ¿significaba eso que lo necesitaba junto a ella? Y, además, ¿estaba preparado él para asumir otra vez tal compromiso?

—Ya sabes que Paul sigue en la cárcel. No tienes que preocuparte por nada. —Esa vez habló con más dulzura.

—Puede que esté encerrado, pero siempre consigue dar conmigo y fastidiarme la vida.

No había ido allí para eso y no quería remover cosas que era mejor dejar en el olvido.

—No deberías haberte mezclado en este asunto, Marni. No puedo tener más roces con la policía.

Marni suspiró.

—Ya lo sé. Lo siento.

—Me han tenido allí toda la noche.

Pareció sorprendida.

—¿Un vino?

Eso era lo mínimo.

—¿Qué tienes abierto? —preguntó.

—Un Côtes de Blaye.

Thierry arrugó la nariz, no estaba entre sus favoritos.

—Cuando te hayas disculpado —dijo, echando la cabeza a un lado.

—¿Por qué?

—¡Merde! Acabo de pasar dieciséis horas en comisaría por tu culpa.

—¿Acaban de dejarte salir?

—*Oui*. Gracias por interesarte.

Marni se encogió de hombros.

—¿Cómo iba a saber que te dejarían allí metido?

—Al parecer, creen que podría haber matado a ese tipo porque me debía dinero. —Suspiró—. ¿Por qué les dijiste que el tatuaje de la pierna se lo hice yo?

—Vamos, Thierry. —Marni sacudió la cabeza en son de reto—. Hice una llamada anónima a la policía. Por Dios, había encontrado un cadáver. ¿Qué quieres? ¿Que hubiera hecho como si nada?

—Claro. Ya lo habría visto alguien.

La siguió hasta la cocina. Su cocina la había diseñado él, y luego la había montado con Charlie. Aquellos habían sido los mejores días de su matrimonio. Dejaron sus problemas atrás y comenzaron una vida nueva en Brighton. Marni había cuidado del bebé y empezado a sanar sus heridas y, por un tiempo, a Thierry le pareció que el futuro podría sonreírles.

Marni sacó una botella medio vacía de vino tinto y llenó dos copas.

—Recuerda que tengo que dar ejemplo a nuestro hijo —dijo mientras le pasaba una copa—. Puede que a ti te parezca bien rehuir las responsabilidades, pero alguien tiene que portarse como un adulto aquí.

—¿De qué responsabilidades hablas?

Marni entornó los ojos.

—Pagar la manutención de tu hijo, para empezar —respondió.

Thierry refunfuñó, siempre estaba igual. No sabía cuántas veces se lo había dicho. No iba a responderle.

—Termínate el vino y lárgate, Thierry. Estoy cansada para esta mierda.

Olió el vaso.

—Sabe a vinagre. Este vino está picado —dijo con desdén—. Y deja de obsesionarte con Paul. Tienes que dormir un poco.

Marni le lanzó una mirada tan cortante como los cuchillos Sabatier que se había dejado en el cajón de aquella cocina.

—Me envió una carta.

—¿Cuándo?

—Hace un par de meses.

No le había dicho nada y le dolió enterarse así.

—¿Qué decía?

—No la he abierto.

Otra vez parecía asustada y, de pronto, él no quiso otra cosa que poder arreglarlo todo.

—Ya sabes que no significa nada, pequeña. Solo juega contigo. Está encerrado y no puede llegar adonde estás tú.

—Pues la carta sí —dijo ella.

Thierry levantó una mano, con gesto de súplica.

—¿Aún la tienes? ¿Puedo verla?

—La tiré a la basura.

Sabía que estaba mintiendo, pero no tenía ganas de discutir.

—Vale. Ahora me tengo que marchar.

Cuando llegaba al recibidor, Alex apareció por las escaleras. Seguía en pijama y todavía medio dormido.

«Merde».

—¿Papá? ¿Qué haces aquí?

—Tu padre se iba justo ahora —dijo Marni.

Llegó a donde estaba Thierry y lo empujó hacia la puerta.

—Déjame en paz, Thierry. No vuelvas. Me recuerdas demasiado a Paul.

Si algo de su arsenal podía herirlo de verdad, eran esas palabras. Si seguía pensando así, jamás podrían arreglar las cosas. A él se le hizo un nudo en la garganta y se dio la vuelta, para que no le viera la cara.

Marni abrió la puerta y lo sacó de un empujón al primer peldaño de la entrada.

—¿Quién es Paul? —Le oyó decir a Alex desde las escaleras de casa.

La puerta se cerró y se quedó solo en la calle.

IV

Es un proceso. Desollamiento. Remojo. Pelambre. Calero. Descarne. Desencalado. Purga. Desengrase. Curtido. Escurrido. Rebajado. Neutralización. Recurtido. Engrase. Secado. Ablandado. Cada paso es importante para producir el cuero más suave y maleable.

La gente no relaciona la piel humana con el cuero, pero lo cierto es que el resultado que se obtiene con ese tipo de piel es bastante bueno, sobre todo si está tatuada. Siempre me pregunto por qué no tatúan a los animales antes de matarlos para quitarles la piel. El resultado sería único y en verdad hermoso.

Este cuero cabelludo, con su elaborada tela de araña, será una pieza soberbia. Quitar una cabellera es una operación increíblemente delicada. Hay que trabajar muy despacio para no desgarrar la piel, que es muy frágil antes de curtirla. Pero, al mismo tiempo, el trabajo tiene que ser rápido, porque la piel que está caliente es flexible y cede; pero cuando se enfría, se pone rígida, y eso dificulta el trabajo. Tardé dos horas en separar con suavidad el cuero cabelludo del chico de su cráneo, fui cortando y echando para atrás centímetro a centímetro.

Ahora está a remojo en salmuera, para que se conserve. No es más que el primer paso de todos los que seguirán hasta que acabe convertido en cuero. La sal extrae toda la humedad y mata las bacterias. Una vez separado del cráneo, el cuero cabelludo se retuerce bajo la superficie del agua, como una carpa koi gorda.

Tengo un trabajo muy especial. La verdad es que es todo un privilegio. El Coleccionista reconoce que tengo un talento único y me deja prepararle estas pieles.

Lo que el MALDITO de mi padre no hizo nunca.

¿Por qué he pensado en eso de repente? No puedo tener a mi padre en la cabeza mientras trabajo. Cuando está ahí dentro, me tiemblan las manos y me desconcentro. Y cuanto más me esfuerzo por que desaparezca, más siento

su presencia, haciéndome débil, despreciándome, confirmando lo peor sobre mí.

Cierro los ojos y respiro varias veces, hondo y despacio. Vuelvo a centrar mis pensamientos en el Coleccionista.

El Coleccionista me ha compensado las faltas de mi verdadero padre. El hombre que me decepcionó tantas..., tantísimas veces. Donde mi padre veía mi fracaso, el Coleccionista ve lo bueno que hay en mí. Me ha dado un propósito, un sentido, a través del trabajo. Ablandar la piel. Volverla suave. Acariciarla. Transformarla en algo mucho más hermoso que cuando estaba viva. Tengo que arrancarla de una criatura viva y transformarla en una obra de arte. El arte es más importante que la vida.

Mi trabajo es ciertamente terapéutico.

CAPÍTULO 13

FRANCIS

Francis supo que aquel era el sitio en cuanto vio el letrero de la fachada, «Celestial Tattoo», escrito en cursiva de color negro sobre un estallido de crisantemos en rojo y rosa, justo como el que Marni Mullins estaba tatuándole en la convención a aquella chica. Vaya vaya, así que aquella era su guarida. A través de la luna del escaparate, miró la tienda sumida en la penumbra. Podía distinguir un pequeño mostrador y una fila de sillas a un lado, todas diferentes. Como era de esperar, las paredes estaban llenas de diseños de tatuajes. Detrás del mostrador, se veía un estante cubierto de velas, algunos libros y varios objetos que no acertaba a distinguir con tan poca luz.

Aunque en la puerta había colgado un cartelito de «Abierto», estaba claro que el estudio estaba cerrado. Francis se echó el ajado maletín bajo el brazo y puso las dos manos contra el cristal para ver mejor el interior. Al fondo de la tienda, había una puerta de la que salía luz; puede que estuviera allí.

Dio unos golpecitos en la puerta y probó con el tirador. Se abrió, chirriando sobre las duras bisagras.

—¿Hay alguien?

Pasó y, nada más poner un pie dentro, de la puerta del fondo salió corriendo un remolino de pelo, gruñidos y dientes que se abalanzó sobre él y le hizo perder el equilibrio. Cayó hacia atrás y se golpeó contra el cristal, que se hizo añicos, sin dejar de sentir el aliento maloliente y caluroso de un carnívoro y unas mandíbulas que trataban de cerrarse sobre su brazo. Por suerte, los dientes del animal solo consiguieron atrapar la manga y desgarrar la tela. Sullivan luchaba entre jadeos para librarse de la bestia.

—¿Quién está ahí?

La luz cayó sobre él.

—¿Quién es? —Marni Mullins estaba al borde del pánico, se le notaba en la voz.

—Soy Francis Sullivan.

—¿Quién?

—El inspector jefe Sullivan.

—Ay, Dios. ¡Pepper! ¡Ven aquí, Pepper!

El bulldog lleno de babas hizo caso omiso de su dueña y siguió destrozando la manga de Francis.

Aún sin resuello, Francis levantó la mirada y vio la silueta de Marni perfilada en el umbral de la puerta del fondo de la tienda.

—¿Es que este perro no le hace ni caso? —preguntó, intentando liberar el brazo.

—¡Pepper!

Francis consiguió sentarse con esfuerzo, puso la palma de la mano que tenía libre sobre el morro del animal y se echó hacia delante hasta ponerle la cara junto a la oreja. Pepper soltó un gruñido gutural mientras intentaba agarrar mejor la tela del traje. Entonces Francis, lanzándole a Marni una mirada fulminante, le mordió con fuerza al bulldog en la oreja.

Con un aullido de sorpresa, Pepper le soltó el brazo a Francis. Intentó sacudir la cabeza, pero el hombre lo tenía todavía agarrado por la oreja.

—Virgen santa, pero ¿qué está haciendo? —Marni agarró a Pepper por el collar y Francis soltó la oreja. Se limpió la boca con la mano y sonrió complacido.

—Tiene que llevar a amaestrar a ese perro, señora Mullins.

Francis se puso en pie como pudo, con cuidado de no pisar las esquirlas de cristal que había por todo el suelo, y recogió el maletín. Marni llevó al animal a rastras hasta la puerta de atrás y lo dejó encerrado. Entonces fue cuando se dio cuenta de que la puerta de la calle estaba destrozada y se llevó una mano a la boca.

—Lo siento —dijo, mientras sacudía la cabeza—. ¿Le ha hecho daño?

Francis se tocó en la nuca, donde se había golpeado con la puerta. Notó un bollo y se miró los dedos. Estaban manchados de sangre.

—Claro que sí —dijo, mientras le enseñaba la mano—. Ha tenido mucha suerte de que no haya sido peor. En cuanto al traje, está inservible.

—Le pagaré otro —dijo Marni enseguida, con la voz temblorosa.

—Por supuesto que me lo va a pagar. Y también tiene que comprarle un bozal a ese bicho. O, mejor aún, deshágase de él.

Marni se agachó y empezó a recoger las esquirlas más grandes.

—Es un perro guardián.

—¿Y si hubiera entrado un niño?

Notó que la pregunta le había molestado.

—Lo dudo mucho. Esto es un estudio de tatuajes.

—¿Podría darme un vaso de agua? Me sabe la boca a perro.

Fue a la trastienda y él la siguió, pero, al llegar a la puerta, se paró en seco. A Marni Mullins, el gesto pareció hacerle gracia.

—Vamos, no se preocupe por Pepper. Si ve que le dejo pasar yo, no le hará nada.

Siguió con paso vacilante a Marni dentro del estudio y echó un vistazo alrededor. Como en la tienda, las paredes estaban llenas de su trabajo (había dibujos, acuarelas y primeros planos de tatuajes). En la habitación, no cabía un alfiler: había una mesa en una esquina, una camilla, una enorme silla de barbero de estilo antiguo y una vitrina con una colección de calaveras de cristal y también auténticas, algunas de ellas pintadas como si fueran calaveritas de azúcar mexicanas para el Día de Muertos.

—Siéntese —dijo, mostrándole la silla de barbero—. ¿Quiere un *whisky*?

Francis sacudió la cabeza.

—No bebo cuando estoy de servicio. —En realidad, apenas probaba el alcohol, pero eso no era asunto de ella.

Mientras Marni llamaba para que fueran a arreglar la puerta, Francis bebió un poco de agua y se quedó observando a Pepper. El bulldog lo miraba a su vez a él con cautela, pero se mantuvo estirado y sin moverse, tirado sobre un colchón mugriento que había bajo la mesa. Con una pata, se frotó un par de veces la oreja que le había mordido y, al final, se movió pesadamente y le dio un golpecito a Francis en la pierna con el morro.

Para cuando Marni regresó de medir la puerta, el perro estaba tumbado bocarriba y con la cabeza descansando sobre uno de los pies de Francis.

Los miró a los dos con recelo.

—¿Le gustan los perros?

—No.

Francis abrió el maletín de cuero y sacó una fotografía ampliada.

—¿Qué puede decirme de esto? —preguntó, mientras se la mostraba.

Era un primer plano del tatuaje que le habían recortado a Evan Armstrong. Marni cogió la fotografía y la examinó detenidamente.

—Es el tipo del contenedor, ¿verdad?

Francis asintió.

Volvió a mirar la foto.

—Es un tatuaje polinesio, aunque eso no quiere decir que se lo hiciera allí. Podría habérselo hecho en cualquier parte. Es bastante bueno, la verdad. ¿Sabe quién se lo hizo?

Ahora que se había concentrado en el tatuaje estaba más calmada.

—Esperaba que me lo dijera usted. La foto nos la dieron sus padres, pero no saben nada de sus tatuajes... ni, para el caso, de su vida privada.

Marni frunció el ceño.

—No puedo saber quién hizo un tatuaje así, a simple vista, ¿sabe? Hay miles de tatuadores en el mundo.

—Lo comprendo, pero...

—Además, no firmamos nuestro trabajo.

—¿Ni siquiera con las iniciales?

—Hay un par de tatuadores que lo hacen, pero son unos gilipollas. La mayoría no sentimos la necesidad de dejar nuestro nombre grabado en la piel de otra persona. Ya es suficiente privilegio que nos dejen tatuarles.

—Pero sí sabía que el san Sebastián era de Thierry, ¿no?

Marni se sentó en la camilla.

—Conozco muy bien el estilo de Thierry.

—Pero entonces, ¿no reconoce este estilo? ¿No es de nadie de la ciudad?

—Se puso a mirar él mismo la fotografía.

—No, creo que no. Pero tampoco soy una experta en tribales.

Se quedaron los dos callados un momento.

—¿Por qué quiere saberlo? —preguntó Marni.

—¿El qué?

—Quién hizo el tatuaje. ¿Podría ser importante para el caso?

«¿Que si podría?». La verdad era que no tenía ni idea, estaba siguiendo todos los rastros hasta encontrar alguna pista.

—Ahora mismo, no puedo descartarlo.

—¿Thierry es uno de los sospechosos?

—No puedo darle detalles sobre el caso.

Desde luego que no, porque no había nada que decir y, si esa mujer no podía ayudarlo, iba siendo hora de marcharse.

Se levantó para irse.

—Déjeme la foto y preguntaré por ahí. —Bajó de la camilla de un salto y le quitó la fotografía—. ¿Sería sospechoso el tatuador?

—¿Se le ocurre algún motivo por el que alguien querría cortarle un tatuaje a la víctima? —le preguntó a su vez—. ¿Sirve para algo?

Necesitaba entender por qué lo habían hecho.

—¿Que si sirve para algo? —Marni arqueó las cejas—. ¿Qué quiere decir con eso?

—Sí, si es algo así como un castigo en el mundo del tatuaje o alguna especie de ritual extraño de una secta de los tatuajes. No sé qué cosas hacen ustedes.

—Nosotros, ¿quiénes? —Marni sacudió la cabeza—. ¿Cree que somos algo así como una secta? Joder, no, recortarle tatuajes a la gente no sirve para nada.

Cuando Marni empezó a subir el tono, Pepper levantó las orejas.

—Mire, puede que no le gusten los tatuajes, me parece bien. —Lo miró fijamente—. Pero tiene un serio problema con su actitud. La gente que va tatuada no está en ninguna secta, no es más que gente que, casualmente, lleva tatuajes. Eso es lo único que tienen en común. El veinte por ciento de los adultos de este país, por cierto.

Francis levantó las manos, como pidiendo perdón.

—Lo siento, no insinuaba nada. No conozco este mundo y a veces...

Había puesto el dedo en la llaga. Algo, o alguien, le había hecho mucho daño a Marni Mullins.

—Claro que lo estaba insinuando, o no habría dicho nada.

Se había levantado un muro entre los dos. Francis echó un vistazo alrededor tratando de encontrar algo con lo que recuperar el lazo perdido, pero no había nada.

—Lo siento mucho, de verdad.

Marni volvió a sentarse en la camilla.

—Bueno, cuénteme, ¿qué le pasa a usted con los tatuajes?

—No me pasa nada —dijo muy despacio; no era del todo cierto, pero necesitaba su ayuda—. Es solo que no los entiendo. ¿Por qué querría alguien marcarse el cuerpo para siempre de esa manera? No le encuentro ningún sentido.

—Para expresarse —respondió ella, sin añadir nada más.

Francis no supo a qué se refería.

—Mi madre... Ella decía que los tatuajes eran el signo visible de un daño invisible —soltó, sin pensar.

Marni lo miró enfurecida y se dio cuenta de que no debería haber dicho eso.

—No puede pensarlo de verdad.

—No... Pero, entonces, ¿por qué los llevan?

—Es verdad que pueden ser un símbolo del dolor, pero normalmente son algo positivo... Son símbolo de motivación, de esperanza, de la determinación de ser fuerte. —Cerró los ojos un segundo y, al abrirlos, su mirada se había hecho mucho más intensa—. Perdí a un hijo. Mi espalda es un recuerdo de ese niño, mi forma de llevarlo conmigo para siempre.

—Lo siento —dijo Francis, con la sensación de haber mirado lo que no tenía derecho a ver.

—Pero la mayoría de la gente solo se tatúa por moda —continuó ella—, o porque sus amigos llevan tatuajes, o para demostrar su amor o su respeto por alguien. No somos todos iguales ni todos tenemos los mismos motivos.

—No, eso lo sé. Me di cuenta en la convención. —La miró tímidamente—. Bueno, entonces, ¿va a ayudarme?

Lo miró con frialdad.

—Haré lo que puedo hacer, que es preguntar por ahí... Pero no te hagas ilusiones, Frank.

—Es Francis —dijo, a regañadientes.

Ella también daba cosas por sentado, por supuesto, pero era su única puerta de entrada al mundo del tatuaje. Si el asesinato estaba relacionado de alguna forma con el tatuaje desaparecido, la necesitaba. Y, desde luego, eso era lo que sugería el hombro desollado de Evan Armstrong. Además, ahora tenían otro cuerpo que también llevaba muchos tatuajes.

Si quería resolver el caso antes de que hubiera otra víctima, tenía que contar con ella.

V

¡La fama llama a mi puerta! Han escrito un artículo sobre mí en un periódico local. Por supuesto, no saben cómo me llamo ni quién soy, pero mis actividades están causando sensación en la ciudad... y no menos miedo. O eso espero. Me pregunto si el Coleccionista lo habrá leído. ¿Estará orgulloso de mí?

Sé que algunos asesinos con afán de notoriedad se dedican a escribir a la prensa o a enviar mensajes a la policía, pero yo no creo que vaya a hacerlo. Mi misión ya es lo bastante gratificante y, al final, siempre acaban pillando a esos idiotas por las cartas. No voy a ponérselo en bandeja, prefiero disfrutar leyendo sobre mis hazañas en el Argus.

Me fastidia que haya tantos datos equivocados, aunque eso quiere decir que solo yo sé qué les sucedió exactamente a mis víctimas. Ellos no tienen más que conjeturas y solo pueden rellenar los huecos con una mezcla de miedo y de morbo.

¿Escribirán algún día un libro sobre mí?

Por supuesto, nadie conoce mi historia mejor que yo. La historia de cómo mi hermano Marshall me arrebató lo que era mío por nacimiento. Mi madre estuvo a punto de abortar y no debería haber llegado a nacer. En cuanto aprendió a andar y a hablar, se convirtió en el ojito derecho de todos. Era más pequeño que yo, pero muy avisado y enseguida me daba cien vueltas. Me echaba la culpa a mí de todas sus trastadas: yo me había llevado el pastel de la despensa, yo había manchado la alfombra con tinta negra, yo había cortado las flores de las cebollas y las rosas del jardín de mamá... Con esa carita de bueno, todo el mundo lo creía a él, mientras se burlaba de mí a espaldas de mis padres. Me amargó la vida.

Envenenó a mi padre para ponerlo en mi contra y hacerse con el control de la empresa familiar. Kirby Leathers. La compañía que fundó mi tatarabuelo hace un siglo y que debería haber sido mía. Yo habría hecho crecer el negocio y así seguiría en manos de la familia. Pero no, fue a parar a manos de mi hermano. El favorito de papá.

Pero esto no es más que el comienzo de todo.

CAPÍTULO 14

RORY

Rory pudo olerle el aliento a *whisky* nada más llegar. El hombre cogió el café que le ofreció el policía con una mano arrugada y llena de nudos que más parecía una zarpa. Tenía las uñas largas y negras de mugre, y la piel tan amarilla como sus globos oculares.

—Gracias —dijo con voz ronca.

Rory se sentó a su lado, en el estrecho banco de la parada de autobús. Eran más de las dos de la mañana y ya pasaban pocos. Lo más probable era que no fuera a aparecer nadie más por la parada.

—¿Cómo te va, Pete?

—*Comme ci, comme ça* —dijo el hombre con una media sonrisa y un hilillo de voz—. Ya sabe...

Rory asintió. Siempre era igual con tipos como Pete y su lucha por conseguir trabajo primero, por conseguir dinero luego y por conseguir bebida al final.

—¿Has oído algo interesante? —preguntó Rory.

Pete miró alrededor con cautela, aunque no había ni un alma a la vista.

—La verdad es que...

—Si tienes algo, sabes que te pagaré.

Pete siguió callado, pero se le iluminaron los ojos al oír hablar de dinero.

—Mira —dijo Rory—, quizá puedas ayudarnos. Ayer de madrugada hubo un aviso, habían encontrado a un chico. Era joven, un mocoso, con tatuajes carcelarios. ¿Has oído algo?

—¿Dónde estaba?

—Cerca del agua. —Rory no quiso darle demasiados detalles, Pete no sabía tener la boca cerrada y no se lo pensaría dos veces si podía vender algo de información en la otra dirección.

—Por lo que dicen, había un par de trapicheos montados para el fin de semana. He oído que uno salió mal. ¿Encaja con lo tuyo?

Rory se encogió de hombros.

—Dame nombres.

Pete se frotó el dedo índice y el pulgar, mientras le arqueaba las cejas a Rory.

Rory había previsto ese momento y se sacó un fajo de billetes del bolsillo del pantalón. Cogió uno de veinte y Pete lo miró con incredulidad. Por veinte no iba a abrir la boca.

Rory sacudió la cabeza y se guardó el dinero.

—Necesito algún nombre, Pete.

Pete suspiró con teatralidad.

—Entonces, tendrás que recompensarme.

Cuarenta libras pasaron de una mano a otra y Pete soltó una retahíla de nombres de camellos locales. Rory los conocía a todos y sabía que un par estaban a la sombra.

—Venga, Pete. Esto es una trola. Dame algo mejor o te quito ese dinero.

Pete levantó las manos, como poniéndose a la defensiva.

—Vale vale, ahora en serio. Los hermanos Collins. Hace un tiempo que se cuecen problemas.

—¿Entre ellos o con alguien más?

—Una banda de rumanos intentó entrar en su territorio.

No es que fuera la noticia del siglo, pero podría explicar lo del chico muerto en el muelle. De camino a casa, la hipótesis cada vez le convencía más. Las guerras por el territorio entre bandas locales no eran nada nuevo y a ellas se debían gran parte de los delitos violentos que se cometían en la ciudad. La información no valía cuarenta pavos, pero merecía la pena tener a Pete de su lado. Muy de vez en cuando, sabía estar a la altura de las circunstancias.

A la mañana siguiente, le contó su hipótesis a Francis en comisaría, pero el jefe no pareció muy convencido.

—¿Es solo una suposición de su confidente o tiene alguna base?

—Bueno, Pete no sigue exactamente las normas en materia de pruebas... —dijo Rory—. Pero habría que comprobarlo. Después de todo, el tipo está lleno de tatuajes carcelarios. No me parece de más suponer que podría estar en alguna banda y que esta muerte (o incluso las dos) estuviera relacionada con ellas.

—Nada de dar cosas por sentado. —Fue muy seco. Estaba claro que al jefe no le gustaba que Rory tuviera una pista.

—Entonces, vamos a ver si su tatuadora puede decirnos dónde podría haberse tatuado la víctima.

Rory le había ganado al jefe por la mano, pero no pudo disfrutar mucho tiempo de su pequeña victoria, porque enseguida se abrió la puerta de la sala de coordinación y Hollins entró en la habitación acompañado por Marni Mullins.

—Gracias por venir —dijo Francis mientras se acercaba a saludarla.

—No me ha quedado otra. —Parecía desconcertada—. De verdad que he dicho todo lo que sé.

—Sí, por supuesto, y le estamos muy agradecidos —respondió Francis—. Si le enseño las fotografías de unos tatuajes, ¿podría decirme algo sobre ellos?

Se encogió de hombros.

—Claro.

Francis la acompañó hasta una mesa al fondo de la sala y extendió un fajo de fotografías, primeros planos de tatuajes sobre una piel blanquecina y desangrada. Por lo que se veía de fondo, Rory supo que las habían hecho en el depósito.

—Encontramos a este hombre muerto el martes de madrugada. Sospechamos que algunos de estos tatuajes están relacionados con bandas.

Marni se acercó a mirar las fotos. Al cabo de un minuto, las organizó para montar la forma del cuerpo. En el torso, los brazos y las piernas no había más que un batiburrillo de tatuajes en negro, mal hechos y con los trazos emborronados. Eran todo símbolos, números y calaveras.

—¿Lo han asesinado? —preguntó Marni.

Francis asintió.

—Lo decapitaron.

Marni Mullins volvió a examinar los tatuajes y luego señaló una de las fotografías.

—Algunos son bastante interesantes. —Ya no parecía nerviosa.

—Está muy claro que estaba metido en una banda —dijo Rory—. Sospechamos que fue un asunto de drogas que salió mal. Seguro que las huellas nos dicen mucho más que todos esos garabatos.

El jefe lo fulminó con la mirada y luego se volvió hacia Marni.

—Señora Mullins, ¿estos tatuajes tienen algún significado especial que pudiera interesarnos?

Marni volvió a señalar la misma fotografía.

—Este de aquí. Es un símbolo clásico de banda.

Era el tatuaje de una corona de cinco puntas.

—Ja, ¿qué le había dicho? —dijo Rory.

Marni volvió la cabeza para mirarlo.

—¿Lo conoce?

—Una banda es una banda. No hay muchas para elegir aquí en Brighton.

Marni suspiró.

—Este tatuaje no se lo han hecho en una cárcel de por aquí. La corona es la de los Latin Kings, una banda que no opera en Brighton, y las cinco puntas indican la pertenencia a People Nation. Por lo que sé, ninguna de estas bandas tiene grupos en Brighton. Y otra cosa más, se lo han hecho con una máquina eléctrica. En la cárcel, los tatuajes se hacen con un bolígrafo y betún.

Francis Sullivan estaba esforzándose por reprimir una sonrisilla burlona. «Qué repelente», pensó Rory.

—Algunos de estos tatuajes son caseros —dijo Marni, señalando un par de los más toscos—, pero eso no significa que se los hicieran en la cárcel. Los puntos y el número catorce son por una banda de los Estados Unidos. Tres puntos significan «mi vida loca» y cinco puntos indican que se ha estado en la cárcel, vienen a ser las cuatro esquinas de la celda con el preso dentro. El número catorce lo llevan los miembros de Nuestra Familia, una banda del norte de California. —Se volvió hacia Francis—. Creo que lo que tenéis aquí es a un quiero y no puedo, con las ideas muy poco claras. Me da la sensación de que tiene tanto que ver con las bandas como yo. —Y luego añadió, mirando a Rory—: En otras palabras, si usted cree que este asesinato es cosa de bandas, es que anda un poco perdido.

«¿Cómo es que sabe tanto sobre el tema?», pensó Rory de mal humor.

—¿Y qué le parece este de aquí? —Sullivan señalaba el tatuaje de un lobo gruñendo que llevaba en la pantorrilla derecha.

Marni lo examinó un par de minutos, siguiendo el trazado con el dedo.

—Este sí es bueno. Le costaría bastante caro y no tiene nada que ver con cárceles ni con bandas. Además, se lo hizo hace poco. Cada vez tenía mejor gusto. Iba madurando.

—Dígame una cosa —dijo Francis—. ¿Cómo sabe si un tatuaje está hecho a mano o con una máquina?

—Se ve a simple vista si un tatuaje lo ha hecho un aficionado, ya sea en casa o en la cárcel —respondió Marni—. Los trazos son más gruesos, y los dibujos, toscos. Además, los contornos suelen emborronarse. Mire la diferencia entre estos dos. —Señaló la corona del torso y la palabra «ODIO»

que le adornaba los nudillos de la mano izquierda—. En la cárcel no hay tinta de color, así que los tatuajes siempre son en negro.

Rory fingió desinterés y se ganó una mirada de enfado del jefe.

—Es importante saber todo esto, sargento —le dijo—. Cada vez aparecen tatuajes en más casos.

—Sí, señor —respondió, a regañadientes.

—Gracias por venir —dijo Sullivan—. Estoy seguro de que esta información nos servirá de mucho.

Rory no estaba tan convencido. En realidad, no les había dicho nada y solo había echado por tierra lo que era una hipótesis perfectamente razonable.

Marni se quedó observando mientras Francis recogía las fotografías.

—Adiós, señora Mullins —se despidió Francis, mientras la acompañaba hacia la puerta.

—Marni —dijo—. Hace doce años que no soy señora de nadie.

—Muy bien, Marni a partir de ahora.

Era para ponerse enfermo. Pero, mientras colgaba las fotografías en el tablero, Rory tuvo que reconocer que el jefe estaba bastante favorecido cuando se sonrojaba.

CAPÍTULO 15

FRANCIS

Francis observaba a Marni zigzagueando por la acera por delante de él. Estaba diluviando y todo el mundo andaba buscando un sitio para refugiarse. Había tanta gente que no podían caminar uno al lado del otro. Lo llevaba a ver a otro tatuador, a su mentor, Ishikawa Iwao. Era un estudioso de la historia del tatuaje y quizá podría decirles algo más sobre el que llevaba en el hombro Evan Armstrong. Sabe Dios si podría ayudarlos, pero a Francis se le estaban agotando las ideas. Bradshaw se había pasado el almuerzo sin quitarle el ojo de encima y necesitaba aire fresco, no soportaba más el olor a tabaco rancio del comisario. En cuanto volvió al despacho, había llamado a Marni para pedirle ayuda de nuevo.

—Es aquí —anunció Marni, volviéndose hacia él.

Por fin, dejaron la lluvia atrás y entraron en un portal que daba directamente a unas escaleras. Dentro, el techo y las paredes estaban pintados de negro, y la moqueta, tan vieja y raída que Francis no consiguió descifrar de qué color habría sido en otros tiempos. Siguió a Marni por las escaleras, que, tras un tramo, giraban y se estrechaban. Allí se cruzaron con una chica muy delgada y con un minivestido de color negro, que se apretó contra una esquina para dejarlos pasar.

—Madero —le susurró a Francis al oído cuando pasó a su lado.

«Por Dios, ¿cómo lo sabrán?». Siempre era igual. ¿Emanaba algún tipo de olor o sería por el traje? ¿Es que los miraba de alguna forma rara sin darse cuenta?

—Esta vez no he venido a por ti, cariño —le murmuró él cuando la chica empezó a bajar otra vez las escaleras.

Marni se volvió a mirarlo, como preguntándole qué hacía, y él arqueó las cejas.

Las escaleras daban a un pasillo estrecho con puertas a cada lado. El aire estaba cargado y olía a una mezcla de incienso y pachuli. Del techo colgaba una lámpara solitaria, con una bombilla de color rojo. Se oía música y, detrás de una de las puertas, había una mujer cantando una tonadilla oriental con voz aguda y aflautada. ¿Sería un burdel o un fumadero de opio? Francis casi podía imaginarse a Sherlock Holmes allí dentro, disolviéndose entre una nube dorada.

Marni llamó a una puerta y, sin esperar a que respondiera nadie, la abrió y pasó dentro, haciéndole un gesto a Francis para que la siguiera. No sabía con qué iba a encontrarse. Había imaginado una cámara de los horrores oscura y sórdida, pero no lo que vio: un estudio espacioso, impoluto y bañado en luz natural. En la pared de enfrente, había una larga hilera de ventanales que daban a un jardín trasero abigarrado y descuidado. En contraste con él, todo lo que había en ese estudio era sofisticado y moderno. Las sillas y los bancos de tatuar parecían caros y mezclaban el acero, el cuero y la madera, mientras que los equipos y las luces hacían pensar en unas instalaciones médicas de lujo.

Pero no fue nada de eso lo que más le llamó la atención a Francis. Sobre una de las elegantes sillas de cuero, había algo sentado que lo miraba con hostilidad desde sus ojos verdes. A primera vista, le pareció un bebé desnudo, demacrado y lleno de cardenales, y le recorrió un escalofrío de arriba abajo. Pero la criatura, en realidad, era un gato sin rastro de pelo y tan flaco que se le marcaban todos los huesos. Pero lo más inquietante fue que, al acercarse, advirtió que los cardenales eran realmente tatuajes. El animal tenía el lomo, el cuello, el pecho y las patas totalmente cubiertos de pictogramas japoneses en tinta de color añil. El gato bufó y le enseñó los dientes.

Francis miró a Marni como reclamando una explicación y luego extendió la mano hacia el animal, que se irguió sobre las patas traseras y le golpeó en la mano con una zarpa, dejándole un arañazo en el pulgar.

—Pero ¿qué...?

Oyó una puerta a su espalda y dejó lo que estaba pensando. El pulgar le sangraba, se lo metió en la boca y, al darse la vuelta, vio entrar en el estudio a un japonés esbelto y vestido con un kimono de lino de color azul oscuro. Llevaba el pelo rapado y tan blanco como la nieve, pero no tenía ni una sola arruga en la cara, así que era difícil determinar su edad. No parecía muy contento de encontrar visitas.

Cuando reconoció a Marni, hizo un gesto con la cabeza, pero frunció el ceño al mirar a Francis. Luego, realizó una profunda reverencia y Marni se la

devolvió, mientras movía el dedo índice para señalarle a Francis que hiciera lo mismo.

—*Konnichiwa* —saludó el hombre, con la voz aguda y en *staccato*.

—*Konnichiwa, sensei* —respondió Marni.

Volvió a erguirse y se giró para mirar a Francis.

—*Konnichiwa* —dijo, inclinándose de nuevo.

Francis le devolvió la reverencia, sin saber qué decir.

Cuando se irguieron otra vez los dos, volvió a dirigirse a Marni y le dijo algo en japonés. A Francis le pareció que estaba enfadado pues, aunque no sabía qué había dicho, vio que Marni ponía mala cara.

—Sí, he traído a un extraño —respondió en inglés—. Perdóname, maestro. Necesitamos tu ayuda.

—Después de un año sin verte, solo vienes porque necesitas algo.

Francis no tenía claro si estaba enfadado o era un reproche con cariño.

—Lo siento, Iwao —se disculpó Marni, haciendo otra reverencia—. Lo siento mucho. Ya sé que debería venir más.

—Así es. Eres mi lienzo favorito y aún tienes piel sin cubrir. Además, te queda mucho por aprender. —Entonces, relajó la expresión y sonrió—. ¿Cómo está Thierry?

Marni le devolvió la sonrisa.

—Está bien. Últimamente está haciendo muy buen trabajo.

—Dile que venga a verme pronto. Él también se olvida de sus amigos y eso no está bien. Pero veamos, has traído visita. ¿A quién tenemos aquí?

Obediente, Marni se volvió hacia Francis.

—Iwao, este es Francis Sullivan.

Empezó a hablar en japonés e intercambiaron algunas palabras. Al rato, se callaron e Iwao se quedó observando a Francis. El gato volvió a bufar, bajó de la silla de un salto y se quedó mirando fijamente hacia la puerta por la que había entrado Iwao.

—¿Es policía? —preguntó Iwao.

Francis asintió.

—Largo de aquí.

Marni dio un paso adelante y lo cogió con suavidad por la muñeca.

—No, Iwao, por favor. Esto es importante.

El hombre soltó el brazo.

—Trae mala suerte. Marchaos.

Francis miró a Marni, pero parecía perdida, así que pasó a mirar a Iwao.

—Señor Ishikawa, estamos investigando un asesinato y necesitamos sus conocimientos sobre tatuajes. Solo quiero enseñarle un par de fotografías, después me marcharé.

Iwao frunció el entrecejo y le susurró a Marni algo en japonés. La mujer asintió y se puso completamente roja.

—Deme las fotografías —dijo él.

Francis abrió el maletín y sacó la fotografía del hombro de Evan Armstrong.

—Tratamos de averiguar quién hizo este tatuaje.

Iwao cogió la fotografía y se acercó a una mesa de trabajo perfectamente ordenada. La iluminó con un potente flexo y, mientras la examinaba con una lupa, empezó a chasquear la lengua.

Francis se puso a mirar las fotografías de la pared. Como era de esperar, todos los tatuajes eran de estilo japonés y, aunque no era ningún experto, le resultó fácil apreciar que tenían algo único.

—¿Todos son de Iwao? —preguntó a Marni, en voz baja.

Ella asintió.

—También me hizo la espalda —dijo.

—Sé de quién es —dijo Iwao.

Dejó la fotografía sobre la mesa y sacó el catálogo de una exposición de una estantería que tenía a su lado. Hojeó las páginas hasta que encontró lo que buscaba.

Francis contuvo el aliento y lanzó una mirada a Marni, que también estaba como en vilo.

—Sí, este es. —Iwao dejó el catálogo junto a la fotografía y lo mantuvo abierto, para que Francis y Marni pudieran verlo—. Son muy parecidos, está claro que los hizo la misma persona. Fijaos en estos triángulos de aquí, están ligeramente deformados en la misma dirección. Las líneas también son igual de finas, se ha utilizado una escala similar para los patrones, el mismo grado de detalle...

Francis miró más de cerca y reconoció todo lo que les decía.

—¿Y bien? —le instó Marni.

—Es un trabajo de Jonah Mason. Lo invité a participar en mi exposición. Lo recibió como un gran honor, pero lo cierto es que su trabajo es soberbio.

—Me pareció que podría ser de Jonah —dijo Marni—, pero no lo tenía claro. Quería conocer tu opinión.

—¿Sigue en activo? —preguntó Francis.

Iwao se encogió de hombros.

—Lleva quince años en California, lo conocí allí. Pero sí, sigue siendo bastante prolífico.

Cerró el catálogo y lo devolvió a la estantería. Al levantarse, se le deslizó la manga del kimono hasta el codo y Francis pudo entrever el antebrazo totalmente cubierto por un elaborado tatuaje en tinta negra.

—¿Dices que se llevaron el tatuaje? —preguntó Iwao, volviéndose hacia Marni.

—¿Se te ocurre por qué querrían hacer algo así? —dijo ella.

Iwao cogió aire y esperó un momento antes de soltarlo. Se dio unos golpecitos en la barbilla con unos dedos largos y finos.

—Es algo que se hace en Japón —dijo por fin—, pero no de esta forma. La gente con *irezumi*, normalmente de la Yakuza...

—¿*Irezumi*? —preguntó Francis.

—Tatuajes de cuerpo entero. A veces, cuando muere un yakuza, da instrucciones para que desuelen su tatuaje y lo conserven. Hay algunos ejemplos expuestos en el museo de los tatuajes de Bunshin, en Yokohama. Y también hay una colección en la Universidad de Tokio.

—Pero no los asesinan por sus tatuajes, ¿no es cierto?

Iwao sacudió la cabeza.

—Nunca había oído algo así, ni en Japón ni en ninguna otra parte. Y ahora, deberíais marcharos.

Dio media vuelta y salió de la habitación sin despedirse, así que Francis y Marni volvieron a bajar por las oscuras escaleras y salieron a la calle. Cuando la puerta se cerró tras ellos, Francis se dirigió a Marni:

—¿Qué dijo cuando le pedí que viera las fotografías?

Marni apartó la mirada y volvió a sonrojarse.

—No era nada, solo me pidió que recordara una cosa.

Francis no tenía tiempo para pensar en eso y el comportamiento de Marni tampoco lo animó a seguir indagando. Echaron a andar en silencio.

El teléfono empezó a vibrarle en el bolsillo y, al mirarlo, vio que era un SMS de Rory:

¿Se imagina por qué Marni Mullins sabe tanto de tatuajes carcelarios? Ha estado un tiempo en la trena.

VI

Ya he conseguido varios tatuajes y los estoy curtiendo para convertirlos en cuero. Todos proceden de distintas personas (ya muertas, claro está) y cada uno se encuentra en una etapa diferente del proceso de curtido. Llevo años elaborando cuero, aunque no humano, por supuesto (esta es una dedicación relativamente reciente), sino de piel animal. Aunque pueda parecer increíble, el proceso es completamente idéntico. La piel humana no se diferencia en nada de las demás y da un cuero tan suave como el de cualquier otra piel.

Por ejemplo, el cuero cabelludo del chico está metido en una cuba con agua y cal apagada, para romper la queratina del pelo y que se disuelva la grasa. Apesta, pero es una parte fundamental del procedimiento. Mientras está a remojo, voy trabajando en otra pieza; en concreto, estoy quitando el pelo y la carne en putrefacción de una elegante manga, y para eso utilizo una hoja roma. Recuerdo a la mujer a la que le quité este tatuaje. Fue mi primera víctima. Yo era un manojo de nervios, pero en cuanto empecé a cortar y a desollar, recuperé la confianza. Era muy educada (estuve charlando con ella antes de asesinarla) y no perdió nada de dignidad cuando se dio cuenta de lo que estaba a punto de sucederle. Solo en el momento exacto de morir, noté el miedo en sus ojos y el olor a sudor.

Me encanta trabajar con pieles, me hace tremendamente feliz. Lo descubrí cuando todavía trabajaba con Ron Dougherty. Él supo reconocer mi talento. Cuando empecé a aprender con él la profesión, era sin duda el mejor taxidermista del país, pero estuvo encantado de entregarme el testigo en cuanto pulí mis habilidades. Aun así, lo más importante es que formábamos un equipo y que fue como un padre para mí.

Retomé mi educación allí donde la había dejado el verdadero y lo superó en tantas cosas que no sabría ni por dónde empezar. Cuando papá me expulsó del nido por no alcanzar sus expectativas, Ron se encargó de arreglar las cosas. De arreglarme a mí. Pasé diez años a su lado, él me cosió las heridas y me enseñó el oficio. Ron me dio un hogar y un trabajo, pero también muchas otras cosas.

Trabajaba para él en su estudio. Al principio, me hacía practicar con ratas y ratones. Se pueden comprar vivos en cualquier parte (para dar de comer a las serpientes o para los laboratorios), así que nunca nos faltaba suministro. Como son baratos, no importaba mucho si me equivocaba, aunque hice algunas piezas realmente buenas. En cuanto me familiaricé con el desuello, del curtido y del relleno, pude seguir puliendo la técnica con pájaros y ardillas; luego, pasé a hámsteres, también llegaron los gatos. Por fin, y cuando lo consideró oportuno, me dejó trabajar con animales mayores. Hubo unos pocos clientes que preguntaron por la procedencia de los animales, pero casi todos los encargos eran de mascotas muertas, de ponis o de piezas de caza. A veces, también nos pedían que reprodujéramos escenas de algún libro o de alguna película con pájaros y ratones muertos. Mi favorita era una rata convertida en Don Quijote que se lanzaba a toda velocidad contra un molino de viento a lomos de un erizo. Lo hice para una anciana de Brixham, que había tenido una pieza igual cuando era niña.

Ron murió hace unos años. Es una pena que haya fallecido. Conservé su piel y la curtí, fue mi primera experiencia con piel humana. Siempre llevo un pedacito de la piel de Ron encima, en el bolsillo a veces, pero casi siempre cogida con imperdibles por dentro de la ropa, para sentirla en contacto con la mía. Así siempre estamos juntos. Él y yo nunca nos separamos.

Ron era el mejor, por eso tuvo que marcharse.

Ahora, según el Coleccionista, no hay nadie que me supere.

CAPÍTULO 16

FRANCIS

Francis Sullivan tenía la vista clavada en la pantalla del ordenador y lanzó una maldición entre dientes, contra nadie en particular. No había nada. Era increíble, ni una sola Marni Mullins en la base de datos de la policía de Sussex. Quizá estaba fichada con otro nombre, con su apellido de soltera lo más seguro. Pero, si era así, ¿cómo demonios había sabido Rory que estuvo en la cárcel? Francis lo llamó nada más recibir el mensaje, pero el sargento solo masculló algo no muy claro sobre rumores sin corroborar. ¿Por qué la habrían condenado? ¿Habría robado en alguna tienda o trapicheado con drogas, como Thierry? El exmarido sí tenía varias amonestaciones. ¿Y si había sido robo con allanamiento? Las mujeres podían ser muy buenas en eso. Tendría que ampliar la búsqueda a la base de datos nacional.

Aun así, también tenía muy claro que no debería estar haciendo eso. Marni no había sido ni por un minuto sospechosa del asesinato de Evan Armstrong y, en principio, tampoco había motivos para relacionar ese asesinato con el del joven que había aparecido en los muelles. Las dos víctimas estaban tatuadas, era cierto, pero, por lo que parecía, también lo estaban la mitad de los hombres jóvenes que seguían vivos y coleando en la ciudad. Además, el *modus operandi* era completamente distinto. Alimentar esa curiosidad puramente morbosa por Marni Mullins no era nada profesional. Podía dejar que se encargara Rory. El segundo al mando tenía una falta absoluta de escrúpulos y seguro que estaría encantado de hacerlo, pero lo cierto era que Francis ni siquiera se había atrevido a preguntarle de dónde había sacado la información.

Le llegó un correo electrónico y tuvo que volver a pensar en los casos que tenía abiertos. El mensaje era de Angie Burton y ofrecía los resultados de una investigación claramente más válida que la que él manejaba. Le había pedido

que consultara a la Sección de Análisis de Grandes Delitos, la SCAS, si había habido crímenes violentos con algún tipo de desuello o sustracción de tatuajes. Mientras daba un buen sorbo de café, deslizó la vista por la pantalla en busca de información.

Al parecer, no había ningún caso conectado. Varias víctimas mortales (por violencia de género, trifulcas o atracos) habían estado tatuadas, pero casi todos los casos estaban resueltos y la SCAS no consideraba que los tatuajes hubieran sido piezas fundamentales para el móvil en ninguno. La lista de lesiones recogidas en la base de datos era en verdad truculenta, pero no aparecía el desuello. Casi todas las heridas eran apuñalamientos o traumatismos con arma contundente. A una mujer le habían amputado un brazo, a otra la habían empujado a las vías del tren y también aparecían un par de disparos con arma de fuego. A un hombre lo habían apuñalado en el cuello con una máquina de tatuar y había sobrevivido, aunque las agujas le habían perforado una de las arterias carótidas.

Francis saltó directo a las conclusiones de Angie:

... sin relación evidente con la muerte de Evan Armstrong. Un análisis más en profundidad quizá podría sacar alguna conexión a la luz; sin embargo, sería necesario dedicar muchas horas de trabajo por parte del equipo...

En otras palabras, Angie no quería encargarse. Era comprensible, cada vez había que dedicar más tiempo al análisis de datos, pero nadie se unía al cuerpo para hacer ese tipo de trabajo. Lo que querían todos era mancharse las manos, no estar sentados frente a una pantalla. Pero si había algo, no podía permitirse el lujo de pasarlo por alto en su primer caso.

Descolgó el teléfono.

—Hollins, venga inmediatamente.

El agente apareció en la puerta a los dos minutos.

—Jefe, ¿podemos hablar dentro de un segundo? Es el cumpleaños de Angie y está a punto de repartir la tarta.

«Claro, sin problema, para qué preocuparse. Solo hay un loco con un cuchillo desollador por ahí suelto; pero, eh, vamos a hacer un descanso y a comer tarta todos juntos...».

—Por supuesto. —Se levantó del escritorio y acompañó a Hollins a la sala de coordinación—. ¿Dónde está la cumpleañera?

Después de diez minutos, de entonar a coro el *Cumpleaños feliz* y de comerse la porción de bizcocho Victoria más pequeña que le pudieron cortar, se disponía a volver a su despacho, pero Angie le salió al paso y le pidió entre bromas un beso de cumpleaños; no fue más que un pico en la mejilla, pero se

puso tan rojo como un tomate. Por fin se consiguió escabullir y de camino pilló a Kyle Hollins disponiéndose a coger la tercera porción de tarta. No era de extrañar que la barriga empezara a colgarle ya por encima del cinturón.

—Hollins, venga a mi despacho.

Rory salió tras ellos, relamiéndose los restos de mermelada de fresa que aún llevaba en los labios.

—Jefe, solo una cosa. —De su boca, salieron disparadas unas migas de tarta.

Francis frunció el ceño.

—Un momento.

Se volvió hacia Hollins.

—Le he enviado un informe de la SCAS con el perfil del asesinato de Armstrong. Quiero que lo analice con todo detalle, que lo peine de arriba abajo y que compruebe cualquier cosa que pudieran haber pasado por alto, sobre todo zonas de piel con cortes o abrasiones. Coteje todas las referencias geográficas y tome nota de todos los nombres y de todos los sospechosos. Antes de terminar el día, infórmeme de cualquier caso que pudiera estar relacionado con el nuestro.

—Pero...

—Sin peros. Empiece a trabajar.

Hollins dio media vuelta, cabizbajo.

Rory se quedó mirándolo con una sonrisa.

—Creo que lo que intentaba decirle es que Bradshaw ya lo ha puesto a trabajar en algo que tiene que terminar, bajo amenaza de muerte.

Francis arqueó una ceja. «¿Acaso el comisario estaba pasando por encima de él y utilizando a sus hombres?».

—Qué se le va a hacer, la vida es dura. Por cierto, ¿dónde está Bradshaw? ¿Lo ha visto hoy?

—Es miércoles, estará jugando al golf con el súper. Labrándose un futuro.

—Vale, entonces, ¿qué tiene?

Rory se plantó junto a la silla que había frente al escritorio.

—Lo primero, Tom Fitz, el del *Argus*, está en recepción y dice que no va a marcharse hasta que le dé una entrevista.

Francis suspiró, ¿es que no iba a rendirse nunca?

—Dígale al sargento de recepción que lo eche. ¿Qué más?

—Hemos identificado el cadáver decapitado. Yo tenía razón, teníamos sus huellas.

—¿Y bien?

—No era exactamente el delincuente que había imaginado. —Al menos, el sargento sabía hacer autocrítica—. Solo tenía un cargo por sustracción de vehículo; debió de coger un coche para darse una vuelta. Era un gamberro, un chico de la ciudad llamado Jem Walsh, que estaba haciendo sus pinitos en el mundo del tatuaje. Es bastante improbable que estuviera metido en guerras de drogas.

—¿Hay algo que sugiera lo que pudo haberle pasado?

Rory tardó en responder.

—Pues... resulta que tenía un tatuaje en la cabeza.

Francis sintió una punzada en el estómago.

—... Y se llevaron la cabeza.

—¿Está pensando lo mismo que yo?

—Al final, es posible que los dos casos estén relacionados... Aunque solo es una posibilidad, claro. —Sus miradas se encontraron desde cada extremo de la mesa. Tendrían que investigarlo muy a fondo antes de sacar conclusiones, pero a Francis se le iba a salir el corazón del pecho—. ¿Sabemos ya qué llevaba tatuado?

—Una araña con una tela que le cubría toda la cabeza. Y un nombre. ¿Cómo era? Bel-algo. ¿Beliar?

—El diablo. ¿Cómo lo sabemos?

—Por unas fotos que nos han dado los padres, jefe.

Se sentaron los dos en silencio, uno a cada lado de la mesa, y siguieron callados más de medio minuto hasta que, de pronto, empezaron a hablar los dos a la vez.

—Adelante, dígame —dijo Francis. Sentía el martilleo fuerte y seco del pulso en la base del cuello y empezó a notar frío.

—¿Cree que...? —Rory abrió los ojos de par en par.

Un silencio de cinco segundos. Ninguno de los dos quería pronunciar las palabras.

Por fin, Francis se armó de valor.

—Uno más así y nos las estaremos viendo con un asesino en serie.

CAPÍTULO 17

RORY

No podían estar seguros, así que pasaron una hora revisando todos los datos con los que contaban y echando por tierra sin piedad sus propias hipótesis. Aunque hubiera cierta obsesión por su figura, un asesino en serie era una auténtica *rara avis*, así que lo mejor era no sacar conclusiones demasiado rápido.

—Aún podría aparecer la cabeza —comentó Rory—. Son dos asesinatos, con *modus operandi* y causas de la muerte diferentes; tampoco parece haber conexión entre las víctimas.

—A decir verdad, aún no hemos investigado esto. A Walsh acabamos de identificarlo —dijo Sullivan—. Por otro lado, ¿cuál es la probabilidad de que haya dos asesinos trabajando en la misma zona y la misma semana?

—Los asesinos en serie empiezan de forma paulatina. Apenas ha pasado tiempo entre las dos muertes.

—Eso es cierto. —Sullivan hizo una pausa y abrió un cajón de la mesa—. ¿Podríamos pensar que el tatuaje de Evan Armstrong y la cabeza de Walsh son trofeos?

Se quedó con la mirada perdida en el bloc de notas que tenía sobre la mesa. Rory se sacó un cigarrillo electrónico de color negro del bolsillo y empezó a aspirar. Al oírlo succionar, Francis volvió a donde estaba.

—Recójalo, sargento. Sabe tan bien como yo que no está permitido fumar eso aquí dentro.

Rory puso mala cara y resopló, pero volvió a meterse el artilugio de plástico en el bolsillo. Por Dios, odiaba trabajar para alguien cuadrulado con el reglamento, y el nuevo jefe era un auténtico marinormas. Con Sullivan, podía despedirse de las «vías rápidas».

—Aún es pronto para poner etiquetas o para conectar los asesinatos de forma oficial.

Otra vez las reglas. Joder, los dos sabían qué tenían entre manos.

—Entonces, ¿hacemos como si no fueran asesinatos en serie? Así perdemos tiempo muy valioso. ¿Alguna vez ha trabajado en un caso de este tipo, jefe?

—Ese no es el tema —le cortó Francis—. Solo podemos llegar hasta donde podamos y considerarlos casos distintos hasta que encontremos algo que nos respalde.

—O hasta que aparezca otro cadáver —dijo Rory.

—Hable con los inspectores de servicio. Infórmeles de que hay un asesino suelto, o puede que dos. Necesitamos más agentes patrullando las calles. Los dos asesinatos han sido en el centro de la ciudad...

El teléfono móvil del inspector jefe empezó a sonar insistentemente e interrumpió la conversación.

—Bradshaw —le dijo a Rory moviendo los labios, mientras descolgaba el teléfono.

—¿Señor? —Francis asintió un par de veces, con el semblante serio—. Ahora mismo.

Colgó y echó para atrás la silla.

—Venga conmigo, tenemos que informarle del caso.

—No tardaremos mucho —dijo Rory, mientras salían juntos de la habitación.

—Ese es el problema.

—¿Va a hablarle de nuestra hipótesis?

—¿Lo del asesino en serie? Creo que no, hasta que tengamos algo más. Se le pondría dura y, por mi parte, no quiero ocuparme de eso.

Desde luego, no le faltaba razón.

El despacho del comisario Bradshaw estaba en la planta de arriba, aunque ese único piso marcaba todo un mundo de diferencia. En aquella alfombra no había ni una sola mancha y tenía espacio para una butaca, una estantería y un par de archivadores que ocupaban más que la caja de zapatos que tenía el jefe por despacho allí abajo.

Sullivan llamó a la puerta y entró sin esperar la respuesta. Rory entró con él y se quedaron los dos de pie junto al escritorio de Bradshaw, esperando a que terminara de hablar por teléfono. Sobre la mesa no había ni un solo papel, tan solo unos marcos de fotografías, pero sin niños sonrientes: solo aparecía el

comisario en todo tipo de campos de golf. Rory se colocó algo por detrás y a un lado de Sullivan. La conversación podría estar entretenida.

—Siéntense —dijo Bradshaw de mal humor. Llevaba la cara roja, puede que por el viento del campo de golf, pero lo más seguro es que fuera por la visita al bar de después. Miró expectante a Rory y luego a Sullivan, mientras sus hombres tomaban asiento.

—Señor... —empezó a decir Sullivan.

—El caso de Armstrong. ¿Aún no hay ningún detenido?

—No, señor.

—¿Tienen algún nombre?

—No, señor.

—¿Y Mullins? ¿Qué pasa con él? Pensé que era nuestro hombre casi al cien por cien.

—Tenía una coartada —respondió Rory—, y es sólida.

—Así que llevan cuatro días en el caso y no hay avances. ¿Eso es lo que pasa?

—No exactamente, señor —dijo Sullivan.

Bradshaw se puso furioso.

—En ese caso, por favor, ilústrenme.

Había momentos puntuales, ocasiones puramente aisladas, en los que Rory no envidiaba en nada a Francis por haber conseguido el puesto de inspector jefe. Desde luego, informar a Bradshaw era uno de ellos.

—Hemos conseguido identificar a las dos víctimas, señor.

—¿Quién era la segunda? ¿Hay algo que apunte a que pudiera tratarse del mismo asesino?

—Estamos en ello.

Bradshaw suspiró.

—Pero ¿aún no tienen nada?

—Los resultados de las huellas llegaron hace solo media hora, señor —dijo Rory.

—Estaba fichado, ¿no? —preguntó Bradshaw—. Imagino que ya estarán llamando a todos sus cómplices para empezar a interrogarlos.

—Solo lo habían detenido una vez por sustracción de vehículo, y de eso hace cuatro años —dijo Sullivan—. No tiene compinches ni ha vuelto a tener problemas con la ley desde entonces.

—Por Dios santo, están con el agua al cuello. Hay un asesino o dos por ahí sueltos y aún no tienen absolutamente nada...

—Siendo sinceros, señor, el inspector jefe Sullivan tiene una hipótesis — dijo Rory.

Vio que a Sullivan le entró un tic en la mejilla. Tendría que haberse quedado callado.

—Escúpalo, Sullivan.

—No es nada, señor, solo son conjeturas. Aún es pronto para sacar conclusiones.

Bradshaw le lanzó una mirada asesina y Sullivan se sonrojó.

—No es realmente una hipótesis de trabajo, tan solo algo que hemos estado comentando entre nosotros.

Sullivan hundió la mirada y se miró las piernas. Lo hacía cada vez que intentaba evitar algo, pero sabía que esta vez tendría que acabar hablando. Cuando levantó la vista, respondió a la mirada fulminante del comisario. Rory estaba impresionado.

—A Evan Armstrong le quitaron un tatuaje. Lo desollaron... —empezó a decir Sullivan.

—Eso ya lo sé. Vaya al grano.

—Jem Walsh tenía un tatuaje que le cubría casi todo el cráneo. Aún no hemos encontrado la cabeza, pero eso son dos tatuajes desaparecidos, lo que sugiere que, si nuestro asesino es la misma persona, se está llevando trofeos.

Bradshaw apoyó los codos sobre la mesa y juntó las yemas de los dedos de ambas manos. Cerró los ojos. Era como si estuviera rezando o meditando, se dijo Rory.

—No. —Ni siquiera se molestó en abrir los ojos.

—¿Señor? —preguntó Sullivan.

Entonces, abrió los ojos de par en par.

—Eso no son más que gilipolleces, Sullivan. No tenemos a ningún asesino en serie reuniendo trofeos. Hasta dudo que la misma persona cometiera los dos asesinatos. No malgaste su tiempo ni mi presupuesto con esa teoría, ¿o ha perdido la cabeza? —Se levantó, sin dejar de mirarlo—. ¿Es que no lo ve? Eran dos tipos que se movían en el límite de lo ilegal y le aseguro que es ahí donde encontrará las respuestas.

—Solo exploramos las opciones, sin cerrarnos a nada, señor —dijo Sullivan.

—Y ese es precisamente su problema. Tiene que poner los pies en la tierra, centrarse, dejarse de bobadas. Averigüe con quién andaban esos dos y descubrirá por qué los mataron. Cuando tenga eso, será pan comido.

—Sí, señor.

—No me obligue a recurrir a alguien con más experiencia, Sullivan. Sería un fracaso para los dos. Y yo nunca cometo ningún fallo.

—Yo tampoco, señor —respondió Sullivan sin perder la calma, mientras se levantaba de la silla.

—Encontraremos a su asesino, señor —dijo Rory—. Ya sea uno solo o sean dos.

CAPÍTULO 18

FRANCIS

Nada más entrar en el apartamento de su hermana, Francis se fijó en que el espejo del recibidor estaba cubierto por una fina capa de polvo y lo invadió el remordimiento. El apartamento de Robin solía estar impoluto, así que eso solo podía significar que había tenido una recaída, y él llevaba semanas sin verla.

—¿Eres tú, Francis? Estoy en el salón.

Francis pasó a la habitación y confirmó sus sospechas. Su hermana estaba recostada en su sillón favorito y con una manta sobre las piernas, pero enseguida vio también las muletas apoyadas sobre el respaldo. Era cinco años mayor que él, siempre había sido muy buena en los estudios y a él le parecía preciosa. Esa mujer siempre había sido su modelo de vida y la admiraba mucho más que a su madre, Lydia. Pero aquel día, su hermana parecía agotada, como si hubiera menguado, y no sonreía.

—Robin, me lo tenías que haber dicho, cabeza de chorlito.

Se inclinó para darle un beso en la mejilla y sintió el olor a enferma emanando de una ropa que le quedaba demasiado ancha.

—¿Para qué? ¿Para que vinieras a tomar una taza de té y a compadecerte de mí? Sinceramente, no es lo que más me apetece.

—Ya que lo dices, me tomaría un té.

Se llevó una bandeja con comida de la mesita de su hermana y empezó a recoger la cocina mientras ponía a hervir el agua.

—¿Has ido a ver a mamá? —preguntó ella en cuanto regresó al salón.

Sacudió la cabeza y su hermana suspiró.

—Venga, Fran. Entiendo que pases de mí, tengo muchos amigos y se ocupan de mí. Pero ¿de mamá? Si no vas tú, no la visita nadie.

A Francis no le molestó la regañina de Robin. Se la merecía.

—Es por el trabajo —se disculpó, sirviendo té en las tazas.

—Eso no es excusa —dijo su hermana.

Extendió la mano para coger una galleta del plato y Francis se dio cuenta de que casi no podía sostenerla. La esclerosis múltiple le afectaba a los músculos, a la coordinación, a la vista e incluso podía afectarle al habla si la recaída era fuerte. No podía soportar lo que la enfermedad le estaba haciendo, pero sabía que era mejor no decir nada.

—Ya lo sé.

—Imagino que tampoco harás vida social, ¿me equivoco?

Francis se encogió de hombros. Siempre le tocaba pasar por el trago de que Robin se entrometiera en su vida privada.

—Si no sales con nadie, no te casarás nunca.

«¿A qué venía esa obsesión por casarlo?».

—Ahora mismo, el trabajo es más importante, quiero forjarme una carrera.

—Bueno, entonces cuéntame.

Justo por eso había hecho un hueco para ir a verla. Siempre le contaba todo, Robin sabía relacionar las cosas y veía conexiones en las que ni él ni todo el equipo habrían pensado nunca. Mientras tomaban el té, fue contándole hasta el último detalle de los asesinatos. Al terminar, se cogió la cara entre las manos, estaba desesperado.

—Estoy atascado, y este caso es muy importante.

—Todos los asesinatos lo son —dijo Robin.

—Ya lo sé, pero ahora tengo un jefe que no cree en mí, y para el equipo no soy más que un trepa. Tengo mucho que demostrar.

—Como siempre. Déjame pensar.

—Claro.

—A primera vista, no parece obra de un asesino en serie —añadió Robin muy despacio. Después, se quedó callada y comió tres galletas.

—Diferente *modus operandi*, muy poco tiempo entre uno y otro... Está claro, no es un asesino en serie —dijo Francis—. Pero los dos casos tienen algo raro. Las víctimas no se dedicaban a nada ilegal, pero tampoco hubo robo ni móvil sexual.

—Pero eso no supone que haya una conexión...

—Genial, si es así, tendremos que atrapar a dos asesinos, con los mismos medios.

Sin prestarle atención, Robin se puso a examinar las fotografías que le había llevado su hermano.

—Este de aquí —dijo, señalando el hombro desollado de Francis— sí que es como si se hubieran llevado un trofeo, sin duda.

—¿Y la cabeza de Walsh no? Llevaba tatuado el cráneo.

—Sí, lo has dicho, pero si el asesino solo quería un tatuaje como trofeo, podía haberse llevado cualquier otro, ¿no? Tenía un montón para elegir. Llevarse un tatuaje de la cabeza de un hombre no habrá sido fácil.

—Por eso se llevó toda la cabeza.

—Pero dime, ¿por qué no se llevó este lobo de la pierna, por ejemplo?

Francis no sabía qué responder. Volvió a la cocina a por lo que quedaba del paquete de galletas con chocolate que él mismo había abierto.

—Echa un vistazo a esto —dijo, tendiéndole unos papeles.

—¿Qué es? —quiso saber Robin.

—Es un informe de la SCAS, la Sección de Análisis de Grandes Delitos. Recoge información de otros crímenes, para hacer una comparativa.

—¿Y tú quieres encontrar algo que sirva para conectar tus dos crímenes?

—En principio sí, pero no hay más asesinatos en los que desaparecieran tatuajes.

Robin analizó el documento.

—Bueno, si estuvieran en este informe, tus dos asesinatos no estarían relacionados, ¿no? En uno falta un tatuaje, y en el otro, una cabeza. ¿Puedes preparar un poco más de té, Fran?

Mientras llenaba la tetera y hervía el agua, Francis estuvo pensando en lo que acababa de decirle Robin. Puede que los asesinatos de Evan Armstrong y de Jem Walsh no coincidieran en *modus operandi*, pero tenían algo en común.

—Pásame el informe —dijo en cuanto dejó en la mesita el té recién hecho.

Robin se lo dio y Francis lo puso sobre el sofá, para examinar los datos por enésima vez.

—¿Qué es lo que buscas? —dijo Robin.

Francis sacudió la cabeza.

—No lo sé, pero debe de haber algo.

Algo que habría visto ya cinco veces con esa, pero, aun así, volvió al comienzo del informe y empezó a leer de nuevo las descripciones de los crímenes.

Y, entonces, lo vio.

—¡Sí! ¡Esto es!

—¿El qué? —preguntó Robin.

Se sacó el teléfono del bolsillo.

—¿Rory? Rory, abra el informe de la SCAS y busque a Giselle Connelly, una mujer. Apareció muerta en un campo de golf. Le faltaba un brazo y jamás lo encontraron. Averigüe si llevaba un tatuaje en ese brazo. Avíseme en cuanto lo sepa.

—Francis, eres un genio —dijo Robin.

—Yo no lo tengo tan claro. Si no estaba tatuada, no tenemos nada. Pero, si lo estaba, puede que nos las estemos viendo con un asesino en serie obsesionado por los tatuajes.

—Y entonces, solo te quedaría averiguar quién es.

—¿Y eso cómo lo hago?

—Averiguando por qué se los lleva, por supuesto —le respondió su hermana.

Por supuesto. Estaba claro, ¿no?

CAPÍTULO 19

MARNI

Marni estaba frente a la puerta del Tatouage Gris, preguntándose para qué había ido hasta allí. ¿En serio necesitaba que Thierry la ayudara a identificar la imagen del tatuaje de manga que le había pasado Francis? ¿No sería una excusa para ir a verlo? ¿Acaso trataba de impresionarlo? No iba a encontrar las respuestas, así que no tenía sentido que siguiera parada en la acera.

Empujó la puerta y no le sorprendió demasiado ser recibida con una sarta de insultos en francés.

—¡Merde! ¿Cómo me dejas allí solo, *connasse*?

Aun con cara de enfadado, Thierry le seguía pareciendo guapo.

—Yo también te quiero, T. —dijo ella, sin hacer caso de lo que le había dicho.

El local donde Thierry trabajaba con Charlie, Noa y las aprendizas jóvenes y guapas de turno era mucho más grande que el suyo y no estaba dividido en tienda y zona de estudio. Habría parecido incluso más grande si no hubiera estado pintado completamente de negro y dividido en cabinas por paredes de pladur a media altura. En un rincón había una motocicleta a medio montar en la que Thierry llevaba trabajando desde que ella tenía memoria.

No lo limpiaban muy a menudo y en el aire cargado de incienso se mezclaban una multitud de olores familiares: curri, cigarrillos, maría y desinfectante.

—¡Marni! —Noa dijo su nombre como canturreando desde la otra punta del estudio y corrió a abrazarla. Se inclinó para besarla y la barba le raspó en las mejillas, pero estar envuelta entre su olor viciado y cálido era lo más parecido a llegar a casa—. Cuánto tiempo —le susurró al oído—. ¿Cuándo nos fugamos tú y yo?

Marni se echó a reír. Siempre habían bromeado con eso, pero nunca lo habían hecho realidad.

Cuando Noa volvió al diseño que tenía entre manos, Charlie le hizo una seña para que se acercara a ver el torso que estaba tatuando.

—Charlie —dijo, con un movimiento de cabeza.

No hizo ni caso a la aprendiz que estaba recontando los frascos de tinta de la cabina de Thierry. Era una especie de colegiala vestida de punki. No merecía la pena tomarse la molestia de aprenderse sus nombres. Si alguna valía para algo, enseguida la cazaba algún estudio de la competencia donde le pagarían más o acababa largándose después de romper con uno de los chicos. Marni no perdía el tiempo con ellas.

Thierry la miró furioso, pero sabía que no debía tomárselo demasiado en serio. Colgó el bolso de una silla y se quitó la chaqueta.

—¿A qué has venido? —dijo Thierry—. No hace falta que nos veamos todos los días, ¿no?

—La policía nos necesita.

—¿A nosotros? —dijo Noa.

—Francis me ha enviado la foto de una manga. Tratan de averiguar quién la hizo. Si alguien puede saberlo, somos nosotros.

—¿«Francis»? —preguntó Thierry—. ¿Te refieres al tío que me detuvo? ¿Ya os tuteáis?

—Tú como siempre.

Notó que empezaba a ponerse roja, aunque no sabía muy bien por qué. Para disimular, se puso a buscar en el bolso, sacó una fotocopia que llevaba enrollada dentro y la extendió sobre una camilla que había libre. Era la típica fotografía que se colgaba en el estudio, con el brazo de una mujer y un tatuaje biomecánico espectacular.

—Mirad. Asesinaron a esta mujer hace seis meses y le amputaron el brazo. —Señaló el tatuaje de la fotografía—. Aún no lo han encontrado.

Noa se acercó a echar un vistazo y hasta Thierry estiró el cuello refunfuñando para ver la imagen. Dejó escapar un silbido y Marni se le quedó observando, intentando interpretar su reacción, pero su cara no le dio muchas pistas.

—Qué pasada. Conocía a un tipo con un tatuaje clavado a ese, pero por los bordes era como si la carne estuviera desgarrada —dijo Noa.

—Es un efecto brutal —dijo Thierry—. ¿No sería de Seamus Byrne?

—Sí, eso es, justo. Hace muchos tatuajes de esos.

—¿Y este? —dijo Marni—. A mí este no me parece suyo.

—Dejadme ver a mí. —Intrigado, Charlie había dejado la máquina y se había acercado quitándose los guantes. La chica aprovechó para estirarse un poco y beber agua.

Mientras Charlie examinaba la fotografía, la aprendiz dejó lo que estaba haciendo, se colocó de forma provocativa a la espalda de Thierry, le pasó los brazos por el cuello y empezó a acariciarle el hombro con la punta de la nariz. Thierry se giró para besarla en los labios y Marni miró hacia otro lado. A nadie le gusta ver a su ex metiéndole a alguien la lengua hasta la campanilla. Le dolió, pero lo cierto era que siempre había sido un cerdo desconsiderado.

—Chicos —dijo Noa, que se dio cuenta de lo incómoda que estaba ella.

Thierry se volvió hacia Marni y luego miró otra vez a la chica.

—Seguimos luego, pequeña.

«¿Sabrá cómo se llama?».

—¿Cuántos años tienes? —preguntó Marni, sin rodeos.

La chica la miró como un ciervo cegado por los faros de un coche.

—*Putain*, Marni, déjala en paz.

Charlie y Noa intercambiaron una mirada y Charlie cogió la fotografía.

—El tatuaje es bueno; bastante bueno.

—El asesino tiene buen gusto, ¿no? —dijo Thierry.

Marni se esforzó en volver a centrarse en lo que la había llevado allí y en dejar de pensar en la última vez que había besado a Thierry. ¿Cuándo había sido? ¿Hacía un par de años, tras una noche de borrachera en una convención?

—Es verdad. El tatuaje de Evan Armstrong era de Jonah Mason, uno de los mejores haciendo tribales.

—Conocía a Evan —dijo Charlie—. Era un buen tipo.

—Claro, era estupendo —dijo Thierry—, por eso se largó sin pagar.

—Pero te partías de risa con él —dijo Noa—. Además, si hubieras querido, podrías haber cobrado, pero fuiste demasiado vago.

—Igual te pagó en maría y no te acuerdas —dijo Marni—. Cuando se tatuó, muchos te pagaban así.

Thierry sacudió la cabeza, pero se estaba riendo.

—¿Crees que la policía ha descubierto algo? ¿Estarán buscando a un asesino que se lleva los tatuajes de la gente? No lo veo... —dijo Noa.

—¿Sabéis que puede hacerse cuero con piel humana? —dijo Marni—. Lo hacen en Japón, con los tatuajes de los yakuza.

—Brutal —dijo la colegiala.

—Tengo que seguir currando —dijo Charlie mientras volvía con su clienta—. Pero ¿sabes de quién podría ser ese tatu?

—¿De quién?

—Hay un polaco, Bartosz no sé qué más. Hace cosas muy parecidas.

Thierry volvió a su escritorio y abrió el navegador.

—¿Bartosz? ¿B, a, r, t, o, s, z?

—Sí, eso es —dijo Charlie, mientras se ponía otros guantes.

—Bartosz Klem —confirmó Thierry segundos más tarde—. Sí, es bastante parecido.

Marni se colocó detrás de su silla y miró hacia la pantalla. Se veía una columna de tatuajes en movimiento vertical; casi todos eran biomecánicos y muy parecidos al que llevaba la mujer en el brazo.

—Yo apostaría por él —murmuró.

—¿Y por qué quiere saber la policía quién hizo los tatuajes? —preguntó Charlie—. ¿Creen que los artistas tienen algo que ver con los asesinatos? ¿No son todos de tatuadores distintos?

—No lo sé —respondió Marni, encogiendo los hombros—. La verdad es que no tiene mucho sentido, me parece que no tienen otra cosa y van dando palos de ciego.

—Pero sí creen que los crímenes están relacionados con los tatuajes, ¿no? —preguntó Noa.

Marni se encogió de hombros otra vez y empezó a enrollar la fotocopia.

—Gracias, chicos. Se lo contaré al inspector Sullivan, es él quien decide si la información es relevante para el caso.

—Francis —precisó Thierry con sarcasmo.

—Me voy —dijo Marni. No iba a caer en la provocación. No ganaría nada y solo le daría a él la satisfacción de saber que aún podía tocarle la fibra.

—Pásate luego a tomar algo, *chérie* —dijo Noa.

—Hoy no, cariño.

Marni cerró la puerta al salir. Le habría gustado pasar un rato con Charlie y con Noa, pero tener que ver a Thierry enrollándose en un rincón con la aprendiz habría sido demasiado. A veces se preguntaba si no debería irse a otra ciudad para acabar con ese tira y afloja entre ambos, pero siempre acababa en lo mismo: no sería justa con Alex. Su hijo había tenido a Thierry a tiempo parcial desde que tenía seis años, pero estaba llegando a la edad en la que más iba a necesitar a un padre, aunque fuera uno tan peculiar como el suyo.

Aún había luz, pero el sol se estaba poniendo y el viento refrescaba. Se echó la chaqueta sobre los hombros y se preguntó si realmente habría alguien acechando en la ciudad, a la caza de buenos tatuajes. Esa era la clave: todos los tatuajes eran buenos. Sabía de quién eran dos: de Jonah Mason y de Bartosz Klem. Además, Francis le había enseñado otra fotografía, el tatuaje de una araña en la cabeza de la última víctima. La caligrafía también le resultaba familiar.

Pasó por delante de un estudio de tatuajes que conocía en St. James Street y miró por el escaparate. Estaba cerrado y no se veía señal de vida de Mandy ni de Pepe. En el cristal, había colgado un póster de la convención y estaba casi destrozado. Habría que quitarlo ya, pensó mientras echaba a andar otra vez hacia casa.

Se pasó el resto del día dándole vueltas a lo mismo: ¿qué es lo que conectaba las piezas? Además de estar tatuadas, ¿qué tenían en común las tres víctimas para que las hubieran elegido?

Pero no quería verse arrastrada más adentro y no tenía motivos para estar preocupada por ese asunto..., salvo la duda que la atormentaba desde el principio: además de haber descubierto el cuerpo, ¿podría estar relacionada de alguna otra forma con el caso?

CAPÍTULO 20

RORY

—Hemos hecho avances —dijo el jefe— y no hay motivo para que la cosa se estanque.

«¿Qué es lo que entenderá el jefe por hacer avances?».

Era ya jueves por la mañana y el equipo estaba reunido en la sala de coordinación, para que el inspector jefe diera las instrucciones del día.

Señaló hacia el tablero.

—Ahora tenemos tres asesinatos ahí colgados, uno de ellos es un caso sin resolver de hace seis meses. El de Giselle Connelly. El nexo entre los tres todavía es una hipótesis, pero si se confirma (y eso es mucho suponer), podríamos estar enfrentándonos a un asesino en serie.

En cuanto pronunció las palabras mágicas, fue como si la electricidad corriera entre los agentes, sobre todo entre los más jóvenes. Al fin y al cabo, por cosas así se habían hecho policías casi todos. Inevitablemente, Rory se acordó de la primera vez que trabajó en el caso de un asesino en serie. No era más que un agente raso por aquel entonces, pero ya llevaba muchos casos a la espalda. El que era su inspector jefe en ese momento estaba a punto de jubilarse y había visto de todo en su carrera. Aun así, a pesar de ser un equipo con tanta experiencia, tardaron meses en resolver el caso. Puede que Francis Sullivan aprobara todos los exámenes sin despeinarse, pero no iba a poder resolver esos crímenes.

Al pensarlo se sintió abatido, así que volvió a prestar atención a lo que estaba diciendo Francis.

—Tenemos que probar o descartar que estos tres asesinatos estén conectados. Por ahora, no hay nada que relacione a las tres víctimas de forma evidente. Evan Armstrong era informático, no tenía antecedentes ni enemigos conocidos y era hetero, aunque no tenía novia. Giselle Connelly era becaria

en un bufete de abogados y su marido estaba fuera del condado cuando la asesinaron; por último, Jem Walsh estaba aprendiendo a tatuar. Dudo mucho que coincidieran alguna vez.

—Pero, aunque sea un asesino en serie —dijo Hollins—, podría estar eligiendo a las víctimas al azar.

Parecía muy orgulloso de su observación. Rory llevaba un tiempo notando que Hollins tenía bastantes ganas de ascender.

—Claro, con la mayoría de asesinos en serie es así. De lo que hablo es de una conexión entre los crímenes. Rose Lewis y su equipo están cotejando las autopsias. Vosotros vais a cruzar todos los datos que tengamos sobre las víctimas: cómo y dónde murieron, qué estaban haciendo antes del asalto..., todo. Para avanzar necesitamos encontrar un vínculo, el que sea. Sin eso, no tenemos asesino en serie, y si lo que tenemos son tres asesinatos sueltos, habrá que trabajar el triple.

«Es decir, que no tenemos nada».

A Rory le sonó el teléfono. Era Bradshaw.

—Venga a verme un momento, sargento —le gruñó y colgó.

Al subir las escaleras, Rory sintió una opresión en el pecho. «Maldito tabaco». La puerta de Bradshaw estaba entreabierta y se coló dentro sin hacer ruido mientras el comisario terminaba de hablar por teléfono.

—Ah, Mackay. No le robaré mucho tiempo.

—¿En qué puedo ayudarlo, señor?

—Que esto quede entre nosotros —pidió Bradshaw, bajando la voz.

Rory cerró la puerta del despacho y Bradshaw le hizo un gesto, como diciendo «bien hecho».

—Quiero que sea mis ojos y mis oídos en la sala de coordinación, Mackay.

Rory intentó asimilar lo que acababa de oír.

—¿A qué se refiere, señor? Le informamos a diario.

Bradshaw lo miró con complicidad.

—Pero necesito saber qué se cuece dentro. Ya sabe, cómo van las cosas y cómo se maneja Sullivan. No es que tenga mucha experiencia y no le vendría mal que un amigo estuviera atento.

El comisario le estaba pidiendo que espiera a Sullivan.

—Por supuesto, señor. Le informaré de todo lo que haga.

Bradshaw asintió, como sopesando esas palabras, como si acabaran de tomar una decisión importante.

—Gracias, Mackay. Ya puede marcharse, seguro que tiene mucho que hacer.

Una hora después, Rory y Tony Hitchins estaban gastando suela, visitando todos los bares que el hermano de Jem Walsh les había señalado.

—Sí, venía mucho por aquí —les dijo el propietario del Mucky Duck con los codos apoyados sobre la barra de madera—. Un par de veces por semana o así. ¿Ha hecho algo?

—Lamentablemente, no —respondió Rory.

Le enseñaron las fotografías de Evan Armstrong y de Giselle Connelly.

El del bar sacudió la cabeza.

—No me suenan, pero entran muchos turistas y también gente que solo aparece una vez. No recuerdo las caras de todos los que cruzan esa puerta.

La respuesta fue la misma en todos los demás *pubs* y no encontraron a nadie que conociera a Jem Walsh o a alguno de los otros dos. El resultado fue idéntico cuando hicieron la ronda por los locales que frecuentaba Evan. Solo el camarero de un mesón del centro reconoció a Jem y a Evan, pero nunca los había visto juntos.

—Giselle ni siquiera vivía en Brighton, ¿no? —preguntó Hitchins cuando volvían agotados hacia comisaría.

—No, en Chichester —refunfuñó Rory—. Nunca había estado en tantos bares sin tomar un trago.

Al entrar en comisaría, se cruzaron con Hollins.

—¿Habéis encontrado algo? —dijo Rory.

—Nada de nada. No coincidieron en ningún trabajo, ni en el colegio, ni tenían amigos en común y estaban haciendo cosas distintas cuando los atacaron. Evan Armstrong volvía a casa después de estar en un *pub*, Jem Walsh había pasado la tarde en casa de un amigo y Giselle Connelly se había quedado a trabajar hasta tarde. Ahora iba a hablar con el dueño del sitio donde trabajaba Walsh, y, luego, pensaba visitar al director de su antiguo instituto.

A Rory no le pasó desapercibida la sonrisa socarrona de Hitchins al ver a Hollins tan entregado al trabajo.

—Después de todo, parece que no tenemos un asesino en serie —dijo Hitchins mientras subían las escaleras.

—No tiene por qué. Si está eligiendo las víctimas al azar, podrían no tener ningún vínculo, o bien podrían tenerlo con el asesino, pero no entre ellas.

Hitchins lo miró con incredulidad.

—Ya lo sé —dijo Rory—. Este caso necesita un empujón de cojones, pero no que se lo dé otro cadáver.

—En Twitter corren millones de teorías —dijo Hitchins—. Quizá deberíamos echar un ojo.

—Pero ¿qué cojones dices de Twitter? —soltó Rory—. ¿Una mierda de corrala hecha para que se desfoguen los conspiranoicos?

—Pero ¿y si el asesino estuviera ahí?

—Vale, tú ve a mirarlo; comprueba si alguien sabe más de lo que hemos revelado al público. Pero apuesto lo que quieras a que, si lo hay, lo que tendremos será a un poli bocazas, y no al asesino.

Rory fue directamente al despacho de Sullivan para informarle del fracaso de su expedición.

—Lo siento, jefe, pero no hemos encontrado ninguna conexión entre las víctimas.

—Y según Rose, tampoco la hay entre los crímenes —dijo Francis—. No ha encontrado ninguna coincidencia entre los casos. Nada sugiere que utilizaran las mismas armas, tampoco hay ADN, ni pelo, ni fibras, ni huellas... *Niente*.

—Entonces, ¿nos despedimos de la teoría del asesino en serie?

—Sí. Creo que tenemos asesinos diferentes con móviles distintos. Todo este asunto de los tatuajes ha sido una pista falsa.

CAPÍTULO 21

MARNI

¿Cómo demonios había pasado? Hacía nada era un bebé y ahora lo tenía despatarrado en el sofá, roncando y borracho. Marni sacó una palangana de plástico de debajo del fregadero y llenó un vaso grande de agua. Echó los pies de Alex a un lado para hacerse un hueco y sentarse, y le dio unos golpecitos en la pierna para despertarlo; aún seguía con los vaqueros puestos.

—¿Cómo ha ido el examen final? —le preguntó, mientras empezaba a desperezarse.

—¿Qué? —El chico se frotó los ojos y vio que su madre le ofrecía un vaso de agua.

Marni esperó a que se lo bebiera de un trago.

—El examen final, Alex. ¿Recuerdas? ¿Esta mañana? ¿El examen de ADE?

Dejó el vaso sobre la mesa y dibujó una gran sonrisa.

Al sonreír, se parecía tanto a Thierry que sintió una punzada en el corazón.

—Sobresaliente.

—¿En serio? —No parecía tan borracho, menos mal.

—Me sabía todas las preguntas, no he fallado ni una.

—Está claro que eso no lo has sacado de tus padres.

—Papá tiene el *baccalauréat*, ¿no?

De lo último que quería hablar era de Thierry. Lo había visto demasiadas veces en los últimos días y eso estaba removiendo todas las emociones encontradas que intentaba superar.

—¿Qué tal les ha ido a Martin y a los demás?

—También bien, me parece. Liv salió preocupada, pero siempre dice lo mismo y luego saca buenas notas.

Liv era la sobrina de Marni e iba al mismo instituto que Alex.

Le entró hipo.

—¿Qué hora es? He quedado con ellos.

—Acaban de dar las cuatro, pero espera, no pensarás salir otra vez, ¿no? Ya estás borracho.

—Mamá. —Puso un mohín—. No estoy borracho. Para celebrarlo, abrimos una botella de champán para todos, en lugar de ir a almorzar. Pero muchos han tenido el examen por la tarde, así que la fiesta de verdad es esta noche.

Marni suspiró. Era lo que tenía criarlo sola: debía hacer de poli bueno y de poli malo en la misma escena.

—Vale, pero voy a preparar un poco de pasta antes de que te marches. Ven y seguimos hablando en la cocina.

Mientras estaba poniendo el agua a calentar, sonó el teléfono.

—¿Marni Mullins?

—Sí, ¿quién es?

—Soy Tom Fitz, trabajo en el *Argus*. Sé que encontró un cuerpo...

Marni colgó. Si desconfiaba de alguien más que de la policía, era de la prensa. «Mierda. ¿Cómo se había enterado de que había encontrado el cuerpo? ¿Cómo había conseguido su número?».

Para cuando terminó de preparar la pasta, la fricción entre madre e hijo también había terminado de evaporarse. La verdad era que Alex nunca había sido el adolescente problemático con el que muchas de sus amigas tenían que vérselas.

—Cuéntame, ¿qué has hecho hoy? —dijo Alex después de ponerse cómodo en una silla de la mesa del desayuno y empezar a zampar espaguetis—. ¿A quién has desfigurado con tu aguja de forma irreversible?

Marni se echó a reír. Estaba claro que Alex no iba a seguir con el negocio. Lo único que sentía por los tatuajes era desdén, y a Marni le parecía bien, sobre todo porque sabía que a Thierry lo sacaba de quicio.

—Solo a una pobre descerebrada que no se ha dado cuenta de que tatuarse le va a arruinar la vida —dijo en broma.

—Mamá, eres lo peor de lo peor, deberías haberla avisado. Además, ahora podría ser la nueva víctima del asesino de los tatuajes. Acabas de ampliar su reserva de víctimas.

—¿Qué sabes tú de eso?

Alex se encogió de hombros.

—En el instituto no se habla de otra cosa. Cada vez que tatúas a alguien, le estás sirviendo nuevas presas.

—No creo que al asesino le interese nadie que lleve mis tatuajes. —«Entonces, ¿cómo y por qué elige a sus víctimas?».

—¿Por qué no? Son tan buenos como los de cualquiera. Si yo fuera por ahí matando gente para coleccionar sus tatuajes, querría uno de los tuyos.

—Muy amable de tu parte, pero tú no eres objetivo. De todas formas, no creo que le importe quién los hizo.

—Pero tu policía pensaba que podrían ser trofeos, así que lo lógico sería que buscara cosas decentes, no un asco de tatuaje de una noche de borrachera en Magaluf.

Marni le recogió el plato y lo metió en el lavavajillas. Sabía que no debería seguir haciéndolo, pero, si no lo hacía ella, Alex lo dejaría todo por ahí.

—Eso es verdad —dijo Marni—. No se ha llevado ninguno malo, eran todos muy buenos.

Alex se abalanzó sobre un cuenco de helado como si llevara sin comer una semana y dejó de prestarle atención a nada más.

En la pared de la cocina, detrás de donde estaba sentado Alex, había un póster de una exposición de tatuajes. Se veía a una mujer desnuda de espaldas, totalmente cubierta por un tatuaje japonés espectacular. Era de un certamen que se había celebrado el año anterior en la Galería Saatchi, «La alquimia de la sangre y de la tinta». Había ido con Alex hasta Londres para verlo; no es que al chico le entusiasmara, pero había querido darle esa sorpresa por su cumpleaños. En el póster, a un lado de la mujer desnuda, había una lista con los nombres de los diez tatuadores que habían participado:

Rick Glover
Jason Leicester
Ishikawa Iwao
Gigi Leon
Jonah Mason
Polina Jankowski
Vince Priest
Bartosz Klem
Petra Danielli
Brewster Bones

Se suponía que eran los diez mejores tatuadores del mundo, aunque eso, para Marni, no era más que cuestión de opiniones. Aun así, recordó lo indignado que estaba Thierry y cómo se enfureció al ver que no lo habían incluido a él. Leyó otra vez los nombres de la lista.

—Ay, Dios —dijo sin aire, y descolgó el teléfono.

CAPÍTULO 22

FRANCIS

«¿Qué podría ser tan importante?».

Francis no dejaba de escuchar el mensaje del buzón de voz en su cabeza mientras bajaba por George Street hasta llegar a la esquina con St. James Street. Marni Mullins le había hecho acudir sin explicarle por qué, pero al oírla, no había necesitado saber nada más. ¿Qué habría descubierto? Había quedado con Robin en ir a verla, pero ahora tendría que dejarlo para la semana siguiente. Se sintió algo culpable al darse cuenta de que le apetecía mucho más ver a Marni Mullins que pasar la tarde con su hermana.

Un sintecho intentó agarrarlo de la pierna cuando pasó por delante.

—¿Una moneda?

Francis lo miró e inmediatamente supo adónde iría a parar el dinero.

—Le compraré comida. —Había una tienda de comestibles a un par de números.

—Deme mejor el dinero —dijo el hombre, con visible hostilidad.

Haciendo caso omiso, Francis se acercó a la tienda y compró unos sándwiches, un par de chocolatinas y un botellín de agua. Se agachó para dárselo todo.

—Hay un albergue en la iglesia de San Pedro —dijo—. Allí le darán comida caliente y una cama.

El hombre aceptó los sándwiches y masculló un agradecimiento, tenía los ojos negros como dos cascarones vacíos.

A unos cien metros, Francis avistó el bar de tapas que había mencionado Marni en su mensaje y unos segundos después estaba abriendo la puerta. Dentro, la temperatura era agradable y la luz, tenue. El suelo de tablas, las paredes de ladrillo caravista y unos muebles de madera maciza le daban al restaurante un aspecto rústico. Miró hacia dentro y vio a Marni sentada a una

mesa, casi al fondo. Había una botella de vino tinto abierta delante de ella y dos copas, una de ellas medio llena.

—¿Por qué has querido quedar aquí? —dijo él, mientras se sentaba—. ¿Por qué no has acudido a comisaría?

—Estuve, pero no me quisieron decir dónde estabas —respondió.

Cuadraba. Francis se había pasado por el depósito y solo llevaba unos minutos en John Street cuando oyó el mensaje de Marni.

—¿Con quién has hablado? ¿Con Rory?

Marni sacudió la cabeza.

—No, con una mujer. Bastante gilipollas, por cierto. Parecía que fueras de su propiedad o algo así.

¿Quién habría sido? ¿Angie? A veces podía ser bastante estirada, la verdad.

—Además, necesitaba tomar algo.

La observó. Desde luego, parecía agitada por algo.

Aunque intentó detenerla, Marni llenó la otra copa, pero él se abstuvo de probar el vino.

Se miraron a los ojos. Intentó sostenerle la mirada, pero no pudo.

—Dime, ¿qué has encontrado? —dijo, sabiendo que se había ruborizado.

—Esto —contestó, mientras tocaba algo que había sobre la mesa. No lo había visto al sentarse.

Cogió un catálogo a todo color y lo sostuvo de forma que le diera la luz de la vela que había sobre la mesa. En la portada había una mujer de espaldas, con un espectacular tatuaje de un dragón chino de vibrantes colores que resaltaban como un estallido de resplandor sobre un fondo de negro sólido. Le resultó conocido, era el mismo catálogo con el que Iwao les había mostrado el trabajo de Jonah Mason.

—La alquimia de la sangre y de la tinta —leyó en voz alta—. Maestros modernos de un arte ancestral.

Marni asintió, en sus ojos relucientes se reflejaba la llama de la vela.

—¿Por qué me lo enseñas?

—Fue una exposición que organizaron el año pasado en la Galería Saatchi de Londres. Mira dentro.

Confundido, Francis hojeó las páginas del librito. Nada más que fotografías de tatuajes de distintos estilos. También encontró la fotografía que les había enseñado Iwao.

—Jonah Mason. El tatuador de Evan Armstrong.

—Eso es.

—¿Y qué?

La mujer le quitó el catálogo.

—Mira esto.

Pasó un par de páginas y le señaló una fotografía. Era un diseño biomecánico, muy parecido al del brazo amputado de Giselle Connelly.

—Bartosz Klem —leyó Francis.

—Sí. Uno de los compañeros de Thierry identificó su estilo cuando le enseñé la foto. Ahora, mira este otro.

Volvió la página y aparecieron una serie de tatuajes de caligrafía gótica profusamente decorados.

—Estos son de Rick Glover, trabaja aquí mismo. Estoy prácticamente segura de que él hizo las letras del «Beliar» de la tela de araña —dijo Marni y luego se quedó callada, esperando ver su reacción.

Francis cogió el catálogo otra vez y examinó las fotografías.

—Bueno, ¿y qué? —preguntó Francis, cuando pasaron un par de minutos.

—Pero ¿es que no lo ves? —dijo Marni, con impaciencia—. Querías encontrar una conexión entre los asesinatos. Pues aquí la tienes. Todas tus víctimas llevaban tatuajes de los artistas de la exposición de Saatchi que reunió a los mejores del mundo. Alguien los está coleccionando.

—¿No será una simple coincidencia?

Marni abrió los ojos de par en par y vació la copa de un trago.

—No lo dirás en serio, ¿no?

—Por supuesto... No puedo decirlo de otra forma. —Francis cerró el puño sobre la mesa—. Puede que esos artistas tatuaran a Jem Walsh y a la mujer, pero aún hay que confirmarlo. Además, ¿qué pasaría si fuera así? —Cogió el catálogo y empezó a pasar páginas—. Había por lo menos media docena de tatuadores más, y de esos no tenemos ninguna víctima. Ahora mismo, lo que me has traído no sirve para nada.

—Muy bien, ¿y vosotros qué tenéis?

Francis bebió un sorbo de vino, tratando de ganar algo de tiempo.

—Estás bebiendo.

—No estoy de servicio.

—Pero estás trabajando.

Un camarero se acercó discretamente a la mesa. Marni le recitó una lista de tapas y el joven se marchó otra vez.

Francis arqueó las cejas.

—¿Vamos a comer?

—Sirve para seguir con vida.

No podía evitar que le gustara. Era pura franqueza, absolutamente transparente en lo que le gustaba y no le gustaba. «¿Por qué demonios habrá estado en la cárcel?». Estuvo a punto de preguntarle, pero se mordió la lengua a tiempo. No había querido insistirle a Rory sobre el asunto, para no revelar más interés por Marni del que estaría dispuesto a admitir.

—Entonces, ¿tu teoría es que alguien estuvo en la exposición y ahora está haciendo su propia colección? ¿Crees que nos enfrentamos a una especie de ladrón de tatuajes?

—Sí, eso es, un ladrón de tatuajes.

—Ni siquiera tenemos algo que conecte los tres casos.

Marni abrió los ojos como platos.

—¿De verdad no lo ves? Esta es la conexión.

—No lo tengo claro.

—Si te gusta, bien, y si no, también. No puedes negar la evidencia. Esto es un vínculo y me parece que es el único que tenéis por el momento.

—Entonces, ¿crees que habrá más víctimas y que tendrán tatuajes de estos tatuadores de aquí?

—Eso, si tengo razón y no atrapáis antes al asesino.

—¿Desde cuándo tatúas? —preguntó él.

El camarero dejó un plato de aceitunas en la mesa y Marni se echó una a la boca.

—Desde hace diecinueve años. —Siguió masticando.

—Debías de ser muy joven.

—Empecé siendo aprendiz de Thierry cuando tenía dieciocho años. Me enseñó prácticamente todo lo que sé.

—¿Cómo lo conociste?

A Marni se le ensombreció el rostro.

—En Francia. Estuve trabajando allí un verano de camarera, por el sol. Se pasó por el local un par de veces con su hermano, y entonces... —Se interrumpió y se hizo un silencio incómodo.

Francis no quería seguir escarbando, la verdad era que se hacía una idea de lo que había pasado. Volvió a terreno firme.

—¿A cuántas personas habrás tatuado en estos años?

Tragó saliva, cerró los ojos y empezó a echar cuentas. Luego, se encogió de hombros.

—A miles.

Francis cortó un pedazo de pan mientras el camarero dejaba más tapas sobre la mesa.

—En esa exposición hubo siete tatuadores más y, según esa teoría, tu ladrón de tatuajes podría querer piezas de todos ellos. ¿No nos da eso un número de posibles víctimas enorme?

—Desde luego.

—Siendo así, no sé si nos sirve de mucho...

—¿A nosotros? —dijo Marni con una sonrisa de satisfacción en los labios, mientras bebía un poco de vino.

—Bueno, si realmente es una hipótesis...

—Claro que lo es. Están atacando a mi gente. Deberías tomártelo en serio.

—Hace nada no querías involucrarte en esto y ahora te lanzas a la cruzada.

—No me gusta ver morir a gente, a personas que podría conocer.

Francis siguió leyendo el folleto y luego volvió a la primera página.

—Mira —dijo, mientras le tendía la introducción, para que la viera.

—¿Sí?

—El comisario de la exposición fue tu amigo, Ishikawa Iwao.

—Lo sé, estuve en la inauguración.

Francis se quedó callado, recordando cómo había bufado el gato tatuado. Si Marni tenía razón, si había visto la conexión, les esperaba trabajo... Pero al menos tenían una dirección clara.

—Come —dijo Marni—. Y ahora, Frank, cuéntame por qué te hiciste policía.

—Es Francis —dijo a regañadientes.

«Te lo cuento si tú, Marni Mullins, me cuentas a mí cómo acabaste en el lado equivocado de la ley».

VII

*Uno y dos, la carne adiós,
tres y cuatro, te doy un tajo,
cinco y seis, tatuaje no ves,
siete y ocho, voy a por otro.*

Para poder trabajar con absoluta precisión, necesito que las hojas estén lo más afiladas posible. Solo las afilo a mano, con una piedra de cerámica (jamás usaría un afilador eléctrico) y siempre tarareo esta cancioncilla, para marcar el ritmo.

Tengo todos los cuchillos puestos por orden sobre una mesa de trabajo: primero, las cuchillas de corte más cortas, y luego, las largas y curvas, para desollar. Las piedras de afilar están colocadas en el ángulo perfecto en unos tornillos de banco al final de la mesa, para poder cambiar rápido de una a otra. Paso más o menos una hora con cada cuchillo, canturreando mis canciones, dejando que me absorba la repetición.

Es terapéutico.

Lo mismo que desollar.

Siempre era mi parte favorita de la taxidermia: quitar la piel en una pieza única y perfecta. Es un reto, y el éxito, la recompensa. Me lo enseñó Ron. Aprendí todo lo que podía enseñarme sobre curtido y taxidermia. Y también algunas cosas sobre la vida. Lo absorbí todo como una esponja, hasta que no le quedaba nada más que darme.

Además de conservar su piel, me quedé con sus clientes. Así conocí al Coleccionista. Colecciona piezas de taxidermia, y Ron y yo éramos los mejores en eso. Sus pedidos llevaban nuestras capacidades al límite, pero yo siempre conseguía ofrecerle lo que quería. Ahora, hay veces que me observa mientras trabajo, le fascinan los pasos del proceso. Sabe mucho. Es un hombre muy inteligente. La verdad es que es muy sencillo admirar a un hombre así y es un honor que me dedique tiempo y pensar que le interesa lo que le enseño.

En eso no se parece en nada a mi padre y a mi hermano. Nunca se interesaron lo más mínimo por mi trabajo. Solo pensaban en ellos, en sus logros y en sus planes. Dejaban de lado todas mis ideas y mis opiniones. Ron era mejor, se interesaba por lo que hacía, pero solo porque me estaba enseñando y quería ver lo que había aprendido. El Coleccionista es diferente, él admira mi trabajo. Y yo lo admiro a él. Sabe reconocer lo que es bello y captar el mérito artístico de las cosas. Ese es el lazo que nos une.

Haría cualquier cosa por el Coleccionista. Lo que fuera.

Solo tendría que pedirlo.

¡Ay! Me he cortado un dedo con el cuchillo. Asoma una pequeña gota de sangre, que crece y acaba cayendo sobre la mesa de madera. Tendré que pulirla para quitar la mancha. O puede que no.

Al oler mi propia sangre, me doy cuenta de cuánto necesito volver a matar. Ya va siendo hora.

CAPÍTULO 23

RORY

A las ocho de la mañana en el despacho de Bradshaw. Esas eran las órdenes que le había enviado el jefe por SMS aquella noche. Y ahí estaba él con Bradshaw, pero ni rastro del inspector.

—Bueno, ¿cómo lo está haciendo?

Rory estaba como hipnotizado por una gota de espuma de afeitarse que le colgaba a Bradshaw del lóbulo de una oreja, no podía dejar de mirarla.

—¿Rory?

—Lo siento, señor, ¿qué decía?

—¿Qué tal va el trabajo con Sullivan? Iba a mantenerme informado.

—Es muy inteligente, eso es evidente.

—¿Y el pero?

—Este caso..., estos casos son complicados. Ni siquiera sabemos si nos enfrentamos a un asesino o a varios. No hemos encontrado ninguna conexión y, la verdad...

—Adelante.

Rory suspiró.

—No sé si alguien con su experiencia es el más adecuado para un caso así.

Bradshaw se quedó sopesando sus palabras.

—Gracias por su sinceridad, Mackay.

«Perfecto. El chico ha vuelto a cagarla por llegar tarde».

—No hay de qué, señor...

Llamaron a la puerta. Rory se interrumpió y, al darse la vuelta, vio a Sullivan entrando en el despacho. Llevaba el traje bien planchado, pero no parecía muy despejado y tenía los ojos rojos. Se quedó mirando a Rory, como preguntándose por qué había dejado de hablar tan en seco.

«¿Habría salido esa noche?».

—Buenos días, señor. Siento llegar tarde. Buenos días, Rory.

Bradshaw refunfuñó algo de mal humor y miró el reloj mientras el inspector jefe se sentaba.

—Buenos días, jefe —respondió Rory.

—Supongo que habrá avanzado en el caso —dijo Bradshaw, sin quitarle a Francis el ojo de encima.

—¿Le ha estado poniendo al día el sargento Mackay?

—La verdad es que no. Rory y yo estábamos hablando sobre cómo quedará la plantilla cuando Granger coja la baja por maternidad.

Estaba claro que el jefe no se lo había tragado.

—Hemos hecho algún avance, señor —dijo Francis—. Hice que en la SCAS comprobaran si había vínculos con algún caso sin resolver, y lo cierto es que encontramos una opción.

Bradshaw asintió para que siguiera hablando.

—El año pasado, apareció el cadáver de una mujer con un brazo amputado en un campo de golf. Se llamaba Giselle Connelly, becaria en un bufete de abogados de Chichester. Veintiséis años, casada...

Bradshaw lo interrumpió.

—¿Me está diciendo que ahora en lugar de dos casos sin resolver tenemos tres? Caramba, menudo avance, sí señor. Además, este último crimen ni siquiera está en nuestra zona.

—El campo de golf donde encontraron el cuerpo, sí. La mujer...

—Exacto. Esta víctima es una mujer, pero los otros dos eran hombres. Creía que ya lo sabría, pero los asesinos en serie no cambian el sexo de sus víctimas en medio de una oleada de asesinatos. Ya he sido claro con esto, los hechos no respaldan la teoría del asesino en serie.

—Señor —dijo Francis, con una firmeza que impresionó bastante a Rory—, el brazo amputado llevaba un tatuaje biomecánico. Nunca lo encontraron.

—¿Y qué llevaba tatuado?

—Creo que el motivo de los tatuajes no es importante, pero en este caso era biomecánico.

—Bio... ¿qué?

—Biomecánico, señor. Son tatuajes con los que parece que se tiene maquinaria bajo la piel, como si la persona fuera en realidad un cibernético.

Parecía que el jefe se estaba volviendo un experto en la materia. ¿Habría estado viendo a Marni Mullins?

—¡Cristo bendito! —Bradshaw miró al cielo—. ¿Eso llevaba una mujer que trabajaba en un bufete de abogados?

—La cuestión es que todas estas víctimas (Evan Armstrong, Jem Walsh y Giselle Connelly, que murió unos meses antes que los otros dos) tenían tatuajes que habían desaparecido cuando aparecieron sus cuerpos. Aunque no es de esperar que encontremos la piel que le quitaron a Evan, quienquiera que se llevara la cabeza y el brazo de los otros dos tendría que deshacerse de los huesos y del cráneo.

—No se lo compro —dijo Bradshaw—. Se ha dejado llevar por la imaginación, Sullivan. Este asunto de los tatuajes no es más que una coincidencia. En el asesinato de la mujer, no hay ningún elemento que nos lleve a pensar que está relacionado con estos dos crímenes recientes. Y, para serle sincero, tampoco veo nada que conecte estos otros dos casos. —Eché la silla para atrás, como dando por terminada la reunión—. Tiene tres muertes diferentes, sin ninguna conexión, y no puede permitirse el lujo de seguir perdiendo el tiempo intentando encontrarla. Está desperdiciando horas de trabajo que debería dedicar a examinar cada caso como merece.

—Pero si encontráramos un nexo, tendríamos la pista que necesitamos —dijo Sullivan.

—Olvídese ya de esta línea de investigación. Rory, ¿en qué más pondría usted a trabajar al equipo?

Rory se aclaró la garganta, pero cuando iba a empezar a hablar, el inspector jefe le cortó en seco.

—Señor, creo que debería ver esto. —Francis sacó el catálogo del maletín—. Todos los tatuajes que han desaparecido eran de artistas que participaron en esta exposición.

Le entregó el folleto a Bradshaw.

«Pero ¿qué coño es eso? ¿Por qué no lo había visto él?».

Rory estiró el cuello para ver lo que estaba mirando Bradshaw.

—Esto nos da un posible vínculo entre las víctimas, por frágil que parezca —siguió diciendo Francis—. Desde luego, no estoy basando toda la investigación en esta premisa, pero creo que deberíamos tenerlo en cuenta. Mientras tanto, tengo al equipo investigando e interrogando a familiares y conocidos de Evan Armstrong y de Jem Walsh. No parece que los uniera ninguna actividad delictiva, pero solo porque algo no salte a la vista no quiere decir que no exista.

—Resumiendo, que no ha logrado encontrar una conexión entre las víctimas —refunfuñó Bradshaw mientras lanzaba el librito a un lado de la

mesa con desdén.

No era difícil imaginar de dónde lo había sacado: había visto a Marni Mullins. Rory se preguntó qué le parecería a Thierry Mullins. Por lo que pudo ver, la pareja de divorciados aún estaba muy unida.

—Hemos preguntado a los familiares de Armstrong y de Walsh sobre sus amistades y sus costumbres; Burton y Hollins han investigado a los amigos, mientras que Hitchins y yo mismo hemos visitado varios de los locales que frecuentaban; Hitchins y Hollins van a pasarse hoy por sus trabajos; y Angie va a ponerse con el caso de Connelly y a revisar las redes sociales de la víctima.

Bradshaw resopló al oír el nombre de Giselle Connelly.

—¿Y la cabeza desaparecida?

—Rose no nos ha dado todavía nada en firme, pero mandó rastrear toda la playa con perros —dijo Rory—. Dieron con el rastro de Walsh en una plaza de aparcamiento de Madeira Drive, a menos de cien metros al este del muelle. El rastro conducía hasta la playa y, está claro, era más fuerte alrededor de donde encontramos el cadáver. Luego bajaba hasta el agua, lo que podría llevar a pensar que lanzaron la cabeza al mar. Sin embargo, no se ha encontrado ni rastro de ella con la marea baja. También he mandado buzos para que la buscaran siguiendo las corrientes de la resaca, pero no han encontrado nada. Si se ha metido aguas adentro, será complicado que la recuperemos.

—Igual aparece en Selsey Bill en un par de semanas, ¿no cree? —dijo Bradshaw.

—Puede ser, o puede que no. Los guardacostas nos dieron información sobre las mareas, pero no tenían forma de saber la dirección que seguiría una cabeza decapitada sobre el lecho marino. No es algo con lo que sea fácil hacer experimentos...

—En otras palabras, no hemos avanzado nada por ningún frente. Menudo asco. ¿Y ahora qué van a hacer? ¿Mackay?

—Como le hemos dicho, señor, estamos investigando a amistades, comprobando sus lugares de trabajo y revisando el caso de Giselle Connelly.

—¿No se han identificado vehículos en los lugares cercanos a alguno de los crímenes?

—Solo matrículas parciales. Estamos en ello.

Bradshaw frunció el ceño. Para él, todo iba siempre demasiado despacio.

—¿Sullivan?

—Voy a hablar de nuevo con Ishikawa Iwao. Fue el comisario de la exposición y quiero preguntarle por los asesinatos.

—¿No tiene nada mejor a lo que dedicar el tiempo? Ya le he dicho que no siga por ahí.

Aún no le había pillado el tranquillo a arreglárselas con su superior, y esa era una habilidad básica en la policía.

—Señor, es una hipótesis plausible y, por el momento, la única que tenemos. Tengo que investigarla para descartarla o ver si se sostiene.

—¿Y ese tal *Ishikaka* puede aportar algo?

—Eso creo.

Hubo un silencio incómodo.

—Es el tipo de los gatos con tatuajes, ¿no? —dijo Rory, para llenar el silencio y por curiosidad sincera, a partes iguales.

Bradshaw levantó tanto las cejas que se le juntaron con el pelo.

—¿Eso es legal? ¿Han informado a la RSPCA^[2]?

Francis sacudió la cabeza.

—Lo siento. Rory, ponga a Patachunta o Patachún a investigar cómo está la legislación sobre el tema.

Bradshaw cogió aire, tan fuerte que casi se le cerraron las fosas nasales.

—Hágalo venir a comisaría para hablar con él, Sullivan.

—¿Del gato?

—No, de los asesinatos de los cojones, ¿se ha vuelto gilipollas?

—Maltrato animal —dijo Rory—. Así es como comienzan muchos de esos cabrones.

—A por él.

Bradshaw lo dijo en un tono que no daba lugar a réplica, pero eso no detuvo a Francis.

—No tenemos absolutamente nada que sugiera que está implicado. Sería mejor hablar con él de manera no oficial y hacer una valoración sin hacerle sospechar.

No debería haber abierto la boca, pero ya era tarde.

—He dicho que lo traigan aquí.

—Yo me encargo, señor. Esta misma tarde —dijo Rory.

Se dio cuenta de que Francis Sullivan tenía las manos apretadas en dos puños.

—No se meta en esto, Rory —dijo enfurecido—. Señor, puede que solo tengamos una oportunidad de interrogarle oficialmente. Guardémosla para cuando tengamos preguntas concretas para las que necesitemos respuestas.

Francis Sullivan acababa de negarse a cumplir una orden directa. Eso no iba a terminar bien. Bradshaw puso cara de furia y se le encendieron las mejillas. Se levantó para dejar claro que la reunión había terminado. Rory se puso también de pie, a la velocidad de un rayo.

—Tráiganlo aquí inmediatamente. Es una orden, Sullivan. Puede que sea inspector jefe, pero que no se le suba a la cabeza.

Francis no dijo nada y salió como un vendaval del despacho. Era tan valiente como estúpido.

—No se preocupe, señor, yo me encargo —dijo Rory y cerró la puerta con cuidado al marcharse.

CAPÍTULO 24

FRANCIS

Cuando lo vio entrar en la sala de interrogatorios, Ishikawa Iwao le hizo una reverencia, Francis lo imitó y Rory, que iba con él, se sintió algo cohibido. Esta vez, el tatuador no vestía kimono, sino un par de vaqueros indecentemente apretados y que parecían caros, y una camisa de tela Oxford azul claro que le marcaba unos pectorales de impresión. Estaba claro que Ishikawa Iwao se cuidaba físicamente y Francis enseguida se lo imaginó entrenando algún arte marcial.

«Prejuicios raciales. Déjalo ya».

—Gracias por venir, señor Iwao —dijo Francis—. Este es mi compañero, el sargento Mackay.

—No me lo agradezca, no me dieron elección —dijo Iwao, sin apartar la mirada de Francis e ignorando completamente a Rory—. ¿De qué quiere hablar conmigo?

—Tome asiento, por favor —dijo Francis.

Rory y él se sentaron uno a cada extremo de la mesa. Iwao pareció dudar un momento, pero cuando Francis le hizo otra seña con la cabeza, sacó una silla y se sentó él también. Estaba tan recto como una vara, con las piernas juntas y los pies perfectamente alineados. Dejó descansar las manos sobre los muslos y se puso a mirar hacia los dos policías, expectante.

—Voy a grabar esta conversación, ¿le importa? —dijo Francis, mientras apretaba el botón rojo de la grabadora.

—Si lo hace, espero que depositen una copia en el despacho de mi abogado —dijo Iwao—. También me gustaría saber por qué les parece necesario hacerlo y cuál es mi situación en este asunto. ¿Acaso soy sospechoso de algún delito?

—Su abogado puede solicitar una copia —dijo Rory, mientras apuntaba algo en su libreta.

—Es un testigo y necesitamos su ayuda para nuestra investigación —dijo Francis—. Le informaremos si tenemos algún motivo para cambiar su situación.

Iwao frunció el ceño.

—En ese caso, no necesita grabar nada.

—Muy bien —dijo Francis—. Si es lo que quiere, ningún problema.

Parecía que Iwao conocía muy bien sus derechos.

Mientras esperaban a que les llevaran a Iwao, Francis y Rory habían decidido la estrategia que iban a seguir. En lugar de comenzar poco a poco, con preguntas sobre la exposición de tatuajes y los artistas que participaron en ella, empezarían por el otro extremo: con los asesinatos y, más en concreto, con su coartada para las horas aproximadas de las muertes.

—¿Podría decirme dónde estuvo el domingo veintiocho de mayo entre la medianoche y las seis de la mañana?

Iwao los miró confundido.

—¿Me puede repetir la fecha?

—Domingo, veintiocho de mayo. El domingo pasado.

—Claro —dijo Iwao, recuperándose de la sorpresa—. ¿Entre medianoche y las seis de la mañana? Imagino que estaría en la cama.

—¿No está seguro?

—En la cama o en el estudio. Normalmente me acuesto entre medianoche y las dos de la mañana, y antes suelo estar dibujando. No salí de casa el sábado por la noche ni el domingo de madrugada. —Se encogió de hombros—. A esas horas, estaría en mi estudio o en el dormitorio.

—¿Podría corroborarlo alguien?

—Vivo solo.

Rory y Francis se intercambiaron una mirada. Eso era como no tener ninguna coartada, por muy cierto que fuera.

—¿Y qué hay del martes por la noche, entre medianoche y las cinco de la mañana?

—Lo mismo.

—¿Solo en casa?

Iwao asintió.

—El martes por la noche estuve en casa, solo. —Se quedó mirando a Francis fijamente—. Estoy seguro de que podrán comprobarlo con mi teléfono móvil, si es necesario.

—No todo el mundo lleva el móvil encima cuando sale de casa —dijo Francis, mirando a otro lado.

—Yo sí —dijo Iwao.

Francis se dijo que pediría una orden para investigar el historial del teléfono de Iwao.

Rory tosió para que volviera a centrarse.

—Háblenos de su gato. El de los tatuajes. ¿No ha pensado que tatuar a un animal podría ser maltrato? ¿Que podría ir en contra de la ley?

—Tengo dos gatos así —dijo Iwao, moviéndose incómodo en la silla—. Ya estaban tatuados cuando los importé de Japón.

—Pero ¿le parece bien?

—Estaban en una protectora. Yo nunca le haría algo así a un animal... Es evidente que no pueden dar su consentimiento y yo no tatuaría nada ni a nadie sin su permiso.

Francis notó que el teléfono le estaba vibrando en el bolsillo y echó un vistazo por debajo de la mesa. Una llamada perdida de Marni Mullins. Volvió a guardarlo.

—¿Puede demostrar que estaban tatuados cuando los adquirió? —Rory era como un terrier que hubiera sentido el olor a rata.

—Sí, estoy seguro de que tendré alguna de las fotografías que me mandaron de la protectora cuando me ofrecí para adoptarlos.

—Aun así, tendremos que notificar a la RSPCA sobre los gatos —dijo Rory.

Iwao se quedó con la mirada perdida.

Francis empezaba a darse cuenta de que el interrogatorio no los iba a llevar a ninguna parte. Empujó sobre la mesa el catálogo de la exposición que le había dado Marni, para que Iwao lo viera.

El tatuador lo miró y lo reconoció, pero no se molestó en cogerlo.

—¿Cree que todo esto tiene algo que ver con mi exposición? —dijo.

El teléfono volvió a vibrar. Otra vez Marni Mullins. Tendría que esperar.

—¿Por qué no lo mencionó cuando lo visité con la señora Mullins? —preguntó Francis.

Iwao puso cara de sorpresa.

—¿Y por qué debería haberlo hecho? Me preguntó sobre un tatuaje en concreto, no pensé que podría interesarle nada de la exposición.

—Creemos que podría tener alguna relación.

—¿La exposición? ¿Con qué, exactamente?

—Con varios asesinatos.

A Iwao se le debieron de pasar mil cosas por la cabeza y Francis lo vio en su cara. Todas esas preguntas sobre su paradero, sobre el gato y sobre un posible vínculo con las víctimas... No podía creérselo.

—¿Creen que podría estar implicado? ¿Yo?

—Usted mismo dijo que a los yakuza les quitaban los tatuajes para conservarlos después de su muerte.

Iwao echó para atrás la silla y se cruzó de brazos y piernas. La clásica postura defensiva.

—Quiero ver a mi abogado. No voy a decir nada más hasta que venga.

El teléfono de Francis no paraba de vibrar con insistencia.

Salió al pasillo y marcó el número de Marni.

—Hijo de puta —soltó llena de rabia en cuanto descolgó—. Me abro a ti, te presento a mi amigo, ¿y tú vas y lo detienes?

—Marni...

—¿Primero a Thierry y ahora a Iwao? Pero ¿qué coño te pasa? ¿No puedes encontrar sospechosos tú solo?

—Esto no ha sido idea mía.

—Me importa tres mierdas. He llamado al abogado de Iwao y lo tendréis ahí en un minuto. Ese hombre no le haría daño ni a una mosca... Por favor, ¡si es budista practicante! ¿Por qué no te olvidas de él y te dedicas a buscar al asesino de verdad? También estaría bien que avisaras a las personas con tatuajes de esos artistas de que hay un asesino suelto y que dejaras de interrogar a gente inocente.

Colgó el teléfono sin darle tiempo a decir nada. Acababa de perder a su único contacto en el mundillo, justo ahora que empezaba a estar convencido de que las muertes estaban relacionadas de alguna manera con los tatuajes de las víctimas.

Apareció Rory.

—El abogado de Iwao está en la entrada —dijo—. No sé cómo ha aparecido tan pronto.

—La radio patio del tatuaje, alias Marni Mullins.

Una hora después, habían acompañado a Iwao y a su abogado hasta la salida y volvían a estar en el despacho de Bradshaw, que estaba hecho una auténtica furia.

—¿Teníamos un sospechoso y lo han dejado marchar?

—No teníamos motivos para retenerlo —dijo Francis.

—¿Tenía coartada?

—No, pero...

—Entonces, no está descartado, ¿no?

—Técnicamente, no. Pero no creo que fuera él.

Bradshaw entornó los ojos con desesperación.

—Señor, sálvanos de los polis que se dedican a seguir sus corazonadas.

—No hemos encontrado nada que lo relacione con estos asesinatos, ni tampoco con el de hace unos meses.

«El tipo era un friki, pero ¿eso lo convierte en un asesino?».

—Es cierto, señor —intervino Rory—. Además, tenía un buen abogado. No merece la pena complicarse con él.

—Y entonces, ¿qué? —dijo Bradshaw—. Estamos otra vez en la línea de salida, ¿no?

—Señor, sería conveniente dar una rueda de prensa —dijo Francis—. Hay que advertir a la gente de que hay un asesino suelto y de que busca a personas con tatuajes de unos artistas en concreto.

—Ni pensarlo.

—¿Señor?

—¿Quiere poner al asesino en guardia por una teoría sin confirmar? De servir para algo, la rueda de prensa solo servirá para que se esconda y así perderíamos cualquier ventaja que pudiéramos tener.

«¿Y qué ventaja podría ser esa?».

—Ha matado a dos personas en solo una semana.

—Podría estar planeando ya su siguiente asesinato —dijo Rory—. Creo que el inspector jefe tiene razón, habría que lanzar un aviso.

—Y yo no le he pedido su puta opinión, Mackay. Toda esta teoría del asesino en serie no se sostiene. No me convence.

—Es igual de probable que la de los tres asesinos distintos, señor.

—Vale, olvídense de la mierda de las hipótesis y vayan a buscar pruebas. Tienen que encontrar algo antes de que asesinen a alguien más.

—Por Dios —dijo Rory en voz baja en cuanto salieron del despacho de Bradshaw—. ¿Sabe a quién le echará la culpa si hay más asesinatos?

A Francis se le tensaron los músculos de la mandíbula y, con eso, no le hizo falta decir nada más.

CAPÍTULO 25

MARNI

—¡Estás aguantando como un jabato!

Marni dejó escapar su mentira favorita mientras Steve se retorció de dolor bajo la aguja. Se dio cuenta de que estaba siendo demasiado dura, así que respiró hondo para templar los nervios. Estaba furiosa por todo lo que había pasado, pero Steve no tenía culpa de nada. Era su tercera sesión. Estaba trabajando en un racimo de crisantemos, el fondo para el tigre de estilo japonés de su tatuaje de manga. Iba a hacerle falta al menos otra sesión para terminarlo.

—Bueno, si te parece, podemos dejarlo por hoy. He acabado ya toda esta parte. Puedes volver en un par de semanas y le damos el último empujón.

Steve se sentó en la camilla a horcajadas y empezó a mover los hombros en círculos, para que volviera a circularle la sangre.

—Gracias, preciosa —dijo, mirando con una sonrisa lo que acababa de hacerle.

Marni desmontó la máquina de tatuar, metió las agujas en el contenedor para jeringuillas y le quitó el plástico en el que iba envuelta para que no se manchara de sangre. Mientras le envolvía el brazo a Steve en papel film, se preguntó cuántos años tendría; estaba prácticamente calvo, pero tenía cara de niño y detrás de las gafas brillaban dos ojos llenos de vida. Aun así, parecía algo mayor para hacerse su primer tatuaje, no obstante hoy en día la gente comienza a tatuarse a cualquier edad.

—¿En efectivo? —preguntó él.

—Sí, por favor —dijo Marni—. Han sido tres horas justas.

Mientras Steve contaba el dinero, Marni se quitó los guantes de látex y se lavó las manos. Había sido un día muy largo y seguía tensa por la detención de Iwao. ¿A qué narices estaba jugando Francis Sullivan? No podía pensar

que Iwao estuviera implicado en los asesinatos, ¿no? Era mucho menos probable que Iwao asesinara a alguien que Thierry tuviera algo que ver. Muchísimo menos, a decir verdad... Estaba preocupada por Thierry.

Sonó la campanilla de la tienda. Había entrado alguien y a ella le rugió el estómago. «Qué fastidio», pensó, creía que había cerrado la puerta al ponerse a trabajar con Steve. Echó un ojo desde el estudio y vio a Francis Sullivan acercándose al mostrador. Verlo ahí no la ayudó a relajarse, precisamente. ¿Es que ahora iba a detenerla a ella también?

—¿Qué quieres? —dijo, sin preámbulos.

Tras ella, Steve estaba metiendo con cuidado el brazo recién tatuado en la manga de la chaqueta. Francis se detuvo en la puerta de la trastienda al percatarse de la escena.

—Puedo esperar a que termines —dijo.

—Steve, este es el inspector jefe Frank Sullivan. Frank, este es Steve, uno de mis clientes favoritos. —Iba a hacer todo lo posible para tocarle las narices y, para su satisfacción, se dio cuenta de cómo saltó al oír que lo llamaba Frank.

—Hola, Frank —dijo Steve, tendiéndole la mano.

Francis Sullivan se la estrechó, como si fuera algo que el gato acabara de traer de la calle.

—Eres el poli ese, ¿no? El que está investigando lo del asesino de los tatuajes, digo.

Francis asintió de forma prácticamente imperceptible.

—Uf, es una pasada que Marni encontrara el cuerpo —siguió diciendo Steve—. Bueno, ¿qué?, ¿habéis pillado ya a alguien?

—Solo a quien no debían —soltó Marni mientras seguía recogiendo. «¿Cuándo narices iban a encontrar al asesino de verdad?».

—En el periódico decían que tenía algo que ver con los tatuajes. ¿Es verdad eso?

A Francis parecía incomodarle la incontinencia de Steve y miró a Marni para hacérselo notar.

Ella no hizo ni caso.

—Si no le importa —le dijo Francis a Steve—, necesito hablar con la señora Mullins.

—Ah, claro. Lo siento.

—Date crema, Steve. Que no se te olvide.

Cuando se hubo marchado, Marni dejó de hacer cosas y se plantó enfrente de Francis.

—No tengo ganas de hablar contigo, Frank. Lo que has hecho es insultante.

—Quiero hablar contigo de otra cosa.

—¿Y por qué iba a querer yo? —Le dio la espalda y empezó a cerrar botes de tinta.

—Marni, la semana pasada asesinaron a dos personas aquí en Brighton, y hay motivos para sospechar que las muertes podrían estar relacionadas con sus tatuajes. Tú lo sabes.

—¿Así que ahora crees en mi teoría? —dijo Marni, que giró la cabeza para mirarlo—. Vale, pero ¿eso te da el derecho a tratar a patadas a mi gente? Los estás deteniendo sin motivo.

Francis suspiró.

—Aún no he detenido a nadie. Pero necesitamos información, así que tengo que hacer preguntas a las personas que podrían ayudarnos. Y eso te incluye también a ti.

—Quieres que te ayude, que te ayudemos, ¿y eso es lo que haces tú a cambio? Lo único que consigues es alejar a todo el mundo. No habrás pensado ni por un momento que Thierry, Iwao o yo estemos implicados en los asesinatos, ¿no?

—Tenía que tantear todas las opciones.

Marni dejó un frasco de desinfectante sobre la mesa de trabajo de un golpe. ¿Estaba enfadada con él o era por sus propias sospechas? Quizá estaba reaccionando así porque tenía miedo.

—Lo que deberías hacer es avisar a todo el mundo. Si hay un asesino suelto a la caza de personas tatuadas, al menos deberían saberlo. ¿Por qué no ha salido nada en los periódicos ni en la televisión? La gente debe andarse con ojo.

—El jefe...

—¿Jefe? Pensaba que estabas al frente del caso.

Francis hizo una mueca, compungido.

—No estoy metido en una burbuja. Cuando se trabaja en un caso así, hay que cumplir ciertas expectativas.

—El abecé de la policía. Vale, lo pillo, ya me lo conozco. —«Sucedió en Francia y estaba pasando ahí también; siempre seguían la ley del mínimo esfuerzo».

Por fin, dejó de hacer cosas y se volvió hacia él.

Al mirarlo, se dio cuenta de que estaba furioso.

—No, no lo entiendes. No tienes ni idea de la presión a la que estoy sometido para conseguir resultados rápidamente. Y además, tengo a la prensa encima todo el día.

—Saber trabajar bajo presión es uno de los requisitos del puesto, ¿no? Ya sabes de qué va: consigue resultados y evita que asesinen a más gente... Para empezar, podrías emitir un aviso y advertir de lo que está sucediendo.

—No puedo hacerlo, sembraría el pánico.

—Si no lo haces tú, hablaré con Tom Fitz y sacará un reportaje para avisar a todo el mundo. Por ahora, no cuenta más que con datos básicos sobre los cuerpos, así que estará encantado de tener algo más succulento que ofrecer a sus lectores.

Francis suspiró.

—No te acerques a él, Marni. Deja que la policía decida qué información desea sacar a la luz y cuándo. Ya hay bulos más que de sobra circulando.

—Entonces, haz algo pronto.

Había sido muy clara, pero él no respondió. Solamente se sentó en una silla de madera que había en una esquina y se frotó los ojos. Estaba agotado y estresado, pero Marni no podía compadecerlo. Había visto lo que podía pasar cuando la policía intentaba conseguir resultados demasiado rápido y lo que sucedía cuando la justicia, aunque no estuviera equivocada, no llegaba a estar al nivel de los hechos.

—¿Tomamos un café? —dijo él.

Fueron a una pequeña cafetería a dos puertas del estudio y se sentaron en una mesa algo apartada. Pidieron un americano para él y un cortado triple de café para ella.

—Bueno, ¿qué me quieres preguntar? —dijo Marni, sin disimular su enfado.

—¿Cómo puedes saber que no lo hizo Iwao?

Marni sacudió la cabeza.

—Así no va esto, Frank. Eres tú quien tiene que demostrar que fue él, y no al revés. Además, no es nada que pueda convencerte; simplemente, que lo conozco. No es capaz de hacer nada parecido, así de sencillo.

—Pero Thierry sí, ¿no es verdad?

—Vete a tomar por ahí.

Marni se levantó.

—¡Marni! —Lo dijo con una voz tan desencajada que tuvo que volver a sentarse—. No digo que piense que ha sido él, pero tengo que conocerlo

mejor. Según nuestros ficheros, ha estado detenido por tráfico de estupefacientes y agresión. Cuéntame qué pasó.

—Lo de las drogas no tiene mayor importancia. Solo fue menudeo, ya sabes, y siempre lo hizo fuera del estudio. Alex acababa de nacer y andábamos justos de dinero, tuve que estar sin trabajar varios meses.

Francis asintió; se hacía cargo.

—Lo pillaron un par de veces. Fin de la historia.

No iba a contarle que lo de las drogas había sido uno de los motivos por los que se había divorciado de él. Uno de tantos. Como lo de las otras mujeres. O como sus estallidos cuando estaba borracho, que le recordaban demasiado a Paul. Esa parte de su vida no era asunto de Francis Sullivan.

—¿Y lo otro?

—Le pegó a un tipo en el Heart and Hand. Fue hace mucho.

—¿Qué pasó?

Marni dio un trago de café frío para ganar tiempo.

—Salió algo en el periódico. A este tío no lo conocíamos casi, pero se metió con nosotros.

—¿Alguna noticia sobre sus condenas por tráfico?

—No, fue sobre mí. El tipo ese vino e hizo algunos comentarios fuera de lugar, así que Thierry tuvo que cerrarle la boca.

—¿Y eso fue todo?

—Eso fue todo. —Marni estaba desesperada por cambiar de tema. Lo último que quería era tener a Frank Sullivan husmeando en su pasado. O en el de Thierry.

Francis se terminó el café y se quedó unos minutos callado.

—Marni, ¿te puedo hacer una pregunta?

—Claro. —«No».

—No es sobre Thierry.

—Dispara. —«Déjalo ya, por favor».

—Estuviste en la cárcel, ¿no es cierto?

Lo único de lo que Marni no quería hablar.

—Sí.

—Pero no he encontrado nada en la base de datos de la policía.

Era evidente que estaba enfadada.

—Fue cuando vivía en Francia.

—Eso lo explica. ¿Qué hiciste?

—¿Importa para algo?

—No, pero...

—Apuñalé a un hombre.

Se desinfló en cuanto le sobrevino el recuerdo. Ahí estaba otra vez el brillo deslucido del cuchillo ante sus ojos; y la sangre, cada vez más y más sangre. Las sirenas sonando en la madrugada y la policía hablando en francés tan rápido que no conseguía entender nada de lo que decían. No podía respirar, buscó el aire y volvió a salirle también la voz.

—¿Me has oído? Apuñalé a un hombre.

Francis se puso pálido. Por su cara, estaba claro que se arrepentía de haber hecho esa pregunta.

VIII

¿Alguna vez te has preguntado qué se siente al desollar un cuerpo humano? Supongo que no. Yo sí suelo pensar en eso. Mientras hago otras cosas o cuando estoy en la cama. También si no tengo nada que hacer, como ahora. Estoy en el coche, esperando a que aparezca el siguiente de la lista. Me dedico a observar sus costumbres, para conocerlo bien y elaborar un plan. Es alto y va mucho al gimnasio, todos los días, de hecho. Estoy deseando quitarle la piel y arrancarle el tatuaje. Lo pelaré como si fuera una manzana.

Aunque, realmente, no se parece mucho a pelar una manzana. La piel humana, cuando está viva, es más flexible y más elástica que la de la fruta. Y la técnica, completamente distinta. Lo más difícil es empezar una vez que he practicado el corte alrededor de la zona que quiero desollar. Levanto un poco el borde de la piel con la punta del cuchillo y la echo a un lado, para crear un pequeño hueco entre la piel que he levantado y la fascia muscular que hay por debajo, blanca y dura. En algunas personas lo que encuentro es una capa de grasa subcutánea, claro está. Una vez hecho eso, puedo agarrar la piel suelta, es como una tapa, y empezar a retirarla, tirando de ella hacia atrás, mientras la separo con sumo cuidado de la carne con el cuchillo.

Según la parte del cuerpo, puede quedar una pequeña mancha de sangre o acabar todo encharcado. No hago nada para contener la hemorragia. Además, ¿para qué? Todas mis víctimas terminan muertas y lo más importante es quitar el tatuaje sin que sufra ningún daño. No hay nada más placentero que hacer el corte final, el que libera del cuerpo el trozo de piel con el que estoy trabajando. Después, puedo sostenerlo en la mano, cuando aún está caliente y húmedo, echando vaho, como en las noches frías. Entonces empiezo a imaginar cómo quedará la piel cuando la haya curtido.

No todo el mundo tiene la suerte de amar tanto su trabajo como yo amo el mío. Quizá podría decirse que es el trabajo de mis sueños. Además, está bien pagado; aunque, sinceramente, también lo haría gratis. La verdad es que creo que haría casi cualquier cosa que el Coleccionista me pidiera, pero por suerte sabe dónde residen mis talentos y este trabajo satisface las

necesidades de ambos, las suyas y las mías. Le encantan todas las piezas que le he entregado hasta el momento: juntos estamos creando una colección verdaderamente especial.

El hombre a quien estoy vigilando sale del edificio de oficinas y echa a andar hacia el coche. No tiene a la vista el tatuaje; lleva puesto un traje negro y barato para el trabajo. Dudo mucho que sus compañeros de oficina sepan que está tatuado. Vende seguros por teléfono y, para compensar los días que pasa atrofiándose en su cubículo, dedica las noches a actividades muy poco sensatas. Lo he observado en los bares, fanfarroneando de tatuaje y de trapicheos. Lo he visto comprando droga en los baños y desaparecer luego en callejones oscuros con otros hombres en busca de algo con lo que olvidar. O de un subidón barato.

Será un objetivo bastante fácil cuando llegue el momento. Una fruta madura y lista para ser cortada y pelada. Entonces, se lo arrancaré, centímetro a centímetro, un tatuaje de cuerpo entero en dos enormes piezas. Dios santo, cómo va a sangrar. Casi puedo notar su sabor en el aire.

Tengo que hacerlo pronto.

CAPÍTULO 26

FRANCIS

Francis era consciente de que debería estar rezando, pero no podía quitársela de la cabeza. Marni no le había contado mucho y lo poco que había dicho tampoco aclaraba las cosas. Al principio imaginó que habría sido en defensa propia, pero ella le dejó bien claro que no era así; además, ¿no había acabado en la cárcel? Todo resultaba demasiado impreciso. Necesitaba saber más, necesitaba saber quién, por qué y en qué circunstancias. Intentó centrarse en la oración, aunque solo lo consiguió un instante.

Al final, se dio por vencido; no servía de nada seguir de rodillas, así que se sentó en el banco junto a Rory. Estaban en la última fila de la iglesia de San Pedro. Aunque no era la de su parroquia, Francis ya había ido alguna vez a misa y le gustaba estar ahí. Rory, sin embargo, se sentía incómodo y no paraba de moverse. Pero no le quedaba otra, acudir a los funerales era parte del sueldo. El equipo de homicidios tenía que mostrar sus respetos a la familia de la víctima... y aprovechar la ocasión para ver quién más aparecía por allí.

San Pedro era un descomunal pastiche de estilo neogótico diseñado por Charles Barry, con columnas excesivas y una apabullante vidriera en la cabeza de la nave. A Francis le encantaba esa iglesia y, si no se sintiera obligado a seguir en la de Santa Catalina por el padre William, puede que hubiera cambiado de lealtades hacía tiempo. Al tratarse de unas exequias, no había ataúd, tan solo una enorme fotografía ampliada de Evan Armstrong montada sobre un caballete junto al altar y flanqueada por unas extravagantes coronas de flores. La gente pasaba por delante en silencio y cabizbaja. Aunque el sol entraba triunfante por los ventanales, el ambiente en el interior del templo era lúgubre.

—¿Qué porcentaje de asesinos creen que acudirán a los funerales de sus víctimas? —le susurró Rory al oído, cubriéndose la boca con una mano.

Dado que casi todos los asesinos pertenecen al círculo íntimo de sus víctimas, lo más seguro era que el porcentaje fuera elevado. Francis se llevó un dedo a los labios y se concentró en estudiar a los familiares y amigos de Evan Armstrong. Dave y Sharon Armstrong estaban sentados en la primera fila, acompañados de una joven. Francis imaginó que sería la hermana. Ninguno de los tres iba vestido de negro. Dave llevaba un traje de color azul marino que, al menos, era sobrio como exigía la ocasión; Sharon, sin embargo, vestía un chaquetón de color magenta claro. Frente a lo colorido de la ropa, tenía la cara pálida y demacrada, con unas arrugas que a Francis le parecieron mucho más marcadas y profundas que cuando la conoció, tan solo una semana antes. Al entrar, había tenido que apoyarse en el brazo de Dave para recorrer el pasillo de la iglesia, sin fuerzas, y su marido la ayudó luego a sentarse con cuidado, como si las piernas fueran a doblarse en cualquier momento. La hija, que intentaba ahogar el llanto en una bola de pañuelos de papel, llevaba una extraña mezcla de ropas de color marrón y verde, y por debajo de una falda de color óxido que le llegaba hasta el tobillo le asomaban unas botas marrones llenas de barro. Era como si hubiera estado trabajando en el jardín y la hubieran teletransportado a aquella iglesia. Francis estaba convencido de que lo oportuno era ir vestido de negro a los funerales (tampoco era tan complicado, casi todo el mundo guardaba algo negro en el armario), pero tenía la sensación de que los Armstrong no eran muy devotos.

Había un claro abismo entre los familiares de Evan y sus amistades. Los primeros parecían cortados por el mismo patrón que Sharon y Dave, eran todos personas normales y corrientes que habían visto sus vidas cruelmente sajudas por la pérdida de uno de los suyos. Muchos se acercaban hasta la primera fila, abrazaban a Sharon, le estrechaban la mano a Dave y luego tomaban asiento en un respetuoso silencio.

Los amigos de Evan, sin embargo, habían hecho un corrillo en el exterior de la iglesia, como si no quisieran estar dentro y afrontar la muerte de alguien a quien conocían. Al observar el grupo, Francis pensó que habrían encajado perfectamente en la convención de tatuajes: todo eran ropas negras, cabezas rapadas o de colores chillones, pírsines excesivos y todo tipo de tatuajes a la vista, a pesar de lo solemne de la ocasión. También eran mucho más locuaces y, mientras las chicas casi hablaban a gritos (a Francis le pareció que con cierta rivalidad), los hombres se dedicaban a conversar con voz grave y como si estuvieran tratando asuntos de Estado.

Empezó a sonar el órgano y los que seguían en el exterior fueron entrando poco a poco en la iglesia. Francis se fijó en que Marni y Thierry Mullins

llegaron juntos, acompañados por dos hombres profusamente tatuados y que hablaban con Thierry en francés. Rory le dio un codazo en el costado, para darle a entender que él también los había visto. Cuando se sentaron, Marni se giró y miró con fijeza a Francis. Él movió la cabeza para saludarla, pero para cuando lo hizo, ella ya le estaba dando otra vez la espalda. Iwao llegó a la iglesia con un discreto traje de color negro y ocupó el extremo del banco de Marni. «¿Conocía a Evan?». El tatuador miró hacia Francis con desdén y le susurró algo a Marni.

Los rezagados fueron llenando los últimos bancos, y Francis y Rory tuvieron que echarse a un lado para hacerle sitio a una mujer corpulenta y vestida de luto de los pies a la cabeza, incluidos guantes y un pequeño sombrero con velo de tul. Aun estando sentada, casi le sacaba una cabeza a Francis. Pensó que sería una tía solterona y que llegaba tarde porque se habría perdido o porque no habría encontrado sitio para aparcar. Les dio las gracias a los dos en el momento justo en el que el pastor apareció en el altar y empezó a hablar. Aunque comenzó la misa, siguió llegando gente. Entraban de puntillas y se quedaban de pie al fondo de la iglesia.

Francis escuchó las palabras de consuelo del pastor y se preguntó cuánto tardaría en estar en otro funeral, el de su propia madre. Esa vez, sin embargo, todo sería distinto. Hacía años que habían preparado la misa juntos; iba a ser en la pequeña iglesia a la que acudía cada domingo mientras estuvo casada y en la que Francis descubrió su fe siendo un niño. Pero ¿les facilitaría eso la despedida a su hermana y a él? Allí fue donde se casaron sus padres, pero dudaba mucho de que su padre se molestara siquiera en aparecer. Distráido en esos pensamientos, la misa por Evan terminó sin que Francis se diera ni cuenta. Lo sacó de su ensoñación el pastor bajando por el pasillo.

Una vez fuera, las dos tribus mantuvieron las distancias, aunque hubo encuentros fugaces, como cuando algunos amigos de Evan se acercaron a hablar con la familia. Francis y Rory se quedaron apartados y observando en silencio. Francis le había ordenado a Hollins que aparcara frente a la iglesia y lo grabara todo con un teleobjetivo. Francis se tomaba muy en serio la posibilidad de que el asesino asistiera a la misa, así que haría analizar el vídeo hasta que tuviera identificado a todo el mundo y conociera su relación con Evan Armstrong. Seguramente, Tom Fitz había pensado lo mismo e iba moviéndose y haciendo fotos entre los afligidos asistentes.

—¿Aún no ha encontrado a su asesino? —le preguntó Ishikawa Iwao, que apareció a su lado como surgido de la nada—. ¿Cómo lo reconocerá cuando lo vea?

Se desvaneció sin darle tiempo a responder.

Francis no podía dejar de mirar hacia Marni Mullins. Estaba hablando con un hombre bajito que llevaba un tigre recién tatuado en el brazo derecho, el que había estado el día de antes en el estudio. Al mirarla, solo podía pensar en las palabras que resonaban todavía en su cabeza: «¿Me has oído? Apuñalé a un hombre». Como si supiera en lo que estaba pensando, Marni dejó de hablar un momento y miró a Francis a los ojos. No fue una mirada amistosa, así que apartó la vista y cruzó la calle para ir a hablar con Hollins, que estaba grabando con la ventanilla del conductor bajada, sin mucho disimulo.

—Procura grabar a todo el mundo, Kyle.

—Sí, jefe. —No apartó el ojo del visor.

—Sobre todo al grupito de los tatuajes.

—Los tengo fichados.

Francis le dio una palmadita en el hombro y se dio media vuelta.

Al verlo regresar, Marni Mullins se dirigió directamente a él, hecha una furia.

—¿Nos estás grabando? No deberías estar aquí, ni siquiera conocías a Evan Armstrong.

—¿Y tú sí?

Eso la cogió por sorpresa y tardó unos segundos en responder.

—Era cliente de Thierry y fue amigo de Charlie y de Noa. Tenemos derecho a estar aquí, tú no.

—Me dio la impresión de que Thierry no le tenía mucho aprecio, por lo de la factura sin pagar... —dijo Francis—. Pero, bueno, nosotros también tenemos derecho a estar aquí. Al fin y al cabo, intentamos encontrar a su asesino.

—¿Aquí? ¿En las exequias? Podríais mostrar un poco de respeto.

—Estos son los conocidos de Evan.

—Quitándoos a tus hombres y a ti —refunfuñó ella.

—Creía que estábamos en el mismo bando, Marni.

—¿En qué bando estás tú, Francis?

—En el de la justicia. En el lado del bien.

Esas palabras parecieron sugerir algo que no pretendía. Marni frunció el ceño, se dio media vuelta y volvió a paso airado hacia Thierry, que estaba hablando con la hermana de Evan Armstrong.

Francis se quedó mirándola, arrepentido de haberse acercado al coche y de que los hubiera visto. Le afectó que estuviera tan enfadada, pero al verla ahí hablando con Thierry, notó también una vulnerabilidad en ella que no

había apreciado hasta ese momento. Había algo oscuro en su pasado, estaba seguro. Pero ¿cómo era su presente? ¿Sería ella la clave para resolver el caso?

IX

Estoy en el funeral. Han venido todos los conocidos del desgraciado de Evan Armstrong y, después de echar un vistazo, parece que también hay bastantes que no lo conocían. Hay varios policías, es evidente. ¿Quién más llevaría calzado con cámara de aire y traje? Me están buscando, por supuesto, pero no tienen ni idea de qué (o a quién) buscan. La verdad es que me dan algo de pena.

Pero mientras no me observan, yo sí puedo observarlos a ellos. Parece que la cosa está interesante. Había imaginado que el policía mayor estaba al mando, pero me equivocaba. Está claro que el que da las órdenes es el otro, el joven. Oh, sí, puede que el pelirrojo parezca recién salido del instituto, pero rezuma inteligencia como los cerdos sudor. No debería subestimarlos.

Aun así, no sabe ni por dónde sopla el viento a la hora de resolver esta historia de misterio.

La familia parece destrozada y es un verdadero orgullo que sea todo por mí. Toda esta reunión es fruto de mi trabajo. Soy la causa de todas esas lágrimas derramadas por el rostro de la mujer y del temblor que le sacude la mano al marido cuando corre a sostenerla. Mi hoja afilada ha dejado una marca tan honda en sus corazones como la que abrió la carne de Evan. Este dolor es el reconocimiento de mi obra. Ojalá estuviera aquí Ron para ver todo lo que he hecho; lo que estoy haciendo. Es extraño, pero también me gustaría que estuviera mi padre. Desde luego, estaría conmocionado, pero por fin tendría que reconocer que yo también tengo talento. Pensar en él me deja un mal sabor de boca, así que mejor vuelvo a centrarme en la concurrencia.

La flor y nata del mundo de la piel, aquí reunida. Haciendo como que han aparcado sus envidias mezquinas y las puñaladas traperas. Haciendo como que están tristes porque ha muerto alguien a quien apenas conocían. Y luego están los séquitos de seguidoras, sorbiéndose los mocos en pañuelos negros, como si todo esto les importara lo más mínimo, cuando lo único que buscan es una excusa para irse luego de juerga al pub.

Marni Mullins no, ella es diferente. Al salir de la iglesia pasa a mi lado sin una sola lágrima en las mejillas. Es guapa, pero se estremece entera de rabia contenida. ¿Con quién estará enfadada? ¿Por qué? Ya lo veré.

En un funeral puedes enterarte de muchas cosas. Hay gente realmente rota, destrozada por la pena. Otros solo fingen, cumplen con lo que se espera de ellos. Los intercambios son más intensos y si a eso le sumamos el alcohol que habrá después en el velatorio.

Yo observo y aprendo.

El policía joven está hablando con Marni Mullins y se ha puesto rojo. No se diría que la conversación es cordial y ella sigue enfadada cuando se aleja, pero él parece arrepentido. ¿De qué tendrá que arrepentirse respecto a Marni Mullins? Se le queda mirando como un cachorrillo.

Cálmate, corazón mío. Ya sé que el Coleccionista está por aquí.

CAPÍTULO 27

MARNI

Celebraron el velatorio en el Heart and Hand; al parecer, el abrevadero favorito de Evan. Apenas cabían todos los que iban llegando de la misa y muy pronto hubo grupos de gente bebiendo en la calle. A Marni le pareció irónico que ese *pub* también fuera la coartada de Thierry para el asesinato. Francis le había contado lo de la chica del tatuaje de sirena y no tenía ninguna duda de que esa zorrita no andaría lejos. Cogió aire y se mordió el labio. No era justo. Llevaba años separada de Thierry, ¿por qué habría de importarle con quién pasaba la noche? Pero la cuestión era que sí le importaba.

Libres de la solemnidad de la iglesia, el velatorio acabó pareciendo una fiesta. Los amigos que había tenido Evan en el mundo del tatuaje llevaban copas en la mano, se saludaban, se ponían al día, presumían de tatuajes nuevos, se felicitaban o se mofaban por ellos, y contaban anécdotas de las últimas convenciones. Las chicas que habían llorado a moco tendido estaban ahora riéndose a carcajadas; Marni no pudo evitar compadecer a la familia de Evan, que estaba compungida en un rincón.

El bar estaba lleno. Echó un vistazo, preguntándose si Thierry estaría con la chica de la sirena o con la nueva aprendiz del estudio. Se enfadó al darse cuenta de lo que hacía, aunque no le hizo falta esperar mucho para despejar sus dudas y enseguida lo vio en un rincón, susurrándole algo al oído a la aprendiz. Se dio la vuelta, mientras le venía la bilis a la boca.

—Tiene dieciocho —le susurraron al oído—. Recién cumplidos.

Noa apareció a su lado e hizo el gesto de llevarse un vaso a la boca para preguntarle si quería tomar algo.

Por qué no. No había ido en coche ni tenía que tatuar a nadie por la tarde, y no se veía con fuerzas para aguantar un par de horas más allí con los sentidos tan despiertos.

—Claro, gracias.

Mientras esperaba a que Noa volviera, Iwao se acercó a hablar con ella.

—¿Lo conocías? —le preguntó a su maestro.

—¿A Evan? No, pero le conté a Jonah Mason lo que había pasado y me pidió que viniera en su nombre.

—¿Está en California?

—Sí, he transmitido sus condolencias a los padres de Evan. Jonah está destrozado porque su tatuaje pudiera haberle causado la muerte. Está pensando en ofrecer una recompensa a cambio de información que ayude a dar con el asesino.

—¿En serio? Pero no es culpa suya que un psicópata decidiera mutilar a Evan para llevarse ese tatuaje. Podría haberse llevado cualquier otro.

Iwao apretó los labios.

—Si tu teoría de la exposición es correcta, sabes que no, Marni. Implicaría que el asesino elige muy bien los tatuajes que se lleva y, por lo tanto, que también elige a sus víctimas.

Por detrás de Iwao, vio que Francis Sullivan se iba acercando disimuladamente hacia ellos.

—Qué lata, de verdad. El policía ese sigue aquí, no me lo puedo creer. Qué falta de respeto...

Iwao se volvió a mirar e hizo una mueca.

—Solo está trabajando, Marni. Aunque entenderás que no me quede.

Se esfumó y, en ese mismo instante, llegó Noa con una copa de vino. Le cogió la que tenía vacía y la dejó sobre la barra.

—Aquí tienes, cariño. Ahora cuéntame cómo te va.

Marni le dio un beso en la mejilla.

—Dame un minuto, Noa. Voy a mandar al cuerno al plasta del poli.

Francis Sullivan no paraba de merodear cerca de ella y podía verlo todo el rato por el rabillo del ojo. Era insoportable y la estaba sacando de quicio. Con ese traje de color rancio, estaba fuera de lugar allí; al menos podría haberse quitado la chaqueta y la corbata. «Menudo capullo».

—Qué jeta —dijo, volviéndose hacia él.

—Queremos atrapar al asesino, ¿no es así, Marni? —respondió.

Ni siquiera llevaba una copa, ni intentaba pasar desapercibido.

—Hay cosas que son sagradas.

Francis echó un vistazo alrededor, el bar estaba lleno de gente zampando preñados de salchicha y bebiendo pintas de cerveza, pero no hizo ningún comentario.

Marni bebió un sorbito. Empezaba a arrepentirse de haberlo ayudado en su momento. Aquel hombre parecía más dispuesto a echarle el muerto a cualquiera que llevara un tatuaje que a buscar pruebas de verdad. ¿No se suponía que la policía tenía que buscar pruebas para dar con el asesino, en lugar de buscar a un asesino y después las pruebas?

—¿Cuántos tatuadores de la exposición de Iwao hay por aquí?

Marni dio un buen trago de vino.

—Iwao —dijo—. Ha venido en nombre de Jonah Mason, que está en California. También está Rick Glover, pero nadie más, me parece.

—Es el que le tatuó la araña a Jem Walsh, ¿no es verdad?

—Eso es.

—¿Me lo puedes presentar?

Marni empezó a acalorarse.

—¿Para que vayas a detenerlo mañana? Así es como va la cosa, ¿no?

Francis suspiró.

—Marni, investigamos a todas las personas relacionadas con el caso para poder descartarlas.

—En otras palabras, quieres que te lo presente y que te cuente su coartada para la noche que asesinaron a Jem. Ni lo sueñes, Frank.

—Escucha, tienes que apearte del burro un momento. Hay un asesino suelto y va a por los tuyos.

—Tienes razón —dijo, más calmada—. No quiero que muera nadie más, pero tú callas todo lo que sabéis ya y eso nos pone en peligro a todos. Tienes que hacer un aviso oficial. Es lo mínimo.

—Con eso podría cambiar el comportamiento del asesino.

—Y también podrías salvar vidas. —Hablar con él era como hablar con una pared—. Y ahora, si me disculpas, me gustaría saludar a más gente.

Mientras se alejaba, empezó a notar cómo le ardían las orejas y cómo se le había acelerado el pulso. No, no iba a quedarse de brazos cruzados y a esperar a que muriera el siguiente, no estaba bien.

—Noa, ve a por esa silla, ¿te importa? —Señaló la silla donde estaba sentada la aprendiz de Thierry.

—Claro. ¿Me disculpas? —dijo Noa, mientras agarraba el respaldo de la silla y la volcaba sin miramientos dejando caer a la chica en el regazo de Thierry. Llevaba una falda tan corta que Marni pudo verle las bragas. La chica puso cara de enfado, pero Thierry la agarró por la cintura y se echó a reír. Al verlo, Marni se puso todavía más furiosa.

—¿Dónde te la pongo? —preguntó Noa.

—Aquí mismo, junto a la barra.

Marni se subió a la silla y echó un vistazo por el bar. Quería que todos le prestaran atención, así que cogió un tenedor y empezó a dar golpecitos contra la copa.

—Callaos un momento, silencio —gritó Noa con una voz grave y profunda—. Marni quiere decir algo.

Todos se volvieron hacia ella y Marni observó las miradas de perplejidad de Sharon y Dave Armstrong.

—Hola —dijo Marni cuando empezaron a apagarse las voces—. Creo que me conocéis casi todos, pero para los que no, me presento: soy Marni Mullins y trabajo en el Celestial Tattoo. Tengo que admitir que no conocí a Evan en persona, pero estoy aquí porque teníamos muchas amistades en común. Además, quiero deciros algo muy importante y que se lo contéis a todos los que no han podido venir hoy.

Se agachó para dejar la copa de vino y el tenedor sobre la barra. Tenía un mar de rostros expectantes mirándola y, al fondo, pudo ver a Francis Sullivan profundamente decepcionado. El sargento estaba a su lado, con cara de cabreo.

—Marni, no lo hagas —dijo Francis. Intentó decir algo más, pero sus palabras quedaron ahogadas entre una oleada de murmullos.

—Escuchad —siguió Marni—. La policía cree que el hombre que mató a Evan podría haber asesinado también a otras dos personas. En todos los cuerpos faltaban tatuajes y todos los tatuajes desaparecidos tenían algo en común: los habían hecho artistas que participaron en la exposición «La alquimia de la sangre y de la tinta». —Marni vio a Rick Glover mirándola estupefacto al fondo del local—. Es bastante probable que haya un asesino en serie dando caza a personas con tatuajes de los artistas que participaron en ese certamen; concretamente, Ishikawa Iwao, Jonah Mason, Bartosz Klem, Brewster Bones, Polina Jankowski, Rick Glover, Gigi Leon, Jason Leicester, Vince Priest y Petra Danielli. Quiero avisaros porque la policía no va a hacerlo. Si lleváis algún tatuaje suyo, tened mucho cuidado por la noche. No salgáis solos. Yo tengo miedo y vosotros también deberíais tenerlo.

Dio un trago de vino y contuvo el aliento mientras la gente repasaba mentalmente la lista de nombres. La mayoría sacudía la cabeza, pero hubo un par que empezaron a hablar entre susurros, como con apremio, dando a entender que tenían un tatuaje de alguien de la lista. Vio a Dan Carter, uno de sus clientes, bebiendo de un trago una pinta de cerveza casi llena, con el miedo grabado en los ojos. Frank Sullivan y Rory Mackay, sin embargo, se

habían esfumado. Seguro que habían ido corriendo a comisaría para decidir qué hacer ahora que su preciado secreto había salido a la luz.

—A Evan Armstrong y a Jem Walsh los asesinaron aquí en Brighton, en solo una semana —siguió diciendo.

—¿A Jem Walsh? —dijo una chica que tenía justo al lado—. ¿Jem ha muerto?

—No puede ser —dijo otro, y empezó a oír resoplidos. Aunque la prensa había seguido el caso de cerca, estaba claro que mucha gente no se había enterado todavía. Se oyó un portazo y alguien salió corriendo a la calle.

—Lo siento —dijo Marni.

La chica se desplomó sobre el hombre que tenía a su lado y que consiguió evitar a duras penas que se cayera al suelo.

—¿Y qué está pasando? ¿Qué está haciendo la policía? —gritó alguien por el fondo.

Todos empezaron a hacerle preguntas y cundió el caos. Thierry la ayudó a bajar de la silla. Ya estaba hecho.

—¿Por qué coño lo has contado? —dijo—. Ahora Sullivan va a hacerte la vida imposible, ya lo verás.

—Es todo culpa suya. Espero haber salvado a alguien. Además, si a Frank no le gusta lo que he hecho, ya sabe lo que tiene que hacer.

—Has metido la pata, ahora lo pagará con nosotros y meterá las narices donde no lo llaman. —Desde que la había ayudado a bajar de la silla, no le había soltado la mano—. Ojalá no te hubieras metido en esto, Marni. Estoy preocupado.

Se soltó la mano y él frunció el ceño.

¿Qué problema tenía Thierry con la investigación? ¿Y con ella? Era muy contradictorio; cuando surgía el tema, había veces que se subía por las paredes, pero otras parecía más preocupado por ella que otra cosa. ¿Qué era lo que pasaba?

¿De verdad quería descubrirlo?

CAPÍTULO 28

RORY

Cuando lo vio el día anterior, Rory pensó que el jefe jamás se presentaría en el trabajo con peores pintas. Pero se equivocó. Cuando llegó a comisaría a primera hora, Francis ya estaba en su mesa, pero llevaba el traje lleno de arrugas, el pelo sin lavar y un café tamaño XXL. Leía atentamente unas notas.

—¿Se encuentra bien? —dijo Rory, mientras se acercaba para intentar ver qué leía.

Francis levantó la mirada, hasta ese momento no se había dado cuenta de que su compañero estaba allí.

—¿Sabemos dónde está hoy Bradshaw?

—No ha venido. Tiene una reunión estratégica con un par de subcomisarios.

—¿Sabe dónde?

—En Hollingbury Park.

Su campo de golf favorito.

—Vale —dijo y volvió a las notas.

Rory esperó a que le diera alguna explicación, pero el jefe lo ignoró. Muy bien, no importaba, tenía mucho trabajo que hacer. Pero a los cinco minutos, antes de poder empezar a hacer nada, el jefe lo volvió a llamar a su despacho.

—Rory, no he podido pegar ojo en toda la noche, me siento culpable. Quiero hacer bien mi trabajo, pero eso no es lo único en lo que debo pensar.

Rory empezó a moverse incómodo en la silla. «¿Adónde quería llegar?».

—Desde que Marni soltó la noticia, la gente está entrando en pánico y corren todo tipo de bulos. Si el asesino vuelve a atacar y no hemos hecho nada, tendremos las manos manchadas de sangre. Hay que tomar las riendas de la situación.

—¿Y qué piensa hacer?

—Voy a convocar una rueda de prensa.

—Pero el comisario lo ha prohibido expresamente. Eso sería ir en contra de sus órdenes, acabará con usted.

Francis se encogió de hombros.

—Lo sé, pero no dejaré que muera nadie más por no haber tenido valor para hablar. Además, nuestra hipótesis ya se ha filtrado. Marni se encargó de ello. No nos queda otra que hacerlo de forma oficial: ella tiene razón, la gente debe saberlo para poder protegerse.

«Dios santo, esto va a causar un terremoto».

—Lo entenderé si quiere quedarse al margen, Rory. Tiene familia y no puede arriesgarse a perder su empleo.

—Pero sí va a jugarse el suyo.

—Eso es inevitable.

Sullivan estaba en lo cierto, por supuesto. Si podían salvarle la vida a alguien, tenían el deber de actuar, pero se disponía a hacerlo en contra de la orden directa de un superior. Eso no solo podría costarle el caso, sino acabar con su expulsión del cuerpo si Bradshaw se lo proponía. Se metió por las escaleras y, una vez lejos de los ojos y los oídos de la sala de coordinación, sacó el teléfono del bolsillo.

Y marcó el número de Bradshaw.

Las ruedas de prensa siempre se celebraban en la sala más grande de la planta baja de la comisaría de John Street, pero esa vez había tantos periodistas que se quedó pequeña. Habían acudido en tropel, armados con todo tipo de aparatos y lápices para registrar la versión oficial de los acontecimientos. Dos asesinatos en solo una semana eran toda una noticia, tanto que duplicaban el número de asesinatos que había habido en la ciudad en lo que iba de año. Además, en cuanto los detalles más truculentos comenzaron a salir a la luz, como siempre pasaba, varios gacetilleros de la prensa de tirada nacional se unieron a los reporteros locales.

Rory echó un vistazo desde la puerta del fondo y se retiró al pasillo para intentar hablar otra vez por teléfono. El comisario no había respondido a su mensaje y en comisaría no había nadie con autoridad suficiente para detener todo aquello. Volvió a entrar en la sala.

Francis había intentado adecentarse un poco. Se había quitado la chaqueta del traje, se había arremangado la camisa (aunque no es que estuviera mucho mejor que la chaqueta) y se había peinado para atrás con algo de agua. Dio un golpecito sobre el micrófono para ver si estaba encendido y un murmullo de expectación corrió entre los periodistas.

—Buenos días —dijo Francis, para ver a qué volumen estaba el micrófono.

Le respondieron algunos de los asistentes.

—Soy el inspector jefe Francis Sullivan, de la unidad de incidentes graves, responsable de la investigación de los dos asesinatos recientes que se han producido en la ciudad. El domingo veintiocho de mayo, Evan Armstrong, un hombre de treinta y tres años natural de Hove, fue hallado muerto en Pavilion Gardens. Unos días después, encontramos a Jem Walsh bajo el muelle del Palace Pier. Había sido decapitado.

—¿Creen que los asesinatos podrían estar relacionados? —preguntó una mujer joven desde la primera fila.

—Responderé a sus preguntas cuando termine la declaración —dijo Francis.

—He oído que el asesino se lleva tatuajes de los cuerpos, ¿es eso cierto? —Era Tom Fitz. Si no hubiera oído a Marni directamente en el velatorio, no hay duda de que se habría enterado después de lo esencial. Una noticia como aquella sería la comidilla de todos los *pubs* de la ciudad.

—Soy consciente de que hay diferentes rumores en circulación desde que ayer se celebrara el funeral de Evan —siguió diciendo Francis—, por eso los he convocado aquí.

Se abrió la puerta del fondo de la sala y Francis se interrumpió. Bradshaw entró en la habitación, cerró la puerta y se puso junto a Rory. Llevaba un jersey de color amarillo claro, unos pantalones chinos azules y aún seguía con los zapatos de golf. Parecía furioso, pero no abrió la boca.

Al verlo aparecer, Francis perdió el hilo por un momento. Hubo murmullos y los asistentes empezaron a impacientarse.

—Tenemos motivos para creer que el responsable de los asesinatos se está llevando partes tatuadas de las víctimas, es cierto. Por el momento, no sabemos por qué, pero estamos analizando a las víctimas y los tatuajes que elige.

—Marni Mullins dijo algo sobre la exposición «La alquimia de la sangre y de la tinta» —apuntó Tom Fitz—. ¿Tiene alguna relación con los asesinatos?

—Eso no son más que especulaciones y sugerir cualquier otra cosa sería una irresponsabilidad. No hay nada que lo sugiera. Sin embargo, es uno de los motivos que me han llevado a hablar con ustedes. Tenemos que advertir a todas las personas que tengan tatuajes, del artista que sea. Deben evitar salir

solos de noche por la ciudad. Además, les recomendamos que no muestren sus tatuajes en público y que se mantengan alerta.

Dejó de hablar y se armó un gran revuelo. Todos querían preguntar a la vez, levantaban las manos, y los que estaban al fondo se pusieron de pie y empezaron a agolparse hacia las primeras filas. Bradshaw se abrió paso hacia el estrado por un lado de la sala.

—Responderé a algunas preguntas —dijo Francis.

—¿Hay algún sospechoso? —preguntó uno de los venidos de fuera.

—¿Puede darme su nombre y decir dónde trabaja?

—Simon Epton, del *Telegraph*.

Francis tuvo muy claro cuál iba a ser el enfoque de ese artículo.

—¿Tiene algún sospechoso, agente? —repitió el periodista.

—Lo siento, pero no puedo desvelar aspectos estratégicos del caso en este momento —dijo Francis.

—Es decir, que no tienen ni idea de quién es ese ladrón de tatuajes.

—Sin comentarios.

—Lizzie Appleton, del *Mirror*. Al parecer, detuvieron al organizador de la exposición, Ishikawa Iwao. ¿Por qué lo hicieron?

—No ha habido ningún detenido en relación con este caso, señora Appleton. Ishikawa Iwao es una de las personas que están colaborando con la investigación.

Por lo que a Rory respectaba, Ishikawa Iwao seguía siendo sospechoso, eso por descontado.

—¿Como Marni Mullins? —preguntó Appleton.

—Ya les he dicho que nos han estado ayudando varias personas, pero no puedo entrar en más detalles.

—Damas y caballeros, va siendo hora de ir concluyendo. —Bradshaw apartó a Francis a un lado y se puso al micrófono—. Gracias a todos por venir. Por favor, sean responsables con la información que publican y no siembren el pánico en la ciudad. Queremos que la gente tome precauciones razonables, pero no que viva aterrorizada.

En cuanto los periodistas comprendieron que no iban a sacar nada más jugoso con lo que llenar titulares, salieron de estampida por la puerta. Rory se quedó mirando a Francis, que estaba tan blanco como la cal e intentaba escabullirse antes de que Bradshaw pudiera pescarlo. Al llegar a la puerta, el jefe se giró un momento y le lanzó una mirada fulminante. Rory esperó un segundo y huyó él también. Estaba claro que el inspector sabía quién había llamado a Bradshaw.

Al subir por las escaleras, Rory se sintió mal por lo que había hecho. Convocar la rueda de prensa había sido lo correcto moralmente. Era muy posible que Francis le hubiera salvado la vida a alguien y hacían falta arrestos para actuar en contra de una orden directa. Suspiró. Llamar a Bradshaw no le parecía un error, pero le había dejado mal sabor de boca.

Entonces, oyó unos pasos a su espalda, subiendo a toda prisa por las escaleras. Solo podía ser Sullivan.

—¡Hijo de puta!

CAPÍTULO 29

FRANCIS

Rory había ido corriendo a contárselo todo a Bradshaw y a él le hervía la sangre al pensarlo. Era inevitable que el comisario se enterara de la rueda de prensa, pero ese capullo se había ido de la lengua sin darle tiempo ni a empezar. Era normal que el caso no avanzara, ¿cómo iba a trabajar si el equipo no lo apoyaba? Al entrar en la sala de coordinación, todos se quedaron callados. Rory iba tras él y Bradshaw llegó después, prácticamente pisándoles los talones.

—A mi despacho los dos. Ahora mismo. —Bradshaw lo dijo mucho más alto de lo que hacía falta y no esperó a que le respondieran.

Francis miró a Rory, que se encogió de hombros.

—Si no hubiera dicho nada, ahora también iría a por mí.

No había intentado disculparse, aunque, siendo sinceros, la llamada de Rory no era la que había dañado su carrera. Aun así, le dijo:

—Entonces, ¿no habría tenido ningún problema en dejar que las posibles víctimas fueran por ahí tan tranquilas, sin saber lo que está sucediendo? No sé cómo puede dormir por la noche.

Siguieron a Bradshaw al piso de arriba, guardando cierta distancia. Francis subía las escaleras de dos en dos y el corazón se le iba a salir del pecho. No sabía lo que le esperaba, aunque seguramente le estaba bien merecido. Por lo menos, ahora podría mirarse al espejo sabiendo que había hecho lo correcto.

Al entrar en el despacho del comisario, la tensión podía cortarse con un cuchillo. Bradshaw se dejó caer en la silla con un profundo suspiro, pero ni Francis ni Rory se atrevieron a sentarse, esperando a que llegara el rapapolvo. Bradshaw los miró a ambos, hasta que al final se quedó con Francis.

—¿En qué demonios estaba pensando?

Francis se puso tenso.

—En que podríamos salvarle la vida a alguien, señor.

—Ya habíamos hablado de eso, y lo había prohibido.

No era una pregunta, así que Francis no dijo nada.

Bradshaw pasó a centrarse en Rory.

—Hizo bien en llamarme.

—Pensé que debía saber lo que iba a pasar —respondió Rory, sin levantar la mirada del suelo.

—No le correspondía a usted decidir si había que avisar a los ciudadanos —dijo Bradshaw, pasando otra vez a Francis—. Además, lo más seguro es que solo le haya servido para sembrar el pánico.

—Marni Mullins ya había dado la voz de alarma en el velatorio —dijo Francis—. Corrían rumores y la gente estaba asustada.

Rory entornó los ojos y Francis se puso furioso.

—No me arrepiento de lo que he hecho —añadió—. Espero haber salvado alguna vida.

Estaba claro que a Bradshaw eso le daba igual.

—¿Y no se le ocurrió pensar que los rumores ya bastaban para que la gente se anduviera con ojo?

—Con todo el respeto, señor, creo que deberíamos ser nosotros quienes marquemos qué información circula.

Bradshaw resopló.

—Lo único que ha hecho es poner al asesino sobre aviso, si de verdad es un solo hombre, claro... Ahora sabe que hemos averiguado lo que hace, así que se esconderá y aún será más difícil dar con él.

—No estoy de acuerdo, señor.

—¿Acaso su dilatada experiencia le sugiere otra cosa?

—Lo que me sugiere mi formación es que a los asesinos en serie les gusta ser el centro de atención. Si, y solo si, estos asesinatos están conectados como imaginamos, esta publicidad será como una inyección de autoestima para el ladrón de tatuajes. En lugar de esconderse, podría hacerle salir. Me propongo llenar el centro de la ciudad de hombres vestidos de paisano y monitorizar las cámaras de vigilancia. Quizá podamos atraparlo antes de que vuelva a matar.

—¿Quiere pillarlo infraganti? —Bradshaw sacudió la cabeza—. Eso es muy arriesgado.

—En realidad, no —dijo Francis—. Ahora que hemos avisado a todo el mundo, no tendrá oportunidad de actuar. La gente está alerta, así que se sentirá desesperado, correrá más riesgos y se acabará delatando.

—Eso espero... Tiene que pensar en las estadísticas. Los de arriba me están presionando para que reduzcamos el número de delitos, sobre todo los violentos.

—Y para ello tenemos que hacer salir al asesino y detenerlo.

Bradshaw se agarró el puente de la nariz con los dedos y frunció los labios.

—No creo que vaya a funcionar —siguió diciendo—. Solo por quitarle la oportunidad de matar, no conseguirá atraparlo. Quizá si lo atrajéramos con algo... En fin, no me queda otra que sacarle del caso, Sullivan. Mackay, se queda al mando hasta que destinen a otro inspector jefe.

—Pero, señor, el inspector convocó la rueda de prensa con la mejor de las intenciones.

Era muy poco y muy tarde, y Rory lo sabía.

—Me importa una mierda. Ahora está al mando y yo le daré las órdenes. Vuelva a traer aquí a ese tatuador japonés y busque algún indicio forense que nos sirva para llevarlo ante un juez.

—No hay ningún motivo para pensar que ha sido él.

—Usted se calla, Sullivan. Ahora fuera de aquí los dos.

—No puede hacer esto, señor. —Francis tenía los dientes tan apretados que apenas le salieron las palabras.

—Puedo hacer lo que me salga de los huevos, Sullivan. Mackay está al mando.

La conversación había terminado.

Una vez en el pasillo, Francis descargó su rabia.

—¡Joder, joder, joder!

Ya no estaba en el caso. Bradshaw y Mackay estaban equivocados de plano, así que el asesino tendría vía libre para seguir con su trabajo. Dio un puñetazo contra la pared y el dolor le sacudió todo el brazo.

—¡Joder!

X

Sabía que, en cuanto el proyecto se pusiera en marcha, tendría que actuar rápido. El Coleccionista me ha dado una lista de tatuajes y yo debo conseguirlos todos antes de que la policía avance demasiado. En cuanto los tenga, me retiraré y nunca sabrán dónde buscarme. La parte más peligrosa de toda la operación es cosechar los tatuajes.

El Coleccionista y su lista... Tiene un gran ojo para la belleza del cuerpo humano y está creando una colección privada como nunca se ha visto. La taxidermia y los tatuajes son solo el comienzo. Sé que tiene más ideas. La última vez que hablamos se preguntaba si sería posible quitarle la cara a una persona. Yo le dije que me parecía perfectamente posible. Si termino esta tarea, me habré ganado su confianza y quizá me encargue más trabajo. A estas alturas, tendrá ya claro mi grado de entrega. Pero cuanto más lejos llegue, más atención me prestará. Necesito esa atención y, para conseguirla, obedeceré sus órdenes lo mejor que pueda. La verdad es que soy en verdad hábil. Me parece que ya va siendo hora de que me muestre algo de aprecio por lo que he hecho hasta el momento.

Estoy haciendo progresos y esta noche atraparé a otro, siempre que mi objetivo siga sus costumbres, claro está. Desde hace varias semanas, lo he visto salir de copas al Victory Inn, en la esquina de Duke Street con Middle Street. Se queda ahí con unos amigos hasta que el local cierra y luego cada uno se marcha por su lado. Lo he seguido ya tres veces. Siempre vuelve a casa por el mismo camino, ataja por los Lanes, sale en Old Steine y luego cruza por Kemptown. Pero hoy no voy a ir tras él: ya estoy al acecho.

Los Lanes son el lugar perfecto. A estas horas, los callejones más estrechos están totalmente a oscuras y casi desiertos. Está claro que a Dan Carter no le da miedo venir por aquí. Se está tan cerca de North Street que puedes oír las voces y las risas de los borrachos..., pero eso no significa que ellos te oigan a ti. Sobre todo, si te tapan la boca con una mano por la espalda y te cubren la cara con un pañuelo empapado de cloroformo.

Me ha costado encontrar este lugar. Es un callejón muy estrecho, pero justo a la izquierda del portal donde estoy esperando, hay un portón de hierro que da a un solar aislado. Ya he manipulado el candado, para poder meter a Carter sin problema. En el patio podré trabajar las horas que quiera sin que me moleste nadie. Ya he dejado ahí todo el instrumental metido en una bolsa. El tatuaje de Carter es grande y, por muy rápido que vaya, me llevará bastante tiempo. Pero será hermoso cuando esté terminado, seguramente el más bonito de la lista, aparte de.

Oigo unos pasos. Es él. Llevo vigilándolo tanto tiempo que ya lo conozco. Cada persona tiene su propia forma de andar, su propio ritmo al mover un pie y luego el otro. Echo el cloroformo en el pañuelo que llevo en la mano izquierda y me aprieto contra la puerta que tengo a la espalda. Los pasos suenan cada vez más alto, más cerca y, cuando prácticamente ha llegado a donde estoy, le salgo al paso y lo golpeo fuerte con el hombro contra el pecho. Forcejea un poco, pero cae sobre mí a los pocos segundos de oler el pañuelo. Lo arrastro por el portón, directo a mi patio secreto.

Ahora que está inconsciente, puedo empezar el trabajo. Ya podéis salir a jugar, mis queridos cuchillos.

«A diestra y siniestra, la hoja vorpalina silbicortipartió».

Me encanta ese poema^[3]. A veces me da la sensación de que Lewis Carroll lo escribió solo para mí. Encaja a la perfección con mi trabajo. Mi hoja vorpalina.

Pero ¿qué demonios? Se acercan unas voces. Es una pareja susurrándose ñoñerías. Y si puedo oírlos, es que están demasiado cerca y cerrándome la vía de escape.

Joder.

Joder, joder, joder.

CAPÍTULO 30

FRANCIS

A Francis le encantaba estar en Santa Catalina por la noche. Tenía la llave de la iglesia y a veces, cuando no conseguía dormir, iba un par de horas a meditar y orar allí de madrugada. Por el bien de la factura de la iglesia, las pequeñas luces de lectura eran tan débiles que apenas llegaban a iluminar el presbiterio. Puede que a otros las sombras los inquietaran, pero a Francis lo reconfortaban.

Esa noche, sin embargo, no encontraba consuelo. Tal vez sus oraciones por conseguir resultados en el trabajo fueron demasiado egoístas o quizá el altruismo con el que pensaba que había actuado no fuera más que una fachada. ¿Y si en realidad solo había estado buscando el éxito y el reconocimiento? De un modo u otro, sus oraciones habían sido desatendidas y su primer caso había terminado en un verdadero desastre. Le habían quitado el mando muy pronto y sería difícil que su carrera se recuperara de algo así. Lo mejor que podría pasarle es que lo dejaran apartado, aunque podrían presionarlo hasta que acabara pidiendo un traslado o incluso abandonando el cuerpo. ¿Qué podría hacer en la vida un policía fracasado? Después de estar tan poco tiempo en el cuerpo, no le quedarían muchas opciones.

Le dolía el puño, se lo frotó con la otra mano y levantó la mirada hacia la cruz. Jesús lo miraba con tristeza y lleno de reproches.

Se lo merecía. Había sido un esclavo de su vanidad y había despilfarrado el tiempo al servicio de su propio ego, buscando justicia para los muertos mientras ignoraba a los vivos, a los que les hacía mucha más falta. No había visitado a su madre y ya no podía quedarle mucho tiempo. También había ignorado las llamadas de su hermana y, aunque ella no iba a admitir que lo necesitaba, sabía que tenerlo a él era una de las cosas que más le ayudaban a seguir adelante. Esas mujeres estaban vivas y lo necesitaban. No le pedían

mucho, tan solo que estuviera ahí, y hacía ya dos semanas que les estaba fallando.

Al día siguiente visitaría a su madre y llamaría a su hermana, estaba decidido. Se arrodilló en el peldaño que subía al altar y hundió la cabeza para orar. El olor del incienso de la última misa aún flotaba en el coro. Oyó una puerta. Cuando el padre William se puso a su lado, movió ligeramente la cabeza y siguió rezando. Se tomó esa aparición como una señal de que Dios no lo había abandonado y le enviaba consejo. Le dio las gracias.

—He visto la luz y sabía que serías tú —dijo el padre William cuando Francis volvió a sentarse en el banco.

—¿Se lo dijo Dios?

El padre William se echó a reír.

—No, es que solo tenéis llaves el sacristán y tú, y él no perdería un segundo de sueño ni para darle consuelo a una monja que estuviera agonizando.

Francis sonrió. Conocía al sacristán, era un hombre encantador, pero jamás permitiría que la devoción le echara a perder el té de la tarde con los amigos.

Francis había dejado una mano sobre la baranda y el padre William la cubrió con las suyas.

—Bueno, cuéntame por qué has venido a la casa de Dios a las dos de la mañana. Quizá pueda darte respuestas más prácticas que él, ahora mismo.

Levantó la mirada hacia la cruz que colgaba sobre ellos. El padre William era un hombre sabio y con muchos años de experiencia con el corazón humano. Si el padre de Francis lo había abandonado, solo podía haber sido para que él pudiera entrar en su vida.

Francis se sintió libre para desahogarse y estuvo hablando durante casi una hora en la penumbra de la iglesia vacía. El padre William lo escuchó, asintiendo cuando Francis le expuso sus faltas, primero en el caso, y luego, con su madre y con su hermana.

—Jamás he querido nada tanto como atrapar a este asesino, padre. ¿Hago mal? Pero no hay pistas y, ahora que estoy fuera del caso, aún será más difícil cogerlo.

—No es malo buscar el éxito en lo que se hace —dijo el pastor—. Además, si lo lograras, estarías salvando vidas. Nunca nos mueve un único motivo. Casi todas las formas de altruismo nos hacen sentir más valiosos y cuando hacemos algo bueno y justo, todos sentimos orgullo, que es un pecado.

—Entiendo —dijo Francis—. Creo que, si hago bien mi trabajo, si tengo éxito, la ciudad estará también más segura. Pero ahora mismo, ni siquiera puedo hacer eso. Estamos en un callejón sin salida y es seguro que el asesino volverá a atacar.

—No te rindas, muchacho. Si tu corazón te dice que estás haciendo lo correcto, hazlo y no te reprimas por lo que pudiera pensar el mundo de ti. La única opinión que nos debe importar es la de Dios.

—¿Quiere decir que debería seguir, a pesar de todo?

—Exactamente. —El padre William lo dijo con determinación y eso le dio fuerzas a Francis—. Ahora, dale recuerdos a tu hermana. Cuando vaya a ver a tu madre mañana, le diré que irás a visitarla pronto.

El pastor se arrodilló junto al banco, sin soltar la mano de Francis.

—*Domine Iesu, dimitte nobis debita nostra, salva nos ab igne inferiori...*

«Líbranos del fuego del infierno».

No iba a rendirse ahora.

CAPÍTULO 31

RORY

El caso era suyo, Sullivan estaba fuera y había habido otro ataque.

Al menos, esta vez podían respirar un poco. La víctima aún estaba viva (aunque a duras penas) y Rory esperaba a la puerta de la habitación para intentar hacerle unas preguntas. Los médicos habían insistido en que el hombre no estaba en condiciones de hablar, pero él ya se sabía esa historia, así que había decidido esperar allí. Ahora, sin embargo, mientras daba vueltas arriba y abajo por un pasillo mal iluminado, empezaba a dudar de su decisión.

Esa era la pista que habían estado esperando. El asesino había tenido que interrumpir su trabajo, así que tenían un superviviente, una escena del crimen intacta y una pareja borracha metida en una sala de interrogatorios de John Street. Había que confiar en que el alcohol les dejara recordar con quién se habían topado. Había sacado a todo el equipo de la cama para aprovechar ese golpe de suerte. Y, por mucho que odiara reconocerlo, el enfoque que el jefe había dado al caso no les había venido mal.

Una cosa estaba clara, la teoría de Iwao quedaba totalmente descartada. Había tenido a dos agentes montando guardia a la puerta de su casa toda la noche y no se había movido de allí.

Le mandó un SMS a Francis y lo pilló saliendo de la iglesia. «¿Es que vive ahí?».

Quince minutos después, Francis se le unió en una sala del hospital del condado. Rory echó unas monedas en una máquina expendedora y le pasó a su antiguo jefe un vaso de café.

—No debería estar aquí, Rory. Si Bradshaw se entera... —Lo dijo apesadumbrado y dando a entender muchas cosas.

—No lo haré. Dos cabezas son mejor que una.

Si Francis estaba fuera del caso, era en parte cosa suya, así que se preguntó hasta qué punto le ayudaría, ahora que sus posiciones habían dado la vuelta. Casi le hubiera parecido lógico que el jefe lo mandara a paseo, pero, en lugar de ello, se dejó caer con cara de cansancio en una silla tapizada de plástico rojo que parecía bastante incómoda y escuchó mientras Rory le ponía al día.

—Lo único que puedo hacer es darle mi opinión. Las decisiones son cosa suya. ¿Qué le ha dicho el médico?

—Está grave —dijo Rory—. El hombre... Dan Carter podría tener una conmoción cerebral grave. Ese cabrón también le hizo algunos cortes profundos y ha perdido mucha sangre. Al parecer, Carter tenía tatuado el cuerpo entero, así que si nuestros amantes beodos no hubieran aparecido cuando lo hicieron, la escena habría sido bastante desagradable.

—¿Falta alguna parte del tatuaje?

—Según el médico, los cortes recorren todo el borde...

—Como lo que vimos alrededor de la zona donde Armstrong tenía su tatuaje.

—El asesino había empezado a levantar la piel por el hombro. El médico ha dicho que han tenido que cortar una parte del tatuaje para ponerle piel del muslo.

Francis hizo exactamente la misma mueca que puso Rory cuando el cirujano le dio todos los detalles.

—¿Cuándo podremos hablar con él?

—Los médicos preferirían que no lo hiciéramos.

Oyeron unos pasos acercándose y una enfermera abrió la puerta.

—Aquí están —dijo.

—Gracias —oyeron decir a una mujer.

Marni Mullins entró en la habitación con el pelo enmarañado y una mancha negra de rímel y delineador emborronada alrededor de los ojos.

—¿Qué hace aquí? —dijo Francis.

—Cariño —dijo Marni—. ¿Crees que quería que me sacaran de la cama a las cuatro de la mañana para venir a ayudarte? No es que me encanten los hospitales.

Parecía nerviosa.

—La he llamado yo —dijo Rory—. Quiero que Marni vea el tatuaje de la víctima. Parece que el asesino cada vez tiene más prisa y tenemos que averiguar quiénes serán sus próximas víctimas.

—Bueno, gracias por venir —dijo Francis, para que Rory fuera plenamente consciente de su falta de modales.

El inspector jefe se había puesto en pie en cuanto Marni entró en la habitación. Ahora, avanzó y le puso una mano suavemente sobre el brazo. De alguna manera, eso cambió el ambiente y Rory se preguntó qué estaba pasando. Rápidamente, puso a Marni al tanto de lo sucedido.

—¿Cuántos tatuadores participaron en esa exposición? —preguntó Francis, mientras volvía a sentarse.

Marni lo pensó unos segundos.

—Diez.

Rory se sacó una libreta del bolsillo.

—Sus nombres —dijo.

Marni fue contando con los dedos.

—Ishikawa Iwao, Jonah Mason, Bartosz Klem, Brewster Bones, Polina Jankowski, Rick Glover, Gigi Leon, Jason Leicester, Vince Priest y... —Se frotó la frente, no conseguía recordar el último nombre—. Tengo el catálogo en casa... Un momento, era otra chica. —Se sentó frente a Francis—. Ah, sí. Petra Danielli. Es italiana, trabaja en Milán.

—¿Y qué tatuajes ha conseguido hasta ahora el asesino?

—El tatuaje de Evan Armstrong era de Jonah Mason —dijo Francis—. Y el brazo de Giselle Connelly, de Bartosz Klem.

—El tatuaje de Jem Walsh lo hizo Rick Glover —añadió Marni.

—Lo que significa que, si nuestra hipótesis es cierta, el tatuaje de Dan Carter debe de ser de alguno de los otros —dijo Rory, dando unos golpecitos con el lápiz sobre lo que acababa de apuntar.

—¿Y si no es así? —preguntó Marni.

Rory se encogió de hombros.

—Entonces, la teoría no se sostiene.

—Ahora tenemos a dos testigos y un superviviente —dijo Francis—. Tendrán información y, con un poco de suerte, nos servirá para encontrar a ese cerdo.

Se abrió la puerta y entró un hombre en mangas de camisa y con un estetoscopio colgado del cuello. Los miró a los tres, parecía casi tan cansado como Rory.

—¿Quién está al mando aquí? —preguntó.

Francis señaló a Rory con la cabeza.

—Muy bien, el señor Carter se ha despertado, aunque no está completamente lúcido. Pueden pasar cinco minutos, pero tiene que descansar.

—¿Va a ponerse bien? —preguntó Marni.

—Más tarde le haremos un escáner cerebral y podré responder a su pregunta. Parece que ha sufrido una lesión en la cabeza, seguramente por una caída —dijo el cirujano—. Sin embargo, los cortes solo afectan al tejido. Se cerrarán, aunque el injerto de piel le dejará cicatrices.

—Y no solo físicas, también emocionales —murmuró Rory.

—Bueno, esa no es mi especialidad —dijo el cirujano—. Síganme.

Dan Carter estaba en una habitación individual casi al final del pasillo en el que había estado esperando. Por la ventana entraba la luz mortecina del amanecer y toda la habitación parecía de un gris apagado, incluso las sábanas y las vendas en las que estaba envuelto. No se veía ni el más mínimo rastro del tatuaje, la única piel a la vista era la de la cara, el cuello y las manos. Tenía un brazo puesto en cabestrillo sobre el pecho y la cara casi gris, con el brillo antinatural del sudor.

Cuando el cirujano los dejó a solas con él, Marni se acercó a la cama.

—Hola, Dan.

—Hola, Marni —dijo el hombre, lento; seguía bajo el efecto de los medicamentos—. ¿Qué haces aquí?

—Estoy ayudando a esos de ahí —dijo, haciendo un gesto hacia Rory y Francis.

«¿Lo conocía? El mundillo del tatuaje era realmente incestuoso».

—¿Son de la policía? —dijo Dan.

Marni asintió.

—¿Me puedes enseñar parte del tatuaje, Dan?

—Claro —dijo, bajando el brazo que no llevaba en cabestrillo.

Marni le subió con cuidado el camisón del hospital para mostrar un tatuaje de manga japonés de colores llamativos. Estuvo un rato mirándolo.

—Es brutal. ¿Es de Petra Danielli?

—Sí, ciento setenta horas. Pero ahora... —Se interrumpió, a punto de echarse a llorar.

Francis se puso al otro lado de la cama.

—Dan, ¿puede contarnos exactamente qué pasó?

Dan Carter puso cara de dolor mientras el policía volvía a bajarle el camisón.

—Lo intentaré. Estaba en el Victory con unos amigos.

—¿Cómo se llaman? —dijo Rory.

—Pete. Pete estaba, creo. No, Pete no... —Quedó abatido.

—No se preocupe —dijo Francis—. ¿Recuerda a qué hora se marchó?

—No recuerdo haber salido, solo que estaba fuera... El *pub* había cerrado. Me acuerdo de estar fumando un pitillo.

—¿Estaba acompañado?

—No, creo que no.

—¿Vio a más personas por la calle?

Dan se encogió de hombros, con impotencia.

—¿Qué sucedió? —preguntó Francis de nuevo.

Sacudió la cabeza.

—Lo siento. Tengo lagunas. Lo único que recuerdo es estar en la puerta del Victory.

—El médico cree que lo dejaron inconsciente, seguramente con cloroformo y que luego se golpeó con la cabeza contra el suelo. Cuando recuperó la consciencia, ¿qué recuerda? —dijo Rory desde los pies de la cama.

—Había una mujer gritando y un hombre echado sobre mí, mirándome. Me preguntó si estaba bien. Yo no llevaba la camiseta y me dolía. Estaba helado de frío y sangrando. Podía sentir la sangre corriéndome por el brazo.

—¿Recuerda algo de la persona que le atacó?

—Ya no estaba. El hombre le dijo varias veces a la mujer que se callara. Llamaron a la ambulancia y volví a quedarme inconsciente.

—¿No recuerda nada más?

Dan Carter cerró los ojos. Se abrió la puerta y una enfermera entró en la habitación.

—Ya es suficiente, caballeros. El señor Carter necesita descansar.

—Gracias, Dan —dijo Rory—. Volveremos mañana para seguir hablando. Quizá recuerde algo más.

Dan abrió los ojos.

—Sí, hay algo, aunque no sé si lo recuerdo o son imaginaciones mías.

—Adelante —dijo Francis, y a Rory no se le escapó la tensión con que lo dijo.

—No es más que una imagen... Veo un par de manos con guantes de látex que se mueven por delante de mi cara. A través de los guantes se ve algo, creo que lleva tatuados los dorsos de las manos. Unos tatuajes grandes y de color rojo oscuro. Podrían ser unas rosas... —Se encogió de hombros, sin acordarse de la herida del hombro, y se encogió de dolor.

—Salgan, por favor —dijo la enfermera—. Vuelvan mañana.

CAPÍTULO 32

MARNI

Rosas. Era uno de los motivos más tatuados en cualquier parte del cuerpo. Hacía tiempo que Marni había perdido la cuenta de las que había hecho ella y, a menos que estuviera especializado en tribales o en tinta negra, a cualquier tatuador le pasaría lo mismo. Pero los tatuajes en los dorsos de las manos eran algo más raros. De hecho, no conocía a nadie que tuviera rosas ahí, y suspiró con alivio.

Si buscaba en internet, ¿podría encontrar a un hombre con rosas tatuadas en los dorsos de las manos? Al menos, tenía que probarlo. Dan Carter había tenido suerte, pero lo más seguro era que el próximo objetivo del asesino no continuara la racha. Si no había conseguido el tatuaje que llevaba Dan de Petra Danielli, ¿iría a por otro de sus diseños o a por los de otro tatuador? Se le puso la piel de gallina.

Le habían hecho acudir al hospital del condado a las cuatro de la mañana y, al volver a casa, estuvo en vela hasta que dieron las siete, luchando contra el terror que la asaltaba todas las madrugadas. Los hospitales siempre la alteraban y, cuando empezaba a quedarse dormida, se veía otra vez en la oscuridad de una celda, con las paredes echándosele encima y el techo como un peso suspendido sobre su cabeza. Se incorporaba asustada, volvía a cerrar los ojos y la imagen se repetía una y otra vez. Aunque al final consiguió quedarse dormida, no descansó y cuando se despertó a mediodía, seguía igual de nerviosa y de agotada que antes. Por suerte, era domingo y no tenía que trabajar, pero la imagen de unas manos con rosas tatuadas blandiendo un cuchillo la obligó a ir al estudio. Ese hombre estaba cazando a gente que ella conocía. Había que hacer algo para detenerlo.

Le daba la sensación de que Sullivan y Mackay no iban a llegar a ninguna parte. Había pocos indicios forenses y parecía que no tenían sospechosos,

pero ese nuevo dato podría marcar la diferencia. No podía recordar a nadie de la ciudad que llevara rosas tatuadas en las manos, así que el asesino podría ser de fuera. Había matado a Evan Armstrong durante la convención, y a Jem Walsh, a los pocos días. Le dio una galletita a Pepper para que se quedara debajo de la mesa y abrió el portátil. En cuanto arrancó, escribió «Brighton convención tatuajes 2017» en el buscador por imágenes de Google. El asesino podía haber estado ahí y, si lo había hecho, era bastante probable que hubiera una fotografía suya por algún lado. En internet había colgadas miles de imágenes y si alguien (ella) dedicaba el tiempo que hiciera falta para revisarlas todas, tal vez pillara a ese hijo de perra.

Les envió un correo electrónico a Thierry, Charlie y Noa para que hicieran lo mismo, pero era domingo a mediodía, así que estarían en la cama recuperándose de la resaca o en el bar ganándose una nueva. Daba igual. Empezó a examinar la pantalla, buscando manos y rosas en todas las fotografías. Todos los tatuadores llevaban guantes de látex negros para trabajar, pero las manos de los clientes solían estar a la vista. También se les veían las manos a los tatuadores cuando no estaban trabajando. Se preguntó si el asesino sería un tatuador o solo un coleccionista.

—Dios santo, Pepper, ¡mira a quién tenemos aquí!

El perro gruñó al oír su nombre. Marni acababa de ver a un tatuador con el que había salido un par de veces el año anterior. No habían llegado a nada, pero era un buen chico y seguían siendo amigos.

—Anda, mira, aquí estoy yo, salgo tatuando a Steve.

Pepper no mostró mucho interés, pero Marni se quedó un minuto observando la fotografía. Había una fila de clientes delante de la caseta, viendo cómo coloreaba el pelo del tigre. ¿Y si era uno de ellos? ¿Se habría quedado ahí parado el asesino para verla trabajar? Le entraron escalofríos. Se fijó en todas las manos que se veían en la foto, pero no había rosas. De todas formas, se quedó intranquila, así que se sacó un zapato y puso el pie sobre el lomo de Pepper para tranquilizarse.

Pasaron las horas y ya tenía los ojos cansados de tanto mirar la pantalla. Hizo un par de descansos para tomar un café y también salió diez minutos a pasear a Pepper y a fumar un pitillo. Había visto miles de manos con tatuajes, pero ninguna con rosas. Era como buscar una aguja en un pajar. Después de todo, puede que el ladrón de tatuajes ni siquiera hubiera acudido a la convención y, aunque lo hubiera hecho, tenía que escudriñar entre una masa de más de siete mil asistentes, confiando en que alguien le hubiera hecho una foto; más aún, una foto de las manos.

Nunca había visto tantas manos tatuadas, pero casi todas eran continuaciones de tatuajes de manga que cubrían todo el brazo o letras en los nudillos: *LOVE-HATE*, *AMOR-ODIO*, *LONE-WOLF* o *GOOD-EVIL*.

El día había estado nublado y empezó a anochecer temprano. Marni encendió la lámpara del escritorio para seguir rastreando hasta la última foto que hubieran hecho en la convención. Pepper suspiró somnoliento, un sonido que a Marni le pareció dulce y reconfortante. Empezaba a estar agotada, así que iba más despacio y a veces se desconcentraba y tenía que mirar la misma imagen dos veces. Intentaría aguantar una hora más y seguiría buscando a la mañana siguiente...

Pepper salió de pronto de debajo de la mesa, con un gruñido grave que proyectó desde lo más profundo del pecho. Se lanzó corriendo y ladrando hacia la tienda. Marni fue tras él y se lo encontró junto a la puerta, temblando de la cabeza a los pies. Le invadió el pánico y contuvo el aliento.

—Pepper, ¿qué pasa?, ¿has oído algo?

Miró a través de la luna, pero la calle parecía desierta. Había empezado a llover y el agua salpicaba contra el cristal, formando pequeños riachuelos que competían entre ellos por llegar los primeros abajo. Miró en todas las direcciones, intentando averiguar por qué había hecho eso el perro. ¡Ahí estaba! Algo se movió en un portal, al otro lado de la calle, y una figura se fundió entre las sombras. Se quedó mirando fijamente hacia ese punto, hasta que las sombras empezaron a bailar en los ojos, pero no vio nada más. Era la puerta de una tienda y el establecimiento estaba cerrado. No había ninguna luz en todo el edificio, ni hubo más movimiento en el umbral.

¿De verdad había visto algo o eran solo imaginaciones suyas? Había estado tan nerviosa aquellos días que estaba al límite.

—No es nada, pequeño —dijo, dirigiéndose a Pepper—. Habrá sido una gaviota rebuscando en la basura.

Marni volvió hacia la mesa de trabajo, pero Pepper no se movió de donde estaba y siguió temblando de tensión mientras guardaba la entrada de la tienda. Cuando se sentó para volver a mirar la pantalla, el perro seguía gruñendo. Pepper no era una lumbrera y no debería hacerle demasiado caso, pero se había quedado preocupada y le temblaban las manos. Desde que encontró el cadáver, el caso la había ido atrapando cada vez más. ¿Estaba siendo inteligente? Ya habían dado las siete y media. Media hora más y se marcharía a casa.

Lo vio justo a los treinta minutos. Estaban tatuando un antebrazo. La mano del tatuador quedaba en medio, así que no se veía bien qué estaba

haciendo. Pero tampoco importaba, porque eso no era en lo que se había fijado. Se había detenido en esa imagen por una sola cosa: el dorso de la mano del lienzo estaba profusamente tatuado en tonos rojos. Marni entrecerró los ojos para ver mejor la fotografía, intentando averiguar si era una rosa. Hizo clic y aumentó la imagen.

El tatuaje podría encajar con el que Dan Carter había descrito, pero cuando se fijó bien para ver qué era, se dio cuenta de que no era una rosa.

Era cualquier cosa menos una rosa.

CAPÍTULO 33

FRANCIS

Era algo más que raro que Bradshaw se pasara por la comisaría un domingo por la tarde. De hecho, dejaba claro lo importante que era para él que se resolviera el caso. Deseaba el pedazo de gloria que le correspondería si se producía una detención rápida, pero, sin duda, también era consciente de que su carrera sería la más perjudicada si el caso se quedaba atascado. Algo a regañadientes, Rory le había confiado a Francis que le había presionado para detener a sospechosos y buscar pruebas en su contra.

—Cuando lo lógico sería buscar las pruebas, sacar conclusiones y luego hacer las detenciones —dijo Francis—. ¿Es que ha olvidado todo lo que le enseñaron en la instrucción?

—El problema es que las pruebas que tenemos por ahora no nos dicen nada —respondió Rory, suspirando—. Solo poseemos algún dato sobre los cuchillos que ha podido utilizar, pero ninguna pista.

Estaban en la sala de coordinación, compartiendo un tirante cese de las hostilidades y una taza de té. Sopesaban lo sucedido en las últimas veinticuatro horas cuando Bradshaw entró en la habitación. Pareció sorprendido de ver a su nuevo oficial al cargo confraternizando con el inspector que acababa de dejar fuera del caso.

—¿Qué está haciendo aquí, Sullivan? Ya no está en el caso.

Rory se levantó para mirar al comisario de frente.

—Lo he hecho venir yo. No está asignado a ninguna investigación y pensé que, con lo que sabe, podría ayudarnos a analizar lo que ha sucedido esta noche. No tiene sentido tener parado a un agente que puede hacer algo por el caso.

Por suerte, eso le hizo recordar a Bradshaw por qué se había presentado en comisaría un domingo por la tarde.

—Quiero que me ponga al día, Mackay. Preséntese en mi despacho dentro de cinco minutos.

Cuando se marchó, Rory volvió a sentarse y se terminó la taza de té de un trago.

—Quiero que vuelva al caso, Sullivan.

Francis se encogió de hombros.

—Entonces, tiene que convencer a Bradshaw.

Rory entrecerró los ojos.

—No, tenemos que convencerlo.

Francis llamó a la puerta del despacho de Bradshaw antes de entrar. Se le había acelerado el pulso e iba cargado de adrenalina. Rory iba tras él.

Bradshaw estaba leyendo un informe y no levantó la mirada.

—Siéntese, Rory —dijo.

Francis carraspeó y Bradshaw se dio cuenta entonces de que Rory no había acudido solo.

—¿Qué está haciendo aquí? Le pedí a Rory que me pusiera al día, no dije nada de usted, ¿no es así?

—Tiene que ponerme otra vez al mando.

Rory giró la cabeza como un resorte, estaba furioso.

—Pero ¿qué co...? No me refería a eso.

—Soy el agente con más rango del departamento. Debería estar al frente del caso. —Francis se volvió hacia Rory—. ¿Quiere que vuelva? Si lo hago, tendrá que trabajar a mis órdenes. ¿Lo entiende?

Bradshaw trató de interrumpirlo, pero Francis no cedió terreno y siguió hablando.

—Esta noche hemos tenido suerte, y mucha. Una pareja que volvía a casa después de tomar algo en un *pub* interrumpió al ladrón de tatuajes en mitad del trabajo. Huyó, por supuesto, pero dejó atrás a un superviviente y dos testigos. Su testimonio es una gran oportunidad, no la deje escapar.

—Rory puede encargarse de esa información sin su ayuda.

—La víctima del ataque fue un hombre llamado Dan Carter. Llevaba un tatuaje de cuerpo entero de Petra Danielli, una tatuadora que trabaja en Italia y que también participó en la exposición de la Galería Saatchi. Creo que basta para demostrar que el asesino está coleccionando tatuajes de un grupo muy concreto de artistas; una teoría en la que ni usted ni Rory depositaron demasiada fe. Es hora de admitir que yo tenía razón.

Bradshaw frunció el ceño y los miró primero a uno, y después, al otro.

—Muy bien, ¿qué más tiene, Sullivan?

—El agresor había trazado todo el perímetro del tatuaje con cortes, utilizando al parecer un cuchillo de hoja corta. Luego, cambió de cuchillo y empezó a desollar el hombro de Carter. Los cuchillos son similares a los que se utilizaron con Evan Armstrong, aunque no hay forma de saber si son exactamente los mismos. El patrón que siguen los cortes sugiere que, si no lo hubieran interrumpido, su objetivo era llevarse el traje en dos secciones, delantera y trasera.

—¿El traje?

—Se da ese nombre a los tatuajes de estilo japonés que cubren el torso, los brazos y las piernas.

—Dios bendito.

—Lo único que el señor Carter pudo decirnos fue que lo habían atacado por la espalda y que lo dejaron inconsciente, pero vio algo en un momento de consciencia. El asesino llevaba guantes blancos de látex y pudo ver a través de ellos que tenía los dorsos de ambas manos tatuados en color rojo oscuro. Lo más seguro es que fueran unas rosas.

—¿Eso podría servir para identificarlo?

—Siguiendo mi consejo, Mackay ha ordenado a Hollins y a Hitchins una búsqueda por imágenes de personas con ese tipo de tatuajes. Mañana, acudirán a todos los estudios de la ciudad para ver si alguien recuerda haber hecho algún tatuaje que se corresponda con la descripción de Carter. Señor, estoy seguro de que podremos encontrar alguna pista.

—De que Rory podrá hacerlo, Sullivan, no lo olvide. ¿Qué hay de la pareja? ¿Qué han dicho ellos?

—Se metieron en un callejón apartado de los Lanes, en busca de intimidad. No iban a meterse más adentro, pero seguro que al asesino le parecieron una amenaza y huyó. Lo vieron salir corriendo y luego oyeron un gemido a lo lejos, así que el hombre se acercó a echar un vistazo. Le salvaron la vida a Carter.

Bradshaw juntó las puntas de los dedos sobre la mesa.

—Así que cree que debería reincorporarlo al puesto... Rory ha estado haciendo un buen trabajo sin usted y nada de lo que ha dicho cambia eso. Rory, ¿está dispuesto a ceder el mando? —dijo Bradshaw, sin molestarse en formalidades.

—No, señor —respondió Rory—. Soy el agente con más experiencia.

—La decisión no es fácil —meditó Bradshaw.

Estaba claro que intentaba decidir qué opción sería la mejor para su carrera, no la que tendría más probabilidades de resolver los asesinatos.

Francis lo despreciaba.

Bradshaw se acercó a la ventana y miró hacia la calle, de espaldas a sus dos hombres.

—Rory está al mando. Tómese la semana libre, Sullivan. El lunes lo pondré a trabajar en otro caso. —Ni siquiera fue capaz de mirarlos a los ojos.

—Gracias, señor —dijo Rory—. Ha tomado la decisión correcta.

«Lameculos».

Francis no dijo nada.

—Ahora que sabemos quiénes son los artistas que le interesan al asesino, deberíamos intentar hacerlo salir —dijo Rory.

—¿Sugiere que le tendamos una trampa? ¿Que ofrezcamos como cebo a una posible víctima? —dijo Francis.

—Usted cállese, Sullivan.

—Pero no sería ético hacer eso.

Bradshaw le lanzó una mirada fulminante y Francis se preguntó si habría tensado demasiado la cuerda. Si seguía así, jamás volvería al caso.

—Entonces, ¿lo que propone es que sigamos una simple corazonada? ¿Que nos pongamos a buscar una mano borrosa que Carter cree recordar? ¿Es eso, Sullivan? —se burló Bradshaw.

—Es ridículo —dijo Rory.

Francis notó que el teléfono le vibraba en el bolsillo. Ya se lo conocía: una llamada perdida.

—Es nuestra mejor pista hasta la fecha —respondió Francis.

—Mackay, haga lo que le parezca mejor y luego infórmeme.

—Sí, señor.

El teléfono volvió a vibrar.

—Además, seguro que cuando Rose termine de trabajar en el lugar del ataque, tendremos muchos indicios forenses. Céntrese en ellos.

—Sí, señor —volvió a decir Rory.

—Muy bien, Mackay. Tiene veinticuatro horas para traerme algo concreto. Ponga a trabajar al equipo y no la fastidie, sargento. Yo no doy segundas oportunidades.

—No lo haré, señor.

—Sullivan, no quiero verlo por aquí hasta que lo haya puesto a trabajar en otro caso.

En cuanto salieron del despacho, Rory se fue directo hacia las escaleras sin abrir la boca. Francis estaba tan enfadado que prefirió no decir nada. Se

rezagó y sacó el teléfono del bolsillo, que volvió a vibrarle en la mano. Alguien intentaba hablar con él desesperadamente.

Tenía varios mensajes de Marni Mullins. Abrió el último de todos y emergió una imagen en la pantalla. Era una mano. Estaba tatuada.

El tatuaje no era una rosa.

Color rojo oscuro, trazos negros y gruesos, sombreado también negro.

Francis tardó un par de segundos en procesar la imagen, y entonces lo vio. Era un corazón humano anatómico, tan realista que parecía que iba a ponerse a latir en cualquier momento. Con goterones oscuros de sangre.

«¿Era esa la mano del asesino?».

CAPÍTULO 34

MARNI

En cuanto Marni llegó a comisaría, Angie Burton la acompañó hasta la sala de coordinación. La policía apenas le dirigió la palabra y Marni tuvo la inconfundible sensación de que aquella mujer la despreciaba profundamente. En fin, qué más daba. A esas alturas, ya estaba acostumbrada, había mucha gente que no quería tener nada que ver con alguien que estuviera tatuado.

Rory Mackay la llevó hasta un escritorio que había desocupado y sacó el portátil que había llevado consigo.

—Francis nos ha dicho que ha encontrado unas fotografías que podrían ser de las manos del agresor —dijo.

Marni miró alrededor.

—¿Es que no está aquí?

—¿No se lo ha dicho?

—¿El qué?

—Dio una rueda de prensa en contra de las órdenes del comisario y ya no está en el caso.

—La vi, había que darla. No deberían haberlo apartado del caso por eso.

—Quizá, pero la prensa se puso las botas y ahora los llaman «los asesinatos del ladrón de tatuajes». Los de arriba están que echan chispas. — Cambió de tema de pronto—. Bueno, enséñeme las fotos.

Marni abrió la galería de imágenes.

Rory se quedó mirando fijamente un tatuaje de un corazón humano en primer plano y Marni lo observó a él. Había pasado una hora sin apartar los ojos de aquella misma imagen. Ya no le hacía falta verla más veces.

—¿Había visto ya algo así? —pregunto Rory, cambiando el peso de un pie al otro.

—Claro. Se tatúan muchos corazones humanos, sobre todo en el pecho, aunque los he visto prácticamente en cualquier parte. Eso sí, no recuerdo haberlos visto nunca como aquí, en las manos.

—¿Cree que podría ser esto lo que Dan Carter vio a través de los guantes de su agresor?

Marni se encogió de hombros.

—Puede ser, pero eso no significa que no haya cientos de personas más con rosas, corazones o cualquier otra cosa tatuada en las manos.

—¿Le suena ese trabajo?

—La verdad es que no, pero les he mandado la fotografía por correo electrónico a Thierry, Charlie y Noa. Quizá ellos tengan alguna idea; de todas formas, me parece más fácil seguirle la pista a quien estaba tatuándolo en la foto. Esta fotografía se hizo en la convención, lo que reduce la lista a los artistas que participaron en ella.

—Y esos ¿cuántos son?

—Unos trescientos cincuenta.

—Fantástico.

—Pero casi la mitad eran mujeres.

Rory volvió a mirar la fotografía. Tenía razón: las manos del tatuador eran grandes y fornidas, y de los guantes salían unos gruesos antebrazos. No se llegaba a ver la cara, pero sí la camiseta que llevaba puesta: era de una gira de Iron Maiden y estaba tan desgastada que había dejado de ser negra.

—Angie, Tony, venid a ver esto.

Los agentes se acercaron hasta la mesa y miraron la pantalla desde detrás de Marni. Hitchins soltó un largo silbido.

—Qué asco —exclamó.

—Angie, ve a por un *pen* de memoria. Luego, intenta localizar al tatuador en las fotografías de la convención.

—A la orden, jefe —dijo Angie, mientras volvía a su mesa. Regresó al momento y, sin decirle nada a Marni, conectó el *pen* en un lado de su ordenador.

—Copie aquí los archivos —le dijo.

A Marni no le amedrentó el tono.

—Va a ser como buscar una aguja en un pajar —afirmó Hitchins.

—Entonces, ve empezando. —Rory se volvió hacia Marni—. Gracias por habernos traído esta información, señora Mullins. Nos pondremos en contacto con usted si volvemos a necesitarla.

Angie desconectó el *pen* del ordenador y Marni comprendió que, con eso, la habían despachado. Muy bien. Ya no los necesitaban ni a Francis ni a ella. Le parecía muy injusto que lo hubieran apartado del caso por avisar a la gente del peligro, pero ¿no era de esperar que la policía hiciera algo así? Si no volvían a necesitar su ayuda, tampoco iba a ofrecérsela ella. Eso sí, más les valía atrapar a ese lunático antes de que volviera a atacar.

Cuando llegó a casa, Alex estaba viendo un partido de fútbol. Eran más de las once, pero, por su ropa (pantalones negros con cremalleras y correas, y una camiseta rasgada de Bob Marley), estaba claro que tenía idea de salir.

—¿Adónde vas? —preguntó, mientras se dejaba caer a su lado en el sofá, con una copa de vino y una bolsa de patatas fritas.

—El novio de Liv se va de viaje y va a dar una fiesta de despedida.

—Suena bien.

—¿Puedo llevar cerveza?

—¿Nos queda?

Alex se encogió de hombros. Saberlo no le interesaba tanto como para dejar de ver el partido.

Marni bebió un poco de vino, sin prestar atención al fútbol. Ya había pasado demasiado tiempo delante de una pantalla por ese día. Cuando Alex se marchara, se iba a regalar un buen baño caliente; recostó la cabeza sobre un cojín y cerró los ojos.

—¡Mamá!

Se incorporó del susto y se tiró un poco de vino por encima y por el sofá.

—¡Llaman a la puerta!

—Pues ve a abrir.

Alex le puso mala cara, pero se levantó del sofá. Marni frotó el vino que había derramado con la manga del jersey, cruzando los dedos para que no fuera Thierry.

—Es para ti. Es el poli ese —gritó Alex desde el recibidor—. Yo me voy. Nos vemos mañana.

—¿No vas a venir a casa a dormir?

—Creo que no. —Alex asomó la cabeza por la puerta—. Y si vuelvo, estarás dormida.

Marni se levantó y consiguió darle un beso en la mejilla antes de que desapareciera. Francis Sullivan estaba de pie en el recibidor y, sin saber por qué, se puso algo nerviosa al verlo allí por sorpresa. Cuando Alex cerró la puerta, le hizo señas para que pasara con ella a la sala de estar.

—Hola —saludó—. Adelante.

Pepper ladró de entusiasmo cuando vio a Francis entrar en la habitación y se levantó de la alfombra para olisquearle la pernera del pantalón. Francis no le hizo ni caso.

—Siento venir a estas horas, pero Rory acaba de enviarme algo y pensé que te gustaría verlo.

Al menos alguien del equipo apreciaba sus esfuerzos. Entonces, recordó que ya no estaba en la investigación.

—El sargento me dijo que te habían echado del caso.

Francis dejó su portátil sobre la mesita de centro.

—Oficialmente sí, pero, para mí, el caso sigue siendo mío.

—¿Una copa de vino?

Vaciló un segundo, antes de responder.

—Prefiero no tomar nada.

Marni hizo oídos sordos y fue a buscarle una copa. Llenó también la suya y se sentó a su lado en el sofá.

—Mira estas fotos —dijo Francis—. Son del tatuador que estaba trabajando con el que podría ser nuestro sospechoso.

Marni examinó las fotografías que iban apareciendo en la pantalla. Se veía a un hombre musculoso tatuando a diferentes clientes. En algunas, aparecían la misma camiseta desteñida y los mismos antebrazos, llenos de tatuajes tribales.

—Ah, sí —dijo—. La camiseta es la que salía en la foto que llevé. No os costará mucho dar con él.

—Rory puso a trabajar a todo el equipo, es la ventaja de tener hombres a tu cargo. Se llama James Diamond, ¿te suena?

Marni sacudió la cabeza. No le sonaba ni el nombre ni la cara de las fotografías.

—Y ahora, ¿qué?

—Hablares con él para averiguar a quién tatuó durante la convención. Con eso, deberíamos llegar al asesino.

—Tal vez, siempre que el tatuaje del corazón sea lo que Dan vio a través del guante.

—Claro. Si no lo es, volveremos a estar en la casilla de salida.

—¿Dónde trabaja? —preguntó Marni.

—En un estudio de Guildford. ¿Te apetece acompañarme mañana?

—Creía que estabas fuera del caso.

—Bradshaw no está de acuerdo con esta línea de investigación, así que Rory se centrará en la dirección que propone el comisario. Tardará unos días

en decidirse a ir hasta allí.

—¿En serio?

—Podemos tomarle la delantera. Sigo decidido a resolver el caso y esta podría ser una pista decisiva.

«Francis Sullivan tenía algo que demostrar».

—Claro, voy contigo. Quiero que encerréis a ese asesino; debo de conocer a la mitad de sus víctimas. —Dio un sorbo de vino y reflexionó un momento—. Parece que todas las horas que pasé viendo fotos han merecido la pena.

—Esa es la base de un buen trabajo policial, buscar hasta en el último rincón. Mirar y remirar todo, una y otra vez.

—Qué aburrimiento.

—Pero merece la pena cuando encuentras ese detalle minúsculo con el que, de pronto, todo encaja. Puede ser un cabello del asesino o de la víctima o un fotograma de una cámara de videovigilancia que echa por tierra la coartada de alguien... Es una descarga de adrenalina.

—Me lo imagino. Es como cuando hago un tatuaje muy detallado, con cientos de pétalos de crisantemo prácticamente idénticos. Es agotador, pero, al terminarlo, es fabuloso observar la cara que pone el cliente cuando ve su tatuaje por primera vez en el espejo.

—Siempre que le guste cómo ha quedado —dijo él, con una media sonrisa.

Esa pequeña broma la pilló desprevenida. No lo conocía hacía mucho, pero era la primera vez que se había mostrado lo bastante cercano como para bromear a su costa.

—¿Por qué estás siempre tan serio?

—¿Cómo? —Pareció sorprenderse de verdad.

—Es cierto. Es la primera cosa divertida que te he oído decir..., y tampoco ha tenido mucha gracia.

—Tienes razón —lo dijo con una sonrisa generosa, de verdad esta vez, y Marni pensó que le gustaría volver a verla.

«¡Espera! No sigas por ahí».

Marni se estiró y miró el reloj. Eran más de las doce y necesitaba un pitillo. No fumaba en casa, por Alex.

—Voy a salir a echar un cigarro. ¿Te apetece estirar un poco las piernas?

—Claro.

En el jardín, encendió el cigarrillo y dio una calada honda. Podía sentir que Francis no le quitaba los ojos de encima.

—¿Quieres uno? —Le tendió el paquete y casi se le cayó al suelo por la sorpresa, cuando Francis lo aceptó.

—La última vez que fumé un pitillo fue en el instituto —dijo, mientras sacaba uno, muy despacio.

—¿De verdad fumaste?

—Solo ese —dijo, con una sonrisa de niño travieso.

—Entonces, no deberías fumar ahora.

—Cuando diste esa calada, había algo en tu expresión. Una mezcla de satisfacción, alivio y placer. Quiero saber por qué. Llámalo... investigación.

Ese segundo cigarrillo no le deparó a Francis ni satisfacción ni placer, precisamente. Empezó a toser tanto que se dobló por la mitad y se le cayó el cigarro al suelo. Aunque Marni no podía parar de reír, por un momento pensó que iba a ponerse a vomitar. Y mientras, Pepper, que había salido con ellos, empezó a ladrar y a correr en círculos por el jardín, como si acabara de ver un gato.

—¿Tanto te ha gustado? —dijo Marni, mientras terminaba su cigarrillo y lo apagaba en un pequeño tarro con arena que había al fondo del patio.

Francis seguía carraspeando para intentar sacarse el humo de los pulmones.

—No me dejes fumar nunca más. Jamás. —Había perdido la voz.

—Por descontado. Menuda forma de desperdiciar un pitillo.

Estaba frente a Francis y, sin pensar, le apartó un mechón de la frente. Al rozarle en la sien, sus miradas se encontraron.

«¿Qué estás haciendo?».

Francis se inclinó hacia ella y Marni notó que empezaba a excitarse, no podía controlarlo. Quería besarla y parecía que él también a ella, que se disponía a hacerlo. Entonces, Pepper gruñó y los dos volvieron a aterrizar de golpe.

—¿Qué pasa, pequeño? —dijo Marni.

—¿Es celoso?

Marni sacudió la cabeza. Al menos, Francis reconocía lo que había estado a punto de suceder.

—Normalmente, no. No creo que sea eso, me parece que lo ha asustado algo. Esta tarde también ha estado raro.

Francis echó un vistazo alrededor.

—¿Qué hay al otro lado de la valla?

—Una pequeña entrada de servicio, como un callejón, sale de Eastern Road.

—No veo nada, puede que fuera un zorro o algún gato.

El encantamiento se había roto y volvieron a entrar en casa. Marni le ofreció a Francis un café, pero lo rechazó.

—Debería irme. Vendré a recogerte a primera hora e iremos a buscar a James Diamond.

Al verlo salir por la puerta, Marni volvió a sentir el deseo urgente de besarlo, pero se contuvo.

«¿Qué demonios estaba pasando?».

Cuando se quedó sola, tardó más de lo normal en dormirse. Aunque esa vez, no fue por el viejo carrusel de terrores nocturnos. No podía dejar de imaginar cómo habría sido besar a Francis Sullivan y en qué hubiera acabado. Se repetía que no era importante, pero tampoco podía quitarse la imagen de la cabeza, la del cabello rebelde cayéndole por la frente y lo natural que había sido echárselo a un lado.

XI

No puedo respirar.

Escucho en mi cabeza la voz de mi padre. Me dice que siempre lo echo todo a perder. Una y otra vez, sin parar. Siempre lo echo todo a perder. Siempre estropeo las cosas. Ahora el Coleccionista me repite lo mismo, aunque habla también con la voz de mi padre. No puede haber pasado. No puede estar pasando.

Por más que lo intento, no me entra el aire.

El proceso. Tengo que pensar en el proceso. Para no perder la cabeza. Pensaré en eso hasta que pueda pensar en otra cosa. Y en lo que tendré que hacer luego.

El proceso.

Pero todo está perdido. Lo he FASTIDIADO todo.

Cojo un cuchillo limpio y me hago un corte rápido en el antebrazo. La sangre sale a borbotones, rebosando sobre la maraña de cicatrices viejas. Solo así consigo calmarme. El dolor me tranquiliza y pasa la ira.

Me pongo un vendaje. Ya puedo volver al trabajo.

La piel que llevo en mis manos es el cuero cabelludo con el tatuaje de la tela de araña. En esta fase está resbaladiza y algo gomosa. Los dedos se deslizan sobre la superficie mientras la muevo en el tablero para inspeccionarla bien, centímetro a centímetro. Me encanta sentirla bajo los dedos, suave, maleable y húmeda. Debería llevar guantes, porque acabo de sacarla de una cuba de depilantes. El pelo y la grasa que siguen adheridos ya están disueltos en parte y su hedor queda enmascarado por el olor fuerte del sulfuro y del hidróxido de sodio. Ya pagaré luego el precio de no llevar guantes. Se me quedarán las manos rojas y llenas de llagas, la piel estará seca y agrietada. Pero me he ganado ese dolor.

Esta noche, me encargaré de limpiar la piel, para que no quede pelo ni grasa y pueda empezar el curtido. Gran parte del pelo ya ha desaparecido, pero siempre queda algo de pelusilla pegada a la superficie cuando termina el encalado. La quitaré con un cuchillo romo. Es una operación delicada, hay

muchas probabilidades de acabar rasgando o cortando la piel, y eso echaría a perder toda la pieza. La concentración lo es todo. No puedo perderla ni un momento y por eso el procedimiento me resulta tan terapéutico, porque no puedo pensar en nada más y eso me da tiempo para recuperar la calma.

Intento que el proceso me absorba, pero mi mente no se queda quieta.

Oigo gritar a una mujer, una vez y otra más. «Está muerto», grita sin parar. «Está muerto». Pero no, no estaba muerto, ni por asomo. Me quedé observando desde un portal, algo más arriba en la misma calle, hasta que llegaron la policía y la ambulancia. Se lo llevaron con una máscara de oxígeno puesta, y ellos, con las batas manchadas de sangre. No está muerto y eso podría ser bueno para mí. Aunque también malo.

Joder, joder, joder.

No debería haber pasado. Menosprecié a esa pareja y sus ganas de ponerse a follar en medio de la calle, como animales, abandonados al deseo y al alcohol. Apestaban.

¡No! ¿Eso que veo es un rasguño? Tengo que centrarme en lo que estoy haciendo o estropearé todo el trabajo.

No puedo contarle al Coleccionista lo que ha pasado. Todavía no. Aunque tendré que hacerlo en algún momento. Sé que los periódicos dirán que ha habido un ataque frustrado del ladrón de tatuajes. Así me ha empezado a llamar la prensa: el ladrón de tatuajes. La ciudad entera vive atemorizada por mi cuchillo, pero ya casi he terminado. Solo unos nombres más de la lista y volveré a desaparecer, después de dejar mi huella y cumplir los deseos del Coleccionista.

Bien mirado, es bueno que Dan Carter siga vivo. No habrá podido decir nada que le sirva a la policía y, en cuanto salga del hospital, estaré ahí para volver a intentarlo.

Su nombre aún sigue en la lista.

CAPÍTULO 35

MARNI

Enseguida comprendió que si Francis Sullivan la había invitado a ir con él hasta Guildford, era por el coche. Apareció en su casa a primera hora de la mañana y le explicó que su vehículo era del cuerpo y que utilizarlo para ese viaje extraoficial iría en contra del reglamento.

—Menuda suerte que no le haya dejado el mío a Alex, ¿no? —dijo, mientras cogía las llaves de la encimera de la cocina.

A Francis no parecieron hacerle mucha gracia ni el Citroën 2CV con el volante a la izquierda ni su forma de conducir. La verdad era que no era muy buen pasajero, aún no habían salido de Great College Street y ya estaba agarrado al asiento con las dos manos, como si le fuera la vida en ello. El motor era muy ruidoso, y la suspensión, prácticamente inexistente, pero Marni había traído ese coche de Francia cuando se mudó a Inglaterra con Thierry y sus recuerdos al volante, por carreteras flanqueadas de árboles, con él a su lado cantando lo que sonaba por la radio y una mesa de pícnic en el asiento de atrás, eran los únicos recuerdos felices que tenía de Francia. Por eso estaba decidida a conservarlo todo el tiempo que pudiera.

—Este coche está en las últimas —dijo Francis—. ¿Crees que es seguro?

—Por supuesto que sí —respondió Marni y sonrió para cambiar de tema—: Anoche estuvo bien, ¿no crees?

Francis se giró como un resorte hacia ella.

—Lo de encontrar al tatuador, ¿recuerdas? —«¿Pensaría que estaba hablando del beso frustrado?».

Francis se puso a mirar por la ventanilla, pero ella notó que se había sonrojado.

Cuando llegaron a Guildford, estaba diluviando. Diez minutos después, dieron con el estudio de tatuajes y Marni se desesperó al ver que estaba

prohibido aparcar en esa calle.

—Ya encontraremos algún sitio por ahí —dijo Francis, cuando ella se disponía ya a saltarse la prohibición.

—Eres policía, seguro que puedes aparcar en zona prohibida para investigar un caso de asesinato.

Francis le lanzó una mirada fulminante.

—No. Ser policía no significa que puedas saltarte la ley cuando se te antoje.

—¿Y aparcar en zona amarilla?

—Podría pasarlo en caso de emergencia, pero esto no lo es, Marni.

—Yo creo que sí. Hay un asesino suelto.

Francis hizo oídos sordos, señaló la entrada de un aparcamiento enorme y Marni fue hacia allí a regañadientes. Podrían haberse ahorrado un paseo de diez minutos bajo la lluvia si no fuera tan estirado. Casi todos los policías con los que se había cruzado hasta el momento no se lo habrían pensado dos veces antes de aparcar sobre la línea amarilla.

Aún se enfadó más cuando descubrieron que el estudio de tatuajes aún no había abierto, así que se quedaron plantados bajo la lluvia, mirando a través del escaparate. El sitio era bastante agradable, con todo el material para tatuar perfectamente ordenado. Marni desconfiaba bastante cuando veía un estudio desordenado: un tatuador desordenado también podía ser descuidado con la higiene.

Francis llamó a la puerta de cristal e hizo sonar varias veces el timbre.

—Prueba a telefonar —dijo Marni.

Había un número escrito en la puerta. En cuanto lo marcó, se abrió una puerta al fondo de la tienda y un hombre asomó la cabeza. Estaba claro que acababa de despertarse. En la mano con la que sujetaba la puerta, se veía un tatuaje polinesio.

—¿Qué pasa? Estamos cerrados. Volved por la tarde. —Tenía acento australiano.

—¿Eres James Diamond? —preguntó Marni.

—Claro.

—Yo soy Marni Mullins —respondió, acercándose.

El hombre abrió un poco más, solo llevaba puesta una camiseta y unos *boxers*, y tenía los brazos y las piernas totalmente cubiertos de tinta negra.

—Conozco tu trabajo, es bueno. Hola.

—Este es el inspector jefe Francis Sullivan.

Francis dio un paso al frente.

—Estoy investigando unos asesinatos recientes en la ciudad de Brighton —dijo.

Diamond abrió los ojos como platos.

—¿Los del ladrón de tatuajes?

—Sí. ¿Podemos entrar y hablar con usted un momento?

—Mira, tío, yo no tengo nada que ver con eso.

—No eres sospechoso —dijo Marni enseguida—. Solo queremos preguntarte por una fotografía tomada en la convención. Tratamos de identificar a alguien.

Diamond suspiró, con evidente alivio.

—Claro, me pongo algo y hablamos en el estudio.

Volvió a aparecer dos minutos después, con unos vaqueros y una camiseta limpia. Lo acompañaron al estudio. Marni echó un vistazo alrededor, no era difícil adivinar cuál era su especialidad; era como estar metidos en un bar estilo *tiki* de los años cincuenta, lleno de muebles de mimbre y decoración traída directamente de las islas del Pacífico por todas las paredes. Unas máscaras polinesias los miraban fijamente y, en un extremo de la tienda, había una llamativa colección de diseños tribales.

Le enseñaron la fotografía y el hombre la examinó durante un par de minutos.

Marni se dedicó a observar a Francis, que miraba el estudio con más interés del que hubiera imaginado. ¿Empezaría a entender de qué iba todo aquello? Tal vez, con algo de tiempo, hasta podría convencerlo para que se tatuara algo. ¿Qué escogería?

—Sí, me acuerdo. Una persona bastante extraña, la verdad.

—¿Por qué lo dice? —preguntó Francis.

—Prácticamente no abrió la boca mientras estuve haciendo el tatuaje, aunque no paraba de moverse.

—¿Qué se hizo? —dijo Marni.

—Era un símbolo que nunca había visto, lo trajo dibujado a mano en un papel. No sé qué significaba.

—¿Tiene un registro?

James sacudió la cabeza.

—No de los clientes que se tatúan sin cita en una convención. Haces el tatuaje, te pagan al contado y adiós.

—Entonces, ¿no sabe cómo se llamaba? —preguntó Francis.

Diamond se quedó pensando un momento.

—Sam. Sam Kirby, o Corby, algo así. Dijo que vivía a las afueras de la ciudad, en Ditchling Road, en una granja... —Se encogió de hombros y no dijo nada más.

Mientras volvían al coche, Francis estaba a punto de explotar de emoción.

—Por fin, por fin tenemos una buena pista.

—¿De verdad crees que podría ser él?

—Sabe Dios. —Levantó la vista, como para disculparse—. Si tenía claro lo que iba a hacer, puede que no diera su verdadero nombre. Además, Ditchling Road tiene varios kilómetros. También puede que ya no esté allí o que no sea quien buscamos... Y aunque lo encontráramos, podría tener coartadas. Pero bueno, al menos el caso se mueve un poco y tenemos algo que hacer.

Se sacó el teléfono móvil del bolsillo.

—Angie, ¿puedes buscarme un nombre en Ditchling Road?

Marni sintió un escalofrío. La partida había comenzado y no iba a permitir que ese malnacido volviera a golpear a uno de los suyos.

CAPÍTULO 36

MARNI

Ditchling Road partía del centro de Brighton y cubría los trece kilómetros que lo separaban de Ditchling en dirección norte. Al salir de la ciudad, subía por pendientes pronunciadas y atravesaba el ondulado paisaje de los South Downs, donde las villas victorianas cedían su lugar a las granjas y los campos de cultivo.

Mientras regresaban de Guildford, Francis recibió una llamada de Angie Burton.

—No, no se lo digas a Rory. Es totalmente extraoficial.

Marni aguzó el oído para intentar escuchar lo que Angie estaba diciendo al otro lado de la línea, pero no consiguió entenderla.

—Pero ¿has encontrado algo? Bien. Eso es. Gracias, Angie, te debo una... Vale, una copa.

—¿Tienes una dirección? —dijo Marni.

—Sí, tienes que acercarme a comisaría. No puedo ir a buscar a un sospechoso acompañado de una civil.

—Pero podemos volver a Brighton por Ditchling Road.

—Marni, eso no sería profesional. Si estuvieras allí, podrías comprometer el caso. Si nos topamos con el asesino... Ni pensarlo, no se puede. No voy a ponerte en peligro.

—Me quedaré en el coche, pero no puedes perder más tiempo. ¿Y si Diamond conoce a Sam Kirby, Corby, o como se llame, y lo avisa? Podría huir.

—Kirby —dijo Francis—. Angie encontró la dirección de un tal Sam Kirby.

Se quedaron un momento callados, hasta que él se dio la vuelta sobre el asiento para mirarla de frente. Marni lo miró a él por el rabillo del ojo.

—Vale, pasaremos con el coche para tantear el terreno. Si pareciera que hay alguien, llamaré a Rory para que mande refuerzos y poder hacer una detención. Pero, pase lo que pase, no salgas del coche.

—Me quedaré en el coche.

«Claro que sí. Iba a quedarse en el coche».

Volvieron de Guildford por la ruta que atravesaba Ditchling. La carretera que cubría esa distancia se llamaba Ditchling Road y serpenteaba por entre las granjas y los montes bajos de los South Downs.

—¿Qué número es? —preguntó Marni en cuanto salieron de Ditchling.

Francis se echó a reír.

—Aquí no hay números. Es una granja; la que buscamos es la de Stone Acre.

A medida que subían el cerro de Ditchling Beacon, el tercer punto más elevado de todos los Downs, las casas estaban cada vez más desperdigadas por el paisaje. La carretera subía sinuosa por la ladera del cerro, hasta que llegaron arriba y se abrió ante ellos la larga cuesta de bajada hasta Brighton, con unas cuantas granjas a cada lado de la carretera.

Dejaron atrás un par que no parecían tener nombre, aunque tampoco merecían el nombre de granja. La siguiente sí lo era y también tenía su letrero: «Granja de High Croft».

—Métete —dijo Francis—. Voy a preguntar dónde está Stone Acre.

Un hombre que estaba dando una vuelta con el perro se acercó a ver qué querían.

—¿Stone Acre dice que buscan? Es la granja de ahí abajo, la siguiente. Era la de Tom Abbot.

—¿Conoce a Sam Kirby? —dijo Francis.

—No, no me suena. Pero los chicos de Tom han estado alquilando la granja desde que murió su padre. Yo me quedé con los campos, pero por la granja han pasado ya varios inquilinos. Bajen unos doscientos metros y luego métense a la derecha, está a unos cuatrocientos metros. Es imposible no verla.

Siguieron sus indicaciones y, al final del camino, encontraron un letrero de madera que decía «Granja de Stone Acre». La pintura estaba descascarillada, y el letrero, a punto de caerse. Estaba claro que la granja ya no estaba en activo; la puerta estaba abierta y a punto de desplomarse, y las malas hierbas se habían adueñado de las grietas del camino de hormigón que atravesaba el patio. El jardín de la casa estaba abandonado y los edificios anexos necesitaban una buena reforma. No había ningún coche aparcado en el

cobertizo que había junto a la casa, ni ventanas abiertas ni, para ser sinceros, nada que indicara que allí vivía alguien.

Francis bajó del coche y Marni se quedó dentro. Bajó la ventanilla. La granja estaba en silencio; el ruido del tráfico de Ditchling Road quedaba amortiguado por una densa arboleda y, al estar resguardados por una colina, el viento apenas soplaba. Se le puso la piel de gallina. Había algo extraño en ese lugar, una sensación que conocía demasiado bien como para ignorarla. Le alegró tener que quedarse recluida en el dos caballos. Entonces, una gota solitaria de lluvia golpeó contra el parabrisas y, de repente, comenzó a diluviar.

Entre los barridos chirriantes del limpiaparabrisas, observó a Francis avanzar por el camino de cemento hasta el porche cubierto de la casa. Lo vio tirar de una campanilla y escuchó el sonido a lo lejos. Ese sitio le hizo pensar en la granja de la hija de Robert Poste.

No había nadie en la casa o, al menos, nadie contestó, así que Francis volvió al coche y, como si no estuviera lloviendo, se quedó de pie junto a la ventanilla que Marni había bajado y sacó el teléfono del bolsillo.

—¿Rory? Estoy en la granja de Stone Acre, más o menos a kilómetro y medio de Ditchling Beacon, bajando hacia Brighton. —Se quedó un momento callado—. No, nada que notificar, pero creo que debería traer al equipo. Lo llamaré cuando tenga algo más.

Atravesó el patio hacia tres anexos al borde de la ruina. Marni lo observaba y poco a poco se le iba calando el miedo por los poros.

Desapareció en el interior del primer edificio, una estructura de chapa ondulada caída sobre el lateral del granero. Cuando dejó de verlo, Marni empezó a ponerse nerviosa. Buscó algo por el coche con lo que defenderse si le hacía falta. No había nada en el asiento de atrás, pero recordó que llevaba una llave inglesa en el maletero.

Justo cuando salió del coche para cogerla, Francis volvió a aparecer y la miró sorprendido.

—Este sitio da repelús —dijo ella, mientras abría el maletero.

—Quédate en el coche —le pidió—. Aquí no hay nada. Enseguida termino.

Marni cogió la llave y volvió a sentarse frente al volante. Se sintió mucho más segura con la pesada herramienta de metal sobre las piernas.

Francis dio la vuelta alrededor del granero para ver cómo entrar, olisqueando el aire.

—Por aquí hay algo que apesta —gritó.

Marni sacó la cabeza por la ventanilla y cogió aire. La lluvia debía de haber sofocado los olores de la granja, pero se seguía notando un olor fuerte en el aire que se le enganchó en la garganta.

—Estamos en una granja —dijo.

Francis se acercó unos pasos.

—Sin animales.

—¿Será algún animal muerto?

—Puede ser, pero huele distinto. Como a productos químicos.

Desapareció por un lado del granero, pero volvió a aparecer al momento.

—La puerta del granero tiene un candado nuevo.

—Necesitarás una orden de registro, ¿no? —dijo Marni.

Por la forma en que había dicho lo del candado, parecía que no quería esperar, pero su lado más respetuoso con la ley acabó ganando la mano y se pasó los siguientes diez minutos al teléfono explicándole a Bradshaw qué estaba haciendo allí y convenciéndole de que le consiguiera una orden.

Rory llegó al rato con un par de hombres y les ordenó que trazaran un perímetro y aseguraran la zona. Francis bajó del coche para ir a hablar con él y Marni se pegó a la ventanilla para escuchar.

—Pero ¿qué coño está haciendo aquí? —dijo, al ver a Marni sentada al volante del dos caballos.

—Íbamos juntos cuando me dieron el nombre y la dirección de Kirby —dijo Francis—. No iba a perder más tiempo llevándola hasta Brighton. No va a bajar del coche.

—Por la sangre de Cristo —dijo Rory—. Primera regla de cualquier policía: nada de civiles en una escena del crimen. Si la contaminara, perderíamos el caso.

Francis no hizo caso.

—Ahora es una testigo pericial y ya lo he dicho antes: no va a bajar del coche.

«¿Testigo pericial? ¡Mierda!».

No era la primera vez que Marni lamentaba el momento en que vio el cadáver de Evan Armstrong, por no hablar de la llamada a la policía.

Hitchins tardó una hora más en llevarles la orden. La tensión entre los dos policías se podía mascar. Rory esperó todo ese tiempo sentado en el asiento de atrás con cara de pocos amigos y, cada vez que tenía que salir del coche para fumar su cigarrillo electrónico bajo la lluvia, volvía a entrar más enfadado.

Ordenaron a Hitchins que trajera un cortacadenas. En cuanto apareció con la herramienta, Francis y Rory la cogieron y desaparecieron al otro lado del granero, dejando sola a Marni de nuevo. Pero ya estaba harta. Abrió la puerta del conductor, cruzando los dedos para que no chirriara, y, sin soltar la llave inglesa, fue a toda velocidad hacia la esquina del granero para cotillear lo que pasaba al otro lado. En el mismo momento en que se asomó, Rory terminaba de despachar el candado y abrió la puerta. Francis fue el primero en entrar.

Olvidándose por completo de la orden que le habían dado, Marni salió corriendo hacia donde estaban los hombres. Al acercarse, oyó a Rory contener el aire y Francis volvió a asomar por la puerta. Estaba aterrorizado.

—Vuelve al coche, Marni —dijo al verla. Le temblaba la voz.

Marni tuvo la intención de avanzar, pero Rory apareció junto a Francis y, al ver lo que pretendía hacer, fue hacia ella con los brazos en cruz.

—Esto es una escena del crimen —dijo, cerrándole el paso.

Tenía que ver lo que habían encontrado. Intentó mirar hacia dentro, a través de la puerta, pero se lo impidió un muro de aire pútrido.

Era el olor de la muerte.

El olor de la muerte y de algo mucho peor.

CAPÍTULO 37

FRANCIS

Francis nunca había sentido tal alivio al salir de la escena de un crimen. Al abrir la puerta, lo azotó un hedor penetrante que le bastó para entenderlo todo, así que echó para atrás a Rory. Tres minutos después, y ya pertrechados con mascarillas, cubrecalzados y monos blancos, pudieron ponerse manos a la obra.

Al llegar a la puerta, Francis cogió aire para probar. Había untado el interior de la mascarilla con Vicks VapoRub. Le escocían los ojos por los efluvios y cada bocanada de aire sabía fuerte a mentol. Rory había hecho lo mismo y no paraba de toser y le caían tantos lagrimones por las mejillas que tenía empapado el borde de la mascarilla.

—Vale, vamos allá —dijo Francis.

En el umbral, vaciló. Sabía que estaban a punto de encontrar algo y se sentía tan ansioso como asustado. Rory iba tan pegado a su espalda que no podía quedarse parado ni un segundo.

Había un interruptor justo al lado de la puerta y lo encendió sin quitarse los guantes. Se iluminaron unos tubos fluorescentes que había colgados directamente de las vigas del techo, llenándolo todo con una luz blanca y despiadada. Al instante, pudieron notar que había sido reformado por dentro.

Francis echó un vistazo por el espacioso interior. Lo primero que llamó su atención fue una fila de barriles de plástico blanco de cincuenta litros que había puestos en fila en la pared que tenía a mano izquierda. Luego, se fijó en que las paredes estaban cubiertas de primeros planos de tatuajes. «¿Qué demonios han hecho aquí?». Casi le faltaba valor para acercarse a los barriles. Avanzó un poco y vio que estaban llenos de líquido hasta el borde. De ahí salía el olor. Apenas podía respirar y no le hacía falta mirar dentro para saber lo que contenían.

—Dios mío —exclamó Rory a su espalda—. Sé lo que es. El año pasado estuve con Liz y los niños en Marrakech y nos llevaron de visita al barrio de los curtidores. Apestaba igual que este sitio.

—¿Están curtiendo cuero? —dijo Francis.

Frenó el impulso de volver directamente a la puerta y salir huyendo de aquel lugar infernal.

En lugar de eso, siguió adelante y se obligó a mirar dentro del primer bidón. Bajo la superficie del líquido oscuro vio unas formas blanquecinas flotando a la deriva, como un pez moribundo en unas aguas contaminadas. Una de ellas giró despacio y dejó ver los trazos oscuros de un tatuaje. Le subió la bilis a la boca y tuvo que apartar la vista.

—Están curtiendo piel humana —dijo cuando encajó las piezas. Por fin entendía por qué el asesino se llevaba los tatuajes y qué hacía luego con ellos.

Rory se puso a su lado.

—Joder.

Conteniendo las ganas de vomitar, Francis fue mirando en los demás barriles. En todos había líquidos, pero algunos no tenían trozos de piel. No estaba claro de qué barriles emanaba el hedor, o si era una mezcla de todos los efluvios. Ya harían análisis químicos los de la científica, aunque tampoco importaba mucho qué productos eran exactamente. Estaba claro para qué servían.

Francis se alejó, no podía soportarlo más. En la pared de enfrente había un banco de trabajo lleno de botellas y frascos de productos químicos sin etiquetar, tableros de madera con manchas oscuras, un soporte para cuchillos, un recipiente con todo tipo de instrumental quirúrgico, una caja de guantes de látex, una fila de libros de taxidermia y una ardilla disecada. En un extremo del banco había un enorme fregadero de piedra. Francis se estremeció al pensar lo que habrían echado por ahí.

—¿Jefe?

—¿Sí?

Rory estaba en el otro extremo del banco.

—Tiene que ver esto.

Le estaba señalando un plato llano. Francis se acercó.

Un policía tiene que ver cosas que jamás consigue olvidar y Francis ya acumulaba unas cuantas, pero nada parecido a aquello. Sobre el plato de cristal y protegida con papel film para que no se secase, había una pelota de piel arrugada, que parecía un globo desinflado. El tatuaje de la tela de araña

era inconfundible, aunque la piel estaba blanca y abotargada. Rory movió el plato con la punta del lápiz y el tatuaje tembló como si fuera de gelatina.

—Jefe, ya lo tenemos, ¿verdad?

Francis sacudió la cabeza.

—No está aquí.

Rory sacó el teléfono.

—Hitchins, cuando llegue la científica, quiero que pongan la granja patas arriba, que lo desmonten todo, que busquen hasta en el último milímetro de la finca. Hay que mirar en los desagües, hay que buscar hoyos, signos de enterramiento, si hay tierra removida... Hay que saber quién es ese cabrón...

—Se había tenido que bajar la mascarilla para hablar por teléfono, así que se tapó la mano con la boca para coger aire—. Sí, podéis hacer horas extra. Que vengan para aquí todos los hombres que puedan.

Rory empezaba a cogerle gusto al mando.

Cuando colgó, se pusieron a mirar la pared llena de tatuajes. Había fotografías de los tatuajes desaparecidos de Evan Armstrong, Giselle Connelly y Jem Walsh, también fotografías del tatuaje de cuerpo entero de Dan Carter. Además, había un póster enorme de la exposición de la Galería Saatchi. Y, entre todas esas imágenes, había fotos de otros tatuajes que Francis no pudo identificar.

—¿Serán futuras víctimas o cuerpos que aún no hemos encontrado? —preguntó Rory al volver.

—Hay que traer a Marni.

—Ni pensarlo, contaminará la escena del crimen si entra aquí.

—No si actúa de testigo pericial.

—No.

—Vamos, Rory. Acertó al ver la conexión entre las víctimas y podría darnos información crucial sobre estos tatuajes. Información que podría salvar vidas. Voy a por ella.

Rory frunció el ceño, pero no lo detuvo.

Cinco minutos después, Marni estaba a su lado, examinando las fotografías que había colgadas de la pared. Estaba pálida, pero había sabido mantener la calma al darse cuenta de que estaban en el taller del asesino. Rory había salido para hacer una llamada y a Francis no le costó mucho imaginar con quién estaría hablando.

—Todos parecen de tatuadores de la exposición —dijo—. Teníamos razón con nuestra hipótesis.

—Tu hipótesis —aclaró Francis.

Marni se encogió de hombros.

—¿Y qué hay de estos que no habíamos visto antes? —siguió diciendo—. Deben de ser sus futuras víctimas. Si los identificamos, podremos proteger a esa gente.

Marni recorrió la fila de fotografías.

—¿Reconoces alguno?

—Puedo aventurarme a decir quién los hizo; al fin y al cabo, sabemos que estuvieron en la exposición, pero las personas de las fotografías... —Encogió los hombros con impotencia.

Rory volvió a entrar y se unió a ellos.

—¿Y bien? ¿Qué nos puede decir? —dijo, casi con hostilidad.

Marni hizo caso omiso y siguió mirando las fotografías.

—Hay más tatuajes que artistas hubo en la exposición —dijo Francis—. Parece que ha estado eligiendo entre varias opciones.

—Supongo que algunos serían más fáciles de encontrar que otros —dijo Marni, que estaba mirando una manga; habían recortado la fotografía de una mujer para que no se viera ninguna parte más del cuerpo—. Este es de Iwao, no tengo ninguna duda. Está especializado en mitología japonesa.

—¿Y este de aquí? —preguntó Francis, señalando la fotografía de la espalda de un hombre. El tatuaje era negro y gris, y representaba la caída de Lucifer.

Marni lo miró y luego apartó la vista.

—Lo siento —dijo—. No puedo respirar bien con la mascarilla.

Parecía que le flaqueaban las piernas.

—Este es bonito —dijo Rory.

Al oírlo, Marni y Francis se volvieron hacia él. Estaba señalando la espalda de una mujer, en estilo japonés. Se veía un estanque con un par de carpas koi de un intenso color naranja y una *geisha* arrodillada junto a la orilla, derramando sus lágrimas en el agua. Una rama de arce cruzaba cerca del hombro izquierdo y dejaba caer sus hojas sobre toda la escena.

—¿También es de Iwao? —se aventuró a decir Francis.

—Frank, creo que voy a desmayarme.

Reaccionó justo a tiempo para sujetarla.

XII

Tengo un presentimiento. Me ronda por la cabeza desde que empiezo a subir por Ditchling Road, y yo siempre confío en mi intuición. Mi equilibrio es muy delicado, me afecta hasta el más mínimo cambio y los últimos acontecimientos le han pasado factura a mi cabeza, he de reconocerlo. Lo que sucedió en East Street me ha desequilibrado. Necesito estar un tiempo a solas con mis pieles, para volver a centrarme.

No puedo quitarme de encima la sensación de que algo va mal.

Porque algo va mal. Veo salir un coche de mi camino y enseguida me pongo en alerta. Es un Mitsubishi plateado. El único coche, aparte del mío, que se mete alguna vez por ese camino es el del cartero. Freno un poco cuando se cruza conmigo en dirección contraria.

Ya he visto al conductor. Es uno de los policías que estaban en el funeral de Evan Armstrong. Y también conozco a la pasajera, es Marni Mullins. ¿Qué demonios estarían haciendo en mi propiedad?

Paso de largo la entrada a la granja y sigo conduciendo hacia Ditchling Beacon, me tiemblan las manos. Necesito tomarme una pastilla, así que me meto en el aparcamiento que hay en lo alto del cerro.

Apago el motor.

Cojo aire.

Me echo hacia delante, apoyo la cabeza en el volante y hago sonar el claxon para tapar el grito de rabia que ya no puedo seguir conteniendo.

Cuando me recupero un poco, saco los prismáticos de la guantera y un cuchillo de la mochila. Después de unos quince minutos de caminata campo a través, llego al linde de la granja. Desde una de las eras, puedo ver el terreno de la casa. Hay más coches, algunos de ellos coches patrulla, y otros, sin identificación. También hay una furgoneta. Y un enjambre de personas por toda mi propiedad, entrando y saliendo de la casa. Y del granero.

Noto como si me hubieran arrancado algo de dentro. Y no puedo ni imaginar cómo se lo voy a explicar al Coleccionista.

Entonces, veo al hombre que me ha hecho esto. El policía pelirrojo está ahí plantado, en el centro de todo, él da instrucciones y todos los demás le informan a él. Es como una araña en el centro de su tela. Lo conozco. Sé lo que quiere. Pero no lo tendrá. No dejaré que me atrapen tan fácilmente. Mi trabajo es demasiado importante como para que lo malogre un hombre tan insignificante como ese.

Mi sangre clama venganza.

CAPÍTULO 38

RORY

«¿Cómo se atreve?». Sullivan actuaba como si volviera a estar al mando. Debería haberlo echado de allí en cuanto llegaron los refuerzos. A él y a Marni Mullins. Pero, en lugar de eso, dejó que la mujer entrara en la escena del crimen. Para colmo, se desmayó y Hollins tuvo que llevarla a casa, así que se quedó sin él un par de horas. Menuda pifia. Igual que dejar que Sullivan y Mullins tuvieran la información que los llevó hasta Diamond y a la granja de Stone Acre. Ahora, no había ninguna duda de que Sam Kirby era el hombre que estaban buscando y el caso estaba resuelto. En ese granero había pruebas más que de sobra para encerrarlo de por vida. Lo que tocaba era asegurarse el mérito para él, lo mismo que para Bradshaw.

Rose Lewis llegó y aparcó la furgoneta a la entrada del patio, y Francis y Rory salieron a recibirla. El patio ya era parte de la escena del crimen y los de la científica no tardarían en invadirlo también. Llevaron a Rose hasta el granero y esperaron callados unos minutos, mientras se hacía una idea de la magnitud del hallazgo. Uno de sus hombres iba dando vueltas por el lugar, fotografiando sin parar las cubas y el banco de trabajo.

—Estaba haciendo cuero, ¿verdad? —preguntó Francis cuando Rose les hizo ver que ya podían hablar con ella.

—El procedimiento tiene muchos más pasos de los que cualquiera imaginaría —dijo Rose—. Casi todos consisten en meter la piel en un producto químico u otro para quitar la grasa y el pelo, para neutralizar el pH, para limpiar los productos de etapas anteriores, para estabilizar las proteínas de la piel...

—¿Cuánto tiempo lleva en total? —preguntó Francis.

—Depende de los agentes utilizados y de la calidad de la piel que se quiera curtir. Puede ir de unas horas a varios días.

—¿Y el procedimiento es el mismo con piel humana que con la de un animal?

Rory puso cara de asco; el tema empezaba a ponerlo enfermo.

—Claro, a este respecto no hay ninguna diferencia entre la piel de una persona y la de cualquier animal. Supongo que se tratará de forma muy parecida a la piel de cerdo.

—¿Cuántos de nuestros tatuajes están por aquí? —preguntó Rory, intentando cambiar de tema.

—Bueno, el cuero cabelludo de Jem Walsh es evidente, pero no veo rastro del brazo de Giselle ni del tatuaje de Evan —dijo Francis—. Aunque la búsqueda no ha terminado.

Un hombre de la científica se acercó y le hizo señas a Rose.

—Disculpad —dijo, y fue con él.

—¿Qué piensa hacer ahora? —le preguntó Francis a Rory.

—Hay que encontrar a Kirby y detenerlo. Con tanta prueba, la orden de detención es nuestra y ya he emitido un aviso de búsqueda para todas las unidades. Angie Burton está detrás de alguna fotografía suya para ponerla en circulación.

Sullivan iba a ver cómo hacía las cosas un poli con experiencia.

—¿Creéis que intentará matar de nuevo? —dijo Rose, mientras volvía hacia ellos.

Francis miró hacia la pared llena de fotografías.

—Parece claro que iba a por obras de los tatuadores que estuvieron en la Galería Saatchi. Sin embargo, en cuanto se entere de que estamos aquí, lo más seguro es que se esconda. Mientras, habrá que identificar a todas las personas que aparecen en esas fotografías y ofrecerles protección. —Miró a Rory—. Tal vez, Hollins tendría que hablar con los tatuadores y averiguar si pueden decirnos quién sale en las fotos.

«Ya está otra vez, intentando coger las riendas».

—Ya he hablado con Hitchins de eso. —Rory se dijo que tenía que hacerlo inmediatamente—. ¿Ha entrado ya en la casa?

—Todavía no —dijo Francis, sacudiendo la cabeza.

La casa estaba llena de hombres de criminalística haciendo fotografías y buscando huellas. Un sargento con mono blanco se acercó a Francis y a Rory en cuanto pusieron un pie en el recibidor.

—Por ahora, no hemos encontrado nada que parezca relacionado con los crímenes —dijo—, pero está claro que aquí vivía alguien. En la cocina hay restos de un desayuno que tiene que ser de esta misma mañana. Todos los

papeles que hemos encontrado por ahora pertenecen a Sam Kirby. Las facturas van a su nombre y el banco le envía aquí toda la correspondencia.

—Gracias, agente. ¿Han encontrado algún diario? ¿Un calendario tal vez? El hombre sacudió la cabeza y volvió al trabajo.

—¿Dónde estará? —dijo Francis—. Por desgracia, no lo encontramos aquí cuando llegamos.

—Por suerte, querrá decir —dijo Rory—. Recuerde que llegó acompañado de Marni Mullins y sin refuerzos. Una irresponsabilidad de caballo. Podría haberles recibido armado con un cuchillo.

—Bueno, lo que está claro es que ahora no va a volver a casa.

—¡Señor, señor! —Un agente de uniforme irrumpió en la casa.

—¿Qué pasa? —preguntó Rory.

—Han visto a un hombre al fondo de uno de los campos. Parecía que estaba vigilando la finca.

—Vamos —dijo Francis, yendo con decisión hacia la puerta—. Podría ser él.

—No creo —dijo Rory, pero no iba a perderse la persecución.

Siguieron al agente a través del patio y les señaló hacia los campos que se extendían en la pendiente del cerro. Nada más hacerlo, un hombre alto y vestido con ropa oscura se puso a cubierto y empezó a correr con torpeza ladera arriba.

—Idiota —masculló Francis—. Ahora sabe que lo hemos visto.

Echó a correr a través de un campo labrado hacia el hombre y Rory lo siguió, pero le sacaba década y media y casi veinte kilos a Francis, así que no tenía sentido intentar darlo todo. Además, odiaba correr cuesta arriba. A los quince metros, ya le dolía el pecho.

Francis cada vez le sacaba más ventaja, pero, aun así, no lograba alcanzar a su presa. Al llegar al seto que marcaba el linde del campo, Rory lo vio buscando una forma de atravesarlo, pero no había manera de pasar, ni puertas, ni escalones, nada. Francis intentó superar el obstáculo un par de veces, pero, entonces, el hombre que había estado observándolos desapareció al otro lado de la colina.

—¡Mierda! —Francis sacó el teléfono y, cuando Rory llegó por fin a su lado, bramó—: ¡Aquí no hay cobertura!

Rory se dobló hacia delante, con las manos en las rodillas y resollando.

—No le vendría mal una evaluación física —dijo Francis escuetamente, mientras se disponía a volver.

Rory se quedó un momento donde estaba, maldiciendo para sus adentros mientras intentaba recuperar el aliento. Había algo brillante a los pies del seto.

—Espere.

Francis dio media vuelta. Rory cruzó la zanja que había a los pies del seto y estiró la mano. Los dedos agarraron algo de metal, frío y afilado.

—¡Ay!

Sacó la mano y miró lo que había encontrado. Era un cuchillo, con una hoja tan afilada que le había cortado el dedo con solo rozarla. Le chorreaba la sangre sobre el mango.

—Buen trabajo —dijo Francis.

—Gracias —respondió Rory.

Francis sacó una bolsa de pruebas del bolsillo del mono y se la ofreció. Rory metió el cuchillo en la bolsa con cuidado.

—No era un cumplido. Acaba de contaminar la que podría ser la prueba más importante que hemos encontrado hasta ahora.

CAPÍTULO 39

FRANCIS

No es que un ramo de flores de la gasolinera fuera una maravilla, pero Francis no quería presentarse con las manos vacías. Había metido a Marni en una escena del crimen angustiosa y se disponía a molestarla otra vez a última hora de la tarde para preguntarle por las fotografías. Se decidió por una botella de vodka. Una vez había mencionado su marca favorita y podría comprarla en el supermercado Asda en el camino de vuelta.

Los de la científica acababan de terminar por ese día y dejaron el trabajo para la mañana siguiente. Organizó una guardia nocturna en la propiedad, por si Sam Kirby decidía volver, y habló con Rose mientras conducía hacia la ciudad. Ella ya estaba de vuelta en el depósito, su palacio de hielo frío y apacible, examinando el tatuaje a medio curtir de Jem Walsh y varios trozos más de piel tatuada que habían encontrado en los barriles. Había enviado muestras de tejido para hacer análisis de ADN, pero nadie dudaba que tenían el cuero cabelludo de Jem Walsh. También habían encontrado la que imaginaban que era su cabeza desollada (roja, en carne cruda y con los ojos abiertos, con la mirada fija en el vacío) dentro del congelador.

—Mantenme informado de lo que averigües —le dijo a Rose antes de colgar, mientras aparcaba en una plaza libre a unos metros de la casa de Marni.

Rory no había dejado de llamar por teléfono a Bradshaw en toda la tarde y, por lo que pudo oír, el comisario parecía encantado con los avances que había habido en el caso.

—Dice que es una lástima que no esperara a que ese hijo de perra llegara a casa antes de entrar —dijo Rory, con una sonrisa burlona.

—Cuando nos acercamos, no había forma de saber si estaba en casa o no —respondió Francis.

Típico de Bradshaw.

Llamó a la puerta de Marni, pero no le respondieron, aunque las luces del piso de arriba estaban encendidas. Marcó su número.

—¿Dígame?

—Estoy en la puerta.

—Estoy sola en casa y dándome un baño. Márchate.

—Marni, no estaría aquí si no fuera importante. Esperaré.

Diez minutos después, le abrió la puerta y lo dejó pasar. Iba envuelta en un albornoz y con el pelo mojado, recogido en una coleta. Olía dulce, a aceite de baño.

—Lo siento —dijo Francis, mientras la acompañaba a la cocina—. No deberías haber entrado en el granero.

—No pasa nada —contestó ella, sacudiendo la cabeza con energía—. Estaba más incómoda por la mascarilla que por lo que vi. Me entró claustrofobia y no podía respirar.

—Te he traído esto. —Le tendió su ofrenda de paz y a ella se le iluminó la cara.

—Date por perdonado. Iba a ofrecerte vino, pero creo que hoy nos vendrá mejor algo más fuerte.

Por norma general, Francis no probaba los licores, pero el día había sido muy largo y no estaba de más seguirle la corriente a Marni, dado que iba a pedirle ayuda otra vez.

—Claro, ¿por qué no?

Sorprendida, Marni arqueó una ceja y sacó dos vasos de chupito de un armario.

—Vamos.

Fueron a la salita y Francis echó un vistazo alrededor. Era como si se hubiera pasado la vida acumulando cosas para meterlas en ese salón que parecía importado pedazo a pedazo de Rayastán, de Katmandú y del Camino Inca. Francis se sentó en el sofá bajo, sobre una pila de cojines de kílím.

Marni encendió un palo de incienso y llenó los dos vasos hasta el borde. Francis observó que le temblaba un poco la mano. Puede que la escena de la granja la hubiera afectado más de lo que estaba dispuesta a admitir. Le pasó un chupito.

—¿Está bueno? —dijo Francis, sin disimular el miedo.

—Sí, muy bueno. Pero no hace falta que te lo bebas de un trago.

Tampoco tenía intención de hacerlo. Bebió un sorbito para probar, esperando sentir el ardor en la garganta, pero la sensación fue

sorprendentemente suave. Marni bebió de su vaso y pareció sentarle de maravilla.

—Te voy a echar a perder, Frank Sullivan.

—Harían falta algo más que un par de chupitos de vodka.

Marni se puso muy seria de pronto.

—Dime qué habéis encontrado en la granja de Stone Acre —dijo.

Le contó todo lo que habían descubierto en el granero y las pruebas que estaban apareciendo también en la casa. Se puso pálida cuando le habló de las cubas y del macabro contenido. Vio que le temblaba la mano al rellenarse el vaso.

—Parece que Sam Kirby nos estaba observando. Un agente vio a un hombre en un campo, al fondo de la granja.

—¿Y no sería un granjero?

—¿Vigilando con prismáticos desde detrás de unos setos?

—Vale, no era un granjero.

—Fuimos a por él, pero se nos escapó. Aunque se le cayó un cuchillo.

—¿Crees que podréis conectarlo con los asesinatos?

Francis sacudió la cabeza.

—No creo que lo admitan como prueba, porque el idiota del sargento lo cogió con la mano, se cortó y lo manchó de sangre.

—¿Rory? ¿Se encuentra bien?

—Digámoslo así: el corte no es nada comparado con el bochorno.

Francis se terminó el vodka de un trago. Esta vez sí sintió el ardor, pero le pareció agradable.

—Necesito que vuelvas a ayudarme.

Marni le volvió a llenar el vaso.

—Ya lo sé. Por las fotografías..., los tatuajes que aún no se ha llevado.

Francis sacó su ordenador portátil del maletín y lo abrió sobre la mesita. Tenía fotografías de todos los tatuajes que había colgados de la pared del granero y quería que Marni le dijera si reconocía alguno.

—Es complicado. Puede que ni los tatuadores tengan ya el nombre de esos clientes.

—Lo entiendo —dijo Francis—, pero tenemos que averiguar lo que podamos para intentar proteger a esa gente. Hasta que detengamos a Sam Kirby, hay que suponer que están todos en peligro.

—¿Qué vais a hacer para cogerlo?

—Rory ha puesto en marcha una operación de búsqueda a gran escala. Está al frente de un cuerpo especial para la misión y buscando su vehículo. Es

difícil saber dónde podría esconderse, por eso es muy importante localizar a sus objetivos. Por desgracia, alguno podría llevarnos directamente hasta él.

Marni se pasó una hora examinando detenidamente las fotografías, pero no identificó ninguno de los lienzos.

—Mándamelas por correo electrónico y las pasaré por ahí. Seguro que alguien sabe de quién son.

Francis cerró el portátil y se bebió el vaso.

—Debería irme.

—¿Has comido algo hoy?

—No. —Hasta ese momento no se había dado cuenta, pero al pensarlo le rugió el estómago.

—¿Te apetece pasta?

Al parecer, en casa de Marni era imposible comer pasta sin beber vino tinto y, por mucho que Francis intentó rechazar la oferta, no le hizo ni caso.

—¿Dónde está tu hijo? —preguntó Francis, mientras apretaba los labios y empezaba a sorber espaguetis.

—En una excursión de geografía del instituto, vuelve mañana. Es su asignatura favorita y quiere estudiar la carrera.

—Entonces, ¿no va a seguir con la tradición familiar?

—No lleva ni un tatuaje —dijo Marni, echándose a reír.

—Seguro que entra en razón cuando sea mayor —dijo Francis con ironía.

—Háblame de tu familia.

«¿Por dónde empezar?».

—Tengo madre y hermana.

—¿Viven en Brighton?

—Las dos tienen esclerosis múltiple. Mi madre está en una residencia, en Saltdean, y mi hermana vive en una vivienda tutelada, en Hove. Así, puede mantener su independencia, pero tiene la ayuda que necesita.

Marni asintió.

—Al menos, las tienes cerca y puedes ir a visitarlas.

—No las veo tanto como debería.

—¿Y tu padre?

—Se fue hace mucho.

—Lo siento —dijo Marni, sirviéndole más vino.

Francis sacudió la cabeza como arrepentido.

—No está muerto. Nos abandonó cuando diagnosticaron a mi hermana. Éramos adolescentes los dos. Al parecer, no pudo con la responsabilidad de

tener a dos personas enfermas a su cargo. —Aunque habían pasado muchos años, Francis no conseguía decirlo sin amargura.

—Te dejó una carga muy pesada, ¿no?

—No son una carga —dijo Francis cortante—. Siempre han estado a mi lado y son el motivo por el que me tomo este trabajo tan en serio. Quiero ofrecerles la mejor atención que sea posible y eso cuesta dinero.

—Lo siento, no quería ofenderte. Por lo que parece, hasta ahora lo estás consiguiendo, ¿no? Eres muy joven para ser inspector jefe, es todo un éxito.

Era difícil contestar a eso.

—Bueno, en John Street muchos piensan que me ascendieron demasiado pronto, que no estaba preparado. Ahora que me han sacado de mi primer caso, puede que mi carrera se hunda. No sé si yo hablaría de éxito.

—Pero lo que has hecho hoy es muy importante. Seguro que Bradshaw se da cuenta.

—Saber quién es el asesino no es lo mismo que detenerlo. Ha huido y puede que se esfume sin más, o que se suicide. Tenemos que llevarlo ante un juez. Cualquier otro desenlace es un rotundo fracaso. Además, si sale bien, Bradshaw y Rory harán todo lo que puedan por anotarse ellos el tanto.

Nunca hablaba con nadie ni de trabajo ni de su familia. ¿Por qué era tan fácil hacerlo con Marni Mullins? Empezaba a sentirse agotado.

—Perdona por aburrirte con estas cosas.

—La vida de otra persona jamás es algo aburrido —dijo Marni—. Si pensara eso, no podría ser tatuadora.

—¿Te cuentan cosas mientras tatúas a la gente?

—Siempre. Para algunos es casi terapéutico.

—¿Tatuabas también en la cárcel?

La pregunta pareció pillarla por sorpresa.

—Lo siento, no debería haberlo preguntado.

—No, no pasa nada —dijo Marni y sacudió la cabeza—. No tatué a nadie en la cárcel. No me encontraba bien, no era capaz de sobrellevarlo y las demás internas me trataban como si fuera una apestada. Era la zorra inglesa que había apuñalado a un hombre francés. Nadie se molestó en preguntar por qué, qué fue lo que había pasado. Se montaron su propia película.

—¿Cuánto tiempo estuviste en la cárcel?

—No mucho, unas semanas nada más. Fue al final de mi embarazo, de gemelos.

Francis se horrorizó.

—¿Te metieron en la cárcel cuando estabas a punto de dar a luz?

—El juez no tenía mucha sensibilidad.

—¿Sabías que ibas a tener gemelos? —Ya le había comentado que había perdido a un hijo, pero Francis se quedó impactado al saber que había sido un gemelo.

Asintió.

—Me atacaron en el pabellón de las duchas y perdí a uno de los bebés. Me trasladaron a un hospital para llevar un control de lo que quedaba de embarazo. Cuando nació Alex, había cumplido prácticamente toda la condena y un juez me dejó en la calle. —Se quedó callada un momento—. Fueron malos tiempos.

—Lo siento mucho —repitió Francis.

Hubo un silencio. Francis buscaba alguna forma de cambiar de tema, sin que pareciera forzado. Marni jugueteaba nerviosa con un pañuelo de papel.

—¿Alguna vez...?

—¿Sabías que...?

Los dos empezaron a hablar a la vez, y se interrumpieron.

—Sigue tú —dijo Francis.

Marni sacudió la cabeza.

—No, tú.

Pero Francis ya había olvidado lo que iba a decir.

—Escucha, debería irme. Gracias por la cena y por el vino.

Se levantó y empezó a recoger los platos de la cena. Tropezó con una pata de la mesa y se tambaleó.

—¡Cuidado! —Marni lo sujetó con un brazo y se quedaron los dos parados, cara a cara.

Francis sonrió.

—Creo que estoy un poco borracho.

—Creo que estás bastante borracho, Frank.

—No me llames Frank. —Se fijó bien en la cara que tenía delante y se dio cuenta de cuánto le gustaba—. Lo siento, no estoy acostumbrado a beber y enseguida se me sube a la cabeza.

—No pasa nada —dijo ella—. Pero así no puedes conducir. Creo que deberías quedarte aquí.

A Francis le pareció buena idea, tan buena que se merecía un beso.

Se lo dio. Y ella se lo devolvió. Francis pensó que podía ser el comienzo de algo.

Algo bueno.

XIII

Odiaba a mi padre cuando se enfadaba conmigo. Al principio, era por los deberes de clase y luego fue por mis decisiones. Cuando empecé a trabajar para él en la empresa de la familia, nunca hacía nada bien: «Te has equivocado con los envíos», «Has usado la piel que no era» o «El color que has elegido para ese bolso es un asco». Cuanto más sucedía, más se convertía en otra cosa mi amor por él, en algo frío y cortante..., hasta que no quedó nada.

Ahora, el Coleccionista está enfadado conmigo. He tenido que contarle lo que ha pasado y, aunque se lo dije por teléfono, noté que estaba decepcionado... y luego noté algo más duro. Lo imaginé con el ceño fruncido, vi su desdén y me hubiera gustado ser capaz de esfumarme o de hacer retroceder el tiempo. Por supuesto, con el Coleccionista no es como con mi padre. Él tiene razones para estar enfadado conmigo. He cometido errores que son imperdonables y Jem Walsh murió para nada. Ahora, su precioso cuero cabelludo no es más que una prueba numerada, en lugar de una hermosa obra de arte.

Francis Sullivan tiene la culpa de todo. Vi su rueda de prensa por televisión, lo vi entrando en mi propiedad, contaminando el único lugar en el que me siento a salvo y luego corriendo ladera arriba a por mí. Está echando a perder todo por lo que he trabajado.

Se arrepentirá, me ocuparé de ello.

Al ver su coche aparcado enfrente de la casa de Marni Mullins, me enfurezco. ¿Qué hacía ella en Stone Acre con la policía? ¿Y qué hacen juntos ahora?

Me sentaré a esperar a que se marche.

Pero las luces se han apagado en la planta de abajo y él sigue dentro.

Oigo risas saliendo de una ventana. Son las de ella.

Puedo esperar.

También se han apagado las luces de arriba.

Tengo que esperar. No me queda otra. Pero la rabia me quema por dentro y tendré que actuar pronto.

CAPÍTULO 40

FRANCIS

Francis se echó el edredón sobre la cara. ¿Por qué su cama olía diferente aquella mañana, como a suavizante? Abrió los ojos sin destaparse. Estaba en calzoncillos y no reconoció las sábanas. Aquella no era su cama.

Algo subió de un golpe a la cama y empezó a avanzar sobre el edredón. Francis se incorporó de pronto y se encontró cara a cara con Pepper, que empezó a ladrar de entusiasmo y a lamerle la mejilla.

Entonces fue cuando empezó a recordarlo todo: los chupitos de vodka, la pasta, el vino..., el beso a Marni.

«¿Por qué le pareció buena idea probar el vodka?».

Apartó a Pepper y miró el reloj. Mierda. A esas horas, debería estar en el despacho, pero antes tendría que pasar por casa para cambiarse de ropa. Pepper volvió a la carga, y a él, la cabeza empezó a dolerle también por la nuca.

Se tumbó otra vez con un gemido. ¿Vino y vodka? Por favor, no era la primera vez que tenía resaca, claro que no, pero aquel no era el mejor día... En realidad, no era ni la mejor semana.

—¿Te has despertado ya, Frank?

Abrió los ojos y vio a Marni entrar en el dormitorio. Estaba desnuda y se acercó a la cama como si estuviera decidida a meterse otra vez dentro. Tenía muchas lagunas de aquella noche, pero si hubiera pasado algo entre ellos, lo recordaría, ¿no? Pero no era así, lo único que recordaba era un beso largo y lento. Nada más.

Marni se sentó a los pies de la cama y lo miró de frente, mientras Francis intentaba mirar hacia cualquier parte que no fueran sus pechos. Pero fracasó rotundamente. Eran preciosos y estaban causando estragos debajo del

edredón. Abrió la boca para intentar decir algo, pero antes de que se le llegara a ocurrir nada, sonó el timbre.

—¿Quién será a estas horas? —dijo Marni. Se levantó y se acercó a la puerta, donde había colgadas un par de batas.

Francis no pudo apartar los ojos de ella, pero no porque estuviera desnuda, ni porque quisiera ver adónde iba, sino porque, cuando le dio la espalda, vio por primera vez ese tatuaje. Ya sabía que tenía una espalda de Iwao, pero no le había pedido que se la enseñara. Sus tatuajes no eran asunto suyo.

Pero ese, sí.

Lo reconoció al momento y se quedó sin aire.

Ya lo había visto antes. En el granero del asesino.

«Marni Mullins era un objetivo. Marni Mullins estaba en la lista del asesino».

El tatuaje que llevaba Marni en la espalda estaba en una de las fotografías que el ladrón de tatuajes había colgado en la pared. Era el tatuaje de la carpa koi naranja y dorada nadando entre las aguas azules y verdes de un estanque, con una *geisha* llorando y vestida con un kimono rojo escarlata y un *obi* negro. Pero ahí, acompañando los movimientos sinuosos de Marni por la habitación, era mucho más espectacular que la imagen plana que había visto en el granero.

El asesino seguía suelto y quería el tatuaje que Marni llevaba en la espalda.

—Marni...

—Voy a ver quién ha llamado y luego prepararé un café.

Francis intentó mantener la calma.

Descolgó el albornoz que había llevado puesto por la noche y fue a la planta de abajo.

Mientras se reponía, Francis echó un vistazo al dormitorio. Su ropa estaba amontonada bajo la ventana. Le martilleaba la cabeza, pero puso los pies en el suelo y se levantó de la cama con cuidado. La habitación empezó a dar vueltas y respiró hondo para recuperar el equilibrio. En cuanto pudo, se agachó junto a la pila de ropa y sacó el teléfono del bolsillo de los pantalones.

Necesitó tres intentos para acertar con la clave. Cuando lo consiguió, buscó las fotografías que había tomado en Stone Acre. Sí, no estaba confundido, el tatuaje que acababa de ver en la espalda de Marni estaba en la lista del asesino. Por eso se había desmayado ella al ver la fotografía colgada en la pared. ¿Cómo no se había dado cuenta? Qué idiota había sido. Pero ¿por

qué no le había dicho nada? Al darse cuenta de que Marni estaba en peligro, le entró pánico.

Marcó el número de Rory. Necesitaba protección las veinticuatro horas, hasta que detuvieran al asesino. No le cogió el teléfono.

No podía pensar con claridad y salió a toda prisa de la habitación, buscando las escaleras a la desesperada. Pepper empezó a ladrar y echó a correr tras él, correteando entre sus piernas y poniéndole en peligro a cada paso.

—¡Marni! ¡Marni, espera! No abras.

Bajó las escaleras de dos en dos, mientras Pepper daba volteretas bajo sus pies.

—Podría ser el asesino...

Pero ya era tarde. Tenía la mano en el cerrojo y había abierto la puerta antes de que él llegara a pronunciar la palabra «asesino».

Thierry Mullins estaba en el escalón de la entrada, con una bolsa de cruasanes y dos cafés en la mano. Miró a uno y luego a la otra, intentando asimilar que Francis solo llevara los calzoncillos puestos. Luego, miró a Marni fijamente a los ojos.

—*Qu'est-ce qu'il fait ici, lui?*

Pepper se colocó delante de Francis y empezó a gruñir con fiereza.

CAPÍTULO 41

MARNI

Marni los miró a los dos. Era como si Francis acabara de ver un fantasma. Se había quedado sin respiración y tuvo que apoyarse en la pared del recibidor. ¿Qué le pasaba? Thierry tenía cara de querer matar a alguien, pero no creía que a Francis eso le diera miedo. Antes de que nadie dijera nada, Alex, que venía por detrás y no se había dado cuenta de nada, hizo entrar a su padre en el vestíbulo y Pepper salió corriendo hacia él, moviendo la cola y jadeando.

—Hola, mamá —dijo, mientras le plantaba un beso en la mejilla.

Por Dios, por si no fuera ya bastante embarazoso, aparecía tu hijo adolescente entre tu exmarido y el hombre que acababa de pasar la noche en tu cama. Estuvo a punto de decir «No me he acostado con él», pero no le pareció adecuado.

—Hola, cariño —dijo, dándole un abrazo—. ¿Qué tal la excursión?
«¿Qué otra cosa podía decir?».

Alex se echó para atrás y la miró con cara de póquer. Luego, miró a Thierry, a Francis y otra vez a Marni.

—¿Mamá? —Con esa sola palabra, le hizo todas las preguntas que ella no quería responder.

Nadie dijo nada. Era todo muy incómodo. Más allá de lo incómodo.

Alex parecía enfadado y confundido a partes iguales.

—Venga, Pepper. Vámonos de aquí, corre.

Lanzó la mochila al suelo del recibidor y le cogió el café y los cruasanes a su padre. Babeando, Pepper lo siguió hacia la cocina.

Thierry observaba a Francis con una mirada que Marni conocía demasiado bien, con las cejas hundidas y mordiéndose el labio, para no soltar una retahíla de disparates en francés. Francis, por su parte, se había ido

metiendo en el rincón más oscuro del recibidor, pero podía ver que tenía las mejillas encendidas.

Thierry se puso muy derecho para parecer aún más alto que el policía.

—¿Así proteges a mi mujer del ladrón de tatuajes? ¿Metiéndote en su cama? ¿Eso es lo que llamáis escolta personal?

Por fin le estaban dando a probar de su propia medicina.

—Exmujer —dijo Marni—, lo que quiere decir que no es asunto tuyo con quién paso la noche.

Pero Marni se arrepintió de esas palabras en cuanto salieron de sus labios. Sabía lo irascible que era Thierry. Siempre había sido celoso y, aunque estaban divorciados, Thierry sostenía que nunca dejaría de ser su esposo porque era católico. Cuando le venía bien, claro. Oyó cómo le rechinaban los dientes, literalmente.

—También tienes que pensar en tu hijo.

Entonces, le dio un empujón para entrar en el recibidor. Eso había sido demasiado.

—¡Thierry!

Se había plantado enfrente de Francis, con los puños apretados. Francis, que iba en calzoncillos, estaba en clara desventaja psicológica, por no hablar de la desventaja física, en cuanto a peso y altura.

—Lárgate pitando de mi casa o te echo de aquí a patadas —dijo Thierry.

—Esta no es tu casa —dijo Marni, furiosa.

Le tiró del hombro, pero se la quitó de encima como si fuera una mosca.

Francis había levantado los brazos a la defensiva. Parecía sacado de un libro de reglas de boxeo del marqués de Queensberry y, nada más verlo, Marni comprendió que la pelea no iba a estar igualada. Thierry siempre jugaba sucio y odiaba a la policía casi tanto como ella.

—Déjalo ya —gritó.

—No reside en este domicilio y, como agente de policía, le ordeno que salga de aquí —dijo Francis, con la voz seca.

«Dios mío, así no va a llegar a ninguna parte».

El puño de Thierry le golpeó a Francis en el pómulo y en un lado de la nariz, y le rebotó la cabeza contra el marco de la puerta de la sala de estar. Se llevó las manos a la nariz y se quedó sentado, intentando recuperar el aliento. Marni vio horrorizada que le resbalaba sangre por entre los dedos.

—Bravo, Thierry. Acabas de agredir a un agente de policía. Vas a acabar detenido.

Thierry se estaba frotando el nudillo con la otra mano y solo respondió con un gruñido. Todo eso le sonaba y le hizo recordar por qué las cosas nunca podrían funcionar entre ellos.

—Alex —dijo Marni—. ¿Puedes traer papel de cocina?

Se arrodilló junto a Francis y le apartó con cuidado las manos de la nariz. Estaba sangrando en abundancia y la nariz había empezado a hincharse por un lado.

—No creo que esté rota —dijo, mientras cogía un puñado de pañuelos que le ofrecía Alex, que volvió a desaparecer en cuanto pudo; se los dio a Francis para que detuviera la hemorragia—. No vas a arrestarlo, ¿verdad?

—No, si sale de aquí ahora mismo —dijo Francis, con la voz abotargada por la sangre y los mocos.

—Que disfrutéis del desayuno —dijo Thierry, dando media vuelta.

—Espera, tengo que decirte algo —gritó Marni.

Pero hizo oídos sordos y avanzó hacia la puerta.

—¡Thierry, estás en la lista del asesino!

Lo dijo tan descompuesta que Thierry se quedó parado en seco.

—Pero ¿qué dices?

Francis la miró impactado, con los ojos abiertos como platos.

Estaban sentados todos juntos en el sofá. Francis seguía limpiándose sangre de la nariz y Thierry seguía tan desconcertado que fue incapaz de abrir la boca hasta que se bebió de un trago el chupito de *whisky* que le sirvió Marni.

Alex entró callado con unos cafés y, sin disimular, les ofreció las tazas a sus padres y dejó la de Francis sobre la mesa con un golpe seco. Se mascaba la tensión.

Marni apretujaba unos pañuelos de papel en la mano, esperando a que los dos hombres terminaran de asimilarlo todo.

Francis fue el primero en reponerse.

—A ver si lo he entendido. Viste una fotografía de tu tatuaje y otra del de Thierry en la pared del asesino, ¿es así?

Marni asintió, mientras se mordía el labio.

—¿Cuál es el de Thierry?

—El de la caída de Lucifer.

—Así que va a por vosotros dos. Por eso te desmayaste, ¿no?

—Sí.

—Pero ¿no se te ocurrió decírmelo? ¿Ni siquiera anoche, cuando te enseñé las fotos? —Lo dijo a trompicones, era evidente que estaba furioso—.

No puedo creer que no me dijeras nada. Hay un asesino de verdad por ahí suelto, muy de verdad. Y va a por ti.

A Marni le dio una punzada en el estómago. «¿Por qué no se lo había dicho? ¿Es que no quería admitir la verdad? ¿Acaso pensaba que se podría proteger ella sola?».

Thierry refunfuñó. Le temblaban las manos.

—Marni, ¿por qué no me lo dijiste en cuanto te enteraste? ¿Por qué no dijiste nada?

—Yo... —Marni no sabía qué decir.

—Nos podría haber matado esta noche.

«La había fastidiado».

—Por Dios, Marni, anoche estabas sola cuando llegué —siguió diciendo Francis—. ¿Y si no hubiera sido yo quien llamó a la puerta? ¿Y si hubiera sido el asesino?

—No habría abierto. Sabía que eras tú, porque me llamaste por teléfono.

—No lo soporto más —dijo Thierry, yendo hacia la cocina.

—No te muevas de aquí —gritó Francis—. Tengo que hablar con los dos. A título profesional. Necesitáis protección. Marni, prepara un poco más de café mientras me visto.

«Joder con los hombres...». Enseguida pensaban que todo era suyo. Esa era su casa y Francis no tenía derecho a darle órdenes. Necesitaba un chute de nicotina, así que encendió un cigarrillo, se levantó y salió por la puerta de atrás.

—Dime, ¿qué te traes con él? —Thierry la había seguido y se quedó apoyado en el marco de la puerta.

—No es asunto tuyo —dijo, soltando humo—. Lo único que te interesa saber es que estás en la lista del asesino. Ten cuidado, por favor.

—Gracias por preocuparte por mí, muy amable. —Había salido de la conmoción y ahora solo estaba enfadado.

—Eres el padre de Alex. No soportaría verlo sufrir si te pasara algo.

Thierry ya se había marchado cuando Francis bajó del piso de arriba. No quedó muy claro si se alivió o se molestó al darse cuenta.

—Dime su dirección y dónde trabaja. Me encargaré de que lo protejan hasta que esto termine.

—Gracias —dijo Marni y ladeó la cabeza—. ¿Para mí también? ¿Voy a tener a un policía vigilándome?

—Por supuesto.

Frunció el ceño.

—Ya tengo a Pepper. No necesito un guardaespaldas.

—No te doy a elegir.

—¿Serás tú?

—No, yo no puedo. Tengo que ocuparme del caso, no puedo estar siguiendo a una testigo.

—Entonces, ¿nada de escolta personal?

Qué fácil era tomarle el pelo. Se puso tan rojo como un tomate.

—Dime, ¿qué pasó anoche exactamente?

—Vaya, Frank, ¿no te acuerdas?

—Recuerdo que te besé. —Puso cara de haber chupado un limón.

«¿En serio? ¿Tan mal estuvo?».

—No tienes que preocuparte, no pasó nada más. Después de eso, perdiste el conocimiento y, lo creas o no, no tengo la costumbre de acostarme con policías inconscientes. Ni con ningún policía, a decir verdad.

Francis miró hacia el suelo y volvió a sonrojarse.

—Lo siento.

—No lo hagas. Seguro que estás aliviado, vi la cara que pusiste cuando Thierry pensó que nos habíamos acostado. —Se acabó el café de un trago; estaba claro que Francis se arrepentía de todo, así que estaba decidida a hacerse la dura—. Bueno, sé que tienes mucho que hacer, vamos, vete y búscame un guardaespaldas grande y fuerte.

Era una lástima que no fueran a repetirlo, porque esa noche, con Frank Sullivan dormido y roncándole bajito al oído, había sido una de las mejores que había pasado en muchos meses.

Francis recogió sus cosas y se marchó sin decir nada.

En cuanto se cerró la puerta, Marni le dio un puñetazo a la pared.

—¡Maldito seas, Francis Sullivan!

CAPÍTULO 42

RORY

Rory pasó casi toda la noche en un control de carretera en Ditchling Road. No pretendían tanto dar con el asesino como buscar a alguien que hubiera visto algo raro y advertir a la gente que vivía cerca para que estuvieran en guardia. Ya de madrugada, cuando dejaron de pasar coches, volvió a comisaría para leer los informes de las cámaras de videovigilancia y redactar la declaración que Bradshaw iba a dar a la prensa. Era complicado. Las declaraciones se le daban mejor a Sullivan, pero no había sabido nada de él desde antes de las doce. Por fin, consiguió volver a casa para darse una ducha y echar una cabezadita rápida. Ahora estaba de vuelta y más decidido que nunca a atrapar a Sam Kirby.

Miró el teléfono por enésima vez y vio que tenía una llamada perdida de Francis, sin mensaje. Habría llamado mientras estaba conduciendo. Le devolvió la llamada y la puerta de la sala de coordinación se abrió antes de oír respuesta.

—Cuelga, Rory. Estoy aquí.

Era Francis Sullivan, pero parecía otro. Llevaba el pelo revuelto, el traje hecho una pasa y la nariz hinchada y torcida. A medida que se acercaba, Rory se dio cuenta de que los ojos se le estaban empezando a amoratar.

—Dios bendito, ¿qué le ha pasado? ¿No lo habrá encontrado?

Francis se dejó caer en una silla.

—¿Y si nos tomamos un café? —No podía articular muy bien las palabras.

—Está de resaca.

Francis se echó hacia delante y apoyó la cabeza en las manos.

—Y se ha peleado.

El inspector jefe refunfuñó algo y Rory no consiguió disimular un resoplido burlón.

—¿Cómo ha quedado el otro? ¿Quién era?

—Thierry Mullins.

Solo se le ocurrió un motivo por el que Thierry Mullins le pegaría un puñetazo a Francis. ¿Quién habría dicho que Sullivan era un donjuán?

—Iré a por un café.

Cuando volvió de la cafetería, Francis se había recompuesto un poco. Tenía colgada la chaqueta del traje en la silla, llevaba la camisa con salpicaduras de agua, y el pelo, mojado. Hollins también había llegado y estaba sentado a su mesa, sin quitarle el ojo de encima a Francis.

Rory dejó los dos cafés, se sacó un peine del bolsillo y se lo ofreció.

—Gracias.

—Hollins, cierra esa boca y ponte a trabajar.

—Sí, sargento.

Rory informó a Francis de todo lo que habían hecho por la noche.

—Muy bien, lo más importante ahora es proteger a Marni Mullins. Está en la lista de objetivos del ladrón de tatuajes. —Francis señaló hacia las fotografías con tatuajes que había colgadas del tablero—. Ah, y si sobra alguien, Thierry Mullins también está en la lista.

—Me encargaré de eso —dijo Rory—. Por cierto..., ¿quiere que acusemos a Mullins por la sección 89?

Estaba intentando descubrir qué había pasado entre ellos, evidentemente.

—No.

Rory arqueó las cejas.

—No le doy a elegir.

Sullivan volvió a concentrarse en el trabajo y, en ese momento, la puerta de la sala de coordinación volvió a abrirse. Esta vez, fue Bradshaw quien apareció en el umbral.

—Al menos, espero que sepan dónde está Kirby. —Miró a Francis de arriba abajo con desdén—. ¿Y qué cojones hace usted aquí?

Rory dio un paso adelante.

—Me está ayudando en el caso —dijo—. Necesitamos a todos los hombres.

Bradshaw se enfureció.

—De hecho, señor, fue Sullivan quien identificó a Kirby y quien averiguó que vivía en la granja de Stone Acre. Quiero que vuelva al caso.

Aunque Sullivan no le importaba lo más mínimo, Rory tenía que reconocer que el jefe era listo y que sabía lo que estaba haciendo. Empezaba a sentirse mal por haberlo delatado cuando convocó la rueda de prensa.

—¿Y eso qué quiere decir ahora? ¿Que Sullivan hace mejor su trabajo que usted?

—No exactamente, señor —dijo Rory, como si estuviera sorprendido—. Pero puede ser de ayuda.

Sullivan se quedó boquiabierto, no podía creer lo que oía.

Hollins, que estaba escuchando con disimulo desde su mesa, volcó una taza de café. Eso distrajo a Bradshaw un momento, pero enseguida volvió a centrarse en Rory.

—No es lo que esperaba de usted, Mackay —dijo el comisario y miró hacia Francis—. Vale. No estoy de acuerdo, pero está otra vez en el caso.

—¿En calidad de qué? —dijo Francis.

—Es el oficial de más rango del equipo, así que está al mando. ¿Es que tengo que decirlo todo?

—No, señor. Muchas gracias.

—No me dé las gracias hasta que haya resuelto el caso. ¿Qué va a hacer ahora?

—Seguiremos preguntando a los conductores de Ditchling Road y el equipo está revisando todas las cámaras de videovigilancia de la ciudad. Hemos emitido por televisión una grabación de la noche en que asesinaron a Evan Armstrong. Se ve a un individuo encapuchado que podría ser el asesino. También hemos identificado un par de los tatuajes que había fotografiados en el granero de Kirby, son los de Thierry y Marni Mullins. Les vamos a poner protección. Burton está tratando de identificar a las personas de las demás fotografías.

—¿Hay algún vehículo registrado a su nombre?

—No tiene nada a su nombre —dijo Rory—. Está claro que tiene un vehículo, pero parece que no está matriculado y tampoco tiene seguro. Estamos comprobando las marcas de rodada que encontramos en Stone Acre, pero no parece que vayan a servirnos de mucho.

—¡Me cago en todo! Podría estar a kilómetros de aquí.

Francis no dijo nada.

—Escuche bien, Sullivan, puede que esté otra vez al mando, pero desde ahora tendrá que consultarme absolutamente todo. Necesita a alguien con experiencia al frente.

—De acuerdo, señor —dijo Francis, tan frío como el hielo—. ¿Le gustaría decirme algo?

—Hay que ser proactivos. Habría que hacer salir al asesino.

Rory tenía muy claro a qué se refería.

—¿Y cómo sugiere que lo hagamos, señor? —dijo Francis.

—Está claro, ¿no? Sabemos quiénes son dos de sus próximos objetivos. Podríamos usar a Marni Mullins como señuelo.

Francis abrió los ojos de par en par.

—No me parece buena idea, señor.

—¿No se lo parece? —dijo Bradshaw con sarcasmo.

—No, señor. Estaríamos poniendo en peligro a civiles, a Marni. No me hice policía para eso.

—No sea ridículo, Sullivan. Estará protegida. No correrá ningún peligro.

—Lo siento, señor, pero, en lo que a mí respecta, queda totalmente descartado.

Bradshaw endureció el gesto.

—No le he pedido su opinión. Está decidido.

—Entonces, tendrá que sacarme otra vez del caso, señor. No pondré a Marni Mullins en manos del asesino.

Rory estaba a punto de decir que lo mismo habría que hacer con Thierry, pero le interrumpió el teléfono. Era Hitchins.

—Ha llamado alguien que ha visto la grabación por la tele.

—Espera, pongo el manos libres.

—Ha llamado un hombre. Dice que vio a alguien que podría ser Sam Kirby; al parecer, se parecía al encapuchado.

—¿Dónde lo vio? —lo interrumpió Francis.

—En el puerto deportivo.

—Vamos para allá.

XIV

Mi cuchillo, ¡mi cuchillo! La hoja vorpalina.

Sé dónde se me cayó, pero no puedo volver a buscarlo. Ya no podré volver nunca a Stone Acre, porque me estarán esperando. De todas formas, aunque pudiera volver, tampoco lo encontraría. Ya se lo habrán llevado. Los de la científica son como hormigas, escarbando en cada centímetro de mi mundo como si fueran un enjambre, desmantelando y juzgando mi obra. Juzgándome a mí.

Estarán impresionados. Que se vayan todos al infierno.

Tengo más cuchillos, claro que sí, pero ese era especial, era mi favorito. El Coleccionista me lo trajo de un viaje a Japón. Tardaré un par de meses en conseguir un repuesto. Pero antes, necesito un sitio donde quedarme. El Coleccionista tiene una pequeña embarcación en el puerto deportivo. No tiene más que una cabina diminuta con un saco de dormir, pero me dará un par de días de respiro. Eso sí, no puede enterarse de que lo estoy usando. No creo que le gustara la idea, aunque así pueda seguir con su misión. Sigue deseando que termine la primera parte de su colección e incluso me dio a entender que quiere comenzar con el siguiente proyecto. Qué hombre tan ambicioso... Es una de las cosas que más admiro en él. Una vez me contó una historia de cuando era pequeño. Cuando iba al colegio, coleccionaba cromos de Top Trumps. La suya era la mejor colección de todas, evidentemente, pero le faltaba un cromo muy raro que daba muchos puntos. Su mejor amigo lo consiguió y él se puso furioso, así que, al salir de clase, agarró al chico por las piernas y lo colgó por la barandilla de un puente, a unos diez metros del agua, hasta que le prometió que le regalaría el cromo. El Coleccionista siempre consigue lo que quiere. Le tengo miedo y respeto a partes iguales. Debo tener cuidado al hablar con él, para que no se me escape dónde estoy durmiendo. Pero, sobre todo, tengo que terminar lo que me ha encargado.

Me moveré entre las sombras. Y volveré a matar, muy pronto. Ya noto el calor del deseo quemándome en la punta de los dedos.

CAPÍTULO 43

FRANCIS

Francis y Rory aparcaron frente al control de seguridad cuando ya empezaba a caer la tarde. Había un guardia de uniforme junto a la puerta de entrada y se acercó para saludarlos en cuanto salieron del coche.

—¿Son de la policía? —dijo.

Francis asintió.

—Soy Alan Chapman. Yo les llamé.

Francis rodeó el coche para subir a la acera.

—Cuéntenos qué vio y por qué cree que podría ser el ladrón de tatuajes.

—Se lo mostraré —dijo Alan.

Les fue contando todos los detalles mientras recorrían juntos el paseo, entre filas y filas de embarcaderos.

—Vi por la tele que buscaban testigos y luego pusieron las imágenes del vídeo. Por el puerto pasa mucha gente, así que siempre estoy atento a ese tipo de noticias, aunque la verdad es que no pensaba que su hombre fuera a estar por aquí.

Giró a la izquierda para salir del paseo y los condujo por un embarcadero muy ancho y de dos pisos. De la estructura principal salían pasarelas de madera más estrechas, llenas de embarcaciones de todos los tamaños. Hacia el centro del nivel superior había varios edificios de dos plantas de chapa, pintados de amarillo y blanco.

—¿Qué es eso? —preguntó Rory.

—Duchas, servicios y lavandería —respondió Chapman.

—¿Qué vio y dónde? —dijo Francis.

—Estaba aquí abajo —dijo, señalando hacia una de las pasarelas—. Estoy seguro de que era esa, porque recuerdo el barco del fondo, ese grande de ahí, que está atracado permanentemente. Estaba mirando hacia la costa cuando vi

a una figura con capucha y ropa oscura. Iba casi corriendo por el embarcadero.

—¿Por qué se fijó? ¿Qué le resultó sospechoso?

—Algo en su manera de moverse. Se bamboleaba de una forma que me recordó al hombre de la grabación. Y la ropa también era parecida a la de su descripción. Miró un par de veces alrededor, como si le preocupara que lo siguiera alguien o no quisiera que lo vieran.

—¿Se metió en alguna embarcación? —dijo Francis.

Chapman se encogió de hombros.

—Dejé de mirar, un barco estaba atracando por el otro lado y empezaron a armar bastante jaleo. Cuando volví a mirar hacia allí, el hombre había desaparecido. Podría haberse metido en uno de los barcos, aunque quizá volviera a tierra.

Rory se frotó el mentón.

—Aún no tengo claro por qué cree que podría ser el asesino. Mucha gente lleva capucha.

—Llevo muchos años trabajando en seguridad y se desarrolla un sexto sentido. Ese hombre estaba intranquilo. Cuando regresé al control, volví a ver la grabación de la cámara de vigilancia que había salido por la tele, la del encapuchado de New Road. Como les he dicho, los andares y la ropa eran parecidos y, sobre todo, transmitía esa sensación... Miren, podría equivocarme, pero no estaría de más comprobarlo.

Bajaron hasta el final del muelle y luego volvieron sobre sus pasos, pero todo estaba en silencio, no parecía que hubiera nadie en ningún barco.

—Gracias por el aviso —dijo Francis y se volvió hacia Rory—. Que venga el equipo. Vamos a comprobar todos los barcos de este embarcadero y de los dos de al lado. A ver si alguien coincide con nuestra descripción.

Volvieron al puesto de seguridad.

—¿Podría darnos los nombres y las direcciones de los propietarios de todas las embarcaciones que hay atracadas? —le preguntó Francis a Chapman.

—Por supuesto.

—¿Tienen cámaras de vigilancia en todos los muelles?

—En todos, no. Tenemos una cámara en la entrada del puerto, un par en el paseo y algunas en el aparcamiento.

—¿Podríamos verlas?

Un par de horas examinando grabaciones y todo el trabajo de Hollins y Hitchins hablando con dueños de embarcaciones e inspeccionando barcos no

sirvieron absolutamente de nada.

Francis no dudaba de la palabra de Chapman. De hecho, estaba seguro de que Chapman había visto exactamente lo que decía, pero no había ni rastro de la figura encapuchada, así que no podían sacar conclusiones. Francis dejó a Rory en John Street y dio media vuelta. Quería ver si había una unidad aparcada en casa de Marni.

Al llegar, le alegró ver un coche patrulla. Intercambió unas palabras con los agentes, que no habían visto nada raro. Cuando volvía hacia el coche, Marni abrió la puerta.

—¿Frank?

Se acercó hacia ella.

—Te he visto hablar con ellos —dijo Marni sin preámbulos y Francis subió al primero de los tres peldaños de la entrada—. Diles que se vayan, me siguen a todas partes. No es bueno para mi salud mental.

—¿Estás de broma? Están aquí para salvarte la vida. Pensé que te sentirías más segura. —Puso un pie en el segundo escalón, preguntándose si lo invitaría a pasar.

—Sé cuidarme sola.

—Seguro que Evan Armstrong pensaba lo mismo. Medía casi dos metros. Marni suspiró.

—Les he pedido que me dejen en paz y no me han hecho caso.

—Ya me lo han contado, pero están a mis órdenes, no a las tuyas.

—¿Y yo no tengo ni voz ni voto?

—No. —Volvió a la acera.

Marni frunció el ceño.

—Me lo agradecerás cuando atrapen al asesino que quiere quitarte ese tatuaje tan bonito que tienes en la espalda, pero, por ahora, no sabemos dónde está. Nos llaman para decir que lo han visto por todo Brighton, un hombre creyó que estaba en el puerto deportivo y una hora después llamaron para decir que iba paseando por Shoreham. Hasta que lo tengamos metido en una celda, vas a estar con protección.

—Tengo un perro guardián y he dado clases de defensa personal.

—Pepper no podría hacer mucho contra un hombre armado con un cuchillo. Y no creo que unas clases de defensa personal sirvieran de mucho más.

Marni lo fulminó con la mirada y se mordió el labio. Tuvo la intención de cerrar la puerta, pero cambió de opinión.

—Di clases de defensa personal porque estaba en peligro, no lo hice para pasar el rato, como quien va a dar una clase de aeróbic. Mi profesor había estado en el ejército israelí, el *krav mangá* es su método de defensa personal.

—No sé qué decir.

—No me quedó otra. Un hombre iba a por mí y la amenaza era muy real.

—¿Al que apuñalaste?

Asintió, estaba pálida y en tensión.

—¿Qué pasó? —preguntó con dulzura.

—No hay mucho que contar —dijo Marni, sacudiendo la cabeza—. Se obsesionó conmigo.

—¿Y dónde está ahora?

—En la cárcel, por algo que no tiene que ver conmigo.

—¿Quién era?

—El hermano gemelo de Thierry. Él me violó y yo lo apuñalé. —Tenía la mirada determinada e implacable—. Y ahora, por favor, diles a tus hombres que se vayan.

CAPÍTULO 44

MARNI

Un hombre sin rostro llevaba a Luke, el hijo que había perdido, colgado del brazo y, en la otra mano, sujetaba un cuchillo de hoja larga y curva que reflejaba destellos de una luz cegadora. Estaba corriendo. A veces, Marni lo perseguía a él, y otras, era ella quien huía. Alex le hacía señas a lo lejos, pero, por muy rápido que corriera, no conseguía acercarse a él.

Se despertó empapada en sudor y cruzó la habitación para abrir la ventana. El coche patrulla seguía aparcado en la calle y vio que el conductor estaba bebiendo café de un vaso de plástico.

A ella también le vendría bien un café. Miró la hora en el radiodespertador de la mesita de noche. La esperaban en el estudio en media hora. Tenía muchas citas y había que ganar dinero. Café y una ducha.

Cuarenta minutos después, dio unos golpecitos en la ventanilla del coche.

—Podrías llevarme al trabajo —dijo, cuando el agente bajó la ventanilla de mala gana—. Vas a tener que ir hasta allá de todas formas y yo llego tarde al trabajo.

—Adentro —dijo, sin molestarse en sonreír.

Era comprensible, ¿qué vida era esa? Se pasaba ocho horas al día metido en un coche, observando a otra gente hacer sus cosas.

Cuando llegó, ya la estaban esperando y no paró de trabajar en todo el día, aunque un cliente faltó a su cita. Le gustó volver al trabajo, las últimas semanas habían sido un caos e incluso tuvo que cambiar el día a algunos clientes para atender a la policía. Con suerte, atraparían a ese cabrón pronto y todo volvería a la normalidad, recuperaría su vida tranquila y aburrida. Justo como le gustaba.

Por la tarde, iba a pasarse Steve para terminar el tatuaje del tigre en el que había estado trabajando en la convención. Cuando estuviera acabado quedaría

espectacular, con el tigre resaltando en color naranja sobre un fondo de crisantemos en magenta y la sangre goteando de dientes y garras.

Steve llegó pronto y ya llevaba esperando veinte minutos cuando terminó la cita anterior. Se subió a toda prisa a la camilla, estaba ansioso.

—¿Crees que podrás terminarlo hoy? —preguntó.

—Puede ser —dijo Marni, encogiéndose de hombros. Examinó lo que llevaba hecho—. Nos quedarán cuatro o cinco horas, así que depende de lo que aguantes.

La primera hora de trabajo, Marni desconectó por completo. Steve empezó a contarle todo lo que hacían en su empresa, algo sobre programación y tecnología de última generación. La verdad era que Marni no entendía nada ni le interesaba lo más mínimo. Steve hablaba y hablaba sin cesar, apenas paraba para coger aire, y luego seguía hablando. Por lo que Marni podía entender, se empeñaba en explicarle que su empresa era mucho mejor que todas las de la competencia. Ella se concentró en el dibujo, se sumergió en él por completo y el estrés de los últimos días empezó a desvanecerse.

—¿Cómo vas tú, Marni? ¿Cómo está Alex? —dijo Steve, irrumpiendo en sus pensamientos. Ojalá no se hubiera dado cuenta de que llevaba un buen rato sin escucharlo.

—Está bien. Acaba de terminar los exámenes finales, así que lleva no sé cuántos días de fiesta.

—Está en una edad fantástica, qué envidia. ¿Qué va a hacer ahora?

—Espero que ir a la universidad. Quiere estudiar Geografía.

—¿Geografía? No tiene muchas salidas. Si quieres hablo con él y lo animo a estudiar programación.

—Claro —dijo Marni, intentando concentrarse en el trabajo.

—¿Y tú? ¿Qué se sabe del asesino de los tatuajes?

La mano le tembló un poco y Steve hizo un gesto de dolor. En ese mismo instante, oyeron batir la tapa del buzón y Pepper salió corriendo hacia la tienda, sin parar de ladrar.

—Un momento, Steve. Si no cojo el correo, se lo comerá Pepper.

—Sin problema.

La verdad era que no le preocupaba el correo, pero fue la excusa perfecta para no hablar con él sobre los asesinatos.

Solo había una carta y Pepper estaba echado en el suelo y estirando la pata para intentar cogerla.

—Déjala, Pepper. No es para ti —dijo, mientras se agachaba para recogerla.

Al ver el matasellos francés, tuvo que apoyarse en el mostrador para no caer al suelo. Luego, reconoció la letra de la dirección, se estremeció de miedo y se le cortó la respiración.

Era otra carta de Paul.

No pudo leerla. Apenas era capaz de tocar el sobre. Pero miró el matasellos, la habían enviado en Marsella. Sabía que Paul estaba allí en la prisión. Se preguntó cómo habría conseguido sacarla de la cárcel y quién la habría mandado. Seguramente, habría sobornado a algún guardia. No podía respirar, pero trató de ponerse a contar, en un esfuerzo por tranquilizarse. Dejó la carta bocabajo sobre el mostrador y cerró los ojos.

«¿Qué quería? ¿Por qué no la dejaba en paz?».

Estaba mareada, así que abrió los ojos y se puso a mirar fijamente un punto negro del suelo.

—¿Estás bien?

¡Mierda! Se había olvidado de Steve.

—Sí, sí, estoy bien. Voy en un momento.

Fue al estudio y metió la carta en el bolso. Bebió agua fría y se recuperó un poco. Todo estuvo mejor en cuanto volvió a concentrarse en el trabajo.

—Oye, Steve, no creo que podamos terminarlo hoy. Lo siento de veras, pero estoy agotada. No voy a poder con una sesión tan larga. Te reservaré una cita para dentro de un par de semanas, ¿te parece?

Steve pareció decepcionado.

—¿En serio, Marni? —Se miró el brazo—. Ya está casi terminado. ¿No puedes acabarlo hoy? Te pagaré más.

—No es cuestión de dinero. Es que estoy tan cansada que si sigo trabajando, no lo haré bien. —Cansada y estresada. Y tenía que comer algo, le había bajado el azúcar.

—Entonces, descansa un poco. Toma un café y le damos el último empujón. Me lo querría llevar terminado.

—¿Por qué?

—Se lo quiero enseñar a alguien.

Marni podía entenderlo. Cuando alguien se hace un tatuaje, quiere tenerlo listo lo antes posible. Marni estaba exhausta, pero no le gustaba defraudar a sus clientes.

—Vale, ¿te apetece un café a ti también?

No le apetecía hacer eso en absoluto, pero al menos un café lo haría más llevadero.

—Claro. Gracias, Marni. Te estás portando como una jabata.

XV

Le han puesto protección, hay un coche de la policía parado en la puerta del estudio. Así es más fácil saber dónde está. Ayer, estuvo tomando copas con unos amigos; después, la escoltaron a casa y han pasado toda la noche aparcados enfrente. También la han seguido discretamente cuando ha ido a recoger a su hijo a la pista deportiva del instituto. Aun así, todo sería más fácil sin esa presencia constante.

El Coleccionista acaba de darme el visto bueno. Me llamó para decirme que quiere seguir adelante con la cosecha. Está buscándome otro sitio para que pueda volver a curtir cuanto antes. Estaba mucho más tranquilo que la vez anterior, solo habló de negocios, sin echarme nada en cara. Tenemos que conseguir más tatuajes para sustituir las pieles que nos ha quitado la policía, así que tengo una lista nueva. La primera es Marni Mullins. El Coleccionista me había dicho que esperase antes de ir a por ella, pero ahora dice que es el objetivo número uno. A juzgar por las fotografías, su tatuaje es una auténtica belleza.

Cuando encontraron su fotografía en Stone Acre, les parecería oportuno ponerle protección. Es lógico. Pero los policías se quedan fuera del estudio y ella está dentro. Están a unos diez metros de la tienda, vigilando una puerta cerrada. Los observo mientras decido qué hacer con ellos; ¿los evito o los mato antes que a ella?

Hay que sopesar los riesgos, teniendo en cuenta la recompensa. El Coleccionista le ha puesto un precio alto al tatuaje de espalda de Marni Mullins. Pero no es cuestión de dinero. Le he decepcionado. La policía me está siguiendo los pasos y hemos tenido que posponer la fecha para finalizar nuestra tarea. Tengo que demostrarle que soy capaz de hacerlo, que estoy a la altura de mi cometido.

Es tarde para que Mullins siga trabajando. Puedo verla desde el callejón de la parte de atrás. Está dibujando y diseñando tatuajes nuevos para sus clientes. Sola en la trastienda, mientras sus escoltas beben café y fuman cigarrillos en la acera de enfrente.

No se enterarán de nada. En un par de horas, estarán aburridos y amodorrados. Si la chica sigue trabajando, podría hacerlo esta misma noche. ¿Cuánto se resistirá? ¿Cuánto sangrará?

CAPÍTULO 45

MARNI

El día se había alargado mucho con el tatuaje de Steve y Marni estaba deseando volver directa a casa y darse un baño bien caliente, pero sabía que le iba a costar conciliar el sueño. Estaba inquieta y tenía un nudo en el estómago que no iba a deshacerse fácilmente, así que decidió ir a casa para cenar algo con Alex y luego volver al estudio para seguir trabajando en unos diseños. Era la única forma de estar tranquila. Además, iba siendo hora de adelantar trabajo.

Pasó una hora tratando de concentrarse en el dibujo que tenía delante y de olvidar la oscuridad que se colaba por todos los rincones. Estaba sola, iluminada por una única lámpara y de espaldas a la ventana. Llevaba puesta una camiseta atada al cuello y la espalda abierta, que dejaba al descubierto la parte de arriba de su tatuaje. Cualquiera que pasara por el pequeño callejón de atrás podría verlo. La había elegido a propósito, aunque a esas horas de la noche refrescaba un poco.

Frank Sullivan no tenía ningún derecho a decirle lo que podía y no podía hacer. En cierta forma, se sentía obligada a tratar, por todos los medios, de hacer salir al asesino. Ya había sido la víctima demasiadas veces. Las cartas de Paul que tenía sin abrir sobre la cómoda lo dejaban claro. Ahora, iba a tomar ella las riendas. No iba a permitir que Paul la asustara y no iba a dejarse amedrentar por el ladrón de tatuajes. Que ese cerdo fuera a por ella. No la cogería desprevenida.

Pero ¿y si lo conocía? Había algo doloroso en el fondo de su mente. Por mucho que necesitara saber quién era el ladrón de tatuajes, le aterrorizaba lo que pudiera descubrir.

El dibujo. Se estaba distraendo y tenía que concentrarse. Una clienta nueva le había pedido una manga japonesa con las flores favoritas de su

madre y, como siempre que le hacían un encargo, lo importante era interpretar los deseos del cliente, sin imponer sus gustos personales. Dibujó un estallido de peonías marchitas y se las imaginó con magentas y rosas intensos, enmarcado todo por hojas de color verde esmeralda. Añadió una bandada de mariposas en la parte superior y escondió una pequeña rana, asomando por entre los pétalos. Cuando levantó la mirada, vio que había pasado ya un buen rato.

Entonces, volvió a pensar en el caso y en las cartas llegadas de Francia, y estuvo a punto de que se le cayera el lápiz. Se sintió vulnerable.

Dejó las peonías a un lado y empezó a dibujar en una hoja en blanco. Si le iba a costar concentrarse, al menos se daría libertad. Trazó unas líneas curvas y sinuosas que atravesaban toda la página y luego las observó con los ojos entrecerrados, para ver qué le sugerían.

«La pasada de un cuchillo sobre una piel tatuada. Un torrente escarlata tras ella».

Abrió los ojos del todo y apartó la vista de la página.

Pepper gruñó debajo de la mesa y se agachó para rascarle detrás de las orejas. No iba a pasar nada. No había nadie acechando entre las sombras.

Le dio la vuelta al papel y esa vez lo que vio fue la forma de una ola al estilo de Hokusai. Volvió a coger el lápiz y empezó a dibujar, ahora con un objetivo y reprimiendo la angustia. Una hora después, la pila de dibujos no había dejado de crecer. Salió a fumar con Pepper. Luego, se inyectó la insulina, preparó un poco de café y volvió al diseño de las flores que había abandonado antes. Era casi la una de la mañana y Pepper estaba gruñendo para que volviera a casa, pero había empezado a coger el ritmo.

Se oyó un ruido sordo en la puerta de atrás y se le aceleró el pulso. Se le puso la piel de gallina.

—¿Hay alguien? —llamó, mientras echaba la silla para atrás y se levantaba con cuidado.

Pepper gruñó y salió deprisa de la mesa. La puerta del estudio se abrió de un golpe y una figura totalmente vestida de negro se abalanzó sobre ella. Marni vio acercarse un relámpago de plata. Se le agarrotaron los músculos. No podía respirar ni pensar. Todo iba sucediendo como a cámara lenta.

El asaltante sujetaba un cuchillo en la mano derecha, y en la izquierda, un pañuelo. Tenía la cara tapada con un pasamontañas. Sin pensar en nada, Marni se puso en posición defensiva: «golpes cortos, secos, repetitivos». El mantra acudió a su cabeza en cuanto levantó los brazos para repeler al hombre.

Pepper fue el primero en atacar. Saltó hacia delante para defender a su dueña, ladrando con fiereza antes de cerrar la mandíbula en la pierna del hombre. Marni aprovechó la sorpresa inicial para intentar darle una patada en la otra pierna, pero no estaba lo bastante cerca. El hombre hundió el cuchillo en el lomo de Pepper, justo entre las escápulas. El perro soltó la pierna aullando de dolor y giró la cabeza justo cuando el asaltante extrajo el cuchillo, lo que hizo que el corte se abriera aún más y que la sangre empezara a correrle a borbotones sobre el pelo blanco. Pepper cayó al suelo con golpe seco, gimiendo cada vez que sacaba el aire.

—¡Cabrón! —gritó Marni.

El hombre se lanzó hacia ella blandiendo el cuchillo y Marni sintió un corte en el brazo. Se giró para evitar más golpes, al tiempo que daba un paso hacia atrás, intentando recordar las técnicas de defensa personal que le habían enseñado.

Sabía qué tenía que hacer. Dio unos palmetazos secos y fuertes contra el brazo que estaba sujetando el cuchillo, para distraerlo, y al mismo tiempo le dio otra patada. Pero el hombre no cayó al suelo, sino que se echó para atrás y estiró el brazo con el que sujetaba el pañuelo. Entonces tiró el cuchillo, se echó hacia un lado, agarró a Marni por el cuello y le acercó el pañuelo a la cara. Aunque estaba apretujado, bastaría para cubrirle la boca y la nariz. Trató de forcejear con él, pero era más fuerte que ella y le sacaba casi una cabeza.

«Por Dios, ¿dónde está la policía cuando te hace falta?».

Notó un fuerte olor a gasolina. Tenía la tela pegada con fuerza a la cara y sabía que, si cogía aire, caería inconsciente. Podía aguantar sin respirar un minuto, puede que minuto y medio. Aunque sería menos si estaba forcejeando, así que relajó el cuerpo y se dejó caer sobre el hombre con todo su peso, obligándole a dar unos pasos para atrás. Marni podía sentir dónde estaban los pies de él y le pisó con fuerza sobre el pie derecho.

Dio un grito y, en esa fracción de segundo, Marni consiguió zafarse del brazo que la tenía cogida por el cuello. Se volvió hacia él y se enzarzaron. Pudo oler los restos de cloroformo que llevaba en la cara y eso la puso furiosa. No iba a permitirlo. Le clavó una rodilla en la entrepierna, pero no sirvió para que la soltara.

Pepper gruñó e intentó moverse, y eso hizo que Marni mirara hacia donde estaba. Alrededor del perro había un charco de sangre que parecía negra en la penumbra. Aprovechando esa distracción, el hombre le dio una patada en las piernas y cayó desplomada al suelo. Un segundo después, estaba sentado a horcajadas encima de ella, otra vez con el pañuelo en la mano.

—¿Por qué? —dijo con la voz entrecortada, ahogada bajo su peso—. ¿Por qué te los llevas?

Aunque tenía la cara cubierta por el pasamontañas, inclinó la cabeza y giró la cara, para que Marni no pudiera verla.

—¡Hijo de perra! —La rabia le daba fuerzas para seguir luchando. Forcejeaba a la desesperada debajo de él, sacudiendo la cabeza de lado a lado, para evitar el cloroformo. No iba a pasarle eso a ella. No iba a morir ahí. No iba a morir aquella noche.

Pero el hombre estaba ganando. Le golpeó en un lado de la cabeza y la habitación empezó a dar vueltas. Intentó coger aire, mientras todo se nublaba y veía su mano intentando taponarle la cara con el pañuelo.

—¡Nooooo! ¡Nooooo!

Gritó todo lo fuerte que pudo, convirtiendo las palabras en un chillido de espanto.

Buscó desesperadamente una forma de escapar, pero tenía los brazos inmovilizados bajo el cuerpo de él. Podía sacudir las piernas, pero no llegaba a golpearlo. Se movía y retorció, pero no servía de nada.

El pasamontañas tenía dos agujeros para los ojos y otro más grande para la boca. Estaba sonriendo y se acercó a ella, mirándola fijamente. Disfrutaba con su miedo. Lo vio en sus ojos y en su forma de sonreír. Ya había visto esa mirada en otras caras crueles y débiles.

«Eso no iba a ser lo último que viera».

Respiró hondo, cogió tanto aire que se le llenaron los pulmones y cerró la boca con fuerza cuando el pañuelo le cubrió la cara. Entonces, reuniendo todas sus fuerzas, levantó la cabeza y le golpeó en la nariz con la frente. Se escuchó un crujido y el hombre echó la cabeza hacia atrás. El golpe le dolía horrores, pero, por su forma de gritar, estaba claro que a él le había hecho más daño.

El pañuelo se cayó al suelo y el hombre se llevó las manos a la nariz. Ya podía respirar otra vez. Notó que se movía y aprovechó esa distracción para liberar los brazos. Giró sobre la espalda y consiguió hacerle perder el equilibrio y tirarlo al suelo.

Aunque su primer instinto fue ponerse de pie y salir corriendo, sabía que eso sería lo último que haría. No iba a tardar ni un segundo en derribarla otra vez, así que se subió encima de él a horcajadas, le agarró por los brazos y lo puso bocabajo.

Estaban los dos jadeando y se dio cuenta de que, en cuanto su asaltante recuperara el aliento, intentaría liberarse con todas sus fuerzas, que serían

muchas. Tenía que dejarlo fuera de combate cuanto antes, así que agarró el pasamontañas por detrás y le golpeó la cara contra el suelo. Los gritos quedaban sofocados por las tablas del suelo. Repitió el gesto y, luego, tres veces más para asegurarse.

Ya no le importaba nada. Había entrado en modo de supervivencia y su dolor no significaba nada.

Su rival cada vez forcejeaba con menos fuerzas, pero no llegaba a rendirse. Marni miró alrededor, intentando decidir qué podía hacer, estaba desesperada. Vio algo brillando bajo la mesa. Su cuchillo. Intentó respirar más despacio para bajar las pulsaciones, preguntándose si podría cogerlo sin soltarlo del todo.

«Y cuando lo cogiera, ¿qué? ¿Iba a apuñalarlo?».

Se oyó algo en la parte delantera de la tienda y entraron corriendo los dos escoltas. Cogieron enseguida al hombre y la ayudaron a levantarse. Mientras lo esposaban, Marni se lanzó hacia Pepper, que estaba completamente inmóvil sobre su propia sangre.

—No, por favor... Vamos, Pepper... Venga, pequeño. No te mueras.

Lo acercó hacia ella y le cogió la cabeza entre las manos. El pecho se le movía con una respiración errática y poco profunda.

—¡Llame a un veterinario! ¡Por favor! —le gritó a un policía.

—Enseguida.

Una vez neutralizado el agresor, los agentes pidieron refuerzos.

Marni cerró los ojos. No podría soportar perder a Pepper. Lo meció entre sus brazos. Se le iba a salir el corazón del pecho y temblaba por la adrenalina. En cuestión de minutos, la tienda se llenó de policías.

—¿Marni? —Era Francis—. ¿Qué ha pasado aquí? Estás sangrando.

—Estoy bien —dijo con la voz temblorosa, sin preocuparse de mirar la herida—. ¿Es él? ¿Ya tenéis al ladrón de tatuajes?

Uno de los policías de uniforme obligó al asaltante a levantarse. Francis se acercó a él. Era mucho más alto y corpulento que Francis. Mediría más de uno ochenta.

—¿Sam Kirby?

No respondió. Francis alargó el brazo y cogió el borde del pasamontañas. Al quitárselo, se quedó sin respiración.

Todos se quedaron sin respiración.

El ladrón de tatuajes era una mujer.

CAPÍTULO 46

FRANCIS

Sam Kirby. «Samantha». La ladrona de tatuajes. Porque era una mujer. Francis no podía dejar de darle vueltas. En todo ese tiempo, desde que Marni encontrara el cadáver de Evan Armstrong, no se le había pasado ni una sola vez por la cabeza que el asesino no fuera un hombre. Por supuesto que no, los asesinatos habían necesitado de una gran fortaleza física. Los cadáveres son peso muerto; pero no solo eso, la asesina había dominado sin problema a las víctimas, las había mutilado y desollado, y luego se había deshecho de los cuerpos. Si alguien hubiera sugerido en algún momento que podría tratarse de una mujer, todo el departamento se habría echado a reír.

Por supuesto, al ver a Sam Kirby se explicaban las cosas. Era alta, fornida y musculosa. Desde luego, fuerza no le faltaba, pero ¿no era rara tanta agresividad en una mujer? Eran contados los casos de asesinas en serie y en todos ellos lo habitual era que utilizaran veneno o que asesinaran a niños o a ancianos. No recordaba ni a una sola asesina que hubiera asaltado y asesinado a hombres como Sam Kirby.

Pero no solo pensaba en eso. Marni Mullins había hecho justamente lo que le había dicho que no hiciera, y eso bastaba para ponerlo furioso. ¿Cómo podía haberse puesto en peligro sin decirle nada? ¿Cómo se le había ocurrido? Había hecho una locura y Francis tuvo que hacer un gran esfuerzo para contenerse y no agarrarla por los hombros y empezar a sacudirla.

—¿Y si lo hubiera conseguido? —le gritó, al poco de quitarle el pasamontañas, en medio de la confusión—. Esto sería ahora la escena del crimen y yo estaría mirando tu espalda desollada y cubierta de sangre.

Más tarde, Francis tuvo miedo al recordar esa reacción y darse cuenta de lo profundos que eran realmente sus sentimientos. Le resultaba insoportable imaginar lo que hubiera pasado si Marni hubiera sido la siguiente víctima.

Gracias a Dios, la escolta había oído los gritos. Era cierto que Marni tenía controlada la situación cuando llegaron, pero las tornas podían haberse vuelto en cualquier momento.

De camino al despacho de Bradshaw, Francis seguía alterado. Al menos, no había ninguna duda de que la mujer que habían arrestado esa noche era la ladrona de tatuajes. Había irrumpido en el estudio de Marni armada con un cuchillo y en la puerta de atrás encontraron un estuche con un juego de cuchillos, bolsas de plástico y *filmtransparente*. En un bolsillo llevaba una caja de pastillas con prescripción médica: betabloqueantes a nombre de Sam Kirby. Además, cuando le quitaron los guantes de látex que llevaba puestos, aparecieron unos tatuajes con corazones ensangrentados que le cubrían los dorsos y eso les permitió relacionarla con la agresión a Dan Carter. Rose Lewis estaba ya trabajando para vincular las pruebas recogidas por la noche con las de la granja y las de las escenas de los crímenes anteriores.

Francis llamó a la puerta de Bradshaw y entró al despacho.

—¿Dónde está Mackay? —dijo Bradshaw, sin darle apenas tiempo a pasar por la puerta.

—Enseguida viene. Ha ido a comprobar que los papeles de la detención están bien.

Bradshaw asintió, dando su visto bueno.

—Buen trabajo, Sullivan. No tenía ninguna duda de que iba a atrapar al asesino. Ya ve, yo tenía razón en lo de usar un señuelo. El asesino acabó saliendo. Bien hecho.

—Gracias, señor. —Francis forzó una sonrisa de buena educación y se sentó en una silla frente a la mesa de Bradshaw—. Aunque, en realidad, el mérito es de Marni Mullins; cuando llegamos nosotros, ya estaba todo hecho. La verdad es que, si lo hubiera consultado conmigo, no lo habría autorizado.

Bradshaw arqueó las cejas al oír aquello, como esperando que añadiera algo más, pero Francis no iba a decirle lo furioso que estaba con Marni.

—Pero ¿está seguro de que esa mujer es la asesina? No lo veo del todo claro. ¿Cree que podría tener un cómplice?

—Por el momento, las pruebas son contundentes: es la persona que buscábamos —dijo Francis—. De todas formas, los análisis forenses lo confirmarán hoy mismo.

—¿Y lo del cómplice? ¿Tienen alguna idea?

—Hasta ahora, no hemos encontrado nada que sugiera que lo tenga.

—¿Una mujer actuando en solitario? Para estos asesinatos, habrá necesitado mucha fuerza.

—Señor, es una mujer fuerte. Es alta, corpulenta y muy musculosa. Es como una levantadora de peso.

—Umm... —Bradshaw no parecía convencido—. Ni las grabaciones de vídeo ni las declaraciones de los testigos del asalto frustrado apuntaban a que fuera una mujer.

—Como le digo, tiene una complexión masculina. Las imágenes de las cámaras de vigilancia tienen mucho grano, y en cuanto a los testigos..., todos partían del supuesto de que era un hombre y la imaginación siempre hace el resto. —Francis se encogió de hombros—. Estoy seguro de que es ella, señor.

Rory había entrado en el despacho mientras hablaban y, después de saludar a cada uno con un leve gesto, se sentó en la silla que seguía vacía.

—¿Todo bien? —preguntó Bradshaw.

—Como la seda —dijo Rory—. La van a llevar a una sala de interrogatorios en cuanto le limpien un poco la cara.

—¿Necesita atención médica?

—Ya la ha visto el médico de guardia. Tiene la nariz rota, pero por ahora va a tener que apañarse con una bolsa de hielo. Evaluarán el daño en unos días, cuando se le haya bajado la inflamación. Le han dado analgésicos.

—Muy bien, deberíamos ir para abajo. Sullivan, usted manda. Rory, acompáñelo. Los estaré observando, para que no la fastidien. Hay que conseguir una condena y si hacen cualquier cosa que pueda poner en peligro el caso... —Se interrumpió. Todos sabían qué es lo que haría, no necesitaba decirlo.

Francis se levantó y Rory salió con él del despacho.

—El comisario cree que podría tener un cómplice —dijo Francis mientras bajaban por las escaleras, de dos en dos.

—Yo no lo tengo tan claro —dijo Rory.

—Yo tampoco. Parece fuerte. No creo que tuviera problemas para mover los cuerpos sin ayuda.

Cuando llegaron, Sam Kirby estaba ya en la sala de interrogatorios, con las manos esposadas y sujetando una bolsa de hielo contra la nariz. Tenía el pelo lleno de canas y recogido en un revoltijo. Se había cambiado de ropa y ya no llevaba la suya, que iba empapada de sangre, sino un mono de color gris que parecía un saco. Estaba sentada como un hombre, con las piernas abiertas, y respiraba por la boca, haciendo ruido.

—¿Le podemos quitar las esposas? —le preguntó Francis al sargento que hacía guardia en la puerta.

El sargento entró en la habitación y le abrió las esposas. Francis se fijó en que Kirby no le facilitó el trabajo, aunque era por su propia comodidad. Luego, se frotó las muñecas y miró a Francis y a Rory fijamente, con unos ojos rojos y vidriosos. Habían comenzado a aparecerle unas sombras amoratadas en los párpados.

Rory puso en marcha la grabadora y empezó a decir la fecha, la hora y los nombres de las personas presentes en la habitación. Le leyó a Kirby sus derechos y ella se limitó a observarlo todo, impávida.

—¿Puede confirmar que usted es Sam, o Samantha, Kirby? —dijo Francis.

En cuanto se dirigió a ella, Kirby pasó a mirar una esquina del techo. Francis repitió la pregunta, aunque intuyó que no iba a responderle.

—Señorita Kirby —dijo, y ella dibujó una sonrisa de burla—, estamos investigando su ataque a Marni Mullins de esta madrugada. También estamos investigando varios asesinatos y un intento de asesinato ocurridos en Brighton en las últimas semanas. Sería de gran ayuda si colaborase en el interrogatorio.

Llevaba la boca magullada y esa media sonrisa suya más parecía una mueca, pero era el único gesto que daba a entender que era consciente de su presencia.

—¿Puede demostrar dónde estuvo en las siguientes fechas? Domingo veintiocho de mayo, entre las doce de la noche y las cinco de la mañana. Martes...

—Esto no se acaba hasta que termina —lo interrumpió con la voz crispada, alta y cortante.

Francis le miró los dedos, tenía manchas de nicotina.

—¿Qué quiere decir con eso?

No respondió, pero siguió su mirada. Se frotó otra vez las muñecas (eran gruesas y las esposas debían de haberle hecho daño). Luego, volvió a mirar hacia el techo.

—¿Quiere decir que los asesinatos no han terminado? —preguntó Francis—. Sabemos que tenía más objetivos, encontramos las fotografías en el granero. Pero ahora no podrá matarlos, ¿no es cierto?

—Esto no se acaba hasta que termina. Esto no se acaba hasta que termina.

Francis se frotó los ojos con los dedos pulgar e índice.

Rory abrió una carpeta que había sobre la mesa. Le enseñó a la mujer una fotografía de Evan Armstrong, la que les habían dado sus padres y donde salía presumiendo de tatuaje nuevo.

—¿Reconoce a este hombre? —le preguntó.

Kirby ni siquiera miró la fotografía.

—Esto no se acaba hasta que termina.

Rory miró a Francis.

Llamaron a la puerta y entró el sargento.

—¿Puede salir un momento?

En el pasillo, el sargento le presentó a Francis a un hombre muy elegante con un maletín de los caros. Se estaba quedando calvo y tenía unos ojos pequeños y brillantes con los que examinaba a Francis y todo lo que había alrededor.

—Es el señor Elphick —dijo el sargento.

Francis arqueó las cejas.

—¿Y bien?

—Voy a ocuparme de la defensa de la señorita Kirby —dijo el hombre—. Me gustaría hablar con mi clienta, para asegurarme de que el trato que ha recibido ha sido el correcto. Imagino que resultó herida en la detención.

Francis lo miró con desdén.

—No fue durante la detención. Su clienta, si es que acepta sus servicios, resultó herida en el ataque a la señora Mullins, que, por suerte, fue capaz de defenderse y de facilitar la detención.

—Esa es su interpretación de los hechos. Estoy seguro de que mi clienta nos contará algo diferente. —Entró directamente a la sala de interrogatorios.

«Si se digna a contarnos algo».

Rory volvió a encender la grabadora.

—Reanudamos el interrogatorio a las tres cincuenta de la mañana. Se incorpora...

—George Elphick, abogado de la acusada —dijo el letrado; conocía el procedimiento.

Francis se dio cuenta de que Kirby estaba ufana, dentro de lo que le permitían la nariz rota y el labio partido.

—Seguiré con las preguntas —dijo Francis—. Señorita Kirby, ¿conoce o ha visto en alguna ocasión a Jem Walsh?

—Esto no se acaba.

Elphick se inclinó hacia su clienta y le susurró algo al oído. La mujer se encogió de hombros y él asintió con decisión.

—Sin comentarios —dijo Sam Kirby.

Y eso fue todo. El «esto no se acaba» se convirtió en un «sin comentarios». Francis comprendió que no merecía la pena seguir intentándolo. Con el abogado allí, no podrían sacarle nada de interés. Aunque

tampoco importaba mucho, tenían pruebas más que de sobra y, ahora que sabían qué buscar (una mujer extraordinariamente alta), estaba seguro de que la encontrarían en más grabaciones de cámaras de vigilancia de los días clave.

—Aplazamos el interrogatorio —dijo, y Rory apagó la grabadora.

Rory se levantó, sin apartar la vista de Kirby, que tenía la mirada perdida en sus propias manos.

—Ya sé dónde te he visto —dijo—. Estuviste en el funeral de Evan Armstrong, ¿no es verdad?

«Por supuesto». Francis tenía un runrún en la cabeza desde que la había visto. Era eso. La había visto ya y Rory tenía razón: fue en el funeral de Evan Armstrong. Era la mujer enorme que se sentó a su lado en el último banco de la iglesia.

George Elphick se puso de pie.

—Quiero solicitar una evaluación psiquiátrica de mi clienta antes de que le hagan más preguntas —dijo—. Es bastante probable que no esté en condiciones de ser procesada.

No era más que una estratagema para ganar tiempo, pero, en cuanto lo dijo, la puerta se abrió de par en par y Bradshaw entró en la habitación hecho una furia.

—Señor Elphick, si tengo la más mínima sensación de que está intentando obstaculizar a mis hombres en el ejercicio de su deber, tendré que acusarlo. Recuerde bien mis palabras.

—Creo que no será necesario —dijo Elphick—. Cualquier juez vería que la evaluación es lo mejor para mi clienta. Buenas noches.

Salió sin despedirse de su clienta y a ella no pareció importarle lo que el otro hiciera. Pero cuando el sargento la esposó para llevarla a la celda, se echó a reír y, entonces, miró a Francis directamente a los ojos.

—He cambiado de idea.

—¿Sobre qué?

—¿Quiere saber quién soy?

XVI

Este es el hombre que ha acabado conmigo y ahora, al mirarlo a la cara, me siento obligada a crear un vínculo que nos una a los dos. Lo mataré en su momento, pero antes tiene que saber quién soy. Hay demasiada gente que no ha sabido entenderme y que me ha infravalorado. Esta vez, será distinto. Me daré a conocer, como debería haber hecho cuando mi padre me prestaba atención, o cuando aún conservaba su amor.

El policía parece sorprendido por mi repentino cambio de parecer, aunque por supuesto, ahora mismo es imposible que lo comprenda.

Nos sentamos de nuevo en la sala de interrogatorios, a solas él y yo.

—Adelante —dice—. Cuénteme quién es.

Le contaré mi historia. Calibraré sus reacciones a lo que iré diciendo y sus respuestas me hablarán a mí de él. Conoce a tus enemigos, como decía Ron.

—Quiere saber cómo he llegado a ser quien soy.

Asiente. Cree que ha ganado la partida y que voy a darle una confesión, lo veo en sus ojos. Pero no creo que admitan nada de lo que diga en un tribunal. El señor Elphick se encargará de eso.

—Mi familia siempre ha trabajado con pieles. Kirby Leathers. La empresa la fundó mi tatarabuelo hace un siglo. Yo debería haberla heredado, pero pasó a manos de mi hermano Marshall, el favorito de papá. ¿Tiene algún hermano, inspector Sullivan?

Asiente con un movimiento casi imperceptible. No quiere que lo arrastre conmigo, pero quiere que la información siga fluyendo. Ese va a ser nuestro juego.

—Hábleme de él —le digo.

—Ella. Tengo una hermana.

—¿La quiere, inspector?

Le repugna oírme decir eso.

—Hábleme de su hermano —dice, y yo no puedo resistirme.

—Marshall me robó lo que era mío. No debería haber llegado a nacer. Me expulsó de la empresa de la familia y luego la llevó a la quiebra. Automatizó todas las etapas de la producción, empezó a comprar pieles baratas y a producir cuero de baja calidad, esquilmando los beneficios, hasta que tuvo que vender la empresa por una miseria.

—¿Y usted qué hizo?

—A mí me habían expulsado del nido.

Solo decirlo me desgarró por dentro.

—¿Su padre era su modelo de vida? —le pregunto.

El dolor le atraviesa el rostro. No necesito que diga nada más.

—¿Qué hizo cuando se marchó de casa? —pregunta.

—Empecé a trabajar como aprendiz con Ron Dougherty. Tenía una tienda de taxidermia en Preston, junto al parque. ¿La conocía?

—La recuerdo. —Una respuesta concisa y reservada.

—Trabajé varios años como ayudante de Ron. En muchos sentidos, fue como un padre para mí. Me dio un hogar, un trabajo y muchas más cosas.

—¿Se hizo taxidermista?

—Me enseñó todo lo que necesitaba saber. Hay que reconocer que era el mejor en lo suyo. —Me aburro—. Dígame, ¿por qué odia a su padre?

—No lo odio.

Está mintiendo y me echo a reír.

—Ya sabe que esto no se acaba.

CAPÍTULO 47

MARNI

—¿Marni? —Nadie pronunciaba su nombre como Thierry. Escuchar su voz la confundía y la tranquilizaba al mismo tiempo. Abrió los ojos.

Estaba en una cama de hospital. En la habitación había otra cama, justo enfrente de la suya, pero estaba vacía. La luz del sol atravesaba las gruesas cortinas de color blanquecino. Parpadeó hasta recuperar la visión del todo. Thierry y Alex estaban a un lado de la cama, y Francis, al otro. Al verlo, también se dio cuenta de que la tensión podía cortarse con un cuchillo.

Lo recordó todo. Al ladrón de tatuajes colándose en el estudio. La pelea. El desenmascaramiento de la mujer con corazones tatuados en las manos y su rabia. Marni se quedó sin aire.

—No te perdonaré jamás que te expusieras a semejante peligro —dijo Thierry.

Hizo oídos sordos. Estaba exagerando.

—¿Dónde está Pepper?

Thierry se acercó a la cama con la silla donde estaba sentado y la cogió de la mano.

—Está bien, pero fuiste una inconsciente. —Le dio unos toquecitos sobre el dorso de la mano con el pulgar; conocía muy bien ese gesto.

—¿Dónde está?

—*Merde*. ¿Qué más da ahora el perro? Podías haber muerto. Nos has dado un susto tremendo, *chérie*.

—Déjame en paz, Thierry. Estoy perfectamente viva, como puedes ver.

Marni lo fulminó con la mirada y le retiró la mano. Thierry intentó recuperarla, pero ella la escondió debajo de las sábanas.

Alex estaba mirando a su madre con los ojos abiertos como platos, impaciente.

—¿Cómo has podido hacerlo, mamá? Deberías habérselo dicho.

—No me habríais dejado.

—Pues claro que no —le respondió.

—No me apetece que me eches la bronca, gracias —dijo Marni malhumorada—. Recuerda que soy tu madre.

Aunque lo cierto era que, al verlo tan preocupado, se había sentido reconfortada... y también algo culpable.

Francis carraspeó.

—En algún momento, deberé tomarte declaración, Marni. Cuando tengas ganas.

—¡No! Si está metida en este lío, es por tu culpa. Déjala en paz, necesita descansar. Ni siquiera sé qué estás haciendo aquí. —Thierry se levantó y adoptó una postura amenazante.

Francis frunció el ceño desde su lado de la cama.

—Es una testigo importante en un caso de asesinato múltiple.

—Por tu culpa, tú la pusiste en peligro.

—No es cierto —dijo Marni—. No sabía lo que iba a hacer.

Thierry resopló con sorna. Se dejó caer en la silla e intentó cogerle la mano de nuevo.

—¿Cuándo podré irme a casa?

—Depende de lo que digan los médicos —dijo Francis—. Podías tener una ligera conmoción cerebral.

Marni se miró el brazo izquierdo; lo llevaba vendado.

—¿Y esto?

—Nueve puntos. Te quedará una marca en el tatuaje —dijo Thierry.

—¡Mierda! —Se volvió hacia Francis—. ¿Cuándo quieres que declare?

—En cuanto estés lista.

—Me encuentro bien. Con un café, podría hacerlo ya mismo.

—*Non*. Tienes que descansar, esto es ridículo —dijo Thierry.

—Thierry, yo decidiré si estoy bien o no. No es asunto tuyo.

El hombre se levantó de golpe.

—Vale, sé cuándo sobro. Vamos, Alex.

—¿Volverás luego?

Thierry la fulminó con la mirada, pero asintió.

—Avísame cuando se marche.

Al llegar a la puerta, se volvió hacia ellos.

—Inspector, ¿puedo hablar con usted un momento?

Francis se levantó y salió con él.

A Marni le martilleaba la cabeza. Lo que menos le apetecía era tener a dos hombres peleando por ella, más aún cuando no le interesaba ninguno de los dos en especial. «¿O no era así?». Se sintió agotada de pronto. Cerró los ojos y se concentró en relajar la mandíbula. Ya estaba a salvo. La asesina estaba detenida y no había nada que temer.

La puerta se abrió y se cerró de nuevo.

—¿Marni? —Era una mujer.

Al abrir los ojos, vio que Angie Burton le ofrecía un vaso.

—Francis me ha dicho que querías café.

Marni se incorporó sobre la almohada.

—Gracias, ¿dónde está?

—Estoy segura de que vendrá en cuanto termine. —Lo dijo con una sonrisa, pero sus ojos no expresaban lo mismo.

La puerta se abrió de nuevo y Francis volvió a entrar.

—Gracias, Angie.

—De nada. Avísame si necesitas algo más. —Esta vez, se le dibujó una sonrisa tonta y Marni lo comprendió todo. Así que Angie estaba coladita por él.

—¿Estás bien, Marni? ¿Necesitas analgésicos?

—Estoy bien, ¿qué quería Thierry?

—Nada, solo amenazarme con sufrir espantosos daños físicos si volvía a ponerte en peligro.

Marni resopló.

—No le hagas caso, es un bocazas.

—Está preocupado por ti. Y con razón. Lo que hiciste fue una estupidez.

Marni volvió a hundirse en la almohada.

—He conseguido que detuvierais a la ladrona de tatuajes, ¿no?

—Y, a cambio, casi consigues que te mate.

—Oye, ¿y por qué en lugar de enfadarte conmigo no me das las gracias por hacerte el trabajo?

A Francis le dolió, pero no dijo nada. Era como si llevara metido un palo de escoba por el culo.

—Vete a la mierda —dijo Marni—. Estoy cansada, será mejor que te vayas. Y no te molestes en volver más.

XVII

Me han trasladado y me han sacado de Brighton. Se me han llevado metida como una sardina en una furgoneta cutre de la policía y no me han quitado las esposas en todo el viaje. Ese abogado de pacotilla tendría que haberlo impedido. Pero aquí estoy, en una cárcel apestosa en medio de la nada. Tengo que salir de este sitio, joder. El Coleccionista me tiene que sacar de aquí. Me oprime el pecho. No puedo respirar.

A la primera que me toque, me la cargo. Me da igual que sea guardia o reclusa.

Esto tiene que acabar. QUIERO SALIR DE AQUÍ.

¿Dónde está? Dijo que iba a protegerme. Su abogado me dijo que lo arreglarían todo y me sacarían. No puedo quedarme aquí, no sobreviviré.

El Coleccionista no me abandonará. No lo hará.

Todo es por culpa de Marni Mullins. Mis dedos echan de menos acariciar un cuchillo. Quiero rajar ese bonito tatuaje suyo y cortárselo a tiras. Arrancarle la piel a jirones con una hoja roma, para que lo sienta, y oírle gritar mientras su sangre caliente corre entre mis manos.

Me tomaré mi tiempo con ella. La cortaré en pedacitos. Y a ese policía pelirrojo también. Me ocuparé de los dos.

Esto no se acaba hasta que termina.

¿Dónde está el Coleccionista? ¿Dónde está? ¿Por qué no viene?

CAPÍTULO 48

MARNI

El médico era joven y atractivo. Al verlo, Marni se preguntó si estaría llegando a esa edad en la que todos los empleados de la Administración Pública empiezan a parecer más jóvenes que una. Luego, le puso una lamparita diminuta delante de los ojos y le dijo que debía quedarse en observación esa noche, así que dejó de resultarle simpático.

—¿Lo dice en serio? Pero si me encuentro bien.

—¿Le duele la cabeza?

—Quitando eso...

Retiró con cuidado la venda que le cubría el brazo y Marni hizo un gesto de dolor al ver un corte largo y feo, recogido a diferentes distancias por puntos de sutura negros. Le atravesaba la parte de abajo de la manga, justo donde el ala del ángel vengador le envolvía el brazo. Se lo había hecho Thierry, fue el primero de todos y, al verlo, recordaba lo que era estar enamorándose. Se preguntó si volvería a sentir algo tan intenso alguna vez. Pero con esos recuerdos llegaban también los de Paul, indisolublemente unidos (el lado oscuro del triángulo), y la sombra alargada de todo lo que sucedió después.

El médico contuvo el aliento.

—Está un poco rojo para mi gusto. —Palpó la piel a los dos lados del corte—. Y además está ardiendo. Creo que se ha infectado, pero le hemos administrado antibióticos, así que debería mejorar en las próximas veinticuatro horas. Haré que venga una enfermera para cambiar el apósito y volveré a verla mañana por la mañana.

—¿No puedo convencerlo para que cambie de idea?

—Es por su bien, señora Mullins. Ha tenido una conmoción y también queremos controlarle los niveles de azúcar un tiempo. Tenga un poco de

paciencia.

Cuando se marchó, Marni se miró el corte. Dobló la muñeca y el dolor le subió por todo el brazo. Parecía profundo en algunos puntos. Gracias a Dios, había sido en el brazo izquierdo y no en el derecho.

Llegó una enfermera y se lo vendó. Marni esperó pacientemente a que se marchara. Ese era el momento de poner en marcha su plan.

Aunque se levantó con sumo cuidado, toda la habitación empezó a dar vueltas y a cada movimiento sentía el martilleo en las sienes. Vio el baño tras una puerta entreabierta. Avanzó con pasos vacilantes hacia allí y se agarró al marco de la puerta en cuanto pudo, agradecida de que estuviera ahí. Estuvo apoyada en el lavabo unos minutos y luego se lavó la cara con agua fría. Al verse en el espejo, se vio pálida y cansada, le habían caído diez años encima. Llevaba el pelo enredado, y el maquillaje del día anterior, corrido sobre las mejillas.

No iba a quedarse allí. La asesina estaba detenida y ella tenía que volver a casa, darse un baño y echarse a dormir en su cama. Solo entonces empezaría a encontrarse mejor.

Volvió a la habitación y buscó su ropa. Estaba amontonada en una silla, junto a la ventana. La camiseta estaba manchada de sangre y también los vaqueros, pero le dio igual, se sentía más a gusto con esa ropa que con el camisón de hospital y el culo al aire. El bolso estaba en un armarito al lado de la cama y sobre la mesilla había un bote de analgésicos. Llevaban su nombre, así que los echó al bolso y cerró la cremallera.

Nadie le impidió salir del hospital, aunque temía oír su nombre a cada paso. Le habían retirado la escolta en cuanto detuvieron a la ladrona de tatuajes, ya no había razones para vigilarla. Una vez en el vestíbulo, se le ocurrió que podría llamar a Thierry para que fuera a recogerla, pero cambió de idea: seguramente intentaría convencerla para que se quedara esa noche. Había una parada de taxis en la puerta y se puso en la cola después de comprobar que llevaba dinero. Estaría en casa en unos minutos y, una vez allí, el mundo podría irse al infierno.

Sin embargo, en cuanto se metió en el taxi, la recorrió un escalofrío. No quería volver a una casa vacía. Alex estaba con Thierry, y su Pepper, en el veterinario.

—Mejor lléveme a Gardner Street.

—Claro —dijo el conductor.

Iba a ir al estudio a dibujar un poco. Dibujando daría sentido a la tormenta de emociones que la devoraba por dentro: el ataque, lo que había visto en la

granja de Stone Acre, Pepper, Frank Sullivan, Thierry, el omnipresente fantasma de Paul... No es que lo sucedido estuviera relacionado con su pasado, pero siempre había una ansiedad de fondo que emergía en cuanto se sentía amenazada.

El taxista la dejó frente al estudio y, nada más abrir la puerta, se dio cuenta de que había sido un error ir allí. Tuvo que quitar el precinto de la policía de la puerta... Igual no debería ni entrar. Le inundaron en torrente los recuerdos de la noche anterior y se encontró cara a cara con el rastro de todo lo sucedido. Ahí estaba la sangre de Pepper y la camilla tirada por el suelo. Su mesa estaba hecha un desastre y había manchas de polvo para tomar huellas en todas las superficies.

Pero este era su espacio. No iba a acobardarse por lo sucedido.

Agotada, empezó a recoger y a fregar la sangre de Pepper que había derramada por el suelo, intentando no aspirar su olor. Levantó la camilla con el brazo ileso y limpió todo el polvo que iba viendo. Tuvo que echarse a llorar. Se conmovió al pensar en lo valiente que había sido Pepper y también se sintió orgullosa de sí misma. Ya la habían atacado antes, pero esa vez no se quedó echa un ovillo en el suelo. Había aplicado todo lo que había aprendido y había salvado su propia vida, e incluso puede que la de otros también, ahora que la ladrona de tatuajes estaba entre rejas. Y antes, cuando la policía intentaba cargarle el muerto al hombre equivocado, ella había hecho todo lo posible por proteger a los suyos.

Pasó un par de horas recogiendo. Cuando terminó, le volvía a doler tanto la cabeza que no podía concentrarse en el dibujo. Aunque su casa estuviera vacía, iba a volver y a meterse en la cama, estaba lista.

Y justo en ese momento, le sonó el móvil.

—¿Dígame?

—Marni, ¿dónde coño estás? —Era Thierry.

—En el estudio.

—Estoy en hospital. Me han dicho que has pedido el alta.

—Sí, es verdad. No podía seguir ahí.

Thierry gruñó.

—Idiota.

—¿Has llamado para insultarme?

—Voy a buscarte y te llevo a casa.

—Gracias.

A veces, no era tan malo.

Cogió el bolso y material de dibujo, y comprobó que la puerta de atrás estaba cerrada. Sam Kirby abrió la puerta de una patada y rompió el cerrojo, pero alguien había puesto un candado. Seguro que lo habría ordenado Francis. Podía quedarse como estaba una semana, si hacía falta.

Salió por la puerta delantera y se puso a esperar a Thierry. Estaba empezando a anochecer y las tiendas y los cafés estaban casi todos cerrados. A mitad de la calle Gardner, un par de piernas gigantes con medias de rayas blancas y rojas dominaban la vía desde la fachada de una sala de espectáculos; una sonrisa asomaba a su rostro cada vez que las veía. Montó el estudio la primera vez que rompió con Thierry y se marchó del Tatouage Gris. Ahora, no sería capaz de trabajar en ningún otro sitio.

Estaba esperando a que llegara el viejo Jag de Thierry. Al menos, la vuelta a casa sería confortable.

Se acercaron unos faros, pero pasaron de largo. No era el Jag, tan solo una furgoneta de reparto, así que siguió esperando. Con el aire fresco de la calle, se le había pasado un poco el dolor de cabeza y sonrió al imaginarse ya en un baño de burbujas bien caliente. Y ahí, en ese momento, se sintió por fin orgullosa de lo que había hecho y llena de confianza en el futuro. Se había demostrado algo a sí misma y ya no volvería a olvidarlo: no era una víctima.

«Ya no soy la víctima de nadie».

Sintió un estallido de dolor fuerte y seco en la cabeza, y cayó desplomada. La agarró un brazo. Le pusieron algo sobre la boca y, al intentar coger aire, el mundo entero se volvió de color negro.

CAPÍTULO 49

FRANCIS

Había ido a misa en busca de consuelo, pero no funcionaba. Nunca había estado así de cerca de alguien tan malvado. Desde que entró en la policía, su trabajo había consistido en detener a asesinos, por supuesto, pero esa vez era distinto. Había estado al frente del caso y eso lo había vuelto más personal, pero, además, nunca había visto tanta depravación. Cuando terminó el interrogatorio, no podía dejar de ver la sonrisa de Sam Kirby y todo lo que encontraron en Stone Acre. Sentía náuseas.

Se encontró mejor al entrar en Santa Catalina, como siempre, pero ni las oraciones ni las lecturas de aquella tarde le llegaron al corazón ni sirvieron para paliar su dolor. Ni siquiera lo reconfortaba la voz vibrante y cálida del padre William. Seguía preguntándose cómo podía existir una maldad así, la pregunta que la humanidad se hacía desde el comienzo de los tiempos y que Dios nunca se dignaba responder.

Luego, tuvo que pensar en ellas. Su madre jamás le echaba en cara que no fuera a verla por trabajo, pero su hermana era mucho más clara. Se sentía culpable, por supuesto que sí, no había hecho por ellas ni la mitad de lo que merecían. Había llevado a Robin a visitar a su madre justo antes de acudir a misa y no había ido demasiado bien. Su madre, que estaba ya completamente ciega y reducida a una silla de ruedas, se había pasado llorando casi todo el tiempo y no había parado de preguntar si su padre había dado señales de vida. Por supuesto que no. Los había abandonado hacía años, pero seguía pensando tanto en él que dolía.

Robin le había echado en cara que no fuera más a verla, pero es que cada vez que se despedía de su madre y la dejaba otra vez sola en su mundo, abandonada en su silla de ruedas, se quedaba destrozado. Esa tarde no había sido diferente. La mujer ya no mostraba ningún interés por el mundo que

quedaba al otro lado de sus cuatro paredes y Robin intentó disimular el pánico por su futuro mostrándose enfadada. Cuando le dio un beso a su madre en la mejilla para despedirse, la sintió empapada en lágrimas. A ella no le quedaba futuro.

Cerró los ojos y hundió la cabeza. El padre William estaba recitando la última oración, segunda epístola de Corintios, capítulo trece. Francis se arrodilló y lamentó que el oficio fuera a terminar tan pronto.

Mientras los feligreses salían del templo, se quedó sentado en el banco, con la mirada perdida entre los ángeles que había pintados por detrás del crucifijo. Estaba todo en silencio; el organista no tocaba en la misa vespertina y solo se oían pisadas. Se echó hacia delante, apoyó la cabeza entre las manos y rezó por Robin y por su madre, pidió fuerza para hacer bien su trabajo y perdón por las veces que había caído en distracciones y engaños. El padre William le dio un toquecito en el hombro al pasar a su lado por el pasillo, de vuelta al altar.

Era el peor momento para que le sonara el teléfono y eso fue justo lo que pasó. El padre William se giró como un resorte para reprenderle con la mirada. Francis lo apagó inmediatamente, pero antes miró el número. Thierry Mullins. ¿Lo llamaba para seguir con las amenazas? Se guardó el teléfono en el bolsillo y siguió rezando.

Salió de la iglesia media hora después. Se había nublado y refrescaba. Santa Catalina estaba en lo alto de la colina y, por un lado, daba a Dyke Road y, por el otro, a North Street. Estaba algo más tranquilo, así que bajó paseando por el camino adoquinado y atravesó el arco de piedra que daba a Wykeham Terrace para ir a la espectacular casa de estilo gótico victoriano de su padre. Siempre le había gustado aquella casa, aunque pasó muy poco tiempo allí de niño. Con la fachada pintada en color gris y blanco, y los aleros almenados, le parecía un auténtico castillo. Su padre había dejado de vivir en ella hacía más de diez años, así que mudarse allí cuando quiso vivir solo pareció lo más lógico... como solución temporal. Desde entonces, habían pasado ya tres años y ni siquiera había empezado a buscar otra cosa.

Sacó el teléfono del bolsillo y volvió a encenderlo. Cuando estaba mirando en la nevera qué tenía de cena, entró un mensaje.

«Marni ha desaparecido. Llámame».

Era de Thierry, lo había enviado dos minutos después de que sonara el teléfono en la iglesia. Y entonces, llegó otro.

«Llámame. Va en serio».

Y luego dos más, también parecidos.

Francis marcó el número de Thierry.

—Gracias a Dios —dijo Thierry nada más descolgar—. Pidió el alta en el hospital y se marchó al estudio. Fui a recogerla, pero ya no estaba.

—Puede que se cansara de esperar y que haya ido andando a casa —dijo Francis, intentando parecer tranquilo.

«Esto no se acaba...».

—No coge el teléfono y no llevaba esperando mucho tiempo, solo tardé diez minutos en llegar. He dado varias vueltas por la calle y ni rastro de ella. Además, ¿para qué vas a marcharte andando a casa cuando están yendo a buscarte en coche?

—¿Qué crees que ha pasado?

—¿Cómo voy a saberlo yo? —dijo Thierry cortante—. Da un aviso de persona desaparecida.

—No me estás contando todo, ¿verdad? —Thierry sabía más de lo que decía, lo delataba la voz.

—No creo que tenga nada que ver con esto, pero Paul, mi hermano gemelo, está a punto de salir de la cárcel y..., bueno, no tenían muy buena relación.

—Lo apuñaló, ¿no es cierto?

—¿Te lo contó ella?

—Solo algunas cosas. ¿Crees que tu hermano podría venir hasta aquí? ¿Para hacer qué?

—Yo no... No lo sé. Solo quiero saber que está a salvo.

—Nos vemos en el estudio.

Diez minutos después, Francis llegaba al estudio de Marni y dejó el coche aparcado justo enfrente, sin preocuparse porque fuera zona amarilla. Thierry le estaba esperando dentro.

—¿La puerta estaba abierta? —preguntó Francis, entrando a toda prisa.

Thierry sacudió la cabeza.

—No. Tengo una llave. He trabajado aquí alguna vez.

—¿Alguna pista sobre adónde puede haber ido?

—Nada.

Francis fue directamente al estudio.

—Debe de haber pasado aquí un buen rato. Está todo recogido.

—Creo que se marchó del hospital a eso de las cinco.

Francis miró la hora. Eran casi las siete y media.

—¿Cuándo hablaste con ella por última vez?

—Más o menos a las siete. Yo estaba en el hospital, y ella, aquí. Cuando vine a recogerla, ya no estaba.

No tenía ni pies ni cabeza. La ladrona de tatuajes estaba encerrada y Marni no corría peligro. Francis quería pensar que había decidido marcharse y no esperar a Thierry, pero entonces ¿por qué no cogía el teléfono?

—¿Tu hermano sigue en Francia, en la cárcel?

—Por lo que yo sé, sí.

—Pero ¿no estás seguro?

—Si hubiera salido, mi madre lo sabría.

Thierry marcó un número y se puso a hablar en francés. Al colgar, parecía aliviado.

—Paul aún está en la cárcel. Está a punto de conseguir el tercer grado, pero todavía no se lo han dado. Mi madre no sabía nada más.

Así que no había sido Paul, pero tampoco servía de mucho consuelo, porque Marni seguía desaparecida. Francis estaba asustado, podían haberle pasado muchas cosas. Volvió a sacar el teléfono del bolsillo.

—Rory, avisa a todas las unidades. Marni Mullins ha desaparecido de su estudio de Gardner Street a eso de las siete. —Se quedó callado un momento—. Sí, creo que puede estar en peligro. Vamos, hazlo.

«Esto no se acaba».

CAPÍTULO 50

MARNI

¿Abría los ojos? ¿La habían llevado otra vez al hospital? Estaba sobre una superficie dura y fría; en el suelo, echada de lado. Un impulso, se quiso mover, pero no pudo y entró en pánico, una descarga de adrenalina. Intentó llevarse la mano derecha a la cara. Imposible. La llevaba atada por la muñeca a la otra mano, las dos a la espalda. Estaba maniatada y, tras intentar moverse un poco más, se dio cuenta de que también tenía atados los tobillos.

Gritó para pedir ayuda. Pero solo consiguió soltar un jadeo.

Abrió los ojos, pero no hubo ninguna diferencia. Solo había negro. Debía de llevarlos vendados. Se frotó la cara contra el brazo y consiguió levantar un poco la tela, pero no lo bastante como para ver por debajo. No se veía ni la más mínima luz. Abrió los ojos de par en par contra la tela, pero no había nada.

«Los terrores nocturnos multiplicados por mil».

Cerró los ojos con fuerza. Le pareció que en cualquier momento oiría llorar a un niño, a Luke. Alex apareció a lo lejos, huyendo de ella con Luke en brazos. Y no podía seguirlos. Se mordió la mejilla y el dolor la ayudó a escapar de la pesadilla.

Escuchó. El silencio se convertía en un sonido propio, como un silbido en la oscuridad, un pitido en el fondo del oído, un latido persistente al ritmo de las venas. La única forma de disiparlo era concentrarse en el sonido de su propia respiración. Tenía que moverse. Rodó y se puso sobre la espalda y luego, hacia el otro lado. El suelo estaba frío. Le dolía la cadera y el hombro sobre los que había estado tumbada.

Marni dobló las piernas hacia arriba y se balanceó hasta quedar sentada. Así, podría echarse hacia delante y apoyar la cabeza contra las rodillas.

Respiró hondo varias veces y se sintió mejor. Ya podía pensar con más claridad. Quizá podía arrastrarse en aquella posición y buscar una puerta.

Pensar eso la aterrorizó, ¿cómo había normalizado su situación así de rápido? ¿Dónde demonios estaba? ¿Quién le había hecho eso? Y el miedo le cayó encima, como una lluvia helada de agujas que le atravesaran la piel. Su enemigo no era ni la oscuridad ni el silencio, sino la persona que la había metido ahí.

Solo podía ser Paul.

«No, él no».

Empezó a pedir ayuda a gritos de nuevo y esta vez su voz sonó fuerte y clara. Gritó un minuto entero y luego se quedó callada, a la escucha, esperando a que viniera alguien. Pero ¿y si era Paul? Lamentó haber hecho ruido.

Y si no era él, ¿quién le estaba haciendo eso? ¿Por qué?

Hacía frío y estaba oscuro. Se moría de sed. Estaba sola. Debería haber comido hacía mucho y necesitaba insulina. Y tenía miedo. Solo ella sabía de lo que era capaz ese hombre.

Se pasó una hora arrastrándose por el suelo y rastreando el lugar donde estaba atrapada. Era una habitación grande. Se golpeó con varios muebles, un par de sillas y algún otro objeto que no logró identificar, hasta que, en una pared, reconoció una puerta. Al descubrirla, se puso de rodillas y, haciendo contrapeso en la manija de la puerta, consiguió levantarse. Una vez de pie, se dio la vuelta y buscó la manija con las manos. La movió arriba y abajo para intentar abrir la puerta. Pero no se movió. Estaba encerrada.

Eso la hundió y soltó la vejiga. Sintió correr la orina caliente por las piernas, le empapó los vaqueros y le llenó con su olor las fosas nasales.

Se derrumbó sobre el suelo y rompió a llorar.

CAPÍTULO 51

RORY

El jefe entró como un vendaval en la sala de coordinación, aún más pálido que de costumbre y sin resuello; había subido las escaleras corriendo.

—¿Nada? —preguntó a Rory, que sacudió la cabeza.

—Acabo de dar el aviso.

—¿Y las cámaras?

—Estamos empezando.

—Vamos, Rory, sabe tan bien como yo que, si no la encontramos enseguida, las posibilidades de dar con ella se reducen de forma exponencial.

Rory lo sabía muy bien. Igual que sabía que, cuanto más tiempo pasara, más probable era que apareciera muerta. Y también era consciente de que, aunque la encontrarán en alguna grabación, solo sabrían dónde estaba en ese momento, no dónde estaba ahora. Pero no hacía falta decirle todo eso al jefe, viendo su estado.

—Angie —dijo Francis—, Thierry Mullins me ha dado varios números de familiares y amigos a los que podría haber llamado. Comprueba si alguien tiene alguna idea de dónde podría estar.

Angie cogió la lista, volvió a su mesa y empezó a trabajar.

—¿Y qué hay del chico? —dijo Rory—. Quizá sepa algo.

—Thierry ha vuelto a casa para preguntarle. Nos avisará.

—La hermana no sabe nada —dijo Angie, mientras marcaba el siguiente número.

Rory tenía las imágenes de videovigilancia de Gardner Street en su pantalla. Francis examinó también la grabación. Por desgracia, la entrada del Celestial Tattoo quedaba fuera del ángulo de la cámara.

—Joder... No vamos a ver nada.

—Vamos a echar un vistazo, de todas formas —dijo Rory, manteniendo la calma—. Si se marchó andando, la veremos bajar por la acera, y si se fue por el otro lado, aparecerá en alguna de las cámaras de North Road.

Rory empezó a reproducir la grabación. Empezaba a las siete, justo cuando Thierry la había llamado desde el hospital. Pasaron varias personas en una y otra dirección, aunque no muchas, porque a esas horas ya estaba casi todo cerrado. También pasaron algunos coches; era una calle estrecha de una sola dirección, en la que no estaba permitido aparcar, así que al menos tenían una visión clara de las aceras y de los portales.

Francis no paraba de moverse.

Vieron la grabación varias veces, fijándose bien en todos los que pasaban andando, pero Marni no apareció por ningún lado. Como era de esperar, los vídeos no les sirvieron de nada.

—¿Y qué hay de North Road? ¿Puedes cargar el vídeo que muestra el cruce con Gardner Street? —preguntó el jefe.

Estuvieron viendo ese vídeo otra media hora, buscándola desesperadamente.

—Es como si se hubiera volatilizado —dijo Francis.

—¿Y si salió por la puerta de atrás?

—Imposible, estaba cerrada con candado desde dentro. Salió por delante. Empieza otra vez desde el principio, Rory, y apunta todas las matrículas.

Pasaron un par de horas, aunque pareció mucho más tiempo.

Francis no dejó de dar vueltas por la habitación, haciendo preguntas al equipo y hablando con Thierry por teléfono. Alex no sabía nada, nadie sabía nada.

—Dime que tienes algo, Rory.

—Aún nada, jefe. He buscado los tres primeros coches en la base de datos. Son todos de la ciudad, sin ninguna conexión evidente con Marni.

La hora de oro había terminado hacía tiempo y, si habían secuestrado a Marni, las probabilidades que tenía de seguir con vida se reducían a cada minuto que pasaba.

—¿Jefe?

—¿Qué pasa?

—Tiene que ver esto —dijo Rory, mientras señalaba una furgoneta blanca—. Aparece registrada a nombre de una empresa de alquiler.

—En marcha.

Francis echó a andar hacia la puerta, pero le salió al paso un agente de uniforme.

—¿Inspector Sullivan?

—¿Sí?

—Acaban de dejar esto en recepción. —Le tendió una bandolera de color rojo—. El dueño de un *pub* la encontró al cerrar el local, en un callejón de Gardner Street. Es de la mujer desaparecida, Marni Mullins.

A Francis no le hizo falta esa información, la había reconocido nada más verla.

En cuanto la cogió, empezó a sonar un teléfono dentro. Francis la dejó sobre la mesa que tenía más cerca y buscó el móvil, vio el nombre de Thierry en pantalla y descolgó.

—¿Marni? No, ¿quién es? —Estaba aterrorizado, después de un momento de esperanza.

—Soy Francis, acaban de entregarnos el bolso. Lo han encontrado en Gardner Street.

—¡Merde! ¡Merde!

—Tenemos una pista. Alrededor de la hora en que desapareció, pasó por la calle una furgoneta de alquiler. La alquilaron en una oficina de Cannon Place. Abre a las seis de la mañana. Nos vemos allí.

Cuando estaba a punto de colgar, oyó a Thierry:

—¡Espera!

—¿Qué pasa?

—¿Está su medicación en el bolso?

—¿Qué medicación? —Francis levantó las solapas de la bandolera para ver bien lo que había dentro.

—Es diabética. Necesita la insulina.

—No sabía que era diabética.

—Parece que no la conoces muy bien, ¿no?

Al fondo del bolso, Francis vio una bolsita transparente con instrumental médico. La sacó.

—¿Qué pasa si se salta la dosis?

—Si se altera el nivel de azúcar, aunque sea por pocas horas, entrará en coma.

CAPÍTULO 52

FRANCIS

Rory estaba al teléfono y Francis conducía.

—No responden, jefe. Aún no han abierto.

—Siga intentándolo.

No estaban lejos y las calles estaban vacías; aun así, Francis pisó el acelerador y encendió la sirena.

—Necesitamos saber quién les alquiló la furgoneta... —Por fin habían contestado y Rory recitó la matrícula—. La policía. Sospechamos que podrían haberla utilizado en la comisión de un delito. —Se quedó callado y nada más colgar empezó a jurar—. Me cago en la protección de datos. Que necesitamos una orden, dicen. El tipo ese debe de tragarse todas las series policiacas que echan por la tele.

—Pero tiene razón —dijo Francis—. Esperemos que ver una placa le haga cambiar de idea.

Iba tan rápido por Old Steine que no le dio tiempo a tomar la salida en la rotonda. El bolso de Marni, donde iba metida la medicación, iba de un lado a otro del asiento de atrás. Furioso, el conductor de un Vauxhall hizo sonar el claxon cuando Francis lo adelantó a toda velocidad por Kings Road en paralelo a la costa.

—¿Sabemos algo ya de Hollins? —Francis le había dicho que hablara con los dueños de los demás vehículos que salían en las cámaras, aunque no creía que fuera a servir de nada.

—No, jefe. Salió de casa hace diez minutos y tiene que ir más lejos que nosotros.

—¡Mierda! No dejo de pensar...

—¿En qué?

—En lo de «esto no se acaba».

—Pero Kirby está entre rejas y no hemos encontrado nada que sugiera que tenía un cómplice. No creo que esto tenga algo que ver.

Francis sacudió la cabeza.

—Me da mala espina, Rory.

El lustre blanco del estilo regencia del Grand Hotel pasó convertido en un borrón y enseguida Francis giró a la derecha para entrar en Cannon Place, con los neumáticos chirriando sobre el asfalto. La oficina de alquiler estaba al final de la calle. Francis frenó quemando rueda y dejó el coche atravesado a la entrada del pequeño recinto donde estaban aparcados los vehículos de la empresa. Dentro se oía un altercado, así que salieron corriendo hacia la puerta.

—*Putain!* Dime quién os ha alquilado una furgoneta blanca —se oyó decir a Thierry.

—No puedo. —La otra voz sonaba ahogada.

Cuando Francis y Rory entraron en la oficina, entendieron por qué. Thierry tenía agarrado a un hombre joven por el cuello de la camisa casi por encima del mostrador.

Rory le obligó a soltarlo y se lo llevó a la fuerza hacia la pared. El joven se quedó jadeando. Según su cartelito, se llamaba Amit.

Francis sacó la placa y se la mostró.

—Madre mía, qué rapidez. Acabo de llamar —dijo Amit con la voz entrecortada.

Francis intercambió una mirada con Rory.

—Hemos sido nosotros quienes le hemos llamado.

—Acabo de llamar al 999 para pedir ayuda, apareció ese tipo y empezó a amenazarme.

—Tú dime lo que te he pedido —gritó Thierry.

—No puedo darle esa información, señor —dijo Amit, menos asustado, ahora que se sentía respaldado por dos agentes de policía.

—Tú, calladito —le dijo Rory a Thierry—. Déjanoslo a nosotros.

Francis se dirigió entonces a Amit.

—Necesito saber quién alquiló esta furgoneta. —Deslizó un trozo de papel con la matrícula—. Tenemos motivos para pensar que podrían haberla utilizado para cometer un secuestro ayer por la tarde.

Amit se quedó mirando el papel, parecía que no sabía muy bien qué debía hacer.

Francis volvió a mostrarle la placa.

—Es una emergencia. La vida de una mujer podría estar en peligro.

Thierry forcejeó con Rory y consiguió liberarse, se acercó al mostrador y se quedó junto a Francis.

—La vida de mi mujer podría estar en peligro.

—Claro, lo siento —dijo Amit—. No hago más que seguir las normas de la empresa.

Francis le hizo una señal a Thierry, para que tuviera cuidado.

—Por supuesto, es comprensible. Por favor, denos la información que necesitamos.

Amit se dirigió al ordenador y escribió la matrícula del papel.

—Aquí está. La alquiló una empresa de informática llamada Algorithmics. Se la llevaron hace un par de semanas.

—¿Tiene alguna dirección? —preguntó Rory.

En la calle, se oyó una sirena y, segundos más tarde, entraron dos agentes de uniforme.

—¿Y bien? ¿Qué sucede? ¿Nos ha llamado usted? —El hombre de más edad se dirigió a Amit, después de lanzar una mirada a Francis, Thierry y Rory.

Francis sacó la placa por tercera vez.

—Inspector jefe Sullivan.

—Lo siento, señor —dijo el policía—. Recibimos un aviso, por amenazas.

—Ya nos hemos ocupado nosotros. Gracias por acudir, pero está todo solucionado.

—A sus órdenes, señor.

Los dos agentes dieron media vuelta.

Amit imprimió una hoja y se la entregó a Francis.

—Aquí tiene la dirección de la empresa.

Francis la leyó en voz alta.

—Gorse Avenue, East Preston. ¿Dónde leches está eso?

—¿East Preston? De camino a Littlehampton —dijo Rory.

—Vamos para allá —gruñó Thierry.

—Gracias, Amit —se despidió Francis mientras iban hacia la puerta.

—Espero que puedan salvarla —oyeron decir a Amit.

Francis se sentó otra vez en el asiento del conductor y oyó abrir la puerta de atrás. Al girarse, vio a Thierry sentado.

—¿Y tú qué haces ahí?

—Yo también voy.

—No, imposible. Es cosa nuestra.

—No me voy a bajar, así que en marcha.

—Tres es mejor que dos —dijo Rory—. No sabemos qué puede haber allí.

—Eso es justo lo que me preocupa —añadió Francis, mientras arrancaba el coche.

—Siga la costa y luego coja la A259 —dijo Rory—. ¿Enciende las luces?

—Adelante —dijo Francis—. Lo mejor será abrocharse el cinturón.

Pisó a fondo el acelerador y empezó a rezar. Era una súplica. Estaba dispuesto a dar cualquier cosa por encontrar a Marni sana y salva.

CAPÍTULO 53

MARNI

¿Se había quedado dormida o había tenido una especie de fuga disociativa? Era difícil saberlo y tampoco importaba demasiado. Ahora estaba despierta, llevaba tanto tiempo tirada sobre el suelo que le dolían los huesos y el frío le pesaba y le hacía difícil moverse. Apestaba y los vaqueros estaban tirantes, húmedos y pegajosos. Tenía ganas de vomitar y hambre al mismo tiempo, aunque el miedo le sofocó el hambre en cuanto fue consciente de él.

Intentó sentarse, pero se mareó al momento y vio flotar unos puntos amarillos por delante de los ojos que llevaba vendados. Había perdido la noción del espacio y del tiempo, y no tenía forma de saber cuánto llevaba allí metida. Ni siquiera sabía si era de día o de noche; necesitaba comida y agua, pero, sobre todo, insulina.

Cogió aire y gritó con todas sus fuerzas pidiendo ayuda, tratando de que durara lo máximo posible. Respiró y volvió a hacerlo. Respiró y repitió..., hasta que una nueva sensación de vértigo la obligó a tumbarse.

Empezó a divagar sin poder controlar los pensamientos, que giraban y giraban fuera de control. «¿Y si empezaba a mordisquearse el brazo como haría una rata que hubiera caído en una trampa? ¿Podría comerse el pelo? ¿Y si se mordía la mejilla?». Dejarse arrastrar al coma era una auténtica tentación, aunque tenía que resistirla. Sin embargo, llegó un momento en el que dejó de recordar cuál era el peligro y por qué estaba luchando. «¿No sería más fácil ceder?».

De repente, un ruido seco y duro, como de un disparo, después de horas de silencio, le hizo recuperar la consciencia. Habían abierto una puerta. Se encendió una luz que se coló por debajo de la venda de los ojos, para dejarle ver una línea débil y fina.

—Ayuda —dijo con la voz ronca.

Se acercaron unos pasos.

—Ayuda, necesito agua y comida.

Intentó sentarse. Sintió una mano en el hombro, que la tiró otra vez contra el suelo.

—Sssshhhh.

Quiso resistirse, pero ya no le quedaban fuerzas.

Le cogieron la cabeza con suavidad y sintió el borde de una botella de plástico en los labios. Bebió agradecida. Agua, agua fresca. Le dolía al tragar, pero lo necesitaba tanto que estuvo a punto de echarse a llorar de agradecimiento. Bebió hasta que no pudo más, pero no le apartaron la botella de los labios, así que siguió bebiendo.

¿Por qué no la desataba? ¿Por qué no le quitaba la venda de los ojos?

Apartó la cabeza y oyó que dejaba la botella en el suelo.

—Soy diabética. Necesito comer. Y también insulina.

El brazo que le sostenía la cabeza volvió a dejarla sobre el suelo y oyó que los pasos se alejaban de nuevo.

«¿De quién era ese brazo? ¿De quién eran esos pasos?». Era raro ser atendida por alguien sin rostro y con intenciones desconocidas. «¿Sería Paul?».

—¿Por qué no me desatas? ¿Por qué no me ayudas?

La puerta se cerró y los pasos sonaron amortiguados al otro lado. Sintió pánico y se le cerró la garganta. Tenía tanto miedo que estuvo a punto de vomitar lo que acababa de beber. Esa persona, quienquiera que fuese, era su secuestrador y no su rescatador. Le empezaron a dar vueltas la cabeza y el mundo entero. El suelo se inclinó bajo sus pies y comenzó a hiperventilar.

La puerta se abrió de nuevo y los pasos volvieron a acercarse. El hombre (algo en aquellos pasos le decía que era un hombre) la ayudó a sentarse y le puso algo dulce y blando contra los labios. Mordió un poco. ¿Un donut? Estaba rancio, pero lo devoró sin preocuparse por la mermelada que le caía por el mentón. La glucosa tardaría de diez a quince minutos en llegar a la sangre, pero se sentía mucho mejor.

Cuando se terminó de comer el bollo, el hombre la dejó apoyada contra la pared. Podía oír cómo se movía por la habitación, aunque no pudo saber qué estaba haciendo. ¿Qué iba a suceder ahora? ¿Podría escapar? ¿Y si intentaba crear un lazo con él y luego suplicarle que le soltara?

—Gracias por eso —dijo, relamiéndose los restos de azúcar de los labios.

No le respondió.

—¿Quién eres? ¿Qué quieres de mí?

Siguió sin responder.

—Por favor, déjame ir. No te he visto la cara y no sé quién eres. No hagas nada de lo que puedas arrepentirte. —Se dio cuenta de que hablaba con miedo y se odió por ello.

Un sonido conocido rompió el silencio. Era el martilleo de un cuchillo contra una piedra de afilar, un martilleo rítmico y constante. Se estremeció de miedo, un miedo tan afilado que la desgarró por dentro igual que la piedra amolaba el metal.

—Por favor...

—Marni, no voy a arrepentirme de nada de lo que te voy a hacer.

Hablaba arrastrando las palabras, una forma de hablar lenta y perezosa que le resultaba familiar. Era un hombre. Ya había oído aquella voz antes, pero ¿dónde? No era Paul. No tenía acento francés.

—Por favor, desátame. Ya te has divertido, pero ahora deberías dejarme marchar.

El sonido del cuchillo sobre la piedra no se interrumpió ni por un segundo.

—¿Qué quieres hacer conmigo?

Dejó de afilar. Marni contuvo el aliento.

—¿Que qué quiero? Pensaba que estaba claro.

«Esa voz».

Los pasos se acercaron a ella.

—La verdad es que no vas a salir de aquí con vida, así que no es necesario esto.

Le retiró la venda de la cara. También se llevó un poco de cabello con ella y Marni se retorció de dolor. Después de pasar varias horas a oscuras, se quedó deslumbrada. Cerró los ojos y esperó a que se fueran los destellos blancos; luego, los fue abriendo poco a poco, con la cabeza hacia abajo, sin apartar la mirada del suelo. Intentó enfocar la vista en sus pies y vio el brillo del hormigón pulido. De pronto, se sintió avergonzada de llevar los vaqueros húmedos y malolientes.

Miró a un lado y vio otro par de pies. Con zapatillas nuevas y unos pantalones chinos, demasiado largos, enrollados en los tobillos. Poco a poco, fue deslizándose los ojos hacia arriba, recorriendo el cuerpo del hombre. Era algo patizambo y los pantalones le quedaban muy apretados en la cadera; un poco más arriba, la barriga le sobresalía por encima del pantalón. Llevaba un polo de color negro, con un logotipo que nunca había visto. Tenía un tatuaje

en el brazo. Lo había hecho ella hacía unos días. Se miraron a los ojos, Steve le sonrió y ella sintió un escalofrío que le recorrió hasta la médula.

«Dios mío».

—¿Steve?

¿Steve? ¿El friki de los ordenadores con el tatuaje del tigre?

Sintió una descarga de adrenalina y una subida de azúcar.

—La bella Marni, para mí solo.

Se dio la vuelta sin decir nada más y volvió a una mesa, sobre la que había un cuchillo y una piedra de afilar.

El miedo le había secado la boca. No era capaz de pensar. Estaba forcejeando para soltarse, por instinto, pero dejó de hacerlo. En cuanto miró alrededor, abandonó cualquier intención de huir. Ya no servía de nada intentar pensar de forma lógica. El miedo se había apoderado de ella.

La habitación era rectangular y grande, mucho más grande de lo que había imaginado cuando estuvo explorando con los ojos vendados. No había ventanas, ¿es que estaban bajo tierra? Las paredes estaban pintadas de negro y cubiertas por una especie de acolchado de espuma. Lo había visto alguna vez en estudios de grabación. Aislamiento acústico. La sangre se le congeló en las venas. En uno de los lados cortos del rectángulo, había una pantalla de color blanco y, frente a ella, un par de sillones tapizados de terciopelo rojo. Un cine privado.

Pero eso no era todo. Tras los sofás, había puestas en fila siete peanas de microcemento, de algo más de un metro cada una. Marni parpadeó y volvió a mirarlas bien, pasando la vista de una a otra. Y entonces, se le llenó la boca de bilis. Sobre cada peana había un bastidor de malla de plata, bruñida y deslumbrante bajo una luz blanca. Los bastidores tenían la forma de diferentes partes del cuerpo humano: un brazo, una pierna, un torso y una cabeza. Uno, a más altura que los demás, tenía la forma de un cuerpo entero. Cuatro de los bastidores estaban vacíos, pero los otros tres parecían envueltos en pedazos de un cuero suave y mantecoso. Cuero tatuado.

Al darse cuenta de lo que estaba mirando, Marni tuvo que esforzarse para no vomitar.

El cuero era de piel humana. Reconoció el brazo de Giselle Connelly, con su elaborado tatuaje biomecánico. También estaba allí el hombro de Evan Armstrong con su diseño polinesio y una pierna que no reconoció, con un elegante pavo real en tonos acuarela. Cuero hecho con piel humana, conservado y expuesto.

La habitación empezó a dar vueltas y se desplomó hacia un lado.

—Oh, ya veo que estás admirando mi colección. Son unas piezas fabulosas, ¿no te parece?

—¿Tú...? Pero son los tatuajes que robó Sam Kirby.

—Claro, yo se los encargué. Trabajaba para mí.

Nada de aquello tenía sentido, no entendía nada.

—Y tú, Marni Mullins, vas a ser la mejor pieza de todas.

Fue hacia ella y Marni volvió a incorporarse contra la pared. Al llegar a su lado, Steve se inclinó y le acercó la cara. La besó con ternura en los labios, aunque ella estaba gimiendo de miedo. Entonces, le tapó la boca y la nariz con un pañuelo. El olor del cloroformo se le metió dentro, hasta el fondo de la garganta. Y el mundo entero volvió a ser de color negro.

CAPÍTULO 54

RORY

Rory pensaba que, con tantas salidas a la espalda como tenía, era imposible que se pusiera nervioso en el asiento del pasajero..., hasta que encendió las luces de la sirena con Francis Sullivan al volante. Aún no habían salido de Cannon Place y ya tuvo que dar un volantazo para no atropellar a un repartidor que bajaba de su furgoneta.

Thierry, por detrás, se abrochó el cinturón de seguridad a toda prisa.

—Por el amor de Dios, jefe, habrá aprobado el examen de conducción evasiva, ¿no?

Francis frunció el ceño y entrecerró los ojos para ver mejor la carretera. Al poco, se encontraron con un minibús que les cortaba el paso y Francis hizo sonar la sirena.

—Vamos —dijo Thierry—. ¡Adelántalo!

La sirena volvió a sonar, así que el conductor del minibús frenó un poco y se echó al arcén.

—Ahora, ¡rápido! —le urgió Thierry.

Francis pisó el pedal a fondo y siguieron avanzando por Hove a toda velocidad, con las luces azules centelleando en el techo, la costa a mano izquierda y la ciudad empezando a despertar a su derecha.

—Rory, intente hablar con Hollins.

El sargento marcó un número y se quedó escuchando. Hollins había estado hablando con el dueño del primer coche que aparecía en la grabación.

—Era un padre de familia —informó al colgar—. Venía de recoger a sus hijas de clase de natación. Dice que el profesor podrá confirmarlo. Hollins no ha visto nada sospechoso.

—¿Y el segundo?

—Está yendo para allá.

Un BMW se incorporó a la vía y Francis tuvo que dar un frenazo. El teléfono de Rory salió disparado al reposapiés y Thierry juró en francés por detrás. La sirena volvió a sonar y el coche les dejó paso.

—¿Estáis seguros de que estará ahí? —dijo Thierry.

—No —dijo Francis—. En absoluto, pero es la mejor pista que tenemos.

—Es una opción lógica —dijo Rory—. Si vas a secuestrar a alguien, una furgoneta es mucho mejor que un coche. Y las horas coinciden.

—¡Merde!

Rory no tuvo claro si era una valoración del estilo del jefe al volante o del hecho de que estuvieran siguiendo una corazonada. Aunque no importaba. Lo único importante era llegar a la dirección y encontrar a Marni.

Al cruzar el puente del río Adur, la carretera se ensanchó y se transformó en una recta. No había tráfico, así que, sin apagar la sirena, Francis pisó el acelerador a fondo.

—¿Cuánto falta? —preguntó a Rory.

Rory consultó el mapa en su teléfono.

—Seis o siete kilómetros, pero hay que atravesar el centro de Worthing.

La pequeña ciudad costera era ya un hervidero y había muchos cruces en el trayecto. La tensión dentro de la cabina no dejaba de crecer, mientras Francis sorteaba con maestría todo tipo de obstáculos.

—¡Putain! —Thierry cada vez maldecía más alto—. ¿Dónde aprendiste a conducir?

La luz azul seguía relampagueando al otro lado del parabrisas y Francis hacía sonar la sirena de vez en cuando, para avisar a los demás conductores de su presencia. Por fin, pareció que habían dejado atrás la peor parte. Con Worthing y Goring a sus espaldas, la carretera se incorporó a una autovía con medianera.

—A la izquierda por la tercera salida.

El giro los llevó hacia el sur, otra vez rumbo al mar. Cuando Francis volvió a acelerar, Rory vio unas luces rojas parpadeando por delante de ellos mientras sonaba una campana.

—Paso a nivel, jefe.

—Ya lo sé, lo he visto.

—Están cerrando.

—Ya lo veo.

—No nos da tiempo.

Francis no contestó, pero siguió acelerando.

Por delante de ellos, estaba comenzando a bajar la barrera.

—¡Frank! ¡Para ahora mismo! —Rory estaba aterrorizado, se agarró al salpicadero con todas sus fuerzas y se apretó contra el asiento.

—No puede ser —dijo Thierry, igual de aterrorizado.

—¡No nos va a dar tiempo!

La barrera había terminado de bajar y pareció que Francis iba a atravesarla.

Por puro instinto y sin pensar en las consecuencias, Rory agarró el volante y lo giró hacia él, tirando de la palanca de freno con la otra mano. Francis intentó responder, pero lo había pillado por sorpresa. Con un fuerte chirriar de ruedas, el coche empezó a girar sin control hasta chocar de lado con el murete de un aparcamiento. El tren pasó a toda velocidad, haciendo sonar el silbato. Rory soltó el volante y se desplomó en su asiento. Solo entonces se dio cuenta de que se le había disparado el airbag.

Miró a Francis, que estaba intentando apartar el airbag. El volante se había quedado bloqueado, así que probó a arrancar el motor. Respondió a la primera y Francis metió la marcha atrás. La luz azul seguía relampagueando sobre el coche, igual que las luces rojas del paso. El silbato volvió a sonar, aún más fuerte.

Rory se giró sobre el asiento.

—¿Estás bien? —le preguntó a Thierry.

Thierry soltó una sarta de improperios, pero a Rory no le importó demasiado, al menos seguía vivo y consciente, aunque se había mordido un labio y estaba sangrando.

Francis maniobró el coche por un cambio de sentido para quedar otra vez mirando hacia las vías. La campana dejó de sonar, y las luces, de parpadear. Por fin, la barrera subió y Francis pisó el acelerador.

—No vuelva a llamarme Frank nunca más.

CAPÍTULO 55

MARNI

Marni solo sentía dos cosas: dolor y frío. Un daño punzante le atravesaba las muñecas y los hombros; parecía que tenía todo el peso del cuerpo descansando sobre ellos. Tenía contracturas, unos espasmos dolorosos que se le hundían en las muñecas, y llevaba los brazos por encima de la cabeza, retorcidos en una postura imposible. Las manos eran como dos bloques de hielo, las tenía prácticamente dormidas, mientras que el corte del brazo izquierdo le ardía. Sentía un martilleo de dolor en la base del cuello, por donde la cabeza le había estado colgando a peso muerto. Estaba de pie, atada a algo. Y estaba congelada. Sentía el aire frío sobre la piel. En toda la piel. Al darse cuenta de que estaba desnuda, abrió los ojos y, entonces, el miedo se impuso sobre todas las demás emociones e intentó librarse de las ataduras.

Seguía en el cine del sótano de Steve, atada a un aspa y de cara a una pared. Solo podía ver la espuma del aislamiento, a unos centímetros de su cara. Imaginó que Steve le habría quitado la ropa y la habría atado a ese artilugio mientras estaba inconsciente. Olía algo que no podía identificar, como a flores. Salía de su piel y se dio cuenta de que tenía tanto frío porque estaba mojada. Por Dios, que no la hubiera lavado. Ya no olía a orín, pero le entraron náuseas al pensar que la había tocado con esas manos.

Estaba mareada. Gracias al donut no había entrado en coma, pero sin la insulina no iba a tener mucha energía. No iba a tardar mucho en volver a ver los puntos negros y en caer otra vez inconsciente.

Quizá eso fuera lo mejor.

No se oía nada. El miedo la mareaba, pero también la mantenía despierta. Se puso de puntillas para aliviar la presión de los brazos; cuando volvió a circularle la sangre, le hizo daño, pero también se tranquilizó un poco. Pensaba que conocía a Steve, si es que era su nombre de verdad. Había

pasado más de veinte horas tatuándole el brazo. Intentó recordar de qué habían hablado en todo ese tiempo. Le gustaban mucho los tatuajes y también le interesaba todo el procedimiento, pero eso no era nada especial entre sus clientes. No tenía mucho aguante, aunque tampoco era lo peor que había visto. Le había contado cosas sobre él, pero, aunque lo intentó, no pudo recordar nada en concreto. Trabajaba con ordenadores (en algo aburrido) y, por lo demás, solo le había dado opiniones: qué pensaba de esto, qué pensaba de lo otro y por qué su opinión era mejor que la de todos los demás. Se estremeció al recordar cómo le había preguntado por el cadáver de Evan Armstrong, cuando él debía de saber muy bien qué le había sucedido.

Al recordarlo, pensó que nunca había mostrado compasión alguna. No es que le hubiera llamado la atención entonces, pero ahora, mirando atrás, se dio cuenta de que siempre había sido un egocéntrico. En su momento, lo único que hizo fue dejar de prestar atención a lo que le decía y centrarse en su trabajo.

«¿De qué podía servirle ahora todo lo que había aprendido? ¿Cómo podría aprovecharlo para salir de ahí?».

Oyó que la puerta se abría y le rugió el estómago. Unos pasos se acercaron y lo vio aparecer por el rabillo del ojo. Iba sonriendo, pero no era una sonrisa de verdad, sino una mirada de lascivia.

—Eres preciosa, Marni, casi es una pena profanar ese cuerpo tan bonito, pero tu tatuaje será la joya de mi colección.

A Marni se le heló la sangre y empezó a tirar de los amarres.

Steve dio un paso y le acarició la espalda.

—Sssshhh... —Lo escuchó tan cerca de su oído que se encogió de miedo.

—Por favor, Steve...

—Por favor, ¿qué?

—Deja que me vaya. Puedo seguir tatuándote, te haré una espalda espectacular. No tienes que hacer esto.

—Pero lo hago. Tengo que completar mi colección yo mismo, porque esa idiota lo fastidió todo.

Lo dijo furioso, con algo en la voz que asustó todavía más a Marni.

—Sam... ¿Sam Kirby? —Intentó decirlo sin que le temblara la voz.

—Tenía que conseguir todos los tatuajes, pero se ha esfumado. Le había pagado más que de sobra.

—La han detenido.

—Ya lo sé, le estoy pagando el abogado.

Tenía que conseguir que siguiera hablando. Le resultaría más difícil matarla si establecían un vínculo personal, aunque no confiaba en despertar su compasión: tenían que centrarse en él. Se le pasó por la cabeza si la estarían buscando. Thierry estaba yendo a recogerla. Seguro que habría avisado a la policía.

Se sacó esas ideas de la cabeza. Tenía que cuidarse ella. Se le acababa el tiempo y le estaba bajando otra vez el azúcar.

—Ahora tengo que terminar yo el trabajo.

—No te hace falta. Ya tienes muy buenas piezas.

—La colección no está completa. La policía se ha quedado con los tatuajes que encontraron en Stone Acre y, sobre todo, quiero el tuyo. Y también el de Thierry.

Marni se quedó petrificada. Si no se libraba de aquello, si no le ponía fin allí y en aquel instante, ese loco iría a por Thierry, y se le partió el corazón al pensar en Alex.

—¿Sabes cómo se hace? ¿Sabes cortar la piel y curtirla? ¿No necesitas que lo haga la ladrona de tatuajes?

Confió en hacerle dudar, y lo consiguió.

—Claro que sé. La he visto desollar la piel y curtirla. Esto no es ingeniería aeroespacial.

—Es que si me vas a quitar el tatuaje, no quiero que lo echés a perder.

Se acercó un poco más a ella y Marni se encogió de miedo. El terror le había hecho olvidar el dolor por estar colgada de las muñecas, pero su agonía crecía a la par que el miedo. El hombre le pasó las manos muy despacio por la espalda y, aunque se apretó contra la cruz de madera, no pudo hacer nada por impedir que la tocara.

—Marni, tengo que explicarte algo. El cuerpo humano es una obra de arte en sí mismo. En especial, el tuyo. Cuando se tatúa, va un paso más allá. Se convierte en una obra de arte viva y cálida al tacto. No hay forma de arte tan dinámica como un tatuaje.

—Pero tú los matas. Eso va en contra de lo que acabas de decir.

—Cuando las personas mueren, sus tatuajes mueren con ellas y se pudren como cualquier pedazo de carne. Al hacer esto, estoy salvaguardando obras de arte. Es lo mismo que hacen en Japón con los tatuajes de los yakuza. La piel tratada para perdurar se transforma en algo superior a la piel viva.

—La diferencia es que tú asesinas a gente para conseguirlo, mientras que en Japón esperan a que mueran.

—El arte es más importante que las personas, lo sé desde que era un niño. El cuerpo humano es la gran obra de arte de la naturaleza y cuando lo adornamos con nuestras propias obras, magnificamos su belleza. El arte debe sobrevivir al tiempo, más allá de las personas. Además, el arte es pureza y verdad, mientras que las personas mienten, fanfarronean y fornican. Estoy conservando lo que es importante y descartando lo intrascendente. Estoy creando la colección de arte definitiva. Seguro que lo entiendes, ¿verdad, Marni? Tú misma eres una gran artista.

Le entraron ganas de gritar: «No es más que una basura presuntuosa», pero tenía que ganárselo.

—Si me matas, nadie más podrá disfrutar de mi arte.

—Otra ventaja de tu muerte. Mi tatuaje será una pieza aún más rara y valiosa.

—Eres extraño, Steve, y lo que haces está mal.

Sintió la fuerza del golpe antes de verlo. Fue un puñetazo en un lado de la cabeza que le nubló la vista.

Después, Steve se alejó de ella. La sangre le bullía en los oídos y no podía oír lo que estaba haciendo. Se le acababa el tiempo. Respiraciones profundas. Lentas, sin prisa. «No hiperventiles». Sentía oleadas de dolor saliendo del punto exacto donde la había golpeado. Se mordió el labio para contrarrestarlas y notó el sabor de la sangre en la boca.

No podía terminar allí, aún tenía mucha vida por delante. No iba a permitir que ese cerdo acabara con ella. Iba a escapar. De alguna forma.

—Siento haberte hecho daño, Marni. —Otra vez se acercaba—. Esto te sentará bien.

Le puso algo en un lado de la cara. Estaba frío.

—¿Qué... qué es eso?

—¿Esto? —Lo acarició sobre la mejilla de Marni—. Es el tatuaje de Evan, su piel.

Marni se encogió de miedo, parecía franela.

—Sam hizo muy buen trabajo con esta pieza. Tiene mucho talento, pero donde está ahora no le servirá para nada.

Marni tenía ganas de vomitar y se le llenó la boca de saliva. Al coger aire, sintió el olor de la piel humana, fuerte, como a cerdo. Le entraron arcadas y notó el sabor ácido del vómito en la garganta. Apretó los dientes y cerró los labios, tenía que controlarse.

—Tu piel quedará aún más suave que esta cuando haya terminado con ella. Será suave y preciosa.

La había cogido otra vez por la espalda y notó cómo le recorría las líneas del tatuaje con la punta de los dedos.

—Ay, Marni. No tengo claro si me gusta más tu tatuaje o tú. Tú creas arte y eso te hace especial. Las demás víctimas no eran más que soportes, llevaban arte sobre su cuerpo, pero tú eres la encarnación del arte en sí. Creadora y obra de arte viviente. Pero si te dejas viva, me traicionarás. Por mucho que me gustes, y me gustas de verdad, solo puedo confiar en la obra de arte que es tu cuerpo. —La agarró por el pelo y le tiró de la cabeza hacia atrás para mirarla directamente a los ojos—. Por eso, querida, tienes que morir.

CAPÍTULO 56

FRANCIS

A pesar de llevar un lado del coche totalmente abollado, Francis avanzaba como un relámpago por las estrechas callejuelas de East Preston. En el asiento de atrás, Thierry se acariciaba el labio sin decir nada, mientras Rory miraba el mapa en su teléfono móvil para ir indicándole la trayectoria más rápida hasta Gorse Avenue.

—A la izquierda por Vicarage Lane. —Francis cogió la curva demasiado rápido y los neumáticos derraparon—. A la derecha por Fairlands... A la izquierda por Sea Road...

En una acera, un par de madres jóvenes que charlaban junto a sus carritos se quedaron boquiabiertas al ver pasar al coche a toda velocidad, envuelto en destellos de luz azul. En Sea Road, Francis tuvo que pisar el freno para no atropellar a un gato.

—Dios bendito —masculló Thierry.

Por fin, llegaron a Gorse Avenue.

—Apague las luces —dijo Rory—. Y vaya más despacio.

Gorse Avenue estaba flanqueada por enormes caserones y opulentas calles privadas, porches, pistas de tenis y piscinas. Las casas del lado meridional estaban en primera línea de playa y era fácil imaginar a sus moradores disfrutando y divirtiéndose, libres de preocupaciones.

—¿No era la dirección de una empresa? —preguntó Francis.

Rory se encogió de hombros.

—Puede que sea un empresario y que lleve el negocio desde casa.

Después del vertiginoso recorrido desde Brighton, casi era surrealista esa especie de *tour* apacible por el mundo de la clase alta. No se cruzaron con ningún otro coche ni con más peatones en toda la calle. Tampoco vieron a nadie en los jardines.

—Aquí es —dijo Rory—, a la derecha.

Señaló hacia un extravagante edificio de arquitectura contemporánea, que parecía totalmente fuera de lugar entre villas de estilo eduardiano y hoteles *art déco*. Revestido de acero corrugado, con ángulos cerrados y contrafuertes curvos, el edificio no parecía tener ventanas..., al menos ninguna que diera a la calle. Francis aparcó el coche en el arcén, frente a la casa de al lado. No querían echar a perder el factor sorpresa.

—¿Cómo lo vamos a hacer, jefe?

Francis suspiró y se pasó las manos por la cara.

—Dependerá de si está en casa. No tenemos orden judicial, así que debemos seguir las reglas a rajatabla. Thierry, tú nos esperas aquí.

—¿Te has vuelto loco? Voy con vosotros.

—No, esto es asunto de la policía.

—Marni es mi mujer. Y necesita insulina.

—Tu exmujer. —¿Qué habría entre ellos dos? Francis se preguntaba por qué se habrían divorciado.

Francis bajó del coche, seguido por Rory y Thierry, que llevaba la bolsita con la medicación de Marni en la mano.

—Vale, nada de ataques de ira. Y no quiero payasadas. —Francis lo dijo mirando a Thierry—. Vamos a buscar la furgoneta, y luego, yo daré las órdenes.

Bajaron a pie por la calle, no había acera, tan solo arcenes con el césped perfectamente cuidado. Luego, se metieron por el acceso de la casa. Vieron un Aston Martin de color azul claro aparcado a la puerta.

—Parece que le va bastante bien —murmuró Rory.

No había ni rastro de la furgoneta, pero vieron un garaje a un lado, con la puerta cerrada. Francis lo señaló y se acercaron.

Rory probó a abrir la puerta.

—Está cerrada.

Francis rodeó el edificio. Un sendero llevaba hasta una portezuela lateral, con la parte de arriba acristalada. Miró hacia dentro. Detrás de una Harley, vio una pequeña furgoneta de color blanco. Parecía la misma que salía en el vídeo, pero desde donde estaba no podía leer la matrícula.

Rory se acercó por detrás.

—Es esa. No puede ser otra.

—Muy bien, es hora de hablar con el señor... ¿Cómo se llama? —dijo Francis.

—Harrington. Steven Harrington —dijo Rory mientras escribía algo en el teléfono móvil—. En Google dice que es el dueño de Algorithmics, la empresa que alquiló la furgoneta.

Volvieron en silencio hacia la puerta principal de la casa. Vieron una plaquita plateada que decía «Algorithmics» y, debajo, el botón de un telefonillo. Francis lo pulsó.

—Lo sentimos, hoy estamos cerrados —dijo una voz robótica de mujer—. Llame al número de teléfono de abajo para hablar con uno de nuestros agentes.

Francis miró hacia abajo. Había un número grabado en la cajita metálica del telefonillo.

—¿Llamo? —preguntó Rory.

—No, esperaremos aquí, por si viene alguien. Voy a hacer un reconocimiento rápido. Y pida refuerzos enseguida.

Francis volvió a dar una vuelta alrededor de la casa, con Thierry pegado a su espalda, sin abrir la boca. Recorrieron uno de los lados del edificio y vieron el jardín, un césped austero que daba a una playa de arena a unos quince metros de distancia. A nivel de calle, había una terraza de cemento vacía, sin muebles, como si nunca la hubieran utilizado. Pero en la primera planta se veía una terraza algo más grande, con una silla solitaria mirando al mar. La parte de atrás de la casa, al contrario que la fachada principal, era toda de cristal, sin rastro de metal. A Francis le pareció un acuario gigantesco. Una pecera llevada al extremo, aunque sin nadie que pudiera mirar a través de los ventanales. Se preguntó si sería una playa privada o si cualquiera podría acercarse allí un domingo a hacer pícnic y a pasar un par de horas viendo cómo vivían los ricos.

Miró hacia las ventanas. La planta de abajo era totalmente diáfana, una sola oficina sin paredes. Había bancadas de pantallas de ordenador puestas en semicírculo sobre varias mesas, pero una sola silla de oficina. ¿Algorithmics sería una persona? ¿Podía generar tantos ingresos como para permitirse una vida así de opulenta?

—Thierry, prueba todas las puertas de la planta de abajo. Si alguna se abre, dímelo a mí. No entres.

Francis empezó a subir por las escalerillas que llevaban a la terraza de la primera planta. Cada paso devolvía un suave sonido metálico. Intentó moverse muy despacio, para amortiguarlo y no delatar su presencia. La silla solitaria era perfecta para ver el amanecer o la puesta de sol, sin duda, pero fue la vista al interior de la casa la que lo dejó sin aliento.

Francis puso las manos contra el cristal para evitar los reflejos y observó conteniendo la respiración. Se sentía incapaz de describir aquello. ¿Qué era eso? ¿Una exposición de arte? ¿Un retablo? Había animales disecados en cantidades absurdas. Y no estaban metidos en vitrinas como los que había visto de niño en el Museo de Historia Natural, sino representando una batalla, un combate entre animales, enfrentados con armas humanas en miniatura y con ropa también diminuta. Anglicanos contra puritanos, perros contra gatos. Un conejo enfrentado a una mangosta, mientras los zorros combatían contra serpientes. Peleas cuerpo a cuerpo entre grandes felinos. Había animales heridos, ensartados y decapitados. Dientes y garras manchados de sangre, y pedazos de animal desparramados por todo el campo de batalla.

Era tan extraordinario como perverso, y solo podía ser obra de una mente enferma. A Francis se le aceleró el pulso y sintió el sabor del miedo. No por él, sino al pensar que Marni pudiera estar ahí, a merced de la criatura que había creado todo eso para su diversión.

—*Putain!* —susurró Thierry, que había llegado a su lado.

Francis se llevó un dedo a los labios y probó a abrir la puerta de cristal que daba a la terraza donde estaban. Se abrió y, sin pensarlo un momento, entró a la casa. Y Thierry, con él.

En la habitación, el olor era muy intenso, como a abrigos de piel viejos, y se veían motas de polvo flotando a la deriva. Pero tenía un presentimiento: no estaban solos. Notaba un leve aroma a café y un suave tiro de aire, así que, en algún lugar, tenía que haber una ventana abierta. Francis se quitó los zapatos con los pies, para no tener que agacharse, y atravesaron la habitación hasta un descansillo con escaleras en ambas direcciones.

—Sube tú, yo iré abajo —le susurró a Thierry—. Grita si necesitas ayuda. Thierry asintió.

—Tenemos que encontrarla. Necesita insulina, a estas alturas ya es más que urgente.

Se movió con cuidado hacia la planta de arriba.

Al ir descalzo, Francis bajó las escaleras sin hacer ruido. Por primera vez desde que se unió al cuerpo, lamentó no llevar la pistola encima.

CAPÍTULO 57

MARNI

Marni cogió aire.

—Puedes tenernos a los dos, Steve —dijo con voz susurrante. Tenía ganas de vomitar. No podía creer en lo que estaba pensando, pero su instinto de supervivencia era más fuerte que el asco.

—¿Qué quieres decir? —Entornó los ojos.

—Como has dicho, mi tatuaje es una obra de arte viviente. Si me mantienes con vida, podrás verlo cada día y, al tocarlo, estará caliente. Lo verás en movimiento, cuando yo me mueva. Imagina lo que sería tener una obra viva en tu galería.

Steve no dijo nada. Estaba sopesándolo y empezó a respirar más rápido. Volvió a acariciarle la espalda y, esa vez, también le cogió un pecho, se lo cubrió todo entero con la mano.

Marni se mordió el labio aún más fuerte, para frenar las náuseas.

—Podría guardarte aquí, en una jaula. Sería como mi pequeño zoo privado. Me gusta la idea.

—Sí —dijo Marni, no fue capaz de añadir nada más.

—Podría hacerte el amor todos los días.

«Una violación diaria». ¿De verdad era eso mejor que la muerte?

—Es una buena idea, querida. Muy inteligente. Podríamos probar unos días, ¿no te parece? A ver si funciona.

Steve suspiró y se apretó contra su espalda. Marni sintió que le movía una mano entre las piernas y, al sobresaltarse, se golpeó en una cadera contra el aspa de madera. Steve retiró la mano y le dio un cachete en el trasero.

—No funcionaría —dijo entre dientes—, porque no estarías voluntariamente. Te tendría que tener vigilada, como un halcón. Siempre

estarías buscando la ocasión para escapar. No sería la escena idílica que me has pintado.

—No es así. Si me dejas con vida, te estaría en deuda...

—¿Acaso follarías conmigo por pena? No me trates como si fuera imbécil, Marni.

Se apartó de ella y se alejó.

—Además, así no podría utilizar esto en tu piel de terciopelo.

Oyó que cogía algo y volvió hacia ella. No le hacía falta mirar para saber lo que era, pero iba a mostrárselo de todas formas.

Movió la hoja plateada bajo la luz, a unos centímetros de su cara, y lanzó unos destellos. El borde afilado estaba en curva desde la empuñadura y llevaba grabados intrincados motivos. Marni no había visto nunca un cuchillo como ese.

—Sam me enseñó mucho sobre cuchillos, cuáles eran los mejores para cortar y cuáles para desollar. Son dos procesos muy diferentes, ya lo sabes, así que hacen falta herramientas distintas. Te explicaré lo que voy a hacer.

Marni cerró los ojos con fuerza. Ojalá pudiera hacer lo mismo con los oídos.

—Para empezar, practicaré un corte alrededor del trozo de piel que quiero conservar. En tu caso, alrededor de este espectacular tatuaje que tienes en la espalda. Eso lo haré con un cuchillo corto y recto. Luego cambiaré a este de aquí. —Se lo puso justo debajo de la nariz.

«Que siga hablando».

—Pero ¿conoces todos los pasos? —Tenía la piel de gallina. Era una conversación absurda, aunque pudiera salvarle la vida—. Háblame de Sam, ¿qué te enseñó?

—Sam tiene talento para la taxidermia y hace años que le compro piezas. Tengo una colección de animales disecados.

Marni pensó en la vieja tienda de taxidermia cerca de Preston Park. Solía acercarse a mirar el escaparate, antes de que cerraran.

—Aun así, quería aprender cosas nuevas y pronto descubrimos un interés común por la piel. Me enseñó cómo curtía pieles de animales y empezamos a hablar sobre la posibilidad de curtir también piel humana. Al principio, no eran más que charlas insustanciales, pero poco a poco me di cuenta de que estaría dispuesta a hacerlo. Cuando le dije que me gustaría coleccionar tatuajes, se mostró más que preparada.

Marni estaba petrificada y no fue capaz de contestar.

—Por desgracia, ahora que está detenida, tendré que terminar el trabajo yo mismo. —Estaba jugueteando con la punta del cuchillo contra la madera de la cruz y dejó una pequeña muesca de color blanco en el barniz—. Cuando te haya quitado el tatuaje de la espalda, lo sumergiré en una solución salina y luego en diferentes productos químicos que descompondrán las proteínas de la piel y disolverán la grasa.

Sintió náuseas y todo empezó a darle vueltas. Estaba aturdida, y el nivel de azúcar, peligrosamente bajo; si se desmayaba, era bastante probable que no volviera a despertar.

Steve hablaba sin parar, pero ella no era capaz de concentrarse en lo que estaba diciendo. «... el pH cambia... una herramienta roma para retirar el pelo... le dije a Sam que me lo enseñara por si acaso...». Todo empezó a volverse oscuro, pero estaba decidida a no rendirse. Se mordió la mejilla y el dolor la dejó sin aliento.

—Pero lo más importante que me enseñó fue a afilar bien un cuchillo. Es fundamental que la hoja esté todo lo afilada que sea posible. Esta de aquí es como un diamante.

Le agarró una mano y la sostuvo con firmeza contra la cruz de madera. Antes de darse cuenta de lo que iba a pasar, le había hecho un tajo en la palma de la mano. Cuando notó el dolor, el cuchillo ya había desaparecido.

—¿Lo ves? —dijo—. Más afilado que un bisturí. Y también más preciso.

Marni sollozó. No había nada que hacer. La sangre le corría caliente por el brazo.

Steve la observaba como en trance. Entonces, se acercó, sacó la lengua y le chupó la sangre.

—Oh, Marni —dijo, llevado por la excitación—. Es hora de empezar a divertirnos.

CAPÍTULO 58

FRANCIS

No era normal aquel silencio. Rory estaba en la puerta principal esperando a que llegaran los refuerzos, y Thierry, por algún lugar de la planta de arriba, pero Francis se sentía como si estuviera solo en aquella casa. Únicamente llegaba a sus oídos el débil zumbido del aire acondicionado. Bajó un tramo de escaleras para echar un vistazo por la oficina. Se le iba a salir el corazón del pecho.

Casi todas las pantallas estaban apagadas, pero una seguía encendida, con las imágenes de las cámaras de videovigilancia del exterior de la casa. Vio a Rory junto a la puerta y hablando por el teléfono móvil. Al fondo de la oficina, había unas puertas. Dos estaban cerradas, pero una estaba entreabierta, así que acercó el oído y, nada más hacerlo, un grito de mujer cortó el aire al otro lado.

«¡Marni!».

No podía saber si era ella, pero quienquiera que fuese necesitaba ayuda. Abrió la puerta y vio unas escaleras que bajaban hacia el sótano. Le llegaban los gemidos de la mujer y, más fuerte, la voz de un hombre, aunque era imposible saber qué estaba diciendo. Se detuvo. Necesitaba un plan, pero no tenía ni idea de lo que estaba pasando allí dentro, así que era difícil decidirse. Miró hacia abajo y vio que, al final de las escaleras, había otra puerta también entreabierta. Podría ver lo que ocurría sin revelar su presencia.

«No pierdas tiempo. ¡Vamos!».

Bajó las escaleras lo más rápido que pudo, cruzando los dedos para no hacer ningún ruido. Si un peldaño crujía, podría ser desastroso..., y no para él. Al imaginar a Marni a merced del loco que había montado el enfermizo retablo de la planta de arriba, se le aceleró el pulso y se volvió aún más decidido. Nunca había estado en una situación así. Todas las detenciones en

las que había participado estaban cuidadosamente planeadas y siempre habían tenido refuerzos. Por Dios, que fuera eso lo que Rory estaba arreglando por teléfono.

Al llegar a la segunda puerta, rogó, se santiguó y entró en la habitación.

Fue todo como una sacudida: Marni en la cruz, con la espalda cubierta de un brillo rojo; los tatuajes curtidos en bastidores de alambre, y un hombre de espaldas, con un cuchillo de hoja curva manchado de sangre.

—¡Alto! ¡Policía!

El hombre se dio media vuelta y miró a Francis de arriba abajo.

El policía nunca se había sentido tan desnudo sin un arma encima. Deseó que Thierry y Rory estuvieran con él, había sido un error separarse.

—Frank, ¿eres tú? —Era la viva voz del terror, rota y ronca.

—Sí, Marni, soy yo.

—Oh, qué tierno —dijo el hombre—. Ya os conocéis. Hola, Frank, soy Steve. ¿Me recuerdas? Nos conocimos en el estudio de Marni.

Se lanzó hacia él con el cuchillo ensangrentado en la mano. Francis había esperado un ataque, así que se echó hacia un lado, interponiendo un pedestal de cemento entre ambos; entonces, lo embistió con el hombro y el pilar se tambaleó, directo hacia la cadera de Steve, pero este se apartó y el pedestal acabó cayendo contra el suelo. El bastidor plateado y su preciosa carga fueron rebotando sobre el suelo hasta acabar junto a una pared.

Marni estiraba el cuello para ver lo que pasaba.

—Ayúdame —gritó.

Sin pensarlo, Francis corrió a ayudarla en lugar de enfrentarse a Steve. Cogió un cuchillo y le cortó la brida de uno de los tobillos antes de que Steve consiguiera acercarse. Al menos, ahora estaba armado. Se incorporó y sujetó el cuchillo por delante de él, con las rodillas algo dobladas, en posición de defensa.

Con un rugido, Steve volvió a abalanzarse sobre él, cargando con el hombro izquierdo y el cuchillo en la mano derecha. Francis dio un paso hacia delante en diagonal y se agachó para hacerle perder el equilibrio. Chocaron y se enzarzaron sobre el suelo. A Steve se le cayó el cuchillo, pero empezó a mover las piernas como látigos, hundiendo las rodillas en el estómago de Francis e intentando darle una patada en la entrepierna para dejarlo fuera de juego. Francis, mientras tanto, trazó un enorme arco con el cuchillo, directo contra la pernera de Steve. Lo hundió, hondo y fuerte, para hacerle todo el daño posible. Steve se quedó sin aire y se arrastró hacia atrás, saliendo de su alcance. Francis tuvo que sacarle el cuchillo, para no perder el arma.

Estaban los dos sin resuello. Steve volvió a coger el cuchillo y se puso de pie. Con mirada desorbitada y los orificios nasales muy abiertos, se echó encima de su rival, que seguía jadeando sobre el suelo.

Haciendo acopio de todas sus fuerzas, Francis consiguió rodar sobre sí mismo y ponerse a cuatro patas. Steve se abalanzó sobre su espalda y Francis sintió cómo el cuchillo le desgarraba la chaqueta, momento en que giró y se levantó de un salto, quedando cara a cara con su rival, que lo miró desconcertado. Supo que solo tenía una fracción de segundo antes de la siguiente arremetida, así que dio un paso hacia delante para que Steve no pudiera apuñalarlo en el pecho, aunque ello implicara que dejaba la espalda desprotegida. Entonces, recordó que él también llevaba un cuchillo en la mano.

«Úsalo. Úsalo de una vez».

No fue lo bastante rápido. Steve se dio cuenta de lo que pretendía hacer y le golpeó con fuerza en el hombro con el antebrazo. A Francis se le cayó el cuchillo y oyó un crujido en la clavícula. Ya no podía mover el brazo derecho y sentía un dolor punzante desde el hombro hasta la muñeca. Steve sonrió excitado y aprovechó aquella ventaja para empujar a Francis contra uno de los pilones de hormigón y ponerle el filo del cuchillo contra la garganta.

—¿Alguna palabra de despedida?

Nada más lejos de sus planes que soltar un discurso. Francis embistió hacia delante y le golpeó con la rodilla en la entrepierna. El golpe no fue ni muy duro ni muy preciso, pero bastó para que apartase el cuchillo del cuello. Steve soltó un alarido, se tambaleó hacia atrás y se separó un poco de Francis. Miró hacia abajo y se llevó la mano a los pantalones, que estaban manchados de sangre, para hacer presión en la herida y frenar la hemorragia. Estaba lívido y miró a Francis con los ojos enrojecidos y llenos de ira.

Francis agarró el cuchillo torpemente con la mano izquierda y consiguió soltarle a Marni el otro pie. Entonces, y con las mismas dificultades, le cortó también las ataduras de las muñecas. Era una suerte que el cuchillo estuviera tan afilado. Jadeando, la mujer se dejó caer sobre el suelo hecha un ovillo y prácticamente inconsciente.

—No la toques —chilló Steve—. Es mía.

Francis miró alrededor con desesperación. No estarían a salvo hasta que acabara con Steve. Aunque tenía la mano derecha inutilizada, cogió el cuchillo con ella para sacar el teléfono del bolsillo. Sin apartar los ojos del otro hombre, llamó a Rory. Comunicaba.

«¡Maldita sea!».

Era más alto que Steve, le sacaba casi diez centímetros, así que también tendría más alcance, aunque ello no le servía de mucho ahora que solo podía utilizar la mano izquierda. Además, Steve era más corpulento, todo músculo, y su centro de gravedad estaba más bajo. ¿Cómo podía ganar tiempo hasta que llegara Thierry? Seguramente, ya estaría bajando.

—¿Thierry? —gritó.

Steve se había levantado de nuevo y avanzaba hacia él. Estaba cada vez más cerca.

Si iba a su encuentro, dejaría a Marni desprotegida, pero si esperaba a Steve a su lado, la pondría también a su alcance. Comenzó a avanzar muy despacio. ¿Conseguiría apartar a Steve de Marni o iría a por ella?

Llevaba un minuto tendida en el suelo, sin moverse. No la oía respirar, pero no podía volverse para ver si movía el pecho. Los cortes que llevaba en la espalda, dos largos en los costados y otro en horizontal por la parte de arriba, seguían sangrando; podía ver la sangre derramada por el rabillo del ojo. Necesitaba un médico de manera urgente.

Cuando se dio cuenta de lo que se disponía a hacer Steve, ya era demasiado tarde. Al oírle llamar a Thierry, había sabido que no estaba solo y eso había sido un gran error. Steve no iba a huir, sino a asegurarse de que la ayuda no pudiera llegar. Cerró la puerta, echó el cerrojo y se guardó la llave en el bolsillo.

—Tu presencia lo cambia todo —dijo Steve, con la espalda apoyada en la puerta y sin dejar de jadear. Llevaba la zapatilla empapada de sangre y descargó todo su peso sobre la pierna sana—. Solo tenía que morir Marni, pero ahora tú morirás con ella.

Francis solo contaba con una fracción de segundo para decidir qué iba a hacer.

«Aléjalo de la puerta. Véncelo. Consigue la llave. ¿Podré lograrlo?».

—¡Acércate, hijo de puta! —Era una táctica desesperada y podría acabar muerto. Confió en que la pérdida de sangre le hubiera hecho perder reflejos.

Pero se equivocaba.

Steve se abalanzó sobre él con auténtica furia, entre los destellos del cuchillo. Francis se apartó y se colocó detrás de un pilar. Steve fintó en una dirección y Francis se movió hacia la otra. Dieron varias vueltas alrededor del pedestal, hasta que Francis arremetió contra él y lo tiró al suelo; Steve salvó la pierna por un pelo.

—Un golpe bajo —susurró Steve, poniéndose a cubierto tras un sillón.

Francis corrió otra vez hacia él, plantó un pie en el respaldo del sillón y se lanzó por los aires. No tenía ningún plan, pero había que hacer algo o Marni y él morirían.

Chocaron y cayeron al suelo. Francis forcejeó con Steve, intentando superarlo en fuerza, pero acabaron rodando los dos. Su rival le enganchó un brazo y tiró de él con fuerza hacia atrás. Francis sintió un dolor punzante en el hombro, giró la cabeza y le clavó el cuchillo en el brazo. Steve lo soltó y se sirvió de su peso para darle la vuelta a Francis, que acabó tumbado bocarriba, se sentó sobre él a horcajadas y le clavó las rodillas en los hombros, aplastándole la clavícula que tenía rota para que no pudiera moverse.

Francis se retorció de dolor intentando salir de allí. Sacudía la mano izquierda, pero no podía alcanzar a su rival.

Empezaron a oírse golpes en la puerta, y también voces.

Steve oprimió aún con más fuerza el pecho de Francis y le puso el cuchillo contra la garganta.

—La culpa es tuya —le dijo—. Rompiste la regla más básica de todas, al presentarte aquí sin refuerzos.

Estaban moviendo la manija de la puerta.

—Jefe, ¿está ahí dentro?

Francis intentó responder, pero Steve cambió el cuchillo que le había puesto sobre la tráquea por el antebrazo y le empezó a apretar con fuerza. No pudo más que soltar un gruñido ahogado.

Al otro lado de la puerta, dieron un golpe seco.

Al oírlo, Steve hizo un movimiento torpe con el cuchillo y se le cayó sobre el pecho de Francis. Al mismo tiempo, este notó que le quitaban el cuchillo que llevaba en la mano. Levantó la mirada y vio a Marni agachada por detrás de Steve, con el dedo índice en los labios, para que no dijera nada. Estaba blanca como la cal y tenía la cara perlada por el sudor. Temblaba de los pies a la cabeza, pero su mirada tenía una fuerza que tranquilizó a Francis.

Se incorporó y levantó el cuchillo. Al mismo tiempo, y presintiendo algo, Steve siguió la mirada de Francis y se volvió hacia ella.

—Pensaba que no tendría que volver a hacer esto —dijo Marni.

No vaciló. Le hundió el cuchillo en el pecho y tiró de él hacia abajo. El hombre cayó desplomado sobre Francis y Marni, sobre su espalda, lo apuñaló de nuevo. Steve se dio la vuelta para forcejear con ella, pero Francis se metió entre los dos. Tenía que apartar a Marni antes de que Steve la apuñalara. Los tres estaban enmarañados sobre el suelo encharcado de sangre. Francis sintió

dolor y Marni dio un grito. Se oyó el nauseabundo ruido de un cuchillo arañando el hueso.

La puerta se abrió de golpe, y Rory y Thierry corrieron hacia ellos. Los separaron, resbalando también sobre el charco de sangre. Thierry cogió a Marni entre sus brazos, mientras Rory empezó a golpear el brazo de Steve contra el suelo para obligarlo a soltar el cuchillo.

A Francis le ardía el pecho y no podía respirar, miró hacia abajo y vio la camisa blanca empapada de sangre. Se desplomó contra uno de los sillones. Thierry llevaba en brazos a una Marni completamente inerte, con los ojos abiertos y en blanco. Steve se agarraba el cuello, la sangre chorreándole entre los dedos.

—¿Jefe? —dijo Rory.

—Estoy vivo —consiguió susurrar.

CAPÍTULO 59

MARNI

Despertar en un hospital estaba convirtiéndose en una mala costumbre. Marni pestañeó y echó un vistazo alrededor. La habitación era la misma que la última vez, solo habían cambiado las vistas. Thierry la tenía cogida de la mano y sonrió con ternura al verla despertar.

—¿Me llevas a casa? —preguntó, casi sin voz. Era como si le hubieran hecho tragar unas cuchillas. A las bravas.

—Ni pensarlo, pequeña. Y nada de pedir el alta.

Le acercó una taza de plástico a los labios. El agua estaba tibia y rancia, pero le sentó de maravilla. Dio varios tragos con avidez.

—Despacio —dijo él.

—¿Cuánto tiempo llevo aquí?

—Dos días. Estabas en coma cuando te trajeron. Te habían apuñalado. La punta del cuchillo te había desgarrado el bazo.

Al escucharlo, se dio cuenta de que tenía todo el cuerpo entumecido. Levantó con cuidado la sábana, pero llevaba puesto un camisón y no se veían las heridas. Tenía magullada la espalda y sentía un martilleo punzante y doloroso en el brazo izquierdo.

—Te han operado —dijo Thierry—. Creo que te salvaron por los pelos, aunque no quisieron decirme nada.

Marni hubiera preferido no creerlo, pero estaba muy serio y parecía asustado. Cerró los ojos.

—Mamá, ¿cómo estás?

No se había dado cuenta de que Alex estaba sentado detrás de su padre.

—Alex, acércate.

Su hijo se acercó a la cama y la abrazó con todo el amor del mundo. Hizo un gesto de dolor.

—Tengo tanto sueño que es como si llevara siglos sin dormir.

—Entonces, ¿esta vez no te escaparás? —preguntó Thierry.

Abrió los ojos, negó con la cabeza y les sonrió. Verlos juntos era reconfortante, y sentir la mano de Alex sobre la suya era la mejor sensación del mundo.

—Mamá, hemos estado muy preocupados por ti. Se acabó lo de hacer de policía en tu tiempo libre, ¿de acuerdo?

—Te lo prometo.

—Tengo hambre —dijo Alex—, pero cuando vuelva quiero que me lo contéis todo.

—Claro —dijo Thierry—. Ahora que mamá está bien, ya puedes volver a pensar en las cosas importantes. —Se sacó unas monedas del bolsillo—. Creo que hay una máquina expendedora cerca de los ascensores.

Marni esperó a que Alex se marchara para seguir hablando.

—Alex no puede oír toda la historia.

Thierry asintió.

—¿Qué recuerdas?

—Que estaba atada. Vi a Frank peleando con Steve. Y había mucha sangre. —Se quedó sin aire—. ¿Está...?

—Francis está bien. Steve no tanto, pero sigue vivo. ¿Qué te pasa a ti con los cuchillos?

Estaba sonriendo como hacía antes de que su matrimonio acabara convertido en una tormenta de angustia y de reproches.

Le pesaban los párpados y le dolía el cuerpo entero, pero se sentía lo bastante segura como para dejarse llevar otra vez, con un suspiro, por el cálido abrazo del sueño.

Cuando volvió a despertarse, ya era de noche. La habitación estaba en penumbra y solo había una pequeña lámpara encendida en la mesita de noche. Tenía frío. La sábana había acabado enredada a los pies de la cama y el camión apenas la abrigaba. Intentó incorporarse para arreglar la ropa, pero un dolor intenso y penetrante la dejó sin aire.

En ese momento, se dio cuenta de que había una silueta oscura desplomada en una butaca al fondo de la habitación. Lanzó un grito que despertó a quienquiera que fuese.

Le entró pánico.

«Era imposible...».

—¿Thierry?

La silueta se levantó y se acercó a los pies de la cama.

—Soy yo, Francis.

La invadió una sensación de alivio.

—Hola, Frank.

Se acercó y se sentó en la silla que Thierry había dejado junto a la cama.

—Thierry me dijo que habías despertado, pero cuando llegué volvías a estar dormida. No he querido molestarte.

—¿Cuánto tiempo llevas ahí?

—Desde las siete, más o menos. —Miró la hora—. Acaban de dar las diez.

Cubrió las manos de Marni con las suyas.

—Me has salvado la vida, Marni. Si no hubieras cogido el cuchillo, Steven Harrington me habría matado.

Marni vio imágenes sueltas.

—Pero tú también me salvaste a mí. Cuando llegaste, estaba a punto de arrancarme el tatuaje de la espalda.

—Lo importante es que lo logramos.

—Gracias.

—No me des las gracias, te fallé. Debería haber sabido que seguías en peligro.

—Pero ¿cómo ibas a saberlo? Sam Kirby estaba detenida.

—Y me dijo que no había terminado.

Marni se encogió de hombros y, al hacerlo, sintió un dolor terrible.

—¿Van a acusarme de algo? —dijo, sin querer oír la respuesta.

Francis frunció el ceño.

—¿De qué?

—Apuñalé a Steve, ¿no? ¿Y si muere?

—Por el amor de Dios, Marni, fue en defensa propia. Nadie va a acusarte de nada. Tendrás que testificar en el juicio, nada más.

—¿Habrá juicio?

—Antes de venir aquí, he estado hablando con el médico. Creen que va a recuperarse, así que sí, habrá juicio. Será acusado de asesinato junto con Sam Kirby. Aunque no fue el autor material de los asesinatos, encargó los crímenes, así que es igual de culpable a ojos de la ley. Pasarán los dos un buen tiempo entre rejas.

—Has conseguido resolver el caso.

—Por supuesto, ¿qué esperabas?

Se echaron a reír y entonces, de improviso, Francis se llevó una de sus manos a los labios y la besó. Marni tuvo que parar de reír y la embargó un

sentimiento mucho más abrumador. Se miraron a los ojos.

—Dice un viejo proverbio que si le salvas a alguien la vida, te pertenece. No sé dónde lo escuché...

—Según esa teoría, nos pertenecemos el uno al otro.

Francis le sonrió.

—Podría ser.

—¿De verdad? —dijo Marni, juntando los labios—. ¿Eres mío?

—Y tú mía.

—Me gusta. —Se recostó en la almohada y cerró los ojos.

—¿En qué estás pensando, Marni Mullins?

—En qué parte del cuerpo te voy a tatuar primero.

Francis se quedó boquiabierto.

—No, no, no... Así no va la cosa.

—Yo creo que sí.

—No.

—Eres mío, así que voy a tatuarte. Tengo derecho.

—No.

Marni sumergió las agujas en tinta negra. Iba a pasárselo en grande. Él no tanto, pero ese era el precio que había que pagar por un tatuaje.

—¿Estás listo, Frank?

—Como siempre.

Trazó la primera línea negra sobre la piel pálida de su espalda y se echó a reír.

—Ay.

—¿Qué te parece?

—Ya puedes dejarlo, no pensaba que iba a doler tanto.

Siguió tatuando.

—No te preocupes. Te estás portando como un jabato.



Alison Belsham es guionista y escritora. En 2016, el borrador de lo que sería *El ladrón de tatuajes* se alzó como ganador del concurso Pitch Perfect del festival de novela negra Bloody Scotland, celebrado en Edimburgo. Una vez terminado, el libro se ha convertido de inmediato en un verdadero fenómeno editorial y está siendo traducido a más de una docena de lenguas.

Notas

[1] Los *crime stoppers* son organizaciones sin ánimo de lucro, destinadas a recopilar información sobre delitos y denuncias que luego transmiten a las fuerzas del orden. (*Todas las notas son de la traductora*). <<

[2] La Real Sociedad para la Prevención de la Crueldad con los Animales, fundada en 1824. <<

[3] «Jabberwocky», aquí en la versión de Mirta Rosenberg y Daniel Samoilovich (1997). <<